



El elixir de

JASMINE

PHAVY PRIETO

EL ELIXIR DE JASMINE

PHAVY PRIETO

A todas mis bellas florecillas que son mi apoyo incondicional.

Miles de gracias.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Julio 2018

“Estas ahí, entre mis ganas de arriesgarme y el miedo a enamorarme”

Avenida 749.

SINOPSIS

Jasmine Dunne es una joven preuniversitaria que ha conseguido una beca para estudiar en la mejor universidad de Arquitectura de Londres, la Bartlett School of Architecture. Pretende convertirse en una gran Arquitecta de renombre para lograr entrar en la empresa de Alessandro D'Angelo, el hombre al que ama con todo su ser desde que posee conocimiento, aunque él sea totalmente inaccesible para ella.

Oculto bajo un aspecto que transmite cuanto menos deseo, se esconde un diamante en bruto que solo hay que pulir adecuadamente para que brille en todo su esplendor, ¿Sería capaz de hacer que D'Angelo la viera realmente como la mujer en la que se ha convertido? Tal vez ni eso sea suficiente para conseguir que el hermano menor de su padre se dé cuenta de que ya no es *su pequeña flor*, sino que se ha convertido en toda una mujer y que está dispuesta a todo para obtener su amor.

— 1 —

La alarma de mi despertador suena como cada mañana a las siete, con el sonido estridente de unas ranas croando. Sí, puede que resulte patético, pero fue un regalo de alguien muy especial para mí cuando tan solo tenía ocho años y desde entonces lo he usado cada día. Es mi forma de comenzar bien el día cada vez que escucho ese sonido y recuerdo de quien proviene aquel cacharro del que parecen querer salir ranas pero que en realidad solo me recuerda que es hora de levantarse para comenzar otro estupendísimo día de mi existencia *nótese la ironía*, pero pienso en la persona que me lo regaló y mi sonrisa se acentúa, aunque no lo pretenda.

Desde hace años sigo la misma rutina. Mi día inicia dándome una de esas duchas de agua templada que no llega a ser caliente porque solo utilizamos una triste placa solar como sistema de calefacción y como vivimos en Middleton, —una pequeña ciudad perteneciente al condado de Mánchester al Noroeste de Reino Unido, donde es con toda probabilidad uno de los Países con menos sol del mundo—, ¿Quién narices va a esperar que ese cacharro produzca agua caliente en algún momento de su existencia? Mi padre al parecer cree que sí. Es más, afirma que si; pese a que en realidad sea todo lo contrario. Hace años

que no sé lo que es darse una ducha de agua realmente caliente, de esas que casi te cueces como un pollito en la cacerola; pero a falta de pan, buenas son tortas, o eso es lo que me decía papá para consolarme cada vez que me quejaba. Aunque eso era antes, ahora evito quejarme, he aprendido que no sirven de nada las quejas con él, termino teniendo que “acatar” sus normas lo desee o no.

Mi desayuno siempre consiste en algo ecológico porque no hay otro alimento que no lo sea en esta casa —para mi fortuna o desgracia—. Normalmente incluye zumo de naranja natural y una mezcla de yogur blanco casero o bebida de avena con frutos rojos a los que añado copos de avena con miel. Al final terminé acostumbrándome a la vida de un ecologista demasiado obsesivo con los pesticidas y la contaminación atmosférica, después de casi diez años, ¿Quién no lo haría?

Normalmente me visto después de desayunar, llamémoslo costumbre o patosismo severo, seguro que si lo hago al revés me mancho la ropa siempre aunque cualquiera que viera mi armario saldría corriendo, pero teniendo en cuenta mi recurso limitado por no decir “nulo” de presupuesto, acompañado de mi nefasto gusto por la ropa; mi vestuario se limitaba a vaqueros algo gastados y camisetas en su gran mayoría de propaganda de algún producto farmacéutico nuevo que sacaran como promoción en la empresa donde trabajaba papá.

Ya han pasado ocho largos años desde que mamá murió de Cáncer y desde entonces mi padre Andrew, se convirtió en un completo obseso del mundo natural, creyendo fielmente que la principal razón del cáncer radica en los pesticidas y la alimentación. De ahí que nos obligue a ambos a llevar una dieta de lo más variopinta y que no me deje usar siquiera un champú que no haya sido fabricado por él mismo o esté avalado por una marca de sello orgánico.

Eso se aplica a todo; incluida la pasta dental, que os garantizo que sabe a rayos pero que, tras varios años una termina acostumbrándose al sabor lo quiera o no.... a veces me pregunto lo diferente que hubiera sido mi adolescencia si mi madre no se hubiera marchado, si aquella enfermedad no la hubiera arrancado de nuestro lado de aquella forma tan dolorosa en la que se fue, dejando un vacío enorme en nuestras vidas.

Precisamente a ella, a mi madre es a la que le debo mi nombre. Debido a su fascinación por las plantas florales y en concreto al olor de la esencia de Jazmín, decidió llamarme «Jasmine». Debo reconocer que es lo único que me agrada de mí misma, además de mis ojos; sin duda alguna, mamá supo acertar con mi exótico nombre.

Mi padre trabaja como biólogo de investigación, evidentemente en una búsqueda sobre la cura contra el Cáncer, de hecho, trabaja en una empresa farmacéutica por esa razón puesto que él, está totalmente en contra de los medicamentos, pero es la única forma de acceder a los recursos necesarios para su investigación. Tal vez nunca supere la pérdida de mamá pese a que hizo todo lo imposible, cómo arruinarse en el proceso, hipotecó la casa y hasta casi vendió su alma al diablo con tal de que mi madre Suzanne se curase, cosa que desde luego no ocurrió para gran pesar de todos.

Recuerdo vagamente aquella época, puesto que casi siempre estaban en hospitales y a mí me dejaban en casa de una vecina algo mayor. Apenas les veía salvo el tiempo que pasaban en casa, el cual mi madre siempre estaba en cama debido a la debilidad con la que volvía de aquellas terapias a las que se sometía. Lo peor de todo, fue que detectaron la enfermedad a tiempo, pero nadie se esperó que avanzara tan rápidamente y sin dar tregua. En menos de dos años, su vida se apagó, apenas tengo recuerdos de su imagen si no fuese por las fotos o los videos que de vez en cuando veo gracias a que papá los

guarda como oro en paño en un baúl de su habitación, de lo contrario apenas podría recordar su imagen, salvo por la única foto que conservaba de ella en mi habitación.

Desde entonces papá no ha vuelto a rehacer su vida, aunque tiene sus aventuras de vez en cuando pese a que crea que no soy consciente de ello. Seamos francos; ningún hombre se echa colonia y se pasa más de diez minutos arreglándose solo para comer con los compañeros de trabajo, «puedo ser ingenua pero no idiota», sé que él tiene sus aventuras, aunque desconozco si es con la misma mujer o con varias, pero desde luego no habla de ello, ni tampoco es un tema que yo piense sacar a relucir durante la cena. Tengo presente que no es algo serio y que probablemente nunca lo será con ninguna de las mujeres con las que sale porque él aún conserva la foto de mamá en la mesilla de noche y jamás se quita la alianza de matrimonio, al menos mientras está en mi presencia.

Soy consciente de que mi padre se preocupa por mí, porque no salgo mucho de casa por no decir que prácticamente vivo encerrada en casa y apenas tengo amigas con las que salir, —bueno, en realidad no tengo ninguna ya que estamos sinceros—, pero las pocas que conservaba en el colegio me dieron de lado cuando pasamos al instituto. Al morir mamá, Andrew no supo hacerse cargo de una niña que comenzaba a ser adolescente, nunca tuve ropa muy femenina que digamos, ni zapatos bonitos y ni tan siquiera sabía lo que era llevar brillo de labios. No le culpo por ello, estaba demasiado afectado con la muerte de su esposa como para hacerse cargo de lo que requiere una niña que entraba en la adolescencia, además de las muchas cosas que me faltaron por no tener una madre o figura femenina a quien poder preguntarle infinidad de cuestiones de las que me avergonzaba confesar a mi padre.

Así que comencé a rechazar salir con mis amigas de entonces porque me

incomodaba el hecho de no tener ropa adecuada para salir, en lugar de bonitos vestidos de flores como ellas, podía notar las miradas de desdén las últimas veces que lo hice. Las pocas veces que recordaba haber pedido ropa nueva a papá, obtuve un no por respuesta, años después fui consciente a muy temprana edad de que Andrew no solo había hipotecado la casa, sino que había pedido un préstamo de una cuantiosa suma para los hospitales privados en los que mamá estuvo internada y eran deudas que obviamente debía pagar con un único sueldo. Además, intentaba ahorrar para cuando yo fuera a la Universidad o al menos es lo que decía cuando recibía sobres de dinero por navidad de familiares, Papá me los quitaba diciendo que ese dinero sería para mi futuro.

Conforme pasaron los años las amigas que tuve en mi infancia comenzaron a dejar de hablarme, incluso en clase me sentía algo incómoda. Ellas empezaban a salir con chicos, por suerte o por desgracia para mí, yo desde luego pasaba totalmente desapercibida para ellos, probablemente era menos atractiva que una tabla de planchar. Me había convertido en el bicho raro solitario del colegio, la empollona de clase y es que de alguna manera tendría que matar el tiempo por lo que lo hacía estudiando para evadirme del resto del mundo. Al final había tenido buen resultado centrarse en los libros ya que me habían concedido una beca para estudiar en la mejor Universidad de Londres de Arquitectura, la Bartlett School of Architecture. Adoraba la idea de diseñar grandes edificios algún día y ser una gran Arquitecta, aunque desde luego mi vocación no había llegado sola, sino más bien redirigida por él, por el objeto de mis más profundos deseos desde que le vi por primera vez y fui consciente de ello.

Me encontraba en la recta final de mi último año de instituto, en los exámenes finales para ser precisos. Papá se sentía muy orgulloso de mí por haber logrado sacar las mejores notas del instituto para que me concedieran la beca

puesto que la matrícula en esa Universidad es demasiado cara, tanto como medio año de su íntegro sueldo —algo demasiado alejado de nuestra humilde realidad—, en realidad, no estaba nerviosa por los exámenes en sí, sino por el hecho de llegar a la nota que me exigía el acceso a la Universidad, pese a que me hubieran concedido la beca por mi expediente académico no me eximía de lograr la nota tan alta de acceso que exigía la Escuela de Arquitectura, —por algo era la segunda más importante del mundo—, pero tenía que conseguirlo, tenía que entrar allí para alcanzar mi meta, para estar más cerca de él... y también estaba nerviosa porque cuando terminara los exámenes Papá y yo iríamos a Londres a buscar un apartamento. La escuela estaba en pleno centro Londinense por lo que la mejor opción era compartir piso, de esta forma saldría más económico y mientras lo buscábamos nos alojaríamos en casa del hermano menor de Papá, que vivía en el centro de Londres y tenía el Ático con las vistas más deseadas de toda la ciudad.

Desde que tengo uso de razón solo ha habido un hombre en mi vida que me hiciera suspirar, anhelar, soñar e ilusionarme por el significado del amor. Él era el único capaz de remover en mi interior ese mariposeo en el estómago con el simple hecho de pensar en él, —ni hablemos del hecho de estar en su presencia—, creo que más de una vez he creído estar embobada mirándole, aunque nunca me haya demostrado que se hubiera dado cuenta, pero la mera mención de que estaba enamorada de él era insólita. Jamás había expresado en voz alta mis sentimientos hacia él, ya estaba bastante loca habiéndome enamorado del hombre equivocado. Mil veces me repetí a mí misma que lo que debía sentir por él debía ser solamente fascinación y no amor, pero ahí seguía estando ese sentimiento anhelante cada vez que pensaba en él.

Sin duda alguna había que admitir que era sexy, a la vez que divertido, enigmático, guapo... y si a eso le añadimos que además era extremadamente rico e importante en el mundo de los negocios, se convertía en el hombre

perfecto que desearía cualquier mujer, pero yo no era cualquier mujer para él; sino su pequeña flor, como siempre solía llamarme. Era la hija de su hermano mayor, porque sí, había cometido la extremadamente locura de enamorarme perdidamente de mi tío Alessandro D'Angelo.

Siempre he tenido muy claro que jamás se fijaría en mí, yo siempre seré la hija de su hermano mayor; su sobrina. A pesar de que por nuestras venas no corriera la misma sangre, sin tener en cuenta que, si yo era inexistente para los chicos de mi edad, aún más lo sería para un hombre diez años mayor que yo, que puede tener y de hecho me consta que tiene a la mujer que él desee solo con mirarla. Era realista, Alessandro jamás me vería como en otro contexto que no fuera el de su pequeña sobrina.

Me contemplé en el espejo de medio cuerpo que había en la entrada de casa antes de salir. Mi cabello es muy oscuro, de hecho, es casi negro; tan liso y sin forma alguna que casi siempre lo llevaba en una cola debido a ello. Me fastidiaba que pareciera una vaca lamida tan pegado a la cara y mi padre nunca me permitía comprar productos para darle forma porque decía que me estropearía el pelo innecesariamente, eso sin contar que mi salud se vería afectada con tanto químico y su perorata de siempre. Usaba gafas negras de pasta, leer tanto me había pasado factura a la vista y nunca había pensado en usar lentillas por el coste que éstas tendrían, además de que no sé si me adaptaría a llevar algo en mi ojo durante todo el día. Mi silueta era delgada, no extremadamente, pero comer tan sano tenía sus ventajas, —adelgace casi siete kilos cuando mamá murió y a papá le dio por ser vegano—, perder siete kilos una niña de casi diez años debería haber sido delito de cárcel, pero según mi padre solo estaba “depurándose mi cuerpo”, efectivamente cuando pasé la etapa de trance en aquel cambio de alimentación, me estabilicé y comencé a engordar teniendo un peso saludable. Al menos en eso, tuve que darle la razón.

Había heredado los genes de mamá que tenía unos pechos de considerable talla, aunque siempre utilizaba sujetadores deportivos que conseguían disimular su tamaño porque los comprimían y el hecho de utilizar camisetas algo anchas hacía que pareciera que no tenía apenas pecho. Las curvas de mis caderas también se ocultaban en vaqueros que habían dado algo de sí por el uso y se camuflaban en ellos, pero eran algo anchas en proporción con mi cintura; extremadamente pequeña para mi gusto, pero como nunca la mostraba en público no era una molestia. Ni tan siquiera tenía un bañador porque nunca iba a la playa y la piscina estaba descartada, —la obsesión de papá por los químicos con respecto al Cáncer de mamá había llegado hasta esos extremos—, así que mi piel era blanca como la leche. Si no fuese porque cuando Andrew no está en casa subo a la terraza para tomar un par de horas el sol, —si es que podemos llamar sol a lo que hay en Middleton—, podrían confundirme con un vampiro, incluso de pequeña, recuerdo que me llamaban Blancanieves por ser tan pálida en contraste con el pelo oscuro y los labios demasiado rojizos en contraste. Desde entonces decidí que tomar el sol era lo adecuado, aunque tuviese que hacerlo a escondidas, no es que detestara que me llamaran Blancanieves, simplemente no deseaba ser el objeto de burla de nadie, a pesar de que no lo consideraba un insulto.

Lo único que me gustaba realmente de mi físico eran mis ojos, unos ojos grandes, de color verde con leves puntos en tono miel acompañados de unas pestañas negras y tupidas. Era una pena que se ocultaran tras mis gafas, pero era lo único que Alessandro alababa de mí cada vez que me veía; decía que mis ojos eran como dos gemas preciosas, —al menos me lo decía de pequeña cuando le observaba embelesada—, pero llevo tanto tiempo sin verle que temo que hasta se haya olvidado de que existo.

Cogí mis llaves de casa, cargué la mochila al hombro y salí cerrando con llave la puerta. Tan solo quedaban unos pocos días para volver a ver a Alessandro y

un par de meses para que mi vida cambiara drásticamente lejos de allí, lejos de todo para comenzar de nuevo.

Apenas había dormido los últimos días repasando todos mis apuntes para los últimos exámenes, lo cierto era que lo hacía un poco por no sentirme culpable después, pero en el fondo ya me sabía toda la lección de principio a fin. Llevaba todo el curso preparándome para este momento y a pesar de que mis compañeros parecían algo frustrados durante el último examen yo en cambio, me relajé. Expuse la redacción que solicitaba la última prueba de la mejor manera que me fue posible expresar y salí bastante contenta cuando la entregué. Ya era oficial, ¡Era una adolescente libre y podía comenzar a disfrutar del verano! Si es que el hecho de pasarlo encerrada en casa significa de alguna forma disfrutar... al menos podría leer todos los libros que tenía pendientes en mi wishlist esperando a que acabaran los exámenes. Eso me recordaba el hecho de que debía pasar por la biblioteca para dejar todos los libros que había sacado de apoyo para los dos últimos exámenes y de paso pedir prestado alguno sobre las materias que tendría en el próximo año académico.

La suerte de sacar los libros la última semana escolar es que no había que reponerlos hasta pasadas las vacaciones de verano, de manera que tenía todo ese tiempo para repasarlos. Me dirigí hacia la biblioteca, así no tendría que salir en toda la tarde, ya que siempre me daba más pereza una vez que llegara a casa y me pusiera ropa de estar por casa, seguramente papá comería en el trabajo para hacer las horas extras que faltaría cuando fuésemos a Londres en unos días, por lo que no pasaba nada si llegaba más tarde de lo normal. Al final como siempre me ocurría, saqué más libros de los que entraban en mi mochila, por lo que me tocó cargar con ellos en las manos e ir medio encogida y haciendo malabares mientras caminaba como un pato mareado hasta casa.

Hacía bastante calor para ser primeros de junio, aquí en Inglaterra no hace calor hasta bien entrado Julio y a veces ni por esas ya que casi siempre está nublado. Cogí el correo del buzón, descarté la publicidad mientras metía la llave en la cerradura haciendo malabares a la vez que sujetaba los libros con el estómago para que estos no se resbalaran. Un sobre distinto llamó mi atención, vi mi nombre escrito y me extrañé, aunque probablemente debía ser algo referente a la beca, pero era demasiado bonito al estar serigrafiado. Parecía casi una invitación de boda. Le di la vuelta y leí el nombre de Alessandro, en ese momento tiré todo a suelo de golpe debido a la impresión por tener noticias tuyas.

—¡Mierda que dolor! —grité cuando los pesados libros dieron de lleno en mi pie izquierdo, pero ni el dolor del golpe me impediría abrir la carta a la vez que cojeaba sobre el pie derecho mientras lo hacía.

El pulso se me aceleró, no sabía que era, pero todo lo que venía de él provocaba ese efecto en mí, dentro había una postal que no tarde en devorar con mi rapidez lectiva.

Enhorabuena a mi pequeña flor, que se ha convertido oficialmente en preuniversitaria, espero que te conviertas en una gran arquitecta para después poder ficharte en mi empresa. Sé que llegarás muy lejos. Estoy completamente seguro de ello.

Nos vemos pronto. Alex.

Había adjuntado un cheque regalo de unos grandes almacenes de ropa, lo guardé en el sobre cuidadosamente y me llevé la postal a mis labios; era de carácter simple, en blanco y negro con un pequeño dibujo de un edificio que

parecía realizado a mano, pero cuidadosamente impreso, estaba escrita del puño y letra de Alex, por lo que la había tocado con sus manos. Inspiré su aroma tratando de oler su fragancia, de sentirlo a él... si en ese momento hubiera pasado alguien por allí pensaría que estoy realmente loca besando un trozo de papel y suspirando por las letras de su contenido, pero yo vivía de aquellos pequeños detalles que Alex tenía conmigo, guardaba esos instantes y los atesoraba en lo más profundo de mi ser porque era lo único que obtenía de él.

Alessandro es el director de una Multinacional dedicada al sector inmobiliario, podría decirse que ha conseguido el puesto gracias a su inteligencia puesto que es demasiado bueno en los negocios, pero en realidad le vino por herencia materna. La madre de Alessandro es de origen italiano, ella se quedó embarazada a los dieciséis años y tuvo a Alessandro siendo madre soltera pese a la oposición de su familia al respecto, ya que son muy tradicionales en cuanto a eso. Cuando Alessandro aún era un bebé, su madre conoció al abuelo y pese a la gran diferencia de edad entre ellos, se enamoraron perdidamente, tanto que se casaron pocos meses después.

La familia materna de Alessandro es bastante adinerada. Probablemente aceptó la relación de buen agrado porque el abuelo reconoció al pequeño dándole su apellido como si fuera hijo suyo pese a no serlo —y recalco “no serlo” porque todos se empeñan en que es mi tío, que puedo entender que a efectos prácticos lo sea, puesto que para mi padre es su hermano, pero en mi caso no me interesa precisamente considerarle “tío”—, quizá fue ese gesto de que el abuelo lo reconociera o el hecho de que ya no tenían a una hija adúltera lo que provocó que gran parte de la herencia familiar de los D’Angelo pasara

a manos de Alessandro, dándole la oportunidad de crear el enorme imperio inmobiliario que había montado.

Nunca llamo a Alessandro “tío” puesto que como dije antes no lo considero así por más que todos insistan en que lo es. Así que evito catalogarlo con ese apelativo y siempre lo llamo Alessandro o Alex. Afortunadamente para mí, él nunca ha insistido en que deba llamarle tío, por lo que lo agradezco enormemente; al igual que Alex me apodó “mi pequeña flor” desde que era pequeña, jamás me ha llamado por mi nombre que yo recuerde, no sé por qué si soy sincera y cada vez que me ve me llama así, “Pequeña flor”, nunca se lo recrimine, es más, siempre me había gustado, pero ahora me recuerda el hecho de que yo para él siempre seré eso, pequeña. La tierna y entrañable sobrinita, —cosa que me hace sentir como una niña y no como la mujer en la que me he convertido—, porque él jamás me verá con los ojos de un hombre y eso solo provoca que sea consciente de mi triste realidad.

Alex vive en un enorme Ático dúplex de la última planta de un edificio en pleno centro de Londres que ha diseñado él mismo. Solo he estado allí una vez hace cuatro años y desee enormemente tener una casa como esa algún día. Mi vocación hacia la arquitectura se hizo más patente cuando vi su casa que obviamente a construido su empresa, una de las más importantes y reconocidas no solo en Inglaterra, puesto que hacen grandes inversiones inmobiliarias por Europa. Ahora se están expandiendo a los Emiratos Árabes, realizando grandes construcciones, lo sé porque siempre sigo sus pasos por internet, por eso sé que él viaja mucho y prácticamente no le vemos. Sueño con el día en el que pueda trabajar en esa empresa solo para poder verle todos los días o al menos casi todos e incluso tener el lujo de realizar algún viaje junto a él.

Pero no me haré ilusiones, sé que tiene novia; una tal Anna, rubia, alta, modelo de Ralph Lauren o algo así. No he querido ni buscar información sobre ella

para no deprimirme por lo extremadamente guapa, sexy y atractiva que es en comparación conmigo. Sé que mi relación con Alessandro jamás saldrá de mi perversa imaginación, pero no puedo evitar soñar con él y quererle. Desear esos ojos azules tan profundos como el mar, esa mirada que transmite sensualidad cada vez que le veo y ese aire seductor que posee. Hasta su voz es sexy, todo en él transpira erotismo por los cinco sentidos se mire por donde se mire.

Papá llegó horas más tarde para la hora de cenar, no es que tuviera mucha hambre, tal vez por la excitación de la postal de Alex, por lo que decidimos hacer unos sándwiches vegetales. Mientras los preparaba en la cocina, recibí una llamada de teléfono y por la conversación deduje que debía de tratarse de Alessandro, al parecer no podría estar en la fecha que iríamos a buscar apartamento, unos compromisos le retendrían un par de semanas más en el extranjero, aunque insistió en que podríamos hospedarnos en su casa, solo que papá se negó rotundamente si él no estaba, no le parecía correcto. Mi padre nunca aceptó nada de Alessandro, aunque cuando sucedió lo de mamá, él aún no había recibido el dinero de la herencia, pero después, tampoco pidió ayuda y casi podía asegurar que Alex desconocía los problemas financieros por los que habíamos pasado.

Aunque lo había deducido por la conversación, puse mi cara de poker cuando mi padre me confirmó que no iríamos a la casa de Alex porque él no estaría en la ciudad, aunque interiormente me entristecí. Tenía más ilusión por verle casi a diario durante esos días, que por buscar apartamento sinceramente. Ahora me tendría que conformar con la idea de encontrar un piso que estuviera cerca de su casa solo para tener la excusa de verlo a menudo cuando me mudase a la ciudad.

Buscar apartamento no resultó tan gratificante como esperaba, habíamos ido en

junio tal como teníamos previsto, dos días después de que me dieran la nota de acceso a la universidad que por cierto sobrepasaba la que solicitaban; así que oficialmente estaba más que admitida. El curso iniciaba a finales de agosto y tan solo faltaban dos semanas para dicha fecha, pero a papá no le gustaba ningún apartamento de los que veíamos y las residencias aparte de estar muy lejos eran demasiado costosas para nuestro presupuesto. El tiempo se agotaba y él no parecía ceder en ninguno de sus reclamos.

—Me niego a que compartas piso con una panda de fiesteros fuma porros — dijo mientras llamaba al siguiente número de teléfono.

Siempre había una pega y tampoco es que a mí me hubiera convencido mucho alguno de los apartamentos que habíamos visitado, pero sin duda, era menos quisquillosa que él. Si no era porque la habitación era ridículamente pequeña es porque había que compartirla y no le gustaba mi “futura compañera” o había un baño para diez personas o vivían chicos en el apartamento, o tenían pinta de fiesteros, o fumaban, o parecían raros, o el piso estaba hecho un asco. Total... que a dos semanas de comenzar las clases aquí me hallaba sin un lugar donde vivir y al ritmo que íbamos seguramente pasaría los primeros días de clase en un hotel de mala muerte.

Fuimos al último piso de la lista de anuncios. Para no variar vivían chicos, así que mi padre se volvió a negar en rotundo. Al salir decidimos ir a un café para descansar puesto que llevábamos toda la mañana sin hacerlo, intenté abrirle la mente a mi padre sobre que no era tan malo compartir piso con chicos si teníamos en cuenta que más de uno parecía gay, pero él negó con la cabeza mientras yo le hablaba como si ni tan siquiera me escuchara y sacó el teléfono. No quedaban más números a los que llamar así que no sabía a quién llamaría, pero me hizo un gesto con la mano para que pidiera los cafés y salió a hablar a la calle, suponía que lejos del bullicio de la cafetería que no le permitiría

escuchar bien.

Pedí los cafés cuando se acercó la camarera mientras esperaba a que volviera y pensaba en las ganas que tenía de estrangular a mi padre por tener ese carácter tan extraño desde la muerte de mama. Se había vuelto no solo protector y solitario, sino demasiado puntiagudo con todo por no decir “tiquismiquis”. Era casi insoportable, al menos iba a descansar de ese carácter en solo unos pocos días, pese a que lo echaría de menos porque en el fondo, yo sabía que él solo buscaba lo mejor para mí.

—Ya está solucionado— dijo volviéndose a sentar.

—¿El qué? —pregunté. No sabía de qué hablaba.

—Tu alojamiento, ¿Qué otra cosa sino? Te quedarás a vivir en casa de tu tío Alex —contestó sin más.

Yo le miré anonadada «¿Qué?, ¿Vivir con él?, ¿Con Alex?» ¡Dios mío! El corazón me dio un vuelco y creí que se me había olvidado respirar.

—En realidad me lo propuso él mismo cuando le dije que venías a estudiar aquí y más teniendo en cuenta lo cerca que está la Universidad de su casa, pero lo rechacé porque me parecía molestarle demasiado, además de abusar de su hospitalidad, pero tal y como se plantean ahora las cosas es la mejor opción, al menos por ahora. Quizá conozcas a alguna compañera de clase que tenga alguna habitación libre y te puedas mudar más tarde siempre y cuando yo lo apruebe, en cierta manera te podrás sentir incómoda viviendo con Alessandro y Anna en la misma casa, aunque no paran mucho por sus respectivos trabajos según me cuenta él.

«Mierda», pensé. No solo estaría Alex, también estaría su perfecta y guapísima novia Anna, ¿Tendré que ver como se dan muestras de amor en mi cara? No lo podré soportar...

—Si, seguramente encuentre a alguien a quien le sobre una habitación cuando comience el curso —confesé rápidamente.

—Bien, pues arreglado todo, ya nos podemos volver a casa —contestó mi padre mientras daba un sorbo al café que acababan de servirnos.

Estaba nerviosa, se acercaba el momento deseado y temido al mismo tiempo puesto que esta vez sí vería a Alex cuando volviese a Londres, es más, estaba a pocas horas de verlo. Mientras preparaba mis maletas que todo se reducía a tres macutos; uno con la única ropa que tenía, que no era mucha, al fin y al cabo, otro con los libros que me acompañaban a todas partes entre clásicos, favoritos y los muchos otros que tenía por leer y el último con mi ordenador, iPod y mi inseparable marco de fotos de mamá algo viejo y gastado pero que era la única foto que sí era completamente mía.

Papá había ido a echar gasolina al coche para el viaje, agradecí ese momento de espacio en el que guardaba mis cosas y básicamente le decía adiós a mi antigua vida en Middleton o al menos a la vida que hasta ahora había llevado. Tendría nuevos compañeros, nuevos profesores y esperaba que nuevos amigos después de tantos años sin poder definir de esa forma la relación con mis compañeros de clase. No me había llevado mucho tiempo guardar mis cosas en aquellos tres macutos y viendo mi ropa definitivamente tendría que comprarme algo con el cheque regalo de Alex, así que iría a los grandes almacenes ese fin de semana, probablemente después de que papá se marchara, ya que, con su repulsión a la moda, probablemente me hiciera canjearlo por algo que no fuera ropa.

Era viernes y próximo lunes comenzarían las clases. La idea era pasar el fin de semana en la ciudad para conocer un poco la zona con Papá, ver el camino que tomaría a la Universidad desde casa de Alex y después, mi padre se marcharía el domingo temprano de vuelta a Middleton para dejarme a solas

con Alessandro y su novia Anne. Eso era lo que me ponía realmente nerviosa, ¿Qué iba a hacer yo sola con la parejita feliz en aquel apartamento? Probablemente encerrarme en la habitación antes que tener que soportar como se hacían carantoñas. Lo cierto es que jamás los había visto juntos, solo en alguna foto googleada porque me resistía a buscar información sobre ellos para no martirizarme aún más.

El viaje comenzó silenciosamente, normalmente a Papá no le gustaba hablar mientras conducía porque decía que resultaba una distracción, así que a momentos me dormí y en otros escuchaba la música de mi iPod puesto que si en algo éramos incompatibles mi padre y yo a pesar de lo distintos que éramos en muchas otras cosas, era en cuanto a gusto musical. Él se conformaba con la radio y escuchar las noticias, como excepción podía escuchar algo de música clásica o canciones que en su época habían sido clásicos, nada de pop o música actual que estuviera en tendencia, como para hablarle del *reggaetón*, seguro que me tiraría el iPod desde la cima de una montaña.

—Hemos llegado.

La voz de papa me sacó del trance en el que estaba mientras escuchaba a Maroon 5. Miré al gran edificio en el que estaba situado el dúplex de tío Alex, mi padre hizo una llamada y enseguida se abrió la puerta que daba acceso al parking subterráneo del edificio, sabía que a Alex le gustaban los coches, tenía una pequeña colección de deportivos, pero parecían no estar allí o al menos no a la vista, porque cuando entramos solo había un todoterreno negro, una moto que parecía una Harley y un coche de gama alta pero sin ser demasiado llamativo, un Audi A8 blanco por lo que leí en las iniciales plateadas. Bajamos del coche con mis macutos y una pequeña bolsa de viaje de papá para dirigirnos hacia el ascensor que tenía acceso directo mediante llave al apartamento de Alex. Calmé mis nervios mordiéndome el labio, iba a ver a

Alessandro, después de tanto tiempo iba a volver a verlo y aún no terminaba de creérmelo.

Papá giró la llave justo en la cerradura que daba a la última planta, tenía una copia del apartamento de Alex por simple seguridad o por si venía a la ciudad y tenía que alojarse, aunque jamás había hecho uso de ella hasta el momento. Yo me quedaría con esa copia de llaves una vez él se marchase, en ese momento fui más consciente que nunca de que aquello estaba ocurriendo, iba a vivir con Alex, iba a verlo al despertar y al acostarme... ¡Dios mío cómo lo vea sin camisa moriré de un paro cardíaco o algo similar!

Las puertas del ascensor se abrieron y ahí estaba él, con su impecable traje gris perlado. Se había quitado la chaqueta, pero conservaba el pantalón grisáceo, con una camisa blanca impoluta sin ni una sola arruga y una corbata azul oscura. Había cambiado ligeramente el corte de cabello desde la última vez que le vi, pero seguía arrebatadoramente sexy y endiabladamente guapo tal y como recordaba, como siempre había sido.

—¡Mi pequeña flor!, ¡Cuánto tiempo sin verte! Aún no me puedo creer que vayas a ir a la universidad, como pasa el tiempo... ¡Si hace nada correteabas en pañales! —dijo exaltado mientras se acercó hasta mí para abrazarme. Apenas pude devolver su abrazo porque no había soltado los macutos que llevaba agarrados en ambas manos, pero su perfume invadió literalmente mis fosas nasales y gemí interiormente de placer, «Dios... ese hombre olía a sexo en estado puro».

Se alejó para saludar a papá con un leve abrazo y sentí el repentino abandono de su fuerza, de su calor, de su todo.

—Espero que no sea una molestia el quedarme aquí Alex —dije cuando al fin reaccioné. Mi voz sonaba un poco incómoda.

—Para nada pequeña flor —rebatí enseguida—. Te quedarás en la habitación de invitados que hay abajo, tiene su propio baño así que estarás mucho más cómoda y tendrás tu propio espacio. Ven, he encargado que la preparasen para tu llegada.

El dúplex de Alex era enorme, nada más entrar ya estabas en el gran salón acristalado al exterior, tenía una especie de recibidor al ser más estrecho por la entrada, pero en realidad no había tabiques que impidieran ver la amplitud, todo era diáfano y amplio como a mí me gustaba. La cocina estaba integrada en una esquina con una isla central y barra americana para tomar el desayuno que hasta tenía sus banquetas para dicha función, era relativamente pequeña pero muy cómoda, con encimera pulida blanca y los muebles en madera vetada de marrón oscuro probablemente de roble. Las escaleras que accedían a la planta superior también nacían del salón, estaban situadas de manera que dividían la estancia en dos; una donde se situaban los sofás y la televisión. En la otra había una gran mesa para dar plato al menos a una docena de personas. Todo estaba decorado con buen gusto, se veían algunos toques de plantas que indudablemente le daban un cierto aire femenino, a pesar de la sobriedad con la que todo estaba decorado en tonos neutros, salvo los cojines de color turquesa del sofá, éstos y los llamativos cuadros de aire moderno eran el toque de color de todo el dúplex.

De una esquina del salón se abría un pasillo y vi como Alex se dirigió hacia él. Le seguí mientras me fue enseñando las puertas que había y a lo que pertenecía cada una de ellas. Había un baño, una pequeña habitación que había destinado a biblioteca que en su día fue su despacho privado y finalmente la última puerta del fondo, la que sería mi habitación. La estancia era amplia y contaba con una cama de matrimonio cuyas fundas blancas bordadas en dorado se me asemejaban a las que veía en las revistas de decoración. El cabecero de la cama era de forja con símbolos floreados también en blanco, al igual que

las paredes salvo por una de ellas que tenía papel pintado en tonos blancos y grises. La mayor parte de los muebles eran blancos salvo por los detalles de los tiradores, hice una vista genérica y reparé en los cuadros, todos eran de edificios creados por arquitectos de renombre y algún boceto a mano antiguo que había sido enmarcado. Me encantaba... de hecho me pregunté si habrían sido colocados allí por mi o si ya los tendría con antelación. Había una puerta a la derecha que daba a un baño también muy amplio y completo, tanto que contaba hasta con una ducha hidromasaje y dos senos de lavabo, sin duda la habitación era para dar cabida a una pareja, de ahí las dimensiones.

—Con el tiempo quiero añadir la biblioteca como vestidor de esta habitación, puesto que ya no hago uso de lo que en su día fue el despacho, pero de momento te tendrás que conformar con este pequeño armario —dijo Alex mientras me señalaba el que para él era un “pequeño” armario pero que era el doble de grande que el que yo tenía en mi casa de Middleton. Pensé en lo ridícula que se vería mi ropa cuando la colocara.

—Será más que suficiente Alex, no he traído muchas cosas —contesté por decir algo.

—Eso he visto, pero bueno, estoy seguro de que aquí podrás encontrar de todo. Has hecho bien no trayendo mucha ropa ya que estoy seguro de que querrás renovar casi todo tu armario ahora que vas a ir a la universidad, ¿No es eso lo que hacen todas las chicas de tu edad? —comentó con un amago de sonrisa.

No contesté a su pregunta, solo sonreí por respuesta, sí que pensaba comprarme algo, pero más por necesidad que por renovar mi armario, aunque con un par de vaqueros y alguna camiseta probablemente podría pasar el resto del curso. De todos modos, no añadí nada puesto que mi padre estaba presente y podría decir algo. Además, no mencioné el cheque de Alex por si él decidía

darle otro destino al regalo y esperaba que Alessandro no lo mencionara.

Salimos a cenar a un restaurante asiático, acabamos pidiendo sushi para un regimiento a pesar de que solo éramos tres. Pensé que Anna estaría cuando viniéramos, pero según nos contó Alex tenía un desfile en Nueva York y volvería la próxima semana. En aquella cena descubrí que Anna y él no vivían juntos realmente pero que se quedaba algunas veces en casa, sobre todo si acudían a algún evento juntos, me tranquilicé pensando que ella no sería una presencia constante en el apartamento que me dijera lo inalcanzable que Alex era para mí, pero en el fondo, me haría ser realista.

El sábado fui con papá a pasear por el centro de la ciudad, encontré el centro comercial de los grandes almacenes de los cuales eran el cheque regalo de Alex, no estaban lejos del apartamento por lo que podría venir sola cuando Papá se fuera, sin necesidad de preguntarle a nadie. Llegamos hasta la que sería mi Facultad en tan solo dos días —que nervios—, la había visto por fotos y cuando vine en junio a ver apartamentos, pero ahora se encontraba cerrada, me gustaba lo sobria que parecía, estaba en un edificio muy antiguo. Lo cierto era que apetecía comenzar, todo el verano estando ociosa, hacía que tuviera la necesidad de ocupar mi tiempo, necesitaba sentirme llena cogiendo apuntes, dibujando y estudiando para los exámenes, quizás si el curso no era muy agobiante cogiese algún trabajo de fin de semana para evitar ver a Alex y Anna juntos, necesitaría llenar mi tiempo para no pensar o me deprimiría.

El Domingo Papá se fue bastante temprano y yo me quedé guardando y colocando las cosas en mi habitación, cosa que no me llevó más de una hora debido a que no eran muchas. Me sentía un poco desubicada, sin saber que hacer exactamente en aquella casa tan grande y sola con Alex, «con mi Alex», pese a que él parecía estar trabajando porque no paraba de escucharlo de fondo hablando por teléfono en un idioma que no era inglés.

Decidí salir a dar una vuelta y de paso ver si el centro comercial estaba abierto, iba a ser la primera vez que saldría sola, solo esperaba no perderme, no es que tuviera buena suerte con eso de las referencias y las ubicaciones, tal vez porque había salido poco o nada de Middleton.

Cuando salí con mis típicos vaqueros anchos y gastados, la camiseta blanca con el logotipo de un medicamento, mis zapatillas algo viejas y mis gafas de pasta negras me sentí un poco incómoda al ver a Alex, tan impecablemente immaculado a través de mis gafas mientras caminaba de un lado hacia otro con su traje que ni en Domingo parecía quitárselo, era como su segunda piel al parecer.

Hice sonar las llaves para llamar su atención y él pareció decir algo al teléfono y apartarlo de su lado.

—¿Vas a salir pequeña flor? —dijo con aquella sonrisa de dientes blancos impecables, aunque no sabía porque tenía la sensación de que era casi forzada, como si la hubiera ensayado miles de veces para un anuncio.

—S....si —respondí algo nerviosa.

Cuando Alex me miraba con aquellos grandes ojos azules, yo dejaba de ser humana para convertirme en un trapo inservible sin razonamiento alguno. Mi cerebro se esfumaba como le salieran patas para abandonarme por completo.

—Está bien. Llévate el móvil por si te pierdes o te ocurre cualquier cosa y llámame si pasa algo, ¿ok? —dijo antes de volver a colocarse el teléfono en la oreja.

—Si claro —contesté mientras me encaminaba hacia la puerta—. ¡No tengo tu número! —grité de pronto dándome cuenta de ello.

Él estaba a punto de hablar y se acercó a mí rápidamente haciéndome un gesto

para que le diera mi teléfono. Mientras marcaba su número en mi teclado yo solo podía no morirme de placer aspirando su aroma varonil, ¡Por todos los dioses!, ¿Por qué tenía que oler tan condenadamente bien? Seguro que no era el perfume que venden en el supermercado, aunque seguro que Alex podría robar corazones, aunque saliera directamente del cubo de la basura.

Cuando me guiño un ojo al mismo tiempo que me entregaba el teléfono y dijo una frase al teléfono que sonó demasiado erótica; ya fuera por el momento, el guiño, el perfume o todo él en sí mismo, salí pitando de allí como si me hubieran prendido fuego. No sabía cómo iba a aguantar todo un curso si ni tan siquiera había sido capaz de aguantar cinco minutos a solas con él.

Tenerlo tan cerca y no poder tocarlo o demostrar cuánto me gustaba iba a terminar por consumirme, tenía que encontrar la forma de sacármelo de la cabeza, pero si no había podido hacerlo en años pese a no verlo apenas, ¿Cómo iba a lograrlo ahora que lo vería siempre?

Afortunadamente para mí, los grandes almacenes abren hasta incluso los Domingos. Lo siento por las personas que tendrán que trabajar esos días para los ansiosos consumistas que ni en días de descanso cesan en comprar, pero hoy desde luego, agradecía que aquel centro comercial abriera sus puertas porque personalmente me sacaba de un apuro para no aparecer con aquellas pintas en mi primer día de universidad.

Bien podría haber ido ayer por la tarde, pero sabía que el tema “compras” a Papá no le gustaba nada, cosa que desde luego no parecía tener en común con Alessandro que siempre iba hecho un pincel de arriba a abajo, ya podría parecerse un poco mi padre en eso que probablemente no se compraba una camisa desde hace más de seis años. Tampoco era que viviéramos como si fuéramos pobres, es solo que mi padre le daba importancia a las cosas que no eran material, supongo que la muerte de mi madre le hizo darse cuenta de que lo que verdaderamente importa en esta vida es la salud y no cuantos vestidos puedas tener en el armario o pares de zapatos más que tiempo para usarlos. En el fondo tenía razón, pero solo en parte, lo quisiera o no, todo el mundo juzgaba la fachada exterior y el envoltorio que lo cubría. Lógicamente no opino que haya que despilfarrar y tener demasiado, pero al menos sí lo justo y

necesario, mi padre se quedaba por debajo de esa línea para mi desgracia, pero como ahora ya se había ido, no necesitaba su aprobación o su más bien cara de disgusto por gastar dinero en “cosas innecesarias”.

Me fui directamente a la sección de mujer que estaba en la cuarta planta, realmente había tres plantas para mujer, pero una era de lencería y otra de calzado así que me fui a la de ropa de calle y en concreto a la zona donde estaban los vaqueros. Hacía tanto tiempo que no me compraba unos que desconocía hasta cuál sería mi talla, así que elegí varios entre los que me parecían que podría entrar y me fui a los probadores. Yo no entendía de marcas ni de esas cosas que las chicas llaman “firmas”, pero sabía que en función de eso ya fuera por la calidad o no, la prenda se encarecía.

De entre todos los que me probé solo me gustaba uno en concreto, no se me quedaba tan ajustado como si fuera una segunda piel que hasta resultaba incómodo por estar tan apretado, pero tampoco me quedaban grandes como los que yo tenía en casa. Eran perfectos, algo entallados y ajustados en las caderas, aunque mi cintura se quedase un poco bombacha, pero nada que no arreglase un cinturón. Y hablando de cinturones, no tenía ninguno ahora que lo pensaba.

Con unos vaqueros y el cinturón cuya cifra sumaba la friolera de casi 400 libras, fui hacia la caja para pagar, —no sabía si el cheque regalo de Alex llegaría para cubrir o no esa cantidad—, pero yo tenía la tarjeta que papá me había sacado hacía un par de semanas para mis gastos, donde él me iba a depositar seiscientas libras cada mes para que no tuviera que pedirle nada a su hermano.

Cuando llegué a caja no solo me sorprendí porque el cheque cubría aquellos dos artículos, sino que me hicieron un vale donde marcaba el resto del importe que aún podía gastar. Cuando vi más de tres dígitos casi me da un ataque

cardiaco, el cheque que me había regalado Alex era por un importe de 6.000 libras, ¡Ya debe sobrarle el dinero para haberme regalado seis mil libras, así como así!, ¡Si con esa cantidad podría comprarme un coche de segunda mano! Se había pasado tres pueblos, aunque sabía que a Alex lo que le sobraba, era precisamente dinero. Pese a saberlo, no compré nada más, aunque ya volvería probablemente durante las próximas semanas en cuanto me fijase como vestían las chicas de mi facultad.

Volví a casa con mis pequeñas compras y la idea de que estaríamos solos en aquel inmenso dúplex comenzaba a hacer mella en mí, ¿Le vería en pijama?, ¿Como dormiría?, ¿Quizá lo haría en ropa interior? Realmente me costaba hacerme a la idea de ver a Alessandro en un tipo de vestimenta que no fuera su immaculado traje gris, azul o como mucho, negro. Esos colores parecían ser sus básicos y jamás le había visto salirse de ellos en los últimos seis o siete años.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron no vi a nadie, ni escuché absolutamente nada, ¿se habría ido? Los documentos que había sobre la mesa cuando salí de casa no estaban y no había ni rastro de Alex, al menos en lo referente a la planta baja del apartamento.

—¿Hola? —dije en voz alta para saber si había alguien.

Como respuesta una estridente música comenzó a sonar procedente de alguna habitación de arriba con un volumen bastante alto, al menos supe en ese instante que no estaba sola en la casa, pero me moría de curiosidad por saber qué estaría haciendo Alex con aquella música tan alta, no me lo imaginaba bailando, y mucho menos pegando brincos como un loco. No, él siempre era tan meticuloso y perfecto que no me lo imaginaba de otro modo.

En lugar de subir y cotillear, me fui a mi habitación, era mi primer día allí y no quería hacer algo de lo que luego arrepentirme, intuía que, si Alex me había

instalado en la planta baja, no solo era por mi propia privacidad sino también por la de él mismo. Asumí que la planta de arriba era “vetada” para mí, al menos hasta que demostrara lo contrario porque de hecho ni tan siquiera me la había enseñado en el tour que me hizo justo cuando llegué, pese a que mi padre sí se alojase arriba, yo no llegué a subir y tal vez le molestara que lo hiciera, por lo que reprimí mis ganas aguantando la curiosidad de saber que estaría haciendo en aquellos momentos.

Estuve matando el tiempo fabricando unas plantillas de horarios y calendarios que con toda probabilidad rellenaría a lo largo de la primera semana de clase y me dispuse a colocar la ropa que me pondría al día siguiente, no sabía en qué más entretenerme porque estaba segura de que si salía de mi habitación querría ir a investigar la planta superior para verlo. Cuando me puse de puntillas para intentar coger de una de las estanterías el libro que había dejado a medias sobre “Grandes construcciones del siglo XIX” y mi puerta que no estaba cerrada sino ligeramente entreabierta se abrió del todo, la figura presente dio unos golpes para llamar mi atención, que sin perder la postura giré levemente mi rostro hacia él.

«¡Oh santa Virgen!, ¡Madre de Dios!» me dije mentalmente cuando vi a un Alex sin camisa y únicamente vestido con un pantalón de chándal negro o tal vez azul ¿qué más da el color? Con unos pectorales absolutamente marcados, perfectos, ¿duros? Si, probablemente durísimos y con un brillo que denotaba el sudor de que había estado haciendo ejercicio para fortalecerlos. No se como no desfallecí en ese instante pero sí que sentí el golpetazo del libro en mi cabeza al deslizarse de mis dedos.

«Mierda» gemí pero no me quejé del dolor y aparenté que no estaba completamente exhausta con las vistas.

—¿Estás bien pequeña flor? —preguntó instantáneamente—. Tal vez te asusté,

pero vi la puerta abierta.

—No, tranquilo. Es solo que no esperaba que entraras y me asusté un poco, la costumbre quizá... —fingí con una leve sonrisa mientras trataba de centrar mi vista en su cara y no en su pecho.

—No te oí llegar y me preocupaba que no hubieras vuelto aún, no me gustaría tener que decirle a tu padre que te he perdido el primer día —añadió con una ligera sonrisa y observando probablemente la cara de estúpida que tendría en esos momentos.

—Yo... esto... no sabía si te molestaría. Escuché la música y como era lógico no me sentiste —confesé sincera.

—Arriba está la sala de máquinas, por si alguna vez te animas a hacer algo de ejercicio y también está la piscina. Ahora que lo pienso, ¿no te enseñé la parte de arriba? Evidentemente ha habido algunos cambios desde la última vez que estuviste hará algunos años, pero puedes indagar tu misma ahora que vivirás aquí.

—Si, gracias... tal vez me anime a nadar un poco —dije sabiendo que no tenía traje de baño y que sin duda alguna compraría al día siguiente uno solo por tener la excusa.

—¿Que te apetece cenar? —preguntó de pronto.

Lo cierto es que ahora que lo mencionaba tenía hambre, ¡Mucha hambre de hecho!

—Con una ensalada o unos sándwiches me bastará —contesté sin querer importunar.

—Había pensado en pedir unas hamburguesas a un restaurante buenísimo, pero puedo pedir algo distinto para ti.

—¿Hamburguesa? —Llevaba sin probar la carne una eternidad... ¿Pasaría algo si volvía a probar la carne?

—Hay hamburguesas vegetales —añadió como si me hubiera leído la mente.

—Entonces será perfecto —contesté sonriente evitando en todo momento mirar ese pecho sin vello alguno y todo puro músculo, ¡Hay mi madre que difícil iba a ser vivir allí sin que me diera un patatús por verlo de esa manera!

—Voy a hacer el pedido y a nadar un rato, si llaman les abres y recoges el pedido, no habrá que pagar nada —contestó guiñándome un ojo consiguiendo que mis piernas me temblaran y le diera una de esas sonrisas de niña tonta enamorada. Definitivamente con Alex no iba a tener el control de mí misma en ningún momento, solo esperaba no meter la pata o que al menos, no fuera demasiado “evidente” lo enamorada que estaba de él.

Debió pasar alrededor de media hora cuando el timbre de casa sonó, se me había olvidado preguntarle a Alex cómo funcionaban esos chismes así que me acerqué al telefonillo y la cámara se había iluminado dejando ver al supuesto repartidor ¿Como se suponía que le abría?, ¡Si la puerta de casa era un ascensor!

Le dio al botoncito que tenía una llave y al parecer el chico entró, ¿Ya está?, ¿Así de fácil? Me apremié a mí misma por haber acertado a la primera, pero cinco minutos después estaba claro que no... el chico no aparecía y el ascensor parecía no moverse.

—¿Alex? —dije un tanto desesperada—. ¿Alex? —grité un poco más alto mirando hacia arriba de la escalera como si su imagen fuera a aparecer de un momento a otro cual ángel salvador.

—¿Sí? —respondió un minuto después.

No era un ángel, era un Dios, ¡Bendito sea! Pese a la distancia que proporcionaba la escalera podía verle empapado, con el pelo humedecido y las gotas de agua marcando ese perfecto pecho, llevaba una toalla anudada a la cintura que le llegaba casi a las rodillas, ¡Ay mi madre que sed!, De pronto me entraron unas enormes ganas de beber agua lamiendo aquellas gotas de su cuerpo.

—No sé cómo abrir —dije reaccionando de pronto a mi lapsus mental.

—¿Le diste al botón de la llave de la puerta de entrada?

—Si —contesté. Hasta ahí había llegado mi comprensión.

—Entonces lo más probable es que esté en la puerta —contestó serenamente.

¿En la puerta?, ¿Pero qué puerta?, ¡Allí no había ninguna puerta! Aunque ahora que lo pensaba... en casi de incendio, no se podría utilizar el ascensor, ¿Dónde estaban las escaleras de emergencia?

Unos golpes me hicieron volverme hacia mi izquierda donde fijándome ahora al lado de la cocina había una línea fina negra que simulaba una puerta, estaba tan complementada con la pared que no parecía una puerta, ¡Si ni siquiera tenía tirador!

—¡Pulsa el botón del candado para abrir! —escuché de lejos la voz de Alex acompañada de unas risas. Perfecto, ahora había quedado como una estúpida.

Efectivamente en el portero había otro botón de un candado, le di y la puerta se abrió, al menos deduje que sí por el sonido que hizo. Sonreí al chico que me entregó el paquete con el pedido y se marchó después de darle las gracias. Al menos ya sabría cómo abrir a alguien la próxima vez, pensé mientras dejaba el paquete algo pesado sobre la encimera de la cocina.

—¡Que hambre! —escuché justo tras de mí y no pude evitar dar un pequeño

salto del susto al escuchar su voz tan de cerca, casi me había susurrado al oído, estaba buscando algún tipo de tapetes o manteles en los cajones de aquella cocina y no lo había sentido llegar, probablemente porque estaba descalzo, pensé cuando me fijé en sus pies.

—Pequeña flor, están allí.

Le miré y vi que me señalaba uno de los cajones mientras se metía un puñado de patatas en la boca, por suerte estaba vestido, en lo que parecía una especie de chándal, pero con ropa, al fin y al cabo. Me sorprendía verle sin aquel impecable traje pero al menos podría cenar sin atragantarme o eso esperaba.

Decidimos comer en la propia encimera de la cocina y Alex sacó todos los paquetes que no solo contenían las hamburguesas sino un motón de cosas para picar como aros de cebolla, sticks de mozzarella, patatas fritas, alias de pollo, palitos de pescado o fritura variada de verdura. Saber que había pensado en mí, me agradó, pero yo era su única “sobrina” por lo que era normal que se preocupara por mi o eso pensaba.

—Alex —dije de pronto acordándome de la enorme cifra que me había regalado como cheque regalo.

—¿Si, pequeña flor? —contestó sin dejar de engullir.

¿Dónde echaría este hombre toda aquella comida? Si por su cuerpo no había rastro de grasa alguna, de todos modos, me ponía tan nerviosa su cercanía que apenas había logrado probar bocado, estábamos sentados uno al lado del otro y si me movía un poco, podía rozar mi pierna con la suya. Me ajusté un poco más las gafas por el gesto nervioso de estar a solas con él, comenzando a tener una conversación por primera vez sin que nadie más, estuviera presente.

—Hoy fui a los almacenes de los que me provenía el cheque regalo que recibí por mi acceso a la Universidad.

—¿Y lo gastaste? —preguntó sin importancia—. Mi empresa tiene varias cuentas en esos almacenes para algunos gastos y suelo comprar mis trajes allí, así que dejaré dicho que si alguna vez necesitas algo lo pasen a mi cuenta.

—¡Pero si el cheque es demasiado!, ¡Es mucho dinero Alex! —grité estupefacta.

En cambio, él frunció el ceño extrañado.

—Pequeña flor, solo uno de mis trajes cuesta bastante más que ese cheque, pero no tenían cheques para regalo por un valor superior —contestó tan serio que me hizo sentir ridícula.

Mi cara debía ser un poema, ¿Superior? ¿Pero qué pretendía regalarme?, ¿Casi el importe de un coche?, ¿Es que estaba loco?

—Aun así, es mucho. No necesito que gastes tanto en mí, bastante tienes ya con que me haya venido a tu casa de ocupa —respondí tratando de disculparme.

—¡Oh vamos! Para mi será como recordar viejos tiempos cuando yo asistía a esa facultad hace diez años. Me pregunto si todavía estará allí el profesor Misherald, era muy bueno dando clase de Estructura avanzada, pero sus exámenes eran la muerte, todos los temían por la cantidad de suspensos, aunque yo no tuve inconveniente en aprobar a la primera —mencionó como si su mente divagara años atrás viajando en el tiempo.

Alessandro había estudiado en la misma facultad a la que yo acudiría, solo que él no lo hizo consiguiendo una beca, sino que se lo costeó su familia materna. Si, reconozco que mis ganas de estudiar allí no solo eran debidas a ser la mejor facultad de Arquitectura de todo el País y la segunda del mundo, sino también porque Alex lo había hecho, pero viendo los edificios que él había diseñado no podía culparme por desearlo, de allí salían los mejores

arquitectos del mundo y yo pretendía ser uno de ellos.

Una llamada de teléfono interrumpió nuestra conversación, ya habíamos acabado de cenar y por su respuesta al teléfono, deduje que sería Anna, al menos era una mujer, ese “Hola preciosa” que dijo al contestar no se lo diría precisamente a un cliente o socio de trabajo. ¿Cómo sería escuchar preciosa de los labios de Alex si me lo dijera a mí? La única definición con la que él me calificaba era “pequeña flor”, así que suponía que jamás lo sabría.

Recogí el desastre que habíamos creado sobre la encimera cuando vi que Alex subía las escaleras hacia la planta superior buscando intimidad para hablar por teléfono. No me podía entristecer porque ese mágico momento que estábamos compartiendo se acabara, debía ser realista, yo para él era su sobrina y dudaba que alejara ese estigma con el que me había clasificado, así como así, de hecho, era innegable que jamás lo haría por más que yo deseara lo contrario. Alex me había visto nacer, crecer y para él, siempre había sido, era y sería la hija de su hermano.

Me di una ducha para estar algo más fresca y preparé la ropa que me pondría al día siguiente incluyendo mis vaqueros nuevos y el cinturón, una camiseta blanca que me pondría por dentro a la que de tantas lavadas se le había caído el slogan del producto que anunciaba y mis zapatillas algo gastadas.

Con todo preparado me metí en la cama, no esperaba que Alex volviera y me diera las buenas noches precisamente, él era un hombre ocupado y probablemente estaría al teléfono un par de horas más. Así que con la sensación más lejana que nunca de lo inalcanzable que Alex sería para mí, acabé quedándome dormida pensando en lo que el destino me tendría preparado para el día siguiente.

Me levanté bastante temprano puesto que se suponía que a las ocho de la mañana sería el seminario donde inauguraban el curso, nos darían la bienvenida y nuestro horario de clase. Así que a las siete me di una ducha rápida, vertí algo de zumo en un vaso y lo bebí de un trago mientras echaba una manzana a la mochila para comerla durante el camino a la facultad.

—Buenos días pequeña flor, anoche te quedaste dormida.

Alex estaba de nuevo con su impoluto traje, esta vez azul oscuro que le combinaba perfectamente con su color de ojos. Estaba increíblemente guapo y arrebatador, era sin duda el tono que más me gustaba por lo bien que le quedaba.

—Si, estaba algo cansada y me acosté pronto —contesté.

¿Habría entrado en la habitación para verificarlo? Solo con pensarlo ya me estremecía de imaginarme a Alex observándome mientras dormía.

—Que tengas un buen día pequeña flor —dijo mientras guiñaba un ojo y sonreía levemente. Si se lo proponía podía hacerse rico haciendo anuncios de

pasta dental con aquella dentadura blanca y perfecta. Aunque él ya era rico ahora que lo pensaba.

—Que tengas un buen día, Alex —contesté sonriendo como una boba y me fui. No fuera a ser que llegara tarde solo por quedarme mirándole como una idiota.

Tenía unas enormes ganas de conocer la Universidad y los que serían mis nuevos compañeros de clase, lo que no esperaba era que al llegar me perdiese en aquella grande y enorme facultad. Mi gps funcionaba mal, hasta ahí llegamos... pero si añadimos mi patosidad innata y mi vergüenza por preguntar a alguien, la combinación era peor que mala.

—¡Ey! —Un grito en aquel pasillo desierto me hizo volver la vista para toparme con una chica pelirroja. Aunque su color de pelo no parecía natural, era de ese rojo fuego intenso que brilla tanto que logra atrapar la atención, aunque intentes evitarlo. Vestía con unos vaqueros ajustados y una blusa suelta que marcaba bastante su escote, aunque lo más llamativo eran sus sandalias de tacón alto que la hacían tener una figura deslumbrante. Era algo más bajita que yo a pesar de llevar aquellos zancos, pero increíblemente guapa.

—¿Sabes dónde se imparte el seminario? —preguntó. Me alegró saber que no era la única que se había perdido el primer día.

—No, yo también lo estoy buscando —confesé.

—Bueno, al menos ya no me siento tan estúpida —contestó sonriente mientras me tendía una mano—. Soy Erika y supongo que tú también serás nueva este año.

—Soy Jasmine y supones muy bien —respondí con una sonrisa.

—¡Jasmine!, ¡Me encanta! Bueno, será mejor que encontremos a alguien o

llegaremos tarde y por lo que cuentan, eso no es buena señal aquí.

Cuando entramos al seminario ya estaba el aforo casi lleno así que nos fuimos a las últimas filas siendo observadas por todos los chicos de la facultad que en su mayoría eran hombres, más bien observaban a Erika, no a mí. Reconocí que aquella chica no solo vestía exuberante, sino que ella en sí lo era por su forma de caminar, así que era normal que la observaran como lobos en celo.

Yo jamás podría ser así de sexy, de guapa o llamativa. Veía a esas chicas con un poco de envidia, puesto que no tenía ni la más remota idea de cómo combinar bien un vestido con unos zapatos, cuanto menos elegirlos... mi instinto por vestir de forma básica había anulado mis gustos, tal vez debiera comprarme una revista de moda para intentar aprender algo de combinar ropa.

—Bueno, se acabaron definitivamente las vacaciones —dijo Erika apesadumbrada una vez que salimos del seminario.

Yo la miré entusiasta, lo cierto es que había deseado que comenzara el curso, pero más bien por estar cerca de Alex que por estudiar en sí, a pesar de que necesitaba llenar ese hueco vacío de ociosidad que de pronto había en mi vida. Tendríamos clase todas las mañanas de ocho a dos, básicamente era como tener un horario de instituto solo que las prácticas para quien deseara cogerlas eran por la tarde a partir del segundo semestre.

—¿Y de dónde eres cerebritito? —preguntó de pronto Erika mientras caminábamos hacia la salida.

—¿Por qué supones que soy un cerebritito? —contesté sonriente—. Soy de Middleton.

—En esta facultad solo entran niños de papá o empollones. Por tu atuendo deduzco que no eres niña de papá así que probablemente pertenezcas a la segunda de las opciones —respondió divertida.

—¿Eso significa que tú eres niña de papá? —pregunté en el mismo tono.

—Totalmente —confesó mientras rebuscaba algo en su bolso hasta que sacó un paquete de chicles y me ofreció uno a la vez que me negaba—. Y lo acepto gustosamente.

—Pues entonces tendré que admitir que soy una empollona —dije encogiéndome de hombros.

—Creo que nos llevaremos muy bien, compi de clase —dijo chocándome con su codo el brazo—. ¿Y compartes piso? Ojalá yo no viviera en la ciudad, tendría la excusa perfecta para irme ce casa —refunfuñó como si fuera lo que más deseaba.

—Me alojo en casa de mi tío, bueno, no es mi tío en realidad —corregí rápidamente mientras Erika me miró extrañada pero no preguntó nada al respecto y lo agradecí, serían dar muchas explicaciones.

El resto de la mañana solo fueron presentaciones que duraron poco tiempo de las asignaturas que tendríamos ese semestre. Terminé sabiendo que Erika era de padres divorciados, vivía con su madre —una obsesionada del control—, que tenía un salón de belleza bastante conocido y del cual supuse que habría salido ese magnífico pelo rojo brillante que ella llevaba perfectamente cuidado. Para mi sorpresa, Erika trabajaba algunas tardes y fines de semana en aquel salón de belleza, por lo visto su madre decía que era una forma de aprender un oficio, aunque a ella por lo visto, le encantaba hacerlo a pesar de era una imposición.

Su padre era un relevante abogado y quién pagaba sus estudios, además de todos sus caprichos. Daba la sensación de que lo hacía para suprimir el poco tiempo que pasaba con su hija o era lo que las palabras de Erika daban a entender.

Fui con ella a comprar los libros y materiales que nos habían pedido para las primeras clases que tendríamos esa semana. A mi me encantaba el olor a nuevo de los libros, tal vez fuese por los pocos que había tenido en ese estado, puesto que casi todos mis libros siempre eran de segunda o tropecientos mil manos después.

—Yo me quedo aquí —dije señalando el edificio de Alex.

—¿Vives en el Costa D'Angelo? —preguntó sorprendida Erika.

—Si —respondí algo tímida no sabiendo que definían así al edificio, ya que no tenía nombre, al menos en la fachada.

—Ese tío, pero realmente no tío tuyo... —comenzó a decir recitando mis propias palabras—. ¿A qué se dedica? Porque te aseguro que uno de esos apartamentos cuesta una pequeña fortuna.

Intuí que quería saber si mi tío “no tío” era podridamente rico.

—Es Alessandro D'Angelo —confesé.

¿Para qué negarlo si puede que se enterase tarde o temprano?

—¡Ay mi madre! —gritó Erika— ¿Tu tío que no es tío es Alessandro D'Angelo? —pregunto en reiteración.

—Si —contesté sin ocultarlo.

—Creo que no me voy a separar de ti... en todo el curso... en toda la carrera... ¡En toda mi vida! —gritó—. ¡Sueño con trabajar en D'Angelo desde que tenía doce años! —confesó mientras me agarraba del brazo y lo apretaba como si fuera un niño abriendo regalos el día de navidad.

—Yo desde los ocho —dije divertida.

—Por no mencionar el increíblemente bombón que es D'Angelo, ¡Lo que daría

yo por ver a ese espécimen cada día! —dijo en un tono melancólico—. No me das ninguna envidia, ¡ninguna! —su tono era más que irónico.

Rodé los ojos para no ahondar en la evidencia.

—Y deduzco que a ti te gusta, pero no serías humana si no lo hicieras —añadió entre risas—. Llámame cuando necesites ayuda para violarlo —me guiñó un ojo mientras se marchaba y escuchaba sus risas a lo lejos mientras yo me quedaba con la boca completamente abierta ante su respuesta.

«¿Violarlo?, ¡Oh sí! Lo que podría disfrutar con ello, pero no necesitaría ayuda precisamente» Me reí de mí misma al pensar en la escena cuando entré en casa y vi que para mí sorpresa estaba Alex al teléfono. Se había quitado la chaqueta del traje, su corbata estaba floja e incluso se veía parte de su cuello... ¡Dios!, ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente sexy?, ¡Debí hacer mal algo en otra vida para que me castigaran de aquel modo!

—¿Qué tal te ha ido pequeña flor? —Escuché mientras bebía un vaso de zumo que me acaba de servir de la nevera bien frío.

—Muy bien, aunque hoy solo han sido presentaciones —dije con una sonrisa algo fingida e intentando que no se me cayera la baba.

—Te he dejado en la biblioteca un par de cajas que he recuperado de casa de mi madre. Ahí encontraras mis apuntes y algunos libros por si pueden servirte de ayuda aunque probablemente se hayan actualizado bastante —dijo mientras le veía colocarse la corbata en su sitio y ponerse de nuevo la chaqueta.

—Gracias —contesté. Adoraba que fuera tan considerado conmigo y tuviera detalles hasta en ese sentido, a pesar de que solo era mero cariño familiar.

—No hay de que mi pequeña flor. Voy a estar un par de días fuera de la ciudad, ¿Estarás bien? —preguntó mirándome fijamente.

—S...si claro —contesté sin dejar de mirarlo con aquellos ojos de devoción que si él no era idiota, se debía de dar cuenta pero que para mí era inevitable hacerlo.

En realidad, no sabía cómo estaría. Todo era nuevo para mí, aunque al menos estaría esos dos días sin las hormonas revolucionadas tal y como estaba cada vez que le veía.

—Bien, tienes mi teléfono. También te he dejado el de mi secretaria Becky por si te hiciera falta algo y Georgia viene dos veces a la semana a limpiar. No te preocupes porque tiene llaves, únicamente no te asustes si coincide que estas en casa cuando ella llegue. —Asentí mientras le veía coger su maletín—. ¡Ah! Y si necesitas algo de dinero llama también a Becky que te lo dará sin problemas.

—No necesitaré nada —respondí algo aturdida—. Vete tranquilo. —Odiaba que me tratara así, entendía su preocupación, pero era mayorcita y sabía valerme por mí misma a pesar de que desconociera todo. No era una niña, hacía tiempo que había dejado de serlo, aunque él no se diese cuenta.

—Está bien, te veo en un par de días —dijo guiñándome un ojo antes de perderse en el ascensor y en ese instante suspiré. Genial... estaba completamente sola durante dos días... recordé la piscina en aquel instante, ¿Quién quiere un bañador si nadie va a verte nadar?

Dos días sin ver a Alex, muy largo se me iba a hacer aquello a pesar de que apenas acababa de llegar. Después de nadar un rato en la piscina mientras usaba ropa interior nada sexy y nada femenina me di una ducha y me coloqué unos shorts de chándal algo viejos y una camiseta, tal vez había una ventaja para estar sola en esa magnífica casa y era que nadie podía verme, como si

podiera pasear desnuda cosa que desde luego no iba a hacer, hasta ahí no llegaba mi imprudencia.

Me preparé un par de sándwiches y me encerré en mi habitación. Lo cierto era que el mero hecho de estar sola en aquel enorme dúplex daba un poco de cagalera, aunque tenía más seguridad que el pentágono y sabía que nadie iba a entrar allí salvo la tal Georgia o en todo casi Alex cuando volviera. Aun así, me quedé en mi habitación el resto de la noche viendo un par de pelis hasta quedarme rota del sueño a altas horas de la madrugada con la luz de la mesilla de noche encendida.

La alarma sonó y rápidamente comenzaba un nuevo día. Estaba segura de que mi aspecto sería lamentable, pero ni modo, no podía faltar el primer día de clase, digo primer día porque para mí lo de ayer no contaba como clase puesto que solo fue una presentación. Me puse los mismos vaqueros y zapatillas, aunque cambié de camiseta a una lo menos parecida posible a la que llevé el día anterior, definitivamente ese fin de semana volvería a los grandes almacenes a comprar algo de ropa, tal vez debería pedirle a Erika que me acompañara porque seguro que ella tenía más gusto a la hora de elegir atuendo.

Metiendo todas las cosas en la mochila salí de la habitación y escuché ruido procedente de la cocina. En aquel momento me acojoné y cogí el tubo del porta-planos a modo de bate de beisbol aunque era de plástico y probablemente no le haría daño ni a una araña pero en ese momento era la única arma de la que disponía.

Me asomé y vi a una mujer que parecía estar limpiando la encimera de la cocina porque la tenía toda llena de espuma, era algo mayor, probablemente rondaría la cincuentena y tenía un aspecto demasiado matriarcal para ser amenazador.

—¿Hola? —dije algo sorprendida y en ese momento recordé el aviso de Alex sobre la empleada que venía dos días a la semana, Georgia —y eso que me previno para que no me asustara— pensé.

—Tu debes de ser la señorita Jasmine. —Su acento marcado denotaba que era extranjera y por su aspecto supuse que era rumana, rusa o algún país del este por su tez blanquecina y su cabello rubio casi platino.

—Llámeme solo Jasmine, por favor —contesté amable. El “*señorita*” sonaba demasiado raro.

—¡Oh como prefiera! —asintió—. Tenga, le he preparado el desayuno por pedido expreso del señorito D’Angelo.

—¿Alex le ha pedido que me prepare el desayuno? —pregunté asombrada.

—Si señorita Jasm... digo Jasmine, solo Jasmine. —En ese momento sacó de la nevera un plato con tortitas adornado de frutas y miel. Tenía una pinta tan apetecible que me dio igual llegar tarde o no a clase, iba a devorar ese manjar, llevaba tanto tiempo sin que me preparasen el desayuno, que por una vez en la vida, todo pasaba a ser una segunda prioridad.

—Estaba delicioso, Georgia —dije terminando el plato y dejándolo en el fregadero mientras cogía una manzana para tomar a media mañana del frutero y me alejaba rápidamente hacia la puerta—. Me voy o llegaré tarde. Ha sido un placer conocerla, supongo que volveré a verla pronto —dije sonriente mientras llamaba al ascensor.

—Igualmente, Jasmine. —Consiguió decir al fin la mujer antes de que me marchara, mientras seguía con su tarea en la cocina.

No dormirme en clase fue casi un suplicio, pero después de dos cafés que

medio me había obligado a tomar Erika, me sentía lista para correr un rally en moto... es más, parecía que tenía energía para correr un maratón, quizá era por el hecho de no haber tomado nunca café pero la cafeína me tenía acelerada.

La propuesta que le hice de ir de compras a Erika no solo le gustó, sino que más bien parecía ser su pasatiempo favorito y aceptó encantada.

—Veamos, yo creo que esto te puede quedar bien —dijo cogiendo una prenda—. Si, esto también, ¡Ah y esto! —Al final había terminado con veinte tipos de camisetas y camisas distintas en el probador. Lo cierto es que no se veía con ninguna de ellas porque todas, absolutamente todas marcaban demasiado su cintura estrecha, ¡Si hasta había cogido algunas que llegaban por encima del ombligo!

—Yo... no me veo con esto —dije mientras corría la cortina y le dejaba ver lo ridículo que le quedaba aquel top.

—¡Pero si te queda mejor que a mí!, ¿Tú sabes lo que daría yo por tener esas caderas y esa cintura estrecha? —contestó estupefacta Erika.

En ese momento me volví hacia el espejo y seguí viendo lo que tantos años había visto, una desproporción bastante considerable o al menos desde el punto de vista que tenía sobre mí misma, pero también era consciente de que siempre había comparado mi físico con el de las “novias de Alex” y ninguna tenía caderas. Eran más una tabla de planchar casi recta y suponía que ese era el tipo de mujer que le gustaba a él; sin curvas y con el pecho operado. Yo era todo lo contrario, aunque de pecho fuera sobrada de forma natural y sin necesidad de pasar por quirófano.

—Es que no... no me veo, ¿No hay algo un poco más normal? —dije al fin.

—Está bien, pero ese te lo llevas de todos modos —dijo resignada la pelirroja mientras parecía que iba a buscar algo que encajase más con mi

estilo tradicional o soso según lo definía ella.

Al final terminé comprando dos camisas de mujer, con eso definitivamente sí que me sentía cómoda y a la vez no pasaban nunca de moda por muy formales que fueran.

Erika compró una infinidad de cosas y eso que ni tan siquiera se había llegado a probar nada, pero cuando salimos del centro comercial añadió tres prendas a mi bolsa para mi estupefacción, iba a rechistar cuando ella me calló.

—No sé qué clase de problema tienes con tu cuerpo para querer esconderlo Jasmine, pero te aseguro que tienes un físico increíble y te prometo que no mentía en absoluto cuando te dije que lo envidiaba —me dijo observándome fijamente. Noté la seriedad en sus palabras, como si quisiera que de verdad me las creyera.

—Es que yo... no sé, quizás sea que no estoy acostumbrada a exhibirlo —mentí a medias.

—No hay nada de malo en ello, Jasmine. Pero te aseguro que si lo hicieras podrías romper muchos corazones —sonrió—. Con tus ojos si te deshicieras de esas gafas y te soltaras ese cabello que siempre llevas recogido, estoy segura de que tendrías a la mitad de los hombres de la ciudad a tus pies y sólo porque la otra mitad son gays que conste —refutó.

Aquello provocó que me riera, Erika definitivamente era la persona que necesitaba en mi vida para hacerme salir de mi propio bucle. Sí, con ella quizás pudiera llegar a sentirme femenina por una vez en mi vida.

—Vayamos poco a poco —sonreí—. Aunque reconozco que probablemente la ausencia de mi madre sea una de las razones por las que soy un poco negada para estas cosas —añadí tratando de hacer ver que no me dolían del todo las palabras.

—¡Vaya!, Lo siento mucho —contestó apenada—. Creo que voy a disfrutar mucho cambiándote, nena —respondió con esa expresión que comenzaba a parecerme normal en ella.

Ya era bastante tarde, había cenado lo que Georgia me dejó preparado en la nevera, pero es que no tenía nada de sueño, probablemente por aquellos malditos cafés que aún seguían haciendo efecto en mí. Necesitaba agotarme físicamente para dormirme, así que subí al piso de arriba dispuesta a zambullirme de nuevo en la piscina.

Había olvidado por completo comprar el bañador nuevamente, —de ese fin de semana no pasaba que me comprara uno—. Me despojé del pantalón de chándal y la camiseta quedándome en unas braguitas negras y el sujetador deportivo, en realidad aquello era como un bikini después de todo, al menos es lo que me dije a mi misma para no reprenderme. Cogí la toalla del baño y subí las escaleras hasta llegar a la piscina donde me tiré y realicé un par de largos.

Me quedé relajada un buen rato, el sujetador me molestaba después de llevarlo todo el día así que pensé que no pasaría nada si me lo quitaba, total, nadie me iba a ver... me lo quité y lo dejé en el bordillo de la piscina mientras buceaba un rato más. Pensaba en las palabras de Erika sobre si cambiaba mi aspecto ligeramente, —quizá había exagerado demasiado—, yo jamás llamaría la atención de un hombre. Tal vez pudiera mejorar un poco pero tanto como para ser un objeto de atracción, lo dudaba muchísimo, lo único salvable en mí eran mis ojos, nada más.

—¡Estás aquí pequeña flor!

La repentina voz de Alex me sobresaltó y me giré para verlo. Justo en ese momento vi que se acercaba hasta el borde más próximo a donde me encontraba. Estaba tan endiabladamente guapo que hasta las bragas se me

habrían mojado de no ser porque ya estaban empapadas por el agua. En ese instante todo mi ser gritó —¡Estás desnuda!— mientras me abrazaba a mí misma para tapar mis abundantes pechos que no sabía hasta qué punto Alex habría podido vislumbrar bajo el agua.

—Has llegado antes de lo que mencionaste, ¿no? —dije como si estar semi desnuda en su piscina fuera lo más normal del mundo.

—Sí, tenía algo importante que hacer mañana a primera hora así que agilice el viaje de regreso —contestó ahora próximo al borde, donde sí podría verme bien y se agachó para quedarse en cuclillas, supuse que lo hizo para quedar más a mi altura.

—Me alegro entonces, no me gusta dormir sola —contesté con una vaga sonrisa.

—Nunca me cansaré de decirte que tienes los ojos más increíbles que jamás he visto, pequeña flor —dijo mientras me observaba fijamente—. Es una lástima que lleves esas gafas para ocultarlos, ese verde es indescriptible.

—Sentir la mirada intensa de Alex sobre mí solo hacía que mi respiración se cortase. Sí, en ese momento mi cerebro dedujo que no sabía lo que era respirar.

Creo que parpadee, porque de mi absoluta conmoción al escuchar aquellas palabras no sabía ni cómo reaccionar. Alex me sonrió como respuesta y se alzó de nuevo.

—¿Has cenado? —preguntó de pronto.

Aquel cambio de conversación hizo que por fin mi cerebro que parecía estar momentáneamente frito reaccionase y diera una contestación rápida.

—Sí —contesté mientras intentaba avanzar sin separar mis brazos cruzados

ocultando mis senos hacia la escalera donde estaba la toalla que previamente había dejado, era un poco difícil hacerlo porque apenas hacía pie por esa parte de la piscina.

No quise mirar si Alex me observaba o no, de lo contrario sabía que no saldría jamás de aquella piscina, pero había escuchado pasos... puede que tuviera suerte y no estuviera mirando. Lo que sé es que con una mano me agarré firmemente a la barandilla de la escalera y con la otra que apenas cubría mis pechos, pero si ocultaban mis pezones que era lo esencial. Salí lo más rápidamente que pude y me envolví en aquella toalla.

Segura en el confort que me envolvía aquella toalla blanca de baño miré para ser consciente de que Alex había desaparecido. Suspiré de alivio, que él me viera semidesnuda no era un buen plan, al menos no para mí, que aún seguía pensando en que mis caderas anchas y mi cintura estrecha en proporción no eran atractivas para él. Con aquel síntoma de alivio una sonrisa se configuró en mi cara, Alex seguía pensando que mis ojos son únicos e inigualables tal y como me decía cuando era pequeña... definitivamente debía dejar de usar gafas solo para que me lo dijese más a menudo, aunque fuera el único halago que recibiera de él.

Bajé la escalera y la luz de la cocina estaba prendida, allí estaba él, preparándose lo que parecía un sándwich con la camisa totalmente abierta y fuera del pantalón.

«¡Por todos los dioses!, me podría pasar la eternidad mirándole a través de un agujero que nunca me cansaría»

—¿Seguro que no quieres uno? —preguntó.

Ni tan siquiera me miró cuando lo hizo y eso me extraño, si Alex tenía una peculiaridad era que siempre me miraba a los ojos cuando me hablaba, en

cambio ahora no lo había hecho, aunque sabía de sobra por el ruido de mis pasos al bajar la escalera que estaba allí cerca.

—No gracias, pero tomaré algo de limonada fresca —dije mientras me acercaba a la nevera con el sujetador deportivo en la mano aún mojado.

Alex parecía estar bastante concentrado en su plato, por el rabillo del ojo veía que solo miraba hacia abajo mientras yo hurgaba hasta dar con la limonada casera que había preparado Georgia por la mañana. Sentí tan extraño su comportamiento que me incomodé, ¿Le habrá sentado mal que nadase medio desnuda en su piscina? Tal vez haya sido eso, que me hubiera excedido al no utilizar traje de baño en su piscina privada, —definitivamente tengo que comprarme un bañador—, hasta entonces no volvería a pisar aquella piscina.

—Me voy a dormir, mañana tengo que levantarme temprano —dije sin más.

En realidad todos los días tenía que levantarme temprano salvo en fines de semana, pero aun así pensé que reiterarlo sonaba mejor para excusarme e irme, no podía con aquel silencio y al mismo tiempo sentirme incómoda.

—Si, claro. Buenas noches pequeña flor —contestó. Y ahí seguía... con la mirada fija en ese dichoso plato.

—Buenas noches, Alex —respondí sin mirarlo y encaminando mis pasos hacia la habitación.

Me sentía mal, de pronto me sentía muy mal porque Alex tuviera esa reacción conmigo, quería al Alex sonriente, cercano... el que me daba una sonrisa profident de buenas noches, el que había tenido hasta hacía escasos veinte minutos en la piscina.

«Maldita fuera la idea de haberme metido en ropa interior en la piscina» concluí con los ojos vidriosos y aporreando un cojín de la cama.

—En qué momento se me ocurrió... —susurré antes de meterme bajo la ducha y derramar alguna lágrima por respuesta.

En las siguientes dos semanas apenas había visto a Alex, cuando llegaba casi siempre estaba en la sala de máquinas o en la piscina y yo no había querido interferir en ambas si él estaba presente. Aún seguía cohibida por el último recuerdo y pensaba que de alguna forma Alex seguía molesto con ella así que prefería no meter la pata de nuevo. Las clases comenzaban a tomar forma y las tareas comenzaban a apilarse en mi escritorio. Aunque los exámenes fueran en diciembre ya había impreso los calendarios y tenía toda la agenda programada en el corcho de mi habitación.

Era viernes y aunque Erika me había dicho que saliera de fiesta con ella y sus amigos, sin saber por qué, me había negado. Así que allí estaba indagando que ver en la inmensurable cartelera de internet en plan “modo pirata” de alguna película online que emitieran.

Fui a la cocina a por algo de picar, sabía que Alex estaba en casa porque le había oído llegar y para no variar iba hablando por teléfono, pero el ruido de dejar las llaves y los pasos en los escalones le hicieron saber que desde que llegó se había quedado en la planta superior, ni tan siquiera pasó a saludarme,

debía estar bastante ocupado.

En el momento en el que yo me encontraba mirando por los muebles de la cocina de donde ya había conseguido sacar una lata de aceitunas, un paquete de palomitas que trataría de descubrir cómo hacer en el microondas y chocolate, el timbre sonó.

—¡Abre pequeña flor!, ¡Es Anna! —Escuché a Alex gritar desde la planta de arriba.

¿Anna?, ¿Anna su novia? «No puede ser» gemí mentalmente mientras un estremecimiento de terror se apoderaba de todo mi cuerpo. Nunca había llegado a verla, solo sabía que existía por las fotos que había buscado por internet de Alex y que casualmente salía ella, ahí indagué sobre la rubia y más tarde papá mencionó Alex mantenía una relación con la tal Anna, solo que yo ya lo sabía por adelantado, aunque fingí sorprenderme, pero llevaban poco tiempo juntos y aún no nos la había presentado. Me acerqué al telefonillo lentamente, como si me diera pavor y allí estaba, ese rostro hermoso con cabellera rubia y ojos azules; le di a la llave con todo el pesar de mi corazón porque si por mi fuera la dejaría fuera pasando frío —aunque no hacía tanto frío— y vi como la susodicha entro en el edificio.

No tardó en subir y cuando abrí la puerta casi temblando por prever lo que me iba a encontrar, efectivamente no me defraudó. Allí había una despampanante rubia, impresionantemente maquillada y bien peinada como si fuese a posar en una revista de moda. Aquella mujer me miró de arriba abajo estudiándome y de pronto sonrió como si hubiera decretado que yo no suponía una amenaza y que desde luego no lo era, solo había que mirarme bien para darse cuenta.

En aquel momento fui consciente de mi vestimenta, aquellos tristes pantalones de chándal rotos y una camiseta cuatro veces superior a mi talla. Probablemente el vestido en el que Anna estaba embutida era de una

prestigiosa firma que yo por supuesto desconocía completamente. Si de por sí yo salía perdiendo en la comparación... en ese instante me sentía aún más humillada.

¿Habría venido para pasar la noche? No quería ni pensar en esa idea... me daban arcadas solo de imaginarlo.

—¿Y tú eres...? —preguntó de pronto con una voz un tanto irritante. Al menos tenía un defecto, pensé.

—Jasmine —contesté enseguida—. Tú debes de ser Anna, Alex mencionó que vendrías.

—¡Ah sí!, ¡La sobrinita de Alessandro! —contestó como si no le diera importancia—. ¿Dónde está él? —preguntó rápidamente.

—Arriba —dije lo más serena que pude. ¿Sobrinita?, ¿En serio? Ni que aparentara tener cinco años.

Ni tan siquiera dio las gracias o mencionó un hasta luego, directamente subió los escalones sin siquiera reparar en mí. Bueno, al menos me quedaba la certeza de que la tal Anna era antipática y borde.

Hice las palomitas y me encerré en mi habitación. No quería saber qué harían allí arriba, es más, pondría a todo volumen la peli para no saberlo o mejor dicho, escucharlo, o mejor dicho, suponerlo porque eso era lo que estaba haciendo; imaginar, suponer y martirizarme mentalmente todo el tiempo.

Reconozco que cuando sentí los golpes en la puerta de un bote de la silla del susto, tenía el cuerpo en tal tensión por lo que supuestamente me imaginaba que pasaba en la planta de arriba que jamás me esperaría que alguien viniera a mi cuarto.

—¿Sí? —dije algo alterada.

La puerta se abrió y vi a Alex asomarse, estaba tan elegante que casi me hizo suspirar al verlo. Vestía un esmoquin de gala negro, con su pajarita también negra y el olor de su embriagador perfume me llegaba desde la puerta. En aquel momento pensé que había muerto y llegado al paraíso ante tal visión de perfección masculina.

—Pequeña flor, Anna y yo vamos a asistir a una gala benéfica —dijo mientras me miraba a los ojos, ahí estaba el Alex que había echado de menos durante días, mi Alex.

—Está bien —contesté sin saber que se debía responder en ese caso puesto que me importaba un comino a donde fueran yo quería seguir deleitarme con su visión.

—Volveremos tarde —anunció mientras sonrió levemente y posteriormente cerró la puerta de nuevo.

«¿Volveremos?, ¿Es que ella también volvía?» Entonces significaba que pasaría la noche allí, con él. «No lo pienses Jasmine, será mejor que no lo pienses porque te entrarán ganas de llorar por algo que sabes de sobra que jamás será tuyo»

No supe a qué hora terminó venciéndome el sueño, pero al menos no había escuchado llegar a la parejita feliz de regreso. Desconocía si estaban o no en casa, si aún dormían o ya se habían levantado, pero me levanté y me metí directamente en la ducha mientras me lavaba los dientes al mismo tiempo para ganar tiempo.

Con el cabello húmedo, los jeans, las zapatillas y la primera camiseta que cogí, me llevé mi mochila a cuestas y salí pitando de allí. No quería ni desayunar para no ver la cara de Anna de nuevo, quizás nadie me salvaba de verla cuando volviese, de ver esa cara de satisfacción que muy probablemente

tendría por pasar la noche con Alex.

En lo que a mí respecta la tendría, de eso no me cabe la menor duda, yo estaba completamente segura de que la tendría. Así que ante el silencio que impregnaba la casa cogí mis llaves y me fui echando humo.

Desayuné en un Starbucks cercano a los grandes almacenes puesto que abrían a las diez y de todos modos tendría que hacer hora. Sí, por fin me iba a comprar el maldito bañador que debí haberme comprado en su día, así que esperé hasta que abrieron leyendo un libro. Siempre llevaba alguno en la mochila precisamente por si se daba una situación parecida como la de ahora, aunque jamás pensé que tendría que huir de la casa de Alex para tratar de evitar verle feliz junto a su novia.

Me pasee por la sección de baño durante un buen rato, dudaba entre coger algo de dos piezas o solo una, aunque me inclinaba más por la segunda opción puesto que sería más cómodo para nadar y me haría sentir menos cohibida al enseñar menos piel.

—¿Puedo ayudarte? —La voz procedía de una de las dependientas que tan bien perfumadas, repeinadas y maquilladas había por aquellos grandes almacenes.

—Lo cierto es que no sé escoger mi talla. Estoy algo perdida —confesé.

—¿Es para alguna actividad en concreto? —preguntó amablemente.

—Realmente no, es decir, lo utilizaré para nadar en una piscina privada.

—Tenemos bañadores deportivos muy cómodos para practicar el deporte de natación, también disponemos de trikini que es algo intermedio o bikinis también muy cómodos para la actividad.

—¿Trikinis? —dije sin saber siquiera que significaba aquello. Era la primera vez que lo escuchaba en mi vida.

—Si, aquí los tienes —contestó la chica mientras me señaló el stand donde estaban las prendas.

—Te dejo echar un vistazo y cuando te decidas por alguno buscaré tu talla —mencionó mientras me daba cierta privacidad para que indagara.

Aquello me pareció perfecto, era la mezcla perfecta entre bikini y bañador, al menos eso me pareció al principio ya que cuando comencé a revisar aquel perchero lleno de extravagancias que personalmente, dudaba que me pusiera algún día; unos tenían anillas, cordones metálicos, cuerdas... ¿Que era aquello?, ¿Una prenda para el agua o para la exhibición? Hasta que di con uno rojo que no tenía ninguna de aquellas cosas raras, de hecho, era muy simple y bonito, casi parecía un bañador si no fuese por el escote y la gran espalda descubierta. Aquello me gustó más, podía ser casi de mi estilo y no perdía nada con probármelo, aunque supiera de antemano que mis pechos fuesen casi a salirse de la prenda.

Elegí para probarme cinco tipos bastante diversos unos de otros y la empleada me dio mi supuesta talla que yo vi bastante pequeña en mis manos como para que aquello de goma elástica entrara en mis enormes caderas.

Empecé probándome un par de bañadores sosos muy recatados que serían la prenda básica para lo que yo andaba buscando, en realidad no me vi mal, cubrían lo que tenían que cubrir y eran bastante cómodos. Después me probé un bikini normal, con sujetador deportivo; era como ir en ropa interior para mí, por lo que también podría servirme. Había cogido otro bikini, pero este era con aro y lo sentí demasiado incómodo para nadar, además no me había dado cuenta de que tenía relleno y mis abundantes pechos casi llegaban a mi garganta, no, ese definitivamente no.

Por último, me probé el rojo, el que sin duda era mi favorito, pero sabía que me quedaría estrepitosamente mal. Para mi sorpresa no solo entró por mis caderas sino que no me apretaba, eso sí, cuando conseguí ponerlo del todo el escote casi llegaba a mi ombligo y pese a que no se veía nada en realidad, daba la impresión de que sí. Aquella prenda era sexy, era lo que mujeres como Erika o Anna vestirían y lo cierto es que al mirarme en el espejo me gustó la sensación que daba de escote revelador sin llegar a mostrar nada.

Indecisa completamente, acabé comprando el trikini rojo y el bikini normal porque probablemente me arrepentiría si no compraba el trikini, pero conociéndome no lo usaría si solo compraba aquella prenda para usar en la piscina.

Miré el reloj en el móvil y tan solo eran las once y media. Así que cuando vi a lo lejos una sección de óptica me acerqué, lo bueno de los grandes almacenes era que había de todo en el mismo sitio. Después de casi una hora de estudio, encargué las que serían mis primeras lentillas de contacto, probablemente las utilizara en contadas ocasiones puesto que para eso había pedido unas que fueran de usar y tirar por si acaso me molestaban demasiado.

Iba saliendo cuando mi móvil comenzó a sonar. Miré la pantalla y el nombre de Alex, apareció de inmediato ante mis ojos.

—¿Sí? —pregunté nada más descolgar el teléfono pese a saber que era él.

—Hola pequeña flor, ¿Todo bien? Vi que no estabas en tu habitación — contestó de inmediato.

—Todo bien. Salí temprano a hacer unos recados —dije serenamente mientras me quedaba quieta en la entrada.

—Anna y yo vamos a almorzar a un restaurante conocido, ¿Quieres venir? Está algo retirado de la ciudad.

¿Almorzar con la parejita feliz? No gracias.

—Gracias Alex, pero llegaré algo tarde porque aún tengo que hacer un par de recados más. —mentí.

—Podemos esperarte. —Insistió y no supe por qué razón lo hacía cuando Alex solía ser bastante distante en ese sentido una vez le dabas a entender algo.

—He quedado con una amiga esta tarde. —volví a mentir—. Así que tampoco quiero condicionaros.

—Está bien, entonces nos veremos en casa más tarde pequeña flor —contestó dándose por vencido al fin.

Me hacía sentir en cierto modo culpable. Alex no tenía la culpa de que me hubiera enamorado de él, pero no podía estar con ellos, simplemente me moriría lentamente si lo hacía o los veía dándose un simple beso. Mi corazón no lo soportaría.

—Que lo paséis bien. —Intenté sonar lo menos celosa posible pero no sabía si lo había conseguido.

—Igualmente pequeña flor —añadió antes de colgar.

En ese momento me metí de nuevo en los grandes almacenes para seguir haciendo hora puesto que no podía volver a casa hasta que fuera lo suficientemente tarde, así que me entretuve viendo toda la nueva colección de otoño/primavera que había en la sección de mujer. Bueno o malo, acabé dándole bastante uso al cheque regalo de Alex puesto que terminé comprando unas botas nuevas, un vestido, otros vaqueros y varias camisetas más esta vez algo más ajustadas sin ser ceñidas.

Mi teléfono volvió a sonar y solo esperaba que no fuera Alex, por suerte era Erika.

—¡Hola! —grité aliviada.

—Esa música que oigo es de un centro comercial —respondió sin tan siquiera saludar.

—Menudo oído tienes —dije al momento.

—Son muchas horas de compras —respondió entre risas—. Oye, ¿te gustaría venir al cine a ver la última peli de Chris Evans? —preguntó así de sopetón.

En ese momento no tenía ni idea de quién era Chris Evans, pero había aparecido la excusa perfecta para ocultar mi mentira a Alex.

—Por supuesto, ¿A qué hora? —dije sin pensar.

—Te veo a las cinco en la entrada de Costa D'Angelo y así vamos juntas —contestó Erika.

—Allí estaré.

Volví casi a las tres para asegurarme de que Alex y Anna no estaban en casa y me preparé una ensalada variada para almorzar. Con tiempo suficiente me di otra ducha para estar fresca, gracias a mi pelo liso no había nada que arreglar y pese a que no me gustaba que fuera tan pegado lo dejé suelto. Me habían dado unas lentillas de muestra mientras encargaban las mías así que como estreno las probé, era un poco extraño no llevar gafas y poder ver bien al mismo tiempo, de todos modos, metí las gafas en el único bolso que tenía, uno antiguo de mi madre en color negro algo pasado de moda pero que cumplía su función y por último decidí estrenar el vestido y las botas de minúscula plataforma que acababa de comprarme esa mañana.

—¡Pero bueno!, ¡Que diferente te ves solo con soltarte el pelo y quitarte las gafas! —gritó Erika al verme y sonreí ante su expresión. En realidad, pensé que no se daría cuenta, solo de las gafas.

—¿Diferente para bien o para mal? —pregunté.

—Para bien... de hecho muy bien —me dijo mientras me miraba como si tratara de estudiar mi rostro—. Bueno, vamos, que no quiero llegar tarde para ver a mi Chris Evans —mencionó poniéndose una mano en el pecho—. Ese hombre saca la perversión que hay en mí —dijo dramática provocando que yo me riera a carcajadas.

Después de ver “Capitán América” —no sé qué versión porque no le presté ni atención a la película—, nos fuimos a cenar al restaurante favorito de Erika, que no era ni más ni menos que un fast food rollo americano donde acabaron llegando varios amigos de ella y después terminamos en un bar para tomar cerveza. En mi vida había probado la cerveza y de hecho no me gustó en el primer sorbo, pero ya me estaba empezando a acostumbrar al sabor cuando iba por la tercera.

—Voy al baño —grité un poco mareada a Erika mientras ella asintió.

No sabía lo que me ocurría, pero lo cierto era que me sentía como en una especie de burbuja extraña, casi como si estuviera flotando, pero siendo consciente de todo. Llegué hasta el baño y tenía que esperar bastante mientras hacía cola, así que saqué el móvil para ver la hora.

En lugar de ver el reloj en grande que siempre aparecía en la pantalla, la notificación de veintidós llamadas perdidas y trece mensajes saltó delante. En la esquinita de la pantalla vi que eran las dos de la madrugada. Desbloquéé entonces el teléfono y comprobé que todas las llamadas eran de Alex y los

mensajes también.

¿Todo bien pequeña flor? 00.22am

Es tarde, ¿estás bien? 00.59am

¿Dónde estás? 01.20am

Empiezo a preocuparme porque no contestas. 01.35am

¿Por qué no respondes a mis llamadas? 01.37am

Dime dónde estás y voy por ti. 01.39am

Jasmine, coge el teléfono. 01.42am

Jasmine, como no cojas el teléfono voy a llamar a la policía. 01.46am

Jasmine responde. 01.50am

¡Maldita sea coge el teléfono Jasmine! 01.52am

¡Maldita sea coge el teléfono Jasmine! 01.53am

¡Maldita sea coge el teléfono Jasmine! 01.54am

¡Maldita sea coge el teléfono Jasmine! 01.55am

Abrí los ojos ante la sorpresa y llamé a Alex, allí apenas podía oír por el ruido y la poca cobertura así que salí hacia la calle.

—¿Jasmine?, ¿Estás bien? —Su voz sonaba casi desesperada.

—Si, Alex. Estoy bien, es solo que no había escuchado el teléfono y no sabía que era tan tarde.

—¿Has bebido? —dijo de pronto.

¿Como sabía él si había bebido o no?

—Un poco —confesé, ¿Que importaba eso? O más bien, ¿Qué le importaba a

él?

—Dime donde estas ahora mismo —exigió saber.

—¿Por qué? —pregunté extrañada.

—Porque voy a ir por ti, dime donde estas —repitió.

Me volví y miré el cartel del bar en el que estábamos.

—En Gosht ship —respondí un poco mareada.

—No te muevas de ahí, estaré allí en cinco minutos —contestó antes de colgar.

¿Que venía en cinco minutos?, ¿Para qué tanta prisa?, ¿Acaso no estaba con su adorable Anna?

Decidí entrar dentro a esperar, no me iba a quedar como una estatua en la calle, además... en algún lado tendría que dejar el botellín que llevaba en las manos del que aún me faltaba más de la mitad del contenido aún por beber.

Entré y vi a las amigas de Erika y a la propia Erika rodeada de un grupo de chicos jóvenes, parecían también universitarios como ellas. No supe por qué razón tuve la seguridad en mí misma como para acercarme, porque en otro momento y estando realmente cuerda no lo habría hecho al ver que no tenía a nadie con quien hablar.

—Jasmine, te presento a Guillermo y John —habló Erika.

No hizo falta ni meterme en la conversación porque la propia Erika lo hizo por mí. Puse una gran sonrisa en mi cara sin saber por qué y le di dos besos a cada uno.

—¿Jasmine?, bonito nombre —dijo uno de ellos.

No sabía quién era Guillermo y quien John, pero no importaba, de pronto un calor abrasador estaba comenzando a afectarme.

—Oye, ¿Estás bien? —habló el mismo chico.

Había que reconocer que era mono, alto, delgado, moreno, ojos castaños... no era Alex ni por asombro, pero desde luego no era feo.

—Hace mucho calor aquí, ¿no? —Mi pregunta fue inocente, pero yo en aquel momento no estaba en mis cávaes.

—Mucho —contestó y vi su enorme sonrisa. Sentí su mano en mi brazo—. ¿Por qué no salimos a que nos dé el aire fresco? —añadió de forma sugerente.

No sabía si era una buena idea o no salir con ese chico fuera. Apenas le conocía, aunque tampoco creía que fuese un asesino en serie, quizás solo trataba de complacerme.

Ni tan siquiera había contestado cuando me vi arrastrada por el tipo en cuestión hacia la salida, miré hacia el grupo de chicas, pero seguían “entretenidas” con aquellos chicos, en un segundo Erika me miró y me sonrió enseñándome un pulgar hacia arriba como en signo de aprobación al marcharme con aquel chico, ¿Que significaba aquello? Estaba empezando a marearme cuando el soplo de aire fresco de la calle hizo que me tranquilizara un poco, pero aun así, no sentía mi propia estabilidad.

—¿Quieres ir a mi casa? —escuché que decía el chico mientras yo simplemente miraba hacia el suelo para tratar de estabilizarme.

—Ella no va a ningún lado —esa voz... esa embriagadora voz.

Alcé la vista rápidamente para dar con los inquisidores ojos azules de Alessandro que tenía un semblante serio y taciturno mientras observaba al chico que me acompañaba.

—¿Y tú quién cojones eres para decir si viene o no conmigo? —El tono de voz del tal Guillermo o John era chulesco, tanto que incluso hasta a mí me dio

rabia.

—Es mi tío —contesté mirando a Alex, aunque él no me miraba aún, su vista estaba fija en aquel chico como si deseara sacarle los ojos solo con su mirada.

—Suéltala —habló de pronto Alex al mismo tiempo que su mano se cernía sobre mi brazo libre.

En ese momento me sentí como una figura por la que trataban de pelear para ver quien se llevaba el trofeo a casa puesto que cada uno me tenía agarrada de un brazo y se miraban entre sí como si yo no estuviera en el medio. Es cierto que yo no quería irme con otro que no fuera Alex pese a que su semblante taciturno daba casi miedo.

Fuera por la amenaza de Alex o por el hecho de que no tenía nada que hacer, el chico en cuestión me soltó. En ese momento me vi casi arrastrada por él, porque mis pasos no seguían el ritmo hacia donde quiera que se dirigiera. Se detuvo de pronto cuando no habíamos dado ni diez pasos y no entendí porque lo hizo hasta que vi una moto, ¿Había venido en moto? No podía haber una imagen más sexy de Alex que conduciendo una moto... pensé.

—Espero que estés en condiciones de montar. —Su tono seguía siendo serio, pero parecía algo calmado.

No me dio el casco, sino que me lo colocó él mismo. Tenerlo tan cerca resultaba intimidante, pero en mi estado me deleité observándolo fijamente y no pude evitar mordirme el labio de puro deseo contenido. Alex no iba precisamente en traje, sino que ahora que me fijaba iba demasiado casual vestido, con unos vaqueros que le sentaban como un guante y una camiseta blanca básica. No recordaba la última vez que le había visto vestido de una forma similar.

Se montó en la moto y la puso en marcha.

— Apóyate en mí y móntate. —Me ordenó y lo hice colocando mis manos sobre sus hombros—. Agárrate fuerte —volvió a ordenarme y rodeé con mis manos su cintura tocando su duro abdomen, entrando a la cueva de los dioses y adentrándome en el paraíso terrenal. Al menos es lo que en ese momento sentía... por muy enfadado que Alex estuviera sin razón alguna yo podía aprovecharme de la situación.

Desgraciadamente para mí, no tardamos más de cinco minutos en llegar a casa, el bar estaba bastante cerca y no pude estirar demasiado esos esplendorosos minutos mientras podía apoyarme en su espalda y sentirlo tan cerca.

Bajé de la moto y me mareé por la rapidez con la que lo hice, esta vez de verdad, pero por suerte para mí algo o alguien me había sujetado de la cintura y cuando sentí su duro pecho a mi lado solo quería pegarme más a él y pasar allí el resto de mi vida.

Inexplicablemente Alex guardaba silencio, yo también. No era consciente de haber hecho nada realmente malo, asumía mi culpa de que no había avisado por llegar tarde, pero era mayor de edad y tenía llaves de casa, no esperaba que me comportara como una niña de cinco años y me quedase siempre encerrada en casa, ¿no? Vale que no era una persona de salir, de beber y de fiestas continuas, sobre todo porque no había tenido la posibilidad más que porque no quisiera, aunque nunca me habían llamado especialmente la atención.

—No vuelvas a hacerme esto, pequeña flor. —Su sonaba desgarradora, evidenciando su preocupación—. Entiendo que quieras salir, que quieras experimentar... pero no me hagas perder la cordura preocupándome de esta forma.

—Prometo avisar la próxima vez —contesté un poco arrepentida. No sabía si habría una próxima vez, pero saber que él había estado tan preocupado para

que reaccionase de aquella forma solo hacía que mi corazón se acelerase.

—Si llega a pasarte algo... tu padre me mataría. —añadió.

Toda la ilusión que tenía desapareció en aquel momento cuando me di cuenta de que su preocupación venía por la responsabilidad que tenía sobre mi respecto a mi padre.

—Soy mayor de edad, sé cuidarme sola —respondí taciturna.

—No lo parecía cuando llegué —contestó serio—. Si tardo dos minutos más el tipo ese te habría llevado a... prefiero no pensarlo.

Vi como Alex se llevaba la mano a su pelo en un gesto de exasperación.

—¿Y qué pasa si me hubiese ido con él? —Le reté con la mirada, ¿Acaso le importaba que yo estuviera o no con algún chico? Era mayor de edad, tenía la libertad de acostarme con quien quisiera si así lo deseara.

—No pasaría nada si lo hubieras hecho con madurez —respondió sin mirarme.

—¿Estás diciéndome que no soy madura? —exigí alzando el mentón.

—No, no lo eres. Al menos es lo que me has demostrado esta noche.

— ¿Y tú que sabrás lo madura o no que soy? No me conoces en absoluto.

—Pero puedo juzgar lo que me has demostrado esta noche, Jasmine. Qué esperas que piense cuando no contestas el teléfono, no dices donde vas y para colmo te encuentro medio borracha con un patán que no quería más que aprovecharse de ti, acostándose contigo. —Soltó de pronto como una perorata haciendo que me cabreara aún más.

Guardé silencio. No podía contradecirle, en el fondo sabía que tenía que darle la razón, aunque me negara a revelarlo en voz alta. Me había dejado llevar por mis celos hacia Anna para evadirme y tratar de no volver a casa, pero eso era

algo que no podía confesar y menos aún, demostrar.

—¿Se lo dirás a papá? —pregunté de pronto.

—No —confirmó—. Esto quedará entre tú y yo si me prometes que la próxima vez me avisarás y que tendrás cuidado.

No sabía si habría o no una próxima vez, pero al menos podía prometer aquello.

—Está bien, te prometo que te avisaré —confesé con voz anñada.

Alex se acercó hasta mí y me dio un beso en la frente mientras me rodeaba con sus brazos para abrazarme.

—Estas muy guapa sin las gafas, pequeña flor —escuché mientras me apoyaba en su pecho para recibir ese abrazo.

Para Alex estaba guapa, creo que era la primera vez que me alababa algo más que no fueran solo mis ojos, aunque había hecho referencia a ellos igualmente. Para mi sorpresa y gran alivio, Anna no estaba en casa. Al parecer se había marchado a París donde tenía su residencia habitual por trabajo.

—Buenas noches Alex —le dije mientras me marchaba a mi habitación.

—Buenas noches pequeña flor —contestó mientras me guiñaba un ojo y comenzaba a subir las escaleras hacia la planta superior.

Si algo había servido aquella salida inesperada era para conectar de nuevo con Alex como antes. Volvía a ser el mismo y eso me calmaba.

El dolor de cabeza que tenía aquel domingo por la mañana era desconocido para mí, tan monumental que creía que me explotaría la cabeza y eso que apenas había bebido o ese era mi criterio.

Escuche el cuchareteo de metales y platos de la cocina, pero hasta que no llegué no descubrí a la persona que se encargaba de realizar ese ruido. Pensé que se trataría de Georgia, pero no, para mi sorpresa era Alex vestido de estar por casa con una especie de mandil amarillo que decía “España y olé”.

—¿Tu cocinas? —dije sorprendida al contemplarle casi con la boca abierta de la sorpresa.

—¡Buenos días pequeña flor! —gritó sin mirarme pendiente de aquello que fuera lo que estaba cocinando—. Solo cocino cuando tengo tiempo o ganas y además sé que al día siguiente vendrá Georgia a limpiar mi desastre gastronómico —añadió mientras le veía verter lo que fuera que estaba haciendo de la sartén al plato.

No pude evitar reír a carcajadas y entonces Alex me miró.

—¿Pero de que te ríes traidora? —me dijo en un tono gracioso—. Yo debería seguir enfadado contigo por darme el susto que me diste anoche en lugar de estar preparándote unos deliciosos crepes.

—¡Crepes! —grité entusiasmada.

—Con chocolate, nata y frutas del bosque —añadió Alex.

Pese a nuestra primera discusión la noche anterior, de alguna forma aquello había hecho que entre Alex y yo se creara una relación más cercana, al menos así lo sentí durante aquel desayuno. Pensé que tal vez echarle en cara que ni tan siquiera me conocía como para juzgarme fue lo que hizo que Alex se diera cuenta que era una realidad. Éramos familia a pesar de no llevar la misma sangre y apenas nos conocíamos, todo lo que sabía de él era por mi padre o porque me había interesado en buscarlo, pero jamás habíamos mantenido una conversación adulta para conocernos.

Por la tarde Alex desapareció sin decir a donde iba, había mencionado en el desayuno que al día siguiente saldría a primera hora hacia los Emiratos Árabes y estaría fuera casi una semana. Sabía que notaría su ausencia, pero él tenía una agenda bastante ajetreada y eso era algo que conocía incluso antes de venirme a vivir a su casa.

Pasé el resto de la tarde en casa, avanzando algunos de mis libros y realizando algunos resúmenes cuando el dolor de cabeza se me había pasado para adelantar trabajo, pero realmente no me apetecía en absoluto hacer nada de aquello, por lo que decidí que tal vez me vendría bien agitar mis músculos para liberar algo de adrenalina y ver si así me desquitaba un poco del malestar que tenía por la ingesta de alcohol.

La sala de máquinas era amplia, de hecho, solo tenía cuatro máquinas contadas. Una cinta de correr, una banca de pesas, la elíptica y una bici.

También había un saco de boxeo, pero realmente no lo consideraba como una máquina.

Si soy sincera en mi vida había hecho de porte “de verdad” y salvo las clases de gimnasia del instituto apenas hice nada más. No era de esas personas que salen a correr al campo o algo similar. El deporte no había sido uno de mis puntos fuertes precisamente, tal vez porque me había centrado en los estudios y en el fondo me consideraba algo patosa y desastrosa en esa área, pero nunca es tarde para empezar, ¿no? Al menos eso me dije cuando me subí a la cinta de correr.

Al principio caminé de forma ligera hasta que poco a poco subí la intensidad para correr moderadamente. Lo cierto es que comencé a sudar y de algún modo me sentía bien haciéndolo, tanto así, que me quité la camiseta y me quedé con los pantaloncitos cortos de chándal y el sujetador deportivo. La música del iPod era bastante animada y me ayudaba a llevar el ritmo haciendo que me motivara, sorprendentemente para no hacer nada de deporte, llevaba media hora corriendo y no me sentía tan cansada como pensé que lo estaría antes de comenzar.

Me asusté y di un respingo cuando sentí a alguien cerca. En ese momento me di cuenta de que Alex estaba a mi lado y parecía que me había estado hablando, pero evidentemente no le había escuchado por el sonido tan alto de la música.

—Veo que por fin te has animado a hacer algo de deporte —dijo una vez que me quité los cascos.

—Si —respondí algo ahogada mientras bajaba la intensidad de la cinta hasta un ritmo moderado.

Pude apreciar una mirada inquisidora de Alex y en ese momento miré hacia abajo y vi el sujetador casi empapado y las gotitas que bajaban por mi

abdomen. Recordé cuando vi en ese estado a Alex y estaba de lo más sexy y apetecible. En cambio, yo seguramente sería lo más antisexy del mundo.

—Mañana saldré temprano —añadió girándose como si fuera a marcharse.

— Lo sé, me lo dijiste en el desayuno —contesté fijando la vista en los botones de la máquina donde indicaba las calorías consumidas solo para que no pudiera notar mis nervios por sentirme algo cohibida.

—Si, es verdad —añadió en un tono vago—. Voy a cenar algo rápido y me acostaré pronto, que tengas una buena semana pequeña flor —añadió mientras le veía alejarse y fruncí el ceño extrañada.

¿Era esa una despedida? Intuí que estaría cansado y tampoco había hecho alguna mención para que le acompañase en la cena por lo que supuse que no quería demorarse en ello para irse pronto a la cama, capté la indirecta y decidí quedarme un rato más en aquella sala para darle su privacidad.

—Igualmente, Alex —dije antes de que saliera de la sala dejándome sola y con mal sabor de boca por aquella funesta despedida.

Cuando desperté con el sonido de mis ranitas recordé que Alex ya no estaría en casa. Una semana sin ver aquellos ojos azules, pero por otro lado pensé que también serían unos días sin la incertidumbre de si vendría la tal Anna y sin hormonas revolucionadas por ver aquellos pectorales marcados sudar en la sala de máquinas.

Cuando aparecí por la cocina ya vestida y preparada para irme, sentí a Georgia trasteando y limpiando el *desastre gastronómico* de Alex que había formado la mañana anterior. Sonreí al recordarle y me entristecí rápidamente al saber que no le vería en varios días. Tomé rápidamente el desayuno porque llegaba tarde y cogí una manzana como siempre para el almuerzo. Llamé al ascensor mientras me despedía de Georgia que mencionó algo sobre un risotto

que tendría en la nevera cuando volviera. Al menos no tendría que cocinar al volver de la universidad y eso era magnífico.

Vi a lo lejos como Erika me esperaba en la entrada con una sonrisa cómplice. Suponía que o bien quería contarme algo o esperaba que yo se lo contara.

—¿Y bien? —preguntó enseñándome sus dientes blancos con una gran sonrisa. Al final era la segunda opción, pensé para mis adentros.

—Y bien, ¿qué? —respondí sin saber exactamente a qué se refería.

—Te fuiste con John y no volvisteis —dijo con cierta sonrisa cómplice—. Supongo que haríais algo más que hablar —añadió intentando sacar información.

Suspiré y comencé a relatar lo ocurrido realmente... desde los mensajes de Alex hasta su aparición en la puerta del bar y la posterior discusión una vez llegamos a casa.

—¿Alessandro fue por ti? —gimió—, ¡Y yo me lo perdí! —gritó con un tono de voz algo chillón.

—Si, estaba bastante cabreado, pero por suerte se le pasó rápido —recordé.

—Yo creo que él siente algo por ti, Jasmine —comentó Erika seriamente—. No me puedo creer que si solo te viese como a una sobrina actuase de ese modo, por lo que cuentas parecía casi celoso, ahí hay algo más que solo amor fraternal.

— No —respondí algo abatida—. Por más que yo quisiera, él solo me ve como la hija de su hermano mayor.

—¿Tu padre es su hermano? —me preguntó Erika—. Yo pensé que le llamabas tío porque eras su ahijada o algo similar.

—Mi padre y él son hermanos porque su madre y mi abuelo se casaron cuando ellos ya habían nacido —contesté—, aunque entre Alessandro y mi padre no hay ningún vínculo consanguíneo, son “hermanos” porque sus padres se casaron, de ahí que sea mi tío, pero no lo considere realmente mi tío.

—Es tu tío —dijo Erika seriamente—. Solo que a ti no te interesa que lo sea —añadió después divertida.

—Me has pillado —respondí—. Confieso que no lo veo como mi tío realmente, de hecho, nunca lo llamé así.

—Tranquila amiga, yo creo que en tu situación estaría igual de enamorada de él como lo estás tú —contestó.

Lo cierto es que saber que Erika no juzgaba que me hubiera fijado en Alex a pesar del parentesco, me hacía sentir mejor, al menos no tan culpable como he había sentido todos esos años atrás.

—¿Entonces no crees que estoy loca por sentir lo que siento hacia él? —pregunté sin temor.

—No, creo que estas demasiado cuerda —dijo de forma coherente—. Y estarías loca si no sintieras lo que sientes por alguien como él, aunque debes asegurarte que es amor y no fascinación porque a veces, podrían confundirse.

—Créeme, ojalá fuera fascinación —contesté seria—. Gracias Erika, creo que es la primera vez que me alivia sentir lo que siento sin sentirme juzgada por ello.

—Me parece tan romántica tu historia... —suspiró—. Aunque creo que te equivocas, bajo mi punto de vista, él sí que siente algo por ti.

—Ojalá fuera verdad, pero me temo que debo ser realista. —En aquel momento miré el reloj y ya llegábamos cinco minutos tarde por estar hablando

—. Vamos o el profesor Gladden no nos dejará entrar en su clase.

La semana pasó bastante rápida teniendo en cuenta que casi todos los días debía quedar con Erika y algunos compañeros más de clase para los trabajos en grupo. Casi siempre los hacíamos en la cafetería de la universidad, las salas de trabajo o la biblioteca como último recurso y lo cierto es que las horas se pasaban demasiado rápido mientras estaba ocupada.

El sábado por la mañana Alex volvió a casa, yo estaba desayunando en la barra de la cocina cuando entró con su impecable traje azul y cargado de una de sus flamantes sonrisas de anuncio para pasta dental. Aunque en mi opinión seguía pensando que parecía algo ensayada, como si no fuera del todo natural.

—Ya estoy de vuelta pequeña flor. ¿Me has echado de menos? —mencionó mientras se acercaba.

En aquel momento casi me atraganto con el zumo de naranja, ¿echarle de menos? Demasiado... hasta el punto de ir hasta su cama y aspirar el aroma de su almohada como una acosadora de doce años por su cantante favorito.

—Un poco —confesé—, ¿No dijiste que estarías fuera una semana? —añadí en un tono bromista para no levantar sospechas.

—¡Vaya!, ¿No querías que volviera? Creo que ese poco es más bien nada por lo que veo —respondió en el mismo tono.

—Había comenzado a acostumbrarme a tener toda la casa para mí —respondí mordaz.

—¡A tu casa vendrán y de ella te echarán! —gritó, lo que provocó que me riera a carcajadas.

—Si, si... pero que conste que eres la única mujer que ha entrado aquí a vivir —aseguró mientras veía como sacaba algunos documentos de su maletín y los

dejaba sobre la encimera.

¿La única?, ¿Nunca había vivido con sus parejas?

—Debo sentirme afortunada entonces por tener tal privilegio —mencioné en un tono despectivo porque yo no era “una de sus chicas” sino su sobrina.

—Desde luego —dijo sin darle importancia. En ese momento le vi coger mi vaso de zumo y se lo bebía de un solo trago delante de mis narices—. Tengo que hacer unas cuantas llamadas, probablemente Anna llegue un poco más tarde así que si no estoy en casa le abres tú, ¿vale? —habló mientras empezaba a recoger lo que había sacado del maletín y lo acumulaba bajo su brazo.

Otra vez tendría que ver a la insoportable Anna esa, la maldita Anna infernal.

—Si, claro —respondí secamente mientras me metía un buen trozo de tortitas en la boca para evitar responder algo más.

—¡Mierda Anna!, ¿Tienes que hacer esto justamente hoy?, ¡Sabes lo importante que es para mí! —escuché gritar a Alex desde mi habitación.

Me quité los cascos para cotillear la conversación, parecía que hablaba por teléfono porque la voz de Anna no se oía por ninguna parte y además, no había sentido el timbre pero había estado escuchando música todo el tiempo, igual podría no haberme enterado.

—¡Muy bien, hemos acabado! —escuché seguidamente un golpe, como de algo estrellarse y hacerse pedazos, ¿Sería el móvil? Seguidamente escuché pasos y muchas maldiciones e insultos, parecía realmente cabreado, ¿Habrían roto de verdad? Había mencionado “hemos acabado” pero podría interpretarse de mil formas. En mi fuero interno rogué porque fuese así, pero tampoco podía salir a preguntar para saber qué había ocurrido en realidad, supongo que me acabaría

enterando tarde o temprano si es que habían terminado la relación.

—¡Laila!, ¡Cuánto tiempo! —reconocí la voz de Alex fingiendo entusiasmo.

¿Laila?, ¿Quién era Laila? Abrí un poco más la puerta para tratar de oír más —. Lo sé, si, no, espera... ¡Mierda! —gritó. La tal Laila parecía que le había colgado y detrás de Laila siguieron Sophie, Marguerit, Francés y una tal Kate.

Habrían pasado como diez minutos de absoluto silencio cuando decidí salir a por un vaso de agua, en realidad solo trataba de cotillear seamos sinceros. Me dirigí hacia la cocina y le encontré sentado en la barra con las manos en la cabeza, parecía agotado y desesperado al mismo tiempo, al menos era la impresión que daba.

—Hola pequeña flor —dijo en voz baja. Se notaba que estaba preocupado, pero siempre tenía una sonrisa para mí y eso hacía que me enamorara aún más de él.

—¿Te ocurre algo Alex? —pregunté mientras cogía un vaso y sacaba el zumo de la nevera fresquito.

—Nada, no te preocupes. Es solo que Anna ha decidido hacer una de las suyas en el último momento —respondió sin entrar en detalles—. Pero de alguna forma encontraré la solución.

Mi cara de confusión debió incitarle a seguir hablando porque sin decir nada comenzó a contarme la raíz del problema.

—Tengo una gala benéfica esta noche, por eso volví antes del viaje y tengo que ir acompañado de una mujer al tratarse de uno de esos eventos en los que se hace una subasta por cada acompañante para recaudar fondos. Digamos que es casi de obligado cumplimiento llevar compañía femenina debido a eso puesto que se puja y el ganador consigue una hora con dicha dama para hablar,

bailar o invitarla a una copa. Realmente es todo muy teatral y solo una actividad para recaudar dinero, asisto a muchas galas de este tipo porque el trasfondo realmente es hacer negocios a través de los asistentes y contactos que se logran en ese tipo de actos. Anna lo sabe, por eso suele acompañarme a ese tipo de eventos y conoce la importancia que éstos tienen, pero ha decidido ser caprichosa en el último instante y no vendrá, por lo que me encuentro en un serio aprieto ya que esta noche asistirá uno de mis potenciales clientes inversores para un gran proyecto de los Emiratos Árabes y debo acudir sin falta.

—¿Y no puedes llamar a una amiga? —dije mientras daba pequeños sorbos al vaso de agua.

Desconocía como eran ese tipo de eventos, pero por la expresión de Alex, aquello parecía bastante importante.

—Ya lo hice, pero al parecer ninguna parece disponible esta noche, todas se han confabulado contra mí. —Rió amargamente, lo que me provocó cierta nostalgia y me hizo comprender lo demasiado mujeriego que debía ser Alex a pesar de que creyera que solo estaba con Anna.

—Entiendo —mencioné comprensiva—. Yo te acompañaría, pero no tengo ningún espléndido vestido de esos que se ponen esas mujeres para acudir a esos eventos tan importantes —dije en un tono un poco bromista.

Alessandro me miró detenidamente y abrió los ojos de par en par, como si estuviera buscando algo a través de mí.

—¡Pero Anna si tiene! —gritó—. Hay varios arriba que le compré para estas ocasiones porque ella viene aquí a cambiarse —añadió como si una bombilla en su cerebro acabara de encenderse—. ¡Eres la mejor pequeña flor! Como no se me había ocurrido antes —dijo mientras se levantaba y me daba un

abrazo—. Evidentemente no puedo presentarte como mi sobrina, no quiero que se den lugar a malos entendidos después por la prensa y habrá que hacer algo con tu cara para que parezcas más mayor aunque pensarán que soy un asaltacunas de todos modos porque nadie se creará que tienes dieciocho años... —siguió hablando como si pareciera que lo hacía consigo mismo.

—Para, para para —dije frenando su discurso—. ¡Era una broma! Yo no puedo ir a un evento de ese nivel. No sabré qué decir, ni qué hacer —añadí incrédula. ¿Y tú me has visto? Pensé para mis adentros... con mi aspecto más que ayudarle probablemente le hundiría.

—Tienes que hacerlo por mí pequeña —mencionó de pronto—, es un favor enorme que me haces —añadió mirándome fijamente.

No podía negarme a nada que él me pidiera y menos cuando necesitaba realmente mi ayuda, si él creería que acompañarlo era un favor, así lo haría.

—¿A qué hora debo estar lista? —pregunté finalmente aceptando la invitación pese a que fuera la peor decisión que habría tomado en la vida, probablemente haría el ridículo. Aunque por otro lado estaría a su lado toda la noche y eso era bueno, ¿no? Desde luego para mi salud mental no lo sería.

—Gracias, eres la mejor —dijo dándome un efusivo beso en la frente mientras se ajustaba la corbata como si pretendiera marcharse.

—A las ocho —anunció mientras cogía las llaves de su auto y finalmente marchaba.

Miré el reloj faltaban seis horas, según había dicho Anna tenía vestidos de fiesta arriba así que subí al dormitorio de Alex para buscarlos. Me sorprendí cuando no los encontré en su habitación por lo que busqué por las demás habitaciones hasta que di con ellos en una habitación de invitados. Al parecer Alex era muy meticuloso con lo suyo porque Anna tenía todas sus pertenencias

en esa habitación y no en la de él. También era cierto que ella no dormía nunca allí, de hecho, solo lo había hecho una vez que a mí me constase desde que me alojaba en esa casa y solo la había visto cuando acudieron a una gala benéfica como la que habría esa misma noche.

Lo cierto es que su relación con Anna era algo extraña ahora que lo pensaba detenidamente, ella vivía fuera, él estaba en Londres y además viajaba cada cierto tiempo. Anna solo venía cuando necesitaba acompañarlo a alguna fiesta y se marchaba al día siguiente, ¿Una relación así podría tener futuro? Si yo estuviera con Alex le querría a todas horas y no dos veces al mes como mucho.

Saqué los vestidos que me habían llamado la atención colgados de sus perchas en el armario y los coloqué sobre la cama para observarlos mejor. Me encantó uno de color verde jade oscuro, era un vestido de noche precioso con algunos toques en pedrería. Anne mediría unos ocho o diez centímetros más que yo como mínimo por lo que tendría que llevar mucho tacón para que me quedara algo decente y probablemente, aun así, me arrastraría. Por suerte para mí, el vestido tenía algo de cola y quizás no se notaría tanto que no era ajustado a mi medida, bueno eso contando con que yo entrara en el supuesto vestido que con la silueta de sílfide que tenía la rubia que era poco más que un fideo, mis caderas anchas probablemente no pudieran embutirse en aquel trozo de tela refinada.

Abrí la cremallera del vestido verde y lo metí por los pies, puesto que con la cremallera abierta sería la única forma de que me entrara si es que lo lograba. Me costó esfuerzo y sudores que pasara por mis caderas, pero finalmente entró. Cuando me miré en el espejo me di cuenta de que llevaba toda la espalda descubierta, desde luego era precioso y lo cierto era que me marcaba mucho la estrecha cintura de la que siempre me quejaba y las curvas de las

caderas. Indudablemente no se podía llevar sujetador con aquel vestido, por lo que sería algo de lo que no me tendría que preocupar, aunque afortunadamente llevaba una especie de cascos delanteros que de algún modo sostenían mis abundantes pechos, pero aun así me quedaba un enorme escote a la vista. Bien... nadie pondría en duda que tenía cuerpo de mujer por si juzgaban mi edad como había mencionado Alex.

Ese vestido me hizo sentir sexy por primera vez, jamás me había probado siquiera algo tan provocador y ajustado en mi vida. Bueno, aparte del bañador rojo que aún no había ni estrenado ¿Sería capaz de aguantar esa presión constante toda la noche? No tenía otra alternativa de todas formas con tan poco margen de tiempo, así que habría que rezar para que fuera así.

Busqué entre los zapatos de Anne, pero todos me estaban demasiado grandes, yo calzaba un número pequeño en comparación, así que sin duda tendría que salir a comprar unos zapatos de tacón y lo más cómodos posibles para no parecer un pato mareado con aquel vestido tan estrecho.

Me coloqué un chándal y las zapatillas de deporte rápidamente. Cogí las llaves junto al móvil y salí pitando de casa, todavía tenía tiempo de sobra, pero si pretendía que alguna peluquera hiciera algo con mi pelo lacio debería darme prisa. Encontré en una zapatería exclusiva y la dependienta me ofreció los zapatos ideales para esa noche, eran preciosos de tacón ancho que definitivamente eran mucho más cómodos y fáciles para caminar con plataforma delantera, al menos cuando caminé por la tienda mientras me probaba varios modelos, esos fueron los más cómodos de todos.

Con mis zapatos nuevos y móvil en mano llamé a Erika, le conté lo que ocurría y que necesitaba urgentemente hacer algo con mi pelo. Muy a mi pesar la peluquería de su madre estaba abarrotada y no podrían hacerme un hueco, pero mi amiga, que al parecer ese día lo tenía libre, se ofreció para peinarme y

maquillarme como favor. Lo agradecí enormemente porque de lo contrario estaría completamente perdida.

Cuando llegué me estaba esperando en la puerta, casi no se podía creer que fuese a acompañar a Alex a una gala benéfica como pareja y no como sobrina, le advertí que solo eran apariencias, pero ella parecía incluso más ilusionada que yo. Lo cierto era que yo sabía que aquello solo era un favor que le hacía a Alex para sacarle del apuro, nada más.

—Te haré brillar, nena. Voy a sacar todo ese potencial que sé que tienes —dijo a la vez que yo me reía por la expresión en la cara de Erika. Dudaba que me hiciese brillar mucho, pero me conformaba con que hiciera algo respecto a mi pelo sin forma alguna.

Le expliqué cómo era el vestido, por lo que concluyó que la espalda tenía que verse sin que el cabello lo impidiera, así que decidió que me haría un recogido bajo con mucho volumen, enmarcando mi rostro con algunos mechones ondulados. Dudaba que mi pelo se dejase ondular, pero ella era la experta así que yo me dejé hacer en sus manos, nada podría ser peor que lo que ya era de por sí, ¿verdad?

Cuando terminó de colocar la última horquilla y embadurnarme literalmente en la cara que casi terminé asfixiada, comenzó a maquillarme diciendo que enmarcaría mucho mis ojos. Reconozco que para ser la primera vez que me hacían algo así, disfruté al máximo del momento, porque mientras ella me maquillaba, una chica que había terminado con su última cliente comenzó a hacerme la manicura cuidadosamente.

— ¡Estas espectacular nena! Si no se enamora de ti esta noche, es que realmente está ciego —gimió cuando parecía haber terminado porque había dejado todos aquellos pinceles sobre la mesa.

Yo me reí tras escucharla, ¿Enamorarse de mí?, ¡Venga ya! Me dije mentalmente. Cuando Erika se apartó y pude verme en el espejo, admito que no me reconocí, ¿Yo era esa persona que se reflejaba? Tenía el rostro enmarcado por pequeños bucles rizados, el color de labios era precioso de un rojo intenso y mi piel se veía pulcra, deslumbrante... como si brillara con luz propia. Eso sin mencionar mis ojos, que tenía unas pestañas larguísimas que podía provocar un vendaval al rozarse con mis párpados.

—¿Son mías? —dije refiriéndome a ellas.

—Todas tuyas nena, no llevas nada postizo—admitió—. Eres un pibón completamente natural —dijo riéndose.

—¡Dios mío son las siete! —grité mientras recogía el móvil y me disponía a salir por la puerta. No me podía quedar embelesada mirándome o llegaría tarde puesto que aún tenía que volver a casa, ducharme y meterme dentro de ese vestido—. Dime que te debo, Erika —pregunté antes de salir. Evidentemente tendría que pagar por los productos que había usado como una cliente más por más amiga mía que fuera.

—Una buena dosis de cotilleo el lunes—contestó—, quiero saber todo con pelos y señales. Ahora a correr o llegaras tarde, cenicienta —añadió mientras me empujaba hacia la puerta.

Sonreí por respuesta porque verdaderamente me sentía así, Erika había sido mi hada madrina y ahora me disponía a enfundarme en aquel magnífico vestido y a disfrutar de una larga velada con mi príncipe, aunque para mi desgracia él no se enamorase de mi como en el cuento de Disney.

Faltaban cinco minutos para las ocho. Me había duchado a la velocidad de la luz teniendo sumo cuidado en no dañar el maquillaje y el peinado. Me había metido en aquel ajustado vestido del que casi no pude abrochar la cremallera yo sola y estuve a punto de tener que pedirle ayuda a Alex, pero al final lo había logrado. Estaba sobre mis zapatos nuevos y me disponía a colocar las perlas de mamá en mis orejas cuando escuché la alarma que había puesto de aviso indicando que eran las ocho en punto.

Iba saliendo de la habitación cuando recordé que no me había aplicado perfume, así que volví un segundo y cogí el frasco. Era la esencia de jazmín de mamá que solo usaba en ocasiones muy, pero que muy especiales; como sin duda alguna sería aquella noche.

«Espero que esta noche me des suerte» pensé mientras lo aplicaba con suma delicadeza tras las orejas, el escote y las muñecas.

Salí de mi habitación y avancé por el pasillo hacia el salón donde me esperaba Alex. Le vi de perfil y llevaba puesto su esmoquin, estaba arrebatadoramente sexy si es que se puede estar aún más de lo que de por sí ya

siempre estaba. Se giró cuando supuse que escuchó mis pasos, seguía observando el móvil que llevaba en la mano atentamente y cuando alzó su mirada para verme, guardé su expresión para los restos de mi existencia porque por primera vez en su vida no supo qué decir y se quedó con la boca abierta sin habla.

—¿Jasmine? —dijo al cabo de unos instantes como si no me reconociera.

Me deleité durante unos segundos con su cara de estupefacción.

—Esta noche me imagino que no habrá nada de pequeña flor —dije mientras le lanzaba una sonrisa al tiempo que avanzaba hacia la puerta para proporcionarle una gran visión de mi espalda desnuda.

—No —gimió en un tono de voz extraño—. Esta noche fingiremos para todos que somos pareja, creo que será lo mejor para no dar malentendidos a la prensa —dijo con una voz que sonaba un tanto ronca.

—Está bien —respondí algo nerviosa mientras llamaba al ascensor.

No me giré para ver como se acercaba, pero noté el roce de la tela de su traje en mi espalda por lo que deduje que se encontraba detrás de mí. Entramos y vi que Alex evitaba mirarme todo el tiempo.

—Si somos pareja, ¿deberemos dar alguna muestra de que lo somos? —pregunté refiriéndome tal vez a un beso. Más bien era mi deseo de que así fuera y no algo que quizá deberíamos hacer solo por dar veracidad a la relación.

—Será suficiente con cogerte de la cintura y ser atento —respondió mirando hacia el suelo del ascensor—. No te preocupes, no te dejaré sola y menos aún con ese vestido.

—¿Qué le pasa al vestido? —pregunté de pronto alarmada.

—Es seductoramente indecente —confesó volviendo a evitar mirarme, ¡Dios mío! ¿Estaba azorado?, ¿Podría Alex estar avergonzado por verme por primera vez como una mujer? Me sentí atractiva, pero esta vez de verdad y para muestra un botón, Alex casi no podía mirarme. No podía creérmelo, ni en mis mejores sueños hubiera imaginado que Alex podría sentirse así hacia mí. Aunque solamente fuera por la impresión del vestido y jamás sintiera atracción por mi.

— Vamos —dijo mientras se adelantó para conducir su flamante Ferrari rojo.

— Pensé que no conducirías esta noche y que iríamos en limusina, a ver como entro ahí con este vestido tan ajustado. —No pude evitar decirlo en voz alta.

—Espera que te ayudo —dijo volviendo a mi lado y ayudándome a colocarme en el asiento —su mano rozó mi espalda y yo sentí un calor demasiado indecente con su contacto.

Pese a la estrechez del vestido parecía que las costuras resistían, ¡Olé por los vestidos caros bien cosidos! Me dije mentalmente.

Tardamos en llegar unos cuarenta minutos por culpa del tráfico, pero al final llegamos a lo que parecía una mansión algo apartada de la ciudad. Unas rejas se abrieron para entrar en una especie de camino de piedras con grandes jardines a ambos lados y que desembocaban en una gran fuente de agua a la entrada de aquella enorme casa. Alex se bajó y le dio las llaves del auto a un aparcacoches que las cogió al vuelo mientras se acercó hasta mi puerta para ayudarme a salir. Le di la mano para que estirase de mi pero se agachó y me agarró de la cintura haciendo que todo fuera más fácil, sentí como me rodeaba con su brazo y pensé que había llegado más allá del cielo para volar entre las nubes. Entre su incesante roce y aquel perfume que usaba, estaba en el quinto paraíso.

—Jasmine, no te separes de mí, ¿entendido? —Su voz parecía manifestar preocupación o era la sensación que me daba.

—Está bien —respondí. De todos modos, no me separaría de él por nada del mundo, era lo que menos deseaba.

—Vas a atraer demasiadas miradas —dijo de pronto—, eres una cara nueva y absolutamente preciosa a mi pesar.

«¿Soy preciosa?, ¿He escuchado bien? Alex ha dicho literalmente “Absolutamente preciosa”» Las piernas comenzaron a temblarme al saber que él me consideraba hermosa, aunque no sabía porque era un “pesar” para que lo fuese.

—¡Alessandro! —escuché de pronto como le llamaban.

Un hombre de unos sesenta años se acercó a nosotros y le saludó. Aunque parecía bastante interesado en mi porque no me quitaba los ojos de encima y empezaba a sentir cierta incomodidad.

—¿Quién es esta hermosa joven? —preguntó mientras cogía mi mano y daba un beso en el dorso. Ni que fuese la princesa Jade para recibir un beso en la mano, pensé. Aunque hizo sentirme un poco como en el cuento de Aladín.

—Mi novia —contestó tajante Alex— Jasmine —añadió seguidamente mientras me miraba y me estrechó aún más de la cintura atrayéndome hacia él, como si fuese de su propiedad. Sabía que no era real, me lo repetí mentalmente casi como un mantra, pero tenía que saborear el momento por más ficticio que fuera, tenía que aprovecharme de la situación porque en la vida real eso no sería nunca posible, ¿Me sentiría así si realmente fuese su novia? La idea me encantó... y a pesar de no ser realista, no pude evitar soñar con que lo fuera. Un pensamiento comenzó a surgir en mi cabeza, ¿Y si coqueteaba con él? Creería que formaba parte del papel, ¿no? Alex jamás creería que yo

sentía algo por él que no fuese un amor fraternal por la relación familiar que nos unía, por lo tanto, quizás podría aprovecharme del momento.

—Te has superado, Alessandro. Es la joven más hermosa que he visto desde mi esposa Elisabeth. —Me sonrojé literalmente al escuchar al hombre, aunque sus palabras me recordaron que Alex solía tener demasiadas “novias” y que desde luego las exhibía en aquellos eventos. Seguramente ese hombre estaba acostumbrado a alabar a todas las mujeres de la noche y a todas las que Alex llevaba para que le acompañasen.

—Afortunadamente es mía —sentenció. Esta vez su apretón fue acompañado de un beso en el cuello, fue casto, pero consiguió erizarme la piel.

—Por ahora... veremos quien puja más por ella en la subasta —rio el hombre—. He visto a todas las acompañantes que han acudido a la velada y te aseguro que será la más solicitada. Judith estará contenta porque sacará una buena cifra para la obra benéfica —añadió riéndose mientras se alejaba.

Alex no dijo nada, pero noté como sus músculos se tensaban y se despidieron momentáneamente. Tras irse, me contó que el hombre era el dueño de la mansión y su hija quien organizaba la obra benéfica aprovechando los conocidos de su padre.

—No dejarás que pujen más que tú, ¿verdad? —pregunté mientras le miraba suplicante cuando nos habíamos alejado lo suficiente.

—No permitiré que te vayas con otro hombre esta noche ni, aunque sea para tomar una copa. —Me aseguró y yo asentí—. Vamos, salgamos al jardín donde están todos.

Había una escalinata para bajar al jardín, estaba especialmente iluminado para la gala, con un escenario al fondo donde había una orquesta de música clásica. Se veían camareros pasando constantemente con canapés y copas de champán,

sentí varias miradas sobre mí.

—¿Lista? He visto a Mijaíl, el inversor que te comenté, pero te presentaré a algunos socios ya que tendré que saludarlos por compromiso.

Noté como volvía a posicionarse a mi lado posando su mano en mi cintura, al llevar la espalda descubierta podía sentir sus dedos literalmente en mi espalda y ese calor que me abrasaba por dentro por saber que su piel tocaba la mía.

Alex me presentó a varios socios de la empresa y a sus esposas, intuí que la más joven debía pasar de los cuarenta por lo que no creía tener mucho tema de conversación con ellas, aun así, alabaron mi vestido y comentaron algo sobre mi gran belleza y lo oculta que me había tenido Alex.

Intuí que si me dejaba sola con ellas comenzarían un interrogatorio, indudablemente así fue cuando Alex se disculpó un segundo diciendo que me dejaba en buenas manos, ¿No había mencionado él que no me apartase de su lado? Tal vez pensó que la compañía femenina no era una amenaza, pero no sabía que sería incluso peor.

—Bueno querida, ¿Cómo os conocisteis Alessandro y tú? Hasta la fecha pensaba que era a Anna a quien traería a la fiesta como ha hecho los últimos meses.

Efectivamente mucho tacto no es que tuviesen aquellas mujeres, porque si yo fuese realmente su novia no querría ni oír hablar de su ex pareja.

—Estoy realizando las prácticas en la empresa de Alessandro —comencé diciendo—. Debido a mis excelentes calificaciones conseguí entrar y ahí fue donde nos conocimos —añadí. Iba a empezar las prácticas el próximo semestre, aunque aún faltaran meses para eso, así que tampoco era una mentira del todo o eso pensé.

— ¡Oh! Hermosa y con talento —escuché decir a una mujer más mayor y me sonrojé.

—Gracias —respondí no sabiendo hasta qué punto la mujer era sincera o no.

—Ven querida, quiero presentarte a unas personas. —Las manos de Alex en mi cintura me hicieron volver a estar en las nubes, yo me dejé guiar por él comentando lo que les había dicho a aquellas mujeres de cómo nos habíamos conocido, él pareció de acuerdo con la idea cuando se lo comenté.

—Jasmine, te presento a Mijaíl y a su hermana Rachel —dijo de pronto cuando paramos frente a una pareja.

Los ojos de aquel hombre me miraron de pronto posesivamente, tanto que me sentí abrumada. Era joven, seguramente tendría la edad de Alex o quizá algo más, aunque indudablemente bastantes años más que yo desde luego, pero para mí, era joven. Nunca me habían atraído los chicos jóvenes, sino los hombres maduros, en realidad nunca me había atraído otro hombre que no fuera Alex si he de ser sincera, pero Mijaíl se veía bastante bien, había que reconocerlo, con aquel cabello moreno y esos ojos de un increíble verde que me miraban fijamente.

—Un placer, Madeimoselle —habló mientras me cogía de la mano y yo le observaba fijamente.

Me deje besar la mano, tal parecía que, en este tipo de acontecimientos, los hombres eran muy educados y me recordaba a una época distinta de la nobleza inglesa.

Rachel parecía simpática, era mayor que su hermano y soltera, así que le acompañaba a todos los eventos de este tipo puesto que no trabajaba. Eran de origen árabe y pasarían un par de semanas en Londres, conociendo la empresa de Alex para decidir invertir en un gran proyecto que él pretendía hacer en

Dubái al parecer en unos terrenos de la familia de ellos. Me ofrecí para acompañar a Rachel algún día de tiendas pese a que precisamente yo, no sería la mejor compañía en ese sentido, pero tras hablar con ella y sus comentarios sobre la soledad de aquellos viajes con su hermano en los negocios me sentí casi obligada a decírselo, aunque solo fuera por cortesía.

Paramos de hablar para escuchar la bienvenida tardía que la organizadora de la gala comenzó a ofrecer, se trataba de un discurso de agradecimiento por la asistencia. En breve empezaría la subasta por lo que la gente fue posicionándose alrededor del escenario, un camarero vino para darnos unos sobres a Rachel y a mi, dentro había una pegatina con un número que al parecer sería el orden en el que se realizaría la subasta, Rachel parecía tener el veintidós y yo el setenta y cuatro.

La subasta comenzó casi inmediatamente después de que el camarero terminara de repartir los sobres. La organizadora de la gala presentó al organizador de la subasta que iba llamando de una en una a las asistentes que muchas de ellas subían sonrientes como si aquello les entusiasmara. Conforme avanzaba el espectáculo me di cuenta que la gran mayoría eran compradas por su propia pareja, al final Alex tenía razón; solo era una forma de conseguir dinero para la obra benéfica un tanto teatral, pero mi nerviosismo volvió cuando superaron la puja que Mijaíl ofreció por su hermana Rachel y ésta fue comprada por un anciano de setenta años, al menos en su apariencia, —tampoco es que sea el fin del mundo estar una hora charlando con un señor mayor e intentar ser agradable—, me dije a mi misma si aquello ocurría, pero en el fondo, preferiría que no ocurriera.

—Y para terminar la puja, démosle un gran aplauso a la acompañante del señor Alessandro D’Angelo, la señorita Jasmine Dunne.

Me acerqué hacia el escenario lentamente, podía observar todas las miradas

sobre mí y aquello me resultaba demasiado halagador al mismo tiempo que aterrador.

—Que comience la puja de esta exótica y joven belleza —dijo el encargado de llevar la puja al que desde luego pagaban para que la subasta fuera animada. Mientras veía al hombre que llevaba la puja que ni tan siquiera recordaba su nombre de la poca atención que había prestado cuando lo presentaron, escuché que iba aumentando la suma conforme los hombres presentes alzaban la mano, casi todos ya habían comprado a una acompañante, pero parecía que podían poder seguir pujando.

—¡Doscientas mil libras! —gritó una voz lejana.

Yo no identificaba la voz del dueño de aquellas palabras, pero me parecía una barbaridad esa cantidad de dinero, la cifra más alta que había escuchado esa noche habían sido ciento cincuenta mil libras y me parecía demasiado ostentoso «La de cosas que podría hacer yo con ese dinero» pensaba. Pero después recapacitaba imaginando que aquel dinero iría destinado para una buena causa, o eso esperaba.

—¡Doscientas cincuenta mil! —Se oyó otra voz.

—¡Trescientas mil libras! —No me sonaba que esa voz fuera de Alex. Lo más probable es que terminara pasando esa hora con un completo desconocido, puesto que dudara que él invirtiera tanto dinero solo en mí. No merecería la pena hacerlo desde luego.

—¡Medio millón de libras! —Esa voz fue tan contundente, firme y clara, que no podía ser de otro que de Alessandro D'Angelo, el dueño de mis pensamientos, mis pasiones y mis más perversos deseos.

—¡Vendida al señor D'Angelo por medio millón de libras! —escuché instantes después.

En aquel momento sentí dos cosas con aquella frase; Alex había cumplido su promesa, no había dejado que nadie me comprara, y después... ¡Se había gastado medio millón de libras en mí!, ¡Había perdido el juicio completamente!

Le busqué con la mirada y sus ojos estaban fijos en mí; brillantes, cálidos y hubiera jurado que con matiz desconocido. Cuando me enseñó su sonrisa de complicidad con aquellos dientes blancos, pensé que mi corazón había explotado de felicidad.

—¿Medio millón?, ¿Estás loco? —dije cuando vino a por mí para recoger su premio. Él me sonreía mientras me llevaba a la pista y la gente comenzaba a bailar.

—Te prometí que no dejaría que nadie me ganara. —Fue toda su respuesta.

—Si... pero es medio millón ti... Alex. —Me corregí rápidamente y eso que yo nunca le llamaba tío, pero supongo que la impresión pudo conmigo. Aunque no había nadie cerca que pudiera haberme escuchado.

—Si te sirve de consuelo, no dormiremos en la calle —contestó observándome fijamente.

—Eso espero porque te recuerdo que no tengo a donde ir —dije entre risas. Aún no me acostumbraba a tener siempre su cálida mano sobre mi espalda, pero era una sensación muy agradable. Nunca recibía una caricia suya salvo un casto beso en la mejilla o un abrazo si llevábamos mucho tiempo sin vernos, tener un roce constante proveniente de él me alteraba demasiado.

Me giró sobre mí misma para colocarme frente a él y situó mi mano sobre su hombro mientras me enlazaba la otra con la suya para posteriormente agarrarme de la cintura mientras comenzábamos a bailar el vals. Reconozco que desde la boda de unos amigos de mis padres cuando no tendría más de

siete años no había bailado un vals en mi vida, pero recordé las palabras de mi padre, «El vals es como el viento, solo hay que dejarse llevar de forma suave como si flotaras», efectivamente hice eso; me dejé llevar por Alex como si estuviera en una nube flotante.

Cuando comencé a disfrutar del baile dejé de observar mis pies para mirarlo a él, no esperaba encontrarme con su mirada así que me quedé absolutamente embobada y entreabrí los labios como para decir algo, pero afortunadamente acallé mis pensamientos, aunque mentalmente estaba babeando por poder mirarlo a una distancia tan cercana y apreciar su atractivo rostro en todo su esplendor, ¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente guapo?

Noté que él se intentaba alejar de mí, me dio una vuelta y me mareé un poco, quizá el champán con el estómago vacío no era buena combinación. Afortunadamente se dio cuenta y me sujeto firmemente.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado—. Ven... daremos una vuelta para que te dé un poco el aire —añadió sin que yo contestara.

—Sí, creo será lo mejor, gracias.

Me agarré a su brazo como si la vida me dependiera en ello y es que caminar por la hierba de aquel jardín con unos tacones de casi 15 cm no era lo ideal, menos mal que el tacón no era fino sino iría peor que un pato mareado.

—No quisiera robarte mucho tiempo —dije de pronto—, puedo quedarme aquí un rato mientras hablas con Mijaíl —excusé mientras me sentaba en un banco de piedra que había frente a una fuente iluminada. Aquello quedaba bastante alejado y con menor iluminación que donde se encontraba la fiesta, pero formaba parte del jardín que rodeaba la inmensa casa.

—Tranquila, él estará ocupado un rato más con su elección de subasta —comentó y asentí con la cabeza mientras me relajaba y miraba al cielo.

—Hace mucho tiempo que no observo las estrellas —hablé cortando el silencio que se había creado de pronto—, en Middleton iba los fines de semana a las afueras para contemplarlas, pero en Londres hay demasiada contaminación lumínica y resulta imposible. Aquí se pueden apreciar algunas, aunque estoy segura de que si nos alejamos un poco más se verán mejor.

—Conozco un lugar perfecto para verlas, recuérdame que te lleve un día —contestó y bajé mi mirada cuando escuché sus palabras, él inmediatamente me guiño el ojo.

—Te lo recordaré mañana mismo, ¿Está en Londres? —pregunté entusiasmada.

—No exactamente —refutó—. Quizá te lleve dentro de dos semanas que tendré más tiempo, mañana estaré ocupado.

—Disculpen —La interrupción nos hizo mirar a la pareja que se había acercado, ni tan siquiera habíamos notado su presencia, eran Mijaíl y una mujer mayor de mediana edad por la que se había comprometido a pujar al quedarse solo sin Rachel.

Alex se levantó para ceder su sitio a la mujer, que se sentó agradecida y se quejó de su dolor de pies, yo sonreí amablemente con complicidad, hasta a mí me dolían los pies y probablemente tendría cincuenta años menos que aquella mujer.

—Me preguntaba si me concedería un baile querida Jasmine —escuché de pronto.

La petición de Mijaíl me cogió totalmente desprevenida, iba a mirar a Alex para ver si me daba su aprobación, pero reaccioné antes de mirarle y acepté gustosamente. Yo no era realmente su novia, no le pertenecía y jamás lo haría porque nunca me miraría con esos ojos por más que aquella noche pareciese que hubiese descubierto que ya no era una niña. Tenía que ser realista y aunque

Mijaíl no fuera a ser el hombre de mi vida, al menos sería una distracción de Alex por esa noche.

— Le aseguro que no soy una excelente bailarina, señor Mijaíl —comenté para iniciar una conversación ya que me parecía de lo más elocuente reiterar aquello que además, era absolutamente cierto.

—Mi único deseo es disfrutar de su compañía y deleitarme en su belleza —manifestó por respuesta.

Mis mejillas probablemente estaban más rojas aún que el propio color de labios que me había pintado Erika horas antes, jamás pensé recibir tantos halagos y menos en una misma noche, aunque exceptuando a Alex —y teniendo en cuenta que su amor fraternal por mi podía haber influido—, Mijaíl había sido el único hombre que me había dicho algo tan halagador.

—Pero usted debe de estar acostumbrada a que la halaguen —añadió instantes después.

—Créame que no —respondí enseguida sin poder contenerme.

—Querida Jasmine, es usted la flor más hermosa de todo el jardín. —Su voz era tan extremadamente sensual que la piel de todo mi cuerpo se había puesto de punta—. Si usted fuese mía, me aseguraría de recordárselo a cada instante.

Tragué saliva, ¿Que se supone que hay que contestar a una afirmación así? En aquellos momentos quería pulsar el botón de pausa y llamar a Erika, ¡Tierra llamando a Jasmine! Me había quedado obnubilada por aquella voz sensual y el hombre atractivo del que emanaba.

Mi silencio pareció ser respuesta suficiente porque noté como su brazo me envolvía la cintura abriendo paso entre las parejas de baile. La música era lenta y lo agradecí, después de todo con aquel vestido embutido no podría

hacer grandes movimientos.

Sentí varias miradas sobre nosotros, algunas que hablaban y otras cómplices, supuestamente yo era la *nueva* novia de Alessandro D'Angelo.

Cuando miré hacia la izquierda para situarme frente a Mijaíl y dejar que éste me cogiera de la cintura para estrecharme a la hora de bailar, sentí la mirada intensa de Alex. No era cálida sino severa, sus ojos no brillaban, tampoco sonreía y hubiera jurado que parecía casi enfadado.

Aquello hizo preocuparme, ¿Por qué Alex se enfadaría? Nos estaba viendo y, además, ¿No se suponía que debía convencer a Mijaíl para invertir y ceder sus terrenos? Había sido él quien me había invitado a bailar, rechazarlo supondría una ofensa para él y después de todo, hasta le estaba haciendo un favor. Me consolé mentalmente para contrarrestar el malestar que estaba sintiendo al presentir que Alex podría enfadarse conmigo.

—¿Eres de aquí? —La voz de Mijaíl me trajo de vuelta al presente y abandoné mis pensamientos.

—Si, soy de Middleton —respondí enseguida y después me lamenté por hacerlo. Realmente no es que pudieran relacionar a Alessandro D'Angelo con Middleton salvo por tener allí un hermano, pero quizás hubiera sido mejor no decir exactamente de donde era.

—No parece usted inglesa —respondió y yo alcé una ceja confundida—. Posee unos rasgos exóticos y unos ojos increíblemente hermosos, aunque su piel delata su etnicidad europea.

—¿Analiza usted a cada mujer con la que tiene el placer de conversar? —pregunté. Vale que podía sentirme halagada pero incluso me parecía demasiado su comportamiento.

—Confieso que solo lo hago cuando me interesa mi compañera de baile
—contestó.

¿Mijaíl acababa de declararme que yo le interesaba? Él no sabía que yo realmente no era la supuesta pareja de Alex y aun así parecía no importarle.

—¿Que trata de decirme? —exigí.

Probablemente estaba metiendo la mano en la boca del león y éste podría morderme, pero sentía verdadera curiosidad.

—Sea cual sea el precio de D'Angelo lo doblaré con mucho gusto —declaró con voz firme.

¿El precio?, ¿Pero de qué hablaba?, ¿Se referiría a la subasta?

—Si se refiere a la subasta, creo que ésta ha terminado y además usted está gozando de un premio por el que no ha pagado —respondí convencida de que Mijaíl tendría que haberse referido a eso.

Observé como parecía estar confundido, como si yo le hubiera dicho algo extraño y de pronto una sonrisa en su rostro se dibujó.

—Es usted una caja de sorpresas —dijo antes de que la música dejara de sonar y ahora me dejase más confundida aún que antes.

Mijaíl me cogió la mano y la apoyó en su brazo mientras parecía que nos dirigíamos junto a Alex que ahora conversaba amablemente con Rachel.

Debía reconocer que Rachel era hermosa, quizá no tanto como Anna, pero tal vez podría resultarle atractiva a Alex si es que le gustaban las mujeres mayores que él.

—Rachel, ¿Por qué no das un paseo con la exquisita señorita Dunne mientras D'Angelo y yo hablamos sobre negocios? Seguro que si os quedáis os

acabaremos aburriendo. —Su tono de voz era agradable, casi elocuente y divertido.

Rachel sonrió y me miró. Yo sonreí al mismo tiempo que ambas comenzamos a caminar alejándonos de probablemente los hombres más atractivos que había en esa fiesta y probablemente en toda la ciudad esa noche.

Comenzamos a tomar champán mientras hablábamos y terminamos en una fuente algo alejada de la fiesta principal. Habíamos robado un par de copas más cada una y nuestros zapatos se habían quedado a mitad de camino, de hecho, creo que el momento en el que Rachel confesó que ya no podía más con aquellos zapatos hundiéndose en el césped porque Mijaíl no le había avisado que la fiesta sería en un jardín fue el momento de mayor diversión de la noche.

Vi como Rachel tiró los zapatos de una patada puesto que no tenía manos con los que quitárselos al llevar una copa de champán en cada una. Cuando vi el zapato salir volando comencé a reír a carcajadas sin poder parar y contagié a la ocurrente Rachel por lo que ambas parecíamos dos locas riéndose por una absurdez. Intenté imitar su gesto, pero el zapato no salía del pie, lo que provocó que la risa de Rachel aumentara. Al llegar a la fuente me senté y al fin liberé mis pies, sintiendo como estos volvían a respirar y moverse.

—¿Hace mucho tiempo que estas con D'Angelo? —preguntó haciendo que pensara bien en la respuesta.

—No, lo cierto es que no hace tanto —mencioné sin importancia. Era una respuesta vaga, pero esperaba que no insistiera en ello.

—Es un hombre bastante atractivo —afirmó.

—Demasiado diría yo —confesé.

Tal vez fuera el champán el que hablaba por mí.

—Ten cuidado Jasmine, los hombres como mi hermano y él no se comprometen nunca con una sola mujer —aclaró.

En ese momento observé a Rachel, parecía algo ausente porque miraba hacia el agua que había en la fuente y jugueteaba. Por alguna razón entendí que Rachel había sufrido en carnes propias el dolor de un corazón roto por un hombre así, al menos fue la sensación que me dio.

—Lo cierto es que...

—Creo que va siendo hora de marcharnos —La voz de Alex me interrumpió, hizo que casi me sobresaltara—. ¿Dónde están tus zapatos? —preguntó observando mis pies descalzos sobre el borde de la fuente.

—Allí —dije señalando con el dedo la dirección de donde los había enviado.

Observé como Alex se iba hasta donde le había indicado y con su esmoquin trajeado traía mis zapatos en sus manos, después se ponía en cuclillas y delicadamente me calzaba cada una de las sandalias.

—¿Ya se ha terminado la fiesta? —pregunté mientras le observaba realizar aquella tarea concentrado.

—Mañana tengo una cita importante —refutó como si con eso lo dijera todo.

—Está bien —contesté. Di por sentado que había que marcharse si o si, aunque me lo había pasado bien con Rachel.

Me despedí de ella, ya le había dado mi teléfono para que se pusiera en contacto conmigo por lo que solo fue un hasta pronto y Mijaíl seguía con aquella mirada extraña, pero volvió a despedirse besando de nuevo el dorso de mi mano.

Alex parecía tener prisa en salir de aquella casa porque me agarró del brazo y casi me llevaba a rastras.

—¡Alex! —grité—, ¡No puedo correr con este vestido! —volví a alzar la voz intentando no caerme mientras hacía malabarismos al verme arrastrada por sus largos pasos.

—No debí haberte traído. No sé en qué demonios estaba pensando para hacer algo así —contestó abstraído pero al menos aminoró el paso aunque lo hizo sin mirarme.

—¿De qué hablas? Lo he pasado muy bien. Rachel es muy simpática —admití.

Llegamos al coche y Alex me abrió la puerta, estaba algo taciturno y serio, no entendía nada, ¿Qué le pasaba?

—¿Es que no ha ido como esperabas con Mijaíl? —pregunté pensando que tal vez sería esa la raíz de su comportamiento.

—No, no es eso —contestó al tiempo que arrancaba el motor del coche y ambos nos sumimos en un absoluto silencio.

Llegamos al apartamento en menos de veinte minutos al no haber tráfico alguno y la rapidez con la que Alex condujo el Ferrari. No quería importunarle por lo que, si él decidía no hablar, no sería yo quien lo hiciera. Tal vez mañana le preguntara qué era lo que había ocurrido o qué le había molestado para actuar así. Quizá solo era el cansancio por el ritmo de vida frenético que llevaba o que se yo. Cada vez entendía menos esos cambios repentinos de humor.

—Buenas noches pequeña flor —dijo en cuanto las puertas del ascensor se abrieron.

—Buenas noches Alex —respondí al tiempo que empezaba a caminar hacia la habitación—. Alex, ¿Puedes desabrocharme en un momento el vestido? El cierre se engancha —recordé de pronto.

—Si, claro —contestó en su tono grave mientras se acercaba hasta mí. Me giré puesto que el cierre estaba al final de la espalda con unos pequeños ganchitos entre la pedrería que adornaba el vestido, de ahí que costara tanto trabajo. Sentí sus dedos intentando abrirlo y después deslizar la cremallera hacia

abajo, lo que provocó una ligera liberación de aquella estrechez que en seguida fue sustituida por un ardor abrasador provocado por los dedos de Alex que acariciaban mi espalda.

Noté de pronto sus labios en mi hombro; eran cálidos, suaves y húmedos al mismo tiempo. Aunque lo evité no pudo evitar que de mi garganta emanara un leve gemido al sentir aquella sensación y me giré lentamente para tener frente a frente la cara de Alex, necesitaba verlo. Mi nariz casi rozaba la suya, su aliento se entrelazaba con el mío y sus ojos me observaban fijamente.

Escuché un sonido gutural de su garganta seguido de una exhalación profunda y no supe reaccionar cuanto sus labios atraparon de pronto los míos en un beso tan pasional que casi hacía que me consumiera. Cuando me quise dar cuenta había entrelazado mis manos en su cabello apresando sus labios y dejándome arrastrar por el mayor momento de placer que estaba segura de que tendría en toda mi vida.

El frío instantáneo me atravesó cuando Alex se alejó rápidamente dejándome con el anhelo de necesitar más de aquel frenesí inesperado, quería más de aquella sensación tan placentera.

—Yo no... —comenzó a decir—. Esto es una locura. No, esto no puede ser —siguió repitiéndose mientras se alejaba—. Perdóname pequeña flor —dijo antes de subir apresuradamente escaleras arriba y dejarme totalmente anonadada por lo que había pasado.

«Alex me ha besado» Por más que me lo repetía una y otra vez aún no podía creérmelo. No había sido un beso casto, ni un beso modesto, ni tan siquiera un beso de “gracias” había sido un beso apasionado de esos de película. De los que hacen que desees más y yo lo había experimentado en carnes propias.

«¡Tengo que contárselo a alguien o moriré!» grité interiormente.

Sabía que a la única que podía contárselo era a Erika, pero eran casi las tres de la mañana. Aunque bien podía mandarle un mensaje de texto... pero no, no sería igual. Tendría que comerme las uñas y esperar al lunes para contárselo todo en persona.

Era cierto que Alex se había arrepentido, incluso había mencionado que era una locura y yo misma casi podía atestiguarlo, porque desde que había descubierto lo que sentía por Alex, me había repetido una y mil veces que era una locura, pero si Alex me había besado era porque a pesar de ser su “sobrina” me encontraba deseable. De lo contrario no me habría dado un beso así, ¿no? Estaba hecha un mar de dudas por todo el remolino de emociones que sentía en mi interior.

Deslicé el vestido sobre las caderas y lo saqué por los pies dejándolo sobre la butaca que había en mi habitación y me dirigí al baño observando mi imagen en el reflejo del espejo.

—Me ha besado —dije conversando con el reflejo de mí misma en el espejo—. Alex me ha besado de la forma en la que tantas veces he anhelado, deseado y casi suplicado porque lo hiciera.

No me importaba que se hubiera arrepentido después, haría lo que fuera necesario para que ese beso se repitiera.

Me quité las lentillas y me lavé la cara haciendo que todo el maquillaje se derritiera con el jabón. Volvía a ser la Jasmine simple de dieciocho años que iba a la Universidad y no la supuesta novia del multimillonario empresario y arquitecto Alessandro D’Angelo, aunque algo había cambiado aquella noche, lo presentía.

No deseaba que aquella nube de ensueño terminara, pero iba a atesorar ese recuerdo hasta que un día se convirtiera en realidad porque ahora si podía

tener esperanza de que aquello fuera posible.

Me abracé a la almohada pensando que algún día ésta sería sustituida por el cuerpo de Alex. Hacía calor por lo que ni tan siquiera me puse el pijama o una camiseta que tapara mis pechos desnudos. Simplemente cerré los ojos abrazada a la almohada, la idea de que Alex pudiera invadir mi habitación y encontrarme prácticamente desnuda surcó por mis pensamientos, pero dudaba que a Alessandro se le ocurriera hacer aquello, aunque de todos modos no me importaría en absoluto que lo hiciera.

Desperté con un leve dolor de cabeza que me recordó a la noche en la que bebí cerveza solo que esta vez, el dolor era mucho más suave y ligeramente diferente. Cogí el teléfono y vi que tenía varios mensajes de WhatsApp sin leer, todos eran de Erika preguntando como había ido la noche. Miré la hora y eran casi las doce... no me extrañaba la hora puesto que habíamos regresado algo tarde.

Me levanté y me metí directamente en la ducha para intentar despejarme ese dolor de cabeza, mientras me enjabonaba puse una sonrisa de felicidad tras recordar y revivir en mis pensamientos ese apasionado beso, tanto me había metido en el recuerdo que acabé besando el cristal de la ducha, aunque la dura realidad de no recibir respuesta por parte de este me devolvió a la actualidad.

Salí de mi habitación solo con una camiseta que me quedaba algo grande y hacía de vestido, quizá algo corto, pero tapaba lo que había que tapar si no alzaba las manos.

Encontré a Alex con su ordenador sobre la mesa de la barra de la cocina, a pesar de no lucir corbata estaba bastante elegante con unos pantalones de vestir y una camisa remangada.

—Buenos días —dije al ver que no levantaba la vista del teclado.

—Buenos días —respondió sin alzar la vista solo le observé coger su taza de café y dar un sorbo algo largo.

¿Desde cuándo Alex decía un “*buenos días*” a secas? Ni pequeña flor, ni Jasmine... eso era extraño y no era buena señal o eso creía.

—¿No tenías una reunión? —comenté mientras me dirigía a la nevera y sacaba la leche, huevos para preparar tortitas y zumo de naranja. Tenía bastante hambre ya que apenas había probado bocado la noche anterior.

—Si, fue a las nueve de la mañana —respondió mientras cerraba la pantalla del ordenador—. Esta tarde me marchó a París tengo unos asuntos pendientes allí.

—¿París? —pregunté contrariada. Mi único pensamiento solo se centró en la increíble y guapísima Anna, su ex, la misma que vivía allí y que muy probablemente vería.

—Estaba esperando que despertaras para aclarar lo de anoche antes de marcharme hacia el aeropuerto —anunció. En ese momento le presté más atención dejando que mis pensamientos sobre él y la rubia se alejaran de mi mente—. Lamento lo ocurrido pequeña flor —comenzó a recitar—. No sé qué me pasó, pero supongo que sería el alcohol y los nervios porque la operación con Mijaíl salga adelante lo que me hicieron hacer lo que hice. —Alex no me miraba mientras soltaba su perorata de disculpa.

—No hace falta que te...

—No —dijo sin dejarme hablar—. Lo que hice no tiene excusa y te aseguro que no se repetirá.

Quería decirle que podía hacerlo, que podía besarme cuantas veces deseara que no me opondría lo más mínimo a ello. En cambio, guardé silencio y afirmé

con un gesto de cabeza porque si hablaba sabía que me delataría y en aquel momento solo podía pensar que Alex solo me había besado por una razón, porque probablemente echaba de menos a Anna y por eso ahora se iba a París para verla.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —pregunté dándome la vuelta mientras alzaba los brazos para abrir el mueble donde estaba la harina.

—Dos.... —escuché que la voz de Alex se cortaba como si su atención estuviera en otro lado—. Una semana —contestó firme.

¿Una semana?, ¿Estaría fuera toda una semana con Anna? Quería morirme en aquel momento.

—Está bien —contesté aguantándome las lágrimas.

—Llámame si necesitas algo —escuché su voz algo alejada.

—Gracias, aunque estaré bien —dije justo en el momento en el que le miraba marcharse dándome la sensación de que le perdía.

—Hasta pronto pequeña flor —anunció ya de espaldas sin mirarme.

—Adiós, Alex.

Cuando escuché el sonido de las puertas del ascensor abrirse unas lágrimas silenciosas comenzaron a rodar por mis mejillas y en ese momento escuché el sonido de mi teléfono móvil a lo lejos.

Fui corriendo esperando que fuese Erika para contarle absolutamente todo, pero al ver la pantalla era un número desconocido. No me apetecía hablar con desconocidos, en realidad no me apetecía hablar con nadie que no fuera Erika en esos momentos así que no lo cogí, pero a los treinta segundos recibí un mensaje.

*Buenos días bella y encantadora Jasmine,
Ansío verte de nuevo, concédeme el placer de degustar tu presencia una vez
más.*

Ven a cenar conmigo esta noche, solos tu y yo.

Mijaíl R.

¿De dónde había sacado Mijaíl mi teléfono? La respuesta fue fácil... Rachel.
Le había dado mi teléfono a su hermana.

Iba a contestar que ya tenía planes, inventarme una excusa para no ir... pero en
esos momentos pensé que si Alex podía irse junto a Anna ¿Porque yo no podía
distraerme en lugar de quedarme en casa y amargarme por ello?

Tecleé rápidamente mi respuesta antes de cambiar definitivamente de opinión.

*Aceptaré su invitación solo con una condición;
Prométame que estaré de vuelta antes de las doce como en el cuento de
Cenicienta.*

Jasmine.

Observé como Mijaíl estaba en línea y enseguida escribía su respuesta.

Será un honor ser su príncipe esta noche.

La recogeré a las ocho, solo dígame dónde quiere que lo haga y allí estaré.

Mihail R.

Pensé en darle la dirección de los apartamentos D'Angelo pero por alguna razón no pensé que fuera buena idea, así que le dije que me recogiera en la puerta de la Facultad de Arquitectura, de algún modo me sentía algo más protegida.

Terminé de preparar las tortitas y las degusté lentamente mientras pensaba en cómo había pasado de la felicidad extrema a la más absoluta decepción en cuanto a Alex. No solo se había disculpado, que hasta cierto punto podía entenderlo, sino que había salido corriendo a los brazos de Anna y ahora solo podía pensar en que me había besado pensando que yo era ella. Si, probablemente todo se había reducido a ese punto y no sentía el más mínimo deseo, ni atracción por mí.

Dejé el plato en el fregadero, lo enjuagué y lo metí en el lavavajillas que probablemente Georgia pondría al día siguiente para fregar los pocos platos que ensuciábamos. Lo cierto es que Alex casi nunca comía en casa y yo solía intentar ensuciar poco e incluso a veces lo fregaba a mano como en casa de mi padre para no generar molestias.

Fui a mi habitación y miré el reloj, aún faltaban más de seis horas para mi cita con Mijaíl y lo cierto es que no tenía gran entusiasmo por acudir, todo por culpa de la triste realidad a la que Alex me había enfrentado antes de irse.

Preparé la mochila de clase para el día siguiente, apunté todo lo que debía hacer esa semana cuadrando horarios y gestioné como cuadrar los grupos de trabajo para poder hacerlo con antelación. Busqué en la web de la biblioteca los libros que podría necesitar y apunté las referencias para no perder el

tiempo en buscarlos una vez estuviera allí, pero aun así faltaban cinco horas más para la cita.

Cogí el bañador y la toalla y me subí a la piscina, tal vez el agotamiento físico haría que me olvidara de imaginar a Alex en los brazos de Anna de una maldita vez.

Después de unos cuantos largos mi teléfono comenzó a sonar, me acerqué para comprobar la pantalla y era papá, hacía días que no hablábamos por lo que era inexcusable coger el teléfono.

—Hola papa —contesté sacando medio cuerpo de la piscina.

—Hola Jasmine, ¿Que tal todo?

—Bien, estoy haciendo unos largos en la piscina de Alex.

—Ya sabes lo que opino de las piscinas... —comenzó a decir.

—No me pasará nada papá —dije esperando que no comenzara con uno de sus discursos eternos.

—Bueno, no puedo hacer nada desde aquí, solo espero que todos estos años te hayan servido para concienciarte.

—Si, papá, ¿Que tal por Middleton? —pregunté cambiando de tema.

—Bien, aunque un poco extraño sin ti —confesó algo apagado.

—Yo también te echo de menos —dije sintiendo algo de nostalgia. Pese a que la relación con mi padre no era perfecta, le quería muchísimo.

—¿Está tu tío por ahí? Me gustaría hablar con él.

—No —afirmé—, se ha ido una semana a París.

—Claro, supongo que para estar con Anna —dijo contrariado—, entonces no

le molestaré. Pensaba ir a visitarte el fin de semana que viene, le llamaré en unos días y se lo preguntaré a ver qué le parece.

—Está bien —afirmé. Aunque sabía que Alex no se negaría en absoluto, pero decírselo a papa era como sentir llover, no cambiaría el hecho de que se lo preguntara igualmente como si tuviera que pedir permiso.

—Sé responsable si tu tío no está allí, ¡eh! —Me advirtió como si fuera a realizar alguna fechoría, aunque en realidad iba a hacer una esa noche saliendo sin decírselo a nadie.

—Si, papá —refuté con pesar. Jamás había cometido una infracción en mi vida como para que me regañaran.

—Esa es mi chica, te dejo que seguramente tendrás que estudiar.

—Nos vemos pronto, papá.

No sabía que ponerme, realmente yo no tenía ropa arreglada así que solo podía ir en vaqueros o con el único vestido que poseía que no era tampoco muy arreglado. Miré el vestido verde que aún permanecía sobre el sillón de mi habitación, era tan hermoso que nada de lo que había en mi armario podía hacerme sentir lo que hizo ese vestido.

Decidí subir al armario de Anna de nuevo, ¿Quién iba a enterarse de que le cogía prestado otro vestido? Casi todos eran vestidos de noche con corte largo demasiado elegantes para una cena y cuando pensé que finalmente tendría que ponerme el único vestido que poseía encontré uno corto de color rojo, con un corte extraño a la cintura que parecía tener un volante, a diferencia del vestido verde de anoche, éste era de un material un poco elástico que cedía y se ajustaba a mis curvas como un guante, de hecho, cuando me miré en el espejo observé cómo se marcaba incluso más la cintura y las caderas con aquel sensual vestido, ¿No sería demasiado para una cena?

Pensé en descartar la opción, pero no tenía donde elegir. El resto eran mucho más llamativos con brillantes y de corte largo como si todo el vestuario de Anna en aquella casa se centrara en las fiestas a las que acompañaba a Alex y no dejara ropa para uso cotidiano.

No tenía casi tiempo de tomar una decisión así que con aquel vestido rojo bajé rápidamente las escaleras y busqué por mi habitación las sandalias de plataforma que había llevado la pasada noche.

Fui al baño y me solté el cabello que aún conservaba las ligeras ondas que Erika me había hecho, increíblemente resistían pese al liso absoluto de mi pelo para mi sorpresa.

No tenía maquillaje, pero recordé la barra de labios roja que Erika me había dado para “retocarme” y que ni tan siquiera había utilizado. Además, ni la había llevado a la fiesta ahora que lo recordaba. La saqué del bolso donde la había metido, en mi vida me había pintado los labios pero no sería muy difícil, ¿no? Sería como dibujar y a mí no se me daba mal pintar.

La primera vez fue un estropicio y me lavé tres veces los labios para que se fuera aquel rojo intenso, tal vez si probaba con un pincel... rebusqué entre mis pinceles de acuarela y encontré uno lo suficientemente fino que me sirviera, iba a llegar tarde pero no quedaba de otra...

Con el pincel pude hacer unas líneas perfectas bordeando el perfil de mis labios y después rellenarlo con la barra, lo cierto es que aquel rojo intenso remarcaba demasiado la palidez de mi rostro, pero llamaban muchísimo la atención y me hacía parecer algo más adulta. Dejé la barra de labios sobre la encimera del lavabo junto al pincel y salí corriendo cogiendo las llaves y el móvil.

Caminé lo más rápido que las sandalias me permitían hacerlo y escuché en el

camino hasta llegar a la puerta de la facultad varias pitadas de claxon y algunas palabras obscenas que me hicieron pensar que quizás mi vestuario podía ser excesivo, aunque por otro lado también me hacían resultar deseable, algo que hasta ahora había sido completamente inexistente en toda mi vida.

Cuando doblé la esquina de la calle vi que había situada una limusina blanca y dos hombres esperaban fuera como si estuvieran “custodiando” el vehículo. Hice un gesto extraño, pero me acerqué algo despacio.

En ese momento la puerta se abrió y reconocí al guapísimo Mijaíl. Tenía que reconocer que sí era atractivo con aquellos ojos verdes y ese cabello negro, su tez morena contrastaba demasiado con mi palidez y tenía la sensación de que aquel hombre emanaba cierto poder de alguna forma.

Sentí como se acercaba hasta mí y volvía a cogerme la mano para darme un beso en el dorso, tal como lo había hecho la noche anterior.

—Creí que no podría estar más bella que anoche mi querida Jasmine, pero desde luego me equivocaba —recitó observándome en todo momento.

—Déjeme dudar de sus palabras Mijaíl —respondí con cierta diversión.

—Dude cuánto desee, pero le digo la verdad —reiteró.

Asentí con la cabeza porque pensé que sería iniciar una guerra en la que nadie saldría vencedor y acepté su invitación cuando me indicó con un gesto de mano que entrara en la limusina.

—¿Dónde iremos? —pregunté ahora algo nerviosa.

No me había parado a pensar que estaba con un hombre —que parecía tener interés en mí físicamente—, a solas. Sin que nadie supiera donde estaba y que ni tan siquiera sabía a donde me llevaría.

—No te preocupes querida Jasmine. No haremos nada que tu no desees

—contestó con aquella mirada verde e intensa que hizo que mi piel se erizara.

¿Nada de lo que yo no quisiera? No sabía si aquello debía preocuparme o consolarme la verdad.

Asentí con aquella afirmación e intenté relajarme. Se suponía que había aceptado aquella invitación para alejar de mis pensamientos a Alex, así que pensaba disfrutar de lo que Mijaíl me ofrecía, aunque esperaba que no fuera más allá de una placentera cena y una exquisita conversación.

Mi teléfono sonó en ese instante, se me había olvidado ponerlo en silencio.

—Disculpa —dije mientras lo sacaba disimuladamente y veía que tenía un mensaje sin leer.

Lo abrí y para mi sorpresa era de Alex. No había esperado que me enviara ningún mensaje al encontrarse demasiado “entretenido” con Anna.

He llamado a casa para avisar de que mi vuelo había llegado.

*¿Todo bien? Lamento haberme marchado tan repentinamente esta mañana,
pero tenía asuntos urgentes que atender.*

Besos pequeña flor.

Teclee mi respuesta con el teléfono dentro del bolso para que Mijaíl no pudiera ver de quien se trataba ni a quien le estaba respondiendo.

He salido a cenar fuera, todo bien.

Saludos a Anna de mi parte.

Au revoir.

Tal vez había sonado directa, seca y tajante, pero me daba igual. Ni pensaba decirle que estaba con Mijaíl, ni desde luego que me había dolido que me besara porque me hubiera confundido con Anna y después hubiera salido corriendo a sus brazos, ¿Negocios? «No soy idiota Alex», pensé para mí misma.

—Espero no ser el causante de problemas en tu relación con D'Angelo —habló la voz de Mijaíl que me hizo soltar de pronto el móvil y cerrara con fuerza la cremallera del bolso en un gesto rápido.

—En absoluto —contesté ofreciéndole una sonrisa sincera.

Lo más exagerado que Alex me diría por salir con Mijaíl es que era demasiado mayor para mí y aquello era algo que me daba absolutamente igual.

—¿Qué edad tienes, Jasmine? —preguntó en un tono intrigante.

—¿Es importante acaso? —respondí misteriosa. Justo instantes antes había estado pensando precisamente en su edad

—Quiero saber si es legal ofrecerte una copa de vino esta noche —contestó sonriente.

—Es legal —afirmé riéndome porque en realidad no hacía tanto que había cumplido los dieciocho años—. ¿Eso te hace sentir mejor?

—Lo cierto es que me intrigas, Jasmine —susurró—. Y cada minuto que pasa, estoy cada vez más confundido en lo que a ti se refiere.

Mijaíl emanaba cierto aire autoritario y de poder que me recordaba a Alessandro, solo que Alex no conseguía intimidarme como lo hacía el árabe y

quizá era porque de alguna forma, aquel hombre de ojos verdes me hacía creer que un aura oscura se cernía sobre él.

En ese momento recordé las palabras de Rachel la noche pasada, advirtiéndome que ni Alex ni Mijaíl eran hombres que se comprometían, sino que más bien, dejan el corazón destrozado. Bueno, Alex probablemente ya me lo había roto, no iba a permitir que Mijaíl también lo hiciera.

Guardé silencio evitando dar una respuesta a sus últimas palabras, realmente yo no tenía nada de intrigante, es más, era más sosa que una tarta sin nata, mucho más que la media de mujeres probablemente, incluso que la media de la media si lo analizaba detenidamente. Ni tan siquiera tenía algo interesante que contar que no fueran ecuaciones numéricas o el listado de los edificios más emblemáticos del mundo que acababa de memorizar esa semana.

—¿Qué edad tiene, Mijaíl? —pregunté de pronto para matar el silencio.

—Por favor, tutéame como hasta ahora. No soy tan mayor, aunque sospecho que más que tú —sonrió.

—Está bien, ¿Qué edad tienes, Mijaíl? —volví a preguntar.

—Solo te lo diré si me dices después la tuya —advirtió.

—Está bien —admití. Aunque no me importaba decirla de todos modos.

—Tengo treinta y cinco años —contestó.

Vaya, era mayor que Alex, siete años más para ser exactos, aunque no los aparentara realmente. Pensé que no pasaría de los treinta y los pasaba de largo.

—Dieciocho —contesté sin que preguntara.

En ese momento Mijaíl me sonrió enseñando aquellos magníficos dientes

blancos.

—Ya intuí por tu aspecto que no alcanzarías los veinte —comentó sin parecer sorprendido.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunté.

Realmente no lo preguntaba por él, sino por lo que un hombre con diferencia de edad como la que me llevaba con Alex sentiría.

—Es bueno, muy bueno mi querida Jasmine —admitió igualmente sonriente.

Llegamos a un lujoso edificio de fachada blanca y entrada acristalada, desconocí el nombre, pero daba por hecho que debía ser un lugar muy elegante y me aplaudí por haber utilizado el maldito vestido de Anna en lugar del único vestido que tenía en posesión, de lo contrario ahora mismo me sentiría demasiado ridícula entre tanto lujo.

Fue extraño que dos hombres que viajaban en la limusina también salieran y nos acompañaran hacia el interior del restaurante, uno iba delante y otro detrás. La situación era de lo más insólita, pero no pregunté nada, tal vez era una excentricidad de aquel hombre, aunque después pensé que probablemente era alguien importante en el mundo de los negocios si Alex quería que invirtiera en su empresa.

—Y dime, ¿De qué parte de los Emiratos Árabes eres? —pregunté una vez nos sentamos y nos ofrecieron la carta.

—Soy natural de Ajmán pero por negocios tengo residencia fija en Dubái —respondió sin apartar la vista de la carta.

—Me encantaría poder visitar Dubái, sus edificios son espléndidos. He estudiado la estructura arquitectónica del *Burj Al Arab* y debo decir que es impresionante, desde sus cimientos hasta la punta de sus 321 metros de altura.

Escuché la risa de Mijaíl ante mi comentario y no sabía si me había dejado llevar demasiado por mi inquietud sobre la arquitectura al nivel de que me había hecho parecer más *friki* de lo normal.

—¿Qué? —pregunté con todo el valor que pude reunir para parecer una mujer madura.

—Es que me resulta refrescante tu interés por la arquitectura, más aún en una mujer tan joven y bella al mismo tiempo. Será un placer para mi alojarte en mi hotel, Jasmine.

—¿Tu hotel? —exclamé con la mandíbula casi desencajada.

—Si, el *Burj Al Arab* es propiedad de mi familia.

Lo dijo en un tono tan normal como el que dice; voy a comer pipas. En ese momento mi mente empezó a procesar información, sobre todo lo que había leído sobre ese edificio en concreto, pero todo era en referencia a su construcción y el arquitecto que lo diseñó. Solo recordaba que pertenecía a un consorcio empresarial pero no me paré a investigar sobre eso porque carecía de interés para mí.

El camarero se acercó para tomar nota, sinceramente no había mirado la carta aún y ahora que lo hacía no podía dejar de pensar que frente a mí, debía estar uno de los hombres más ricos de los Emiratos Árabes. No me extrañaba que tuviera a aquellos dos guardaespaldas cerca de él. Si era dueño de ese hotel, tenía que ser inmensamente rico.

—¿Sabes que vas a tomar? —Me preguntó con calma.

—Tartar de salmón —dije sin pensar, puesto que para pensar andaba yo ahora... el camarero asintió recogiendo mi carta.

—Tráiganos una botella de *Domaine de la Romanée-Conti Grand Cru* para

acompañar —añadió Mijáil y el camarero asintió sin replica alguna—. ¿A qué te dedicas, Jasmine? —preguntó de pronto cogiéndome por sorpresa.

—Estudio Arquitectura, de ahí mi afán por tu hotel como has podido comprobar —respondí sonriente.

—¿Y en tus ratos libres eres la supuesta novia de D'Angelo? —Su pregunta fue tan directa que no supe que responder.

—¿Supuesta? —pregunté en un tono confuso.

—D'Angelo no tiene novias, solo acompañantes eventuales —confirmó.

Fruncí mi entrecejo extrañada, ¿Qué sabía él de Alex y de su vida privada?

—No entiendo a qué te refieres —dije evadiendo el tema.

—Investigo a todos mis posibles socios, Jasmine. Anoche me esperaba encontrar a esa tal Anna que siempre le acompaña en los últimos meses y me sorprendí gratamente al descubrirte a ti, has sido toda una revelación inesperada para mí.

—Yo... bueno, Alex y yo hace poco que... —comencé a decir, pero por suerte para mí el camarero llegó con el vino y descorchó la botella haciendo que Mijaíl lo degustara para ver si aprobaba la elección. Asintió de forma positiva y nos sirvieron a ambos un cuarto de copa.

—Sé que no eres su novia, pero quiero saber qué relación te une a él —continuó con su interés sobre nosotros.

—¿Por qué? —dije de pronto.

—¿Acaso no es obvio? —contestó dando un sorbo de vino y dejándose caer en su silla—. Te quiero para mí.

En ese momento casi se me había olvidado respirar, mi cerebro no procesaba

aquellas palabras tan directas.

—¿Y qué te hace pensar que no estoy saliendo con Alex? —contesté evitando sus palabras.

—Que hasta ayer fueras inexistente y que hayas aceptado cenar conmigo.

«Touché» pensé, pero después recapacité. ¿Solo eso? Bueno... —no te preocupes Jasmine, de todos modos, tú no eres la novia de Alex, además jamás lo serás así que no importa—. No podía decirle que tipo de relación era la que me unía a Alex porque no sabía cómo podía afectarle a nivel empresarial.

—¿Te contrató para acudir con él? —preguntó sin más.

—¿Qué?, ¡No! —Ni si siquiera se me había ocurrido que pudiera pensar esa posibilidad.

Decidí seguir con la mentira a pesar de su incredulidad, era lo más seguro para mí en esos momentos.

—Pese a tus suposiciones, Alex y yo estamos saliendo. Nos conocemos desde hace algún tiempo y si decidí venir a cenar solo es por el gran interés que sé que tiene en hacer negocios contigo. Se ha marchado de la ciudad y es lo menos que puedo hacer por él.

—¿Decidiste venir a cenar conmigo por hacerle un favor a D'Angelo? —Su tono parecía ofendido.

—Si —respondí a secas mirando hacia el plato vacío que tenía en la mesa.

—No —contestó arrastrando la o.

En ese momento sentí sus dedos en mi mentón, como me alzaba la cabeza para que le mirase. Estaba tan cerca que pude sentir el aroma de su perfume

bastante embriagador, pero no me hacía sentir lo mismo que cuando aspiraba el aroma de Alex. Una lástima, porque al menos Mijaíl sí estaba interesado en mi o eso parecía, al contrario que el hombre por el que yo suspiraba.

—No lo creo —dijo al mismo tiempo que sonreía y yo guardaba silencio. Definitivamente mentir no era una de mis cualidades al parecer.

La cena fue deliciosa y al salir del restaurante ya había anochecido, Mijaíl me rodeó con su brazo de la cintura para dirigirnos de nuevo hacia la limusina cuando de repente comenzaron a saltar unos flashes sin previo aviso. En ese momento sentí como él aceleraba el paso y nos refugiábamos en la limusina, a pesar de que los flashes nos persiguieran hasta que uno de sus guardaespaldas cerró la puerta.

—Lo siento —dijo disculpándose mientras yo analizaba lo que acababa de ocurrir sin entender absolutamente nada—. No sé cómo se habrán enterado, me aseguraré de que las fotos no salgan a la luz.

En ese momento asentí, pero porque tampoco me preocupaba salir en una pequeña columna de una revista árabe donde mencionaba a una desconocida sin nombre puesto que nadie sabía quién era yo y dudaba que obtuvieran mi nombre, así como así, pero mejor aún sería si Mijaíl se encargaba de ello y aquellas fotos jamás se publicaban en algún periodicucho.

Le pedí que me dejase en el mismo lugar donde me había recogido pese a su insistencia en llevarme hasta mi propia casa, pero no accedí. Así que ante mi testarudez llegamos de nuevo a la puerta de la facultad.

—Aún me quedan cinco minutos para las doce —dijo una vez que abrió la puerta y me ayudó a bajar de la limusina.

—Ha sido una velada agradable, he disfrutado mucho de la cena —contesté con una sonrisa.

—Me alegro y espero tener la posibilidad de volver a repetirla —contestó con cierto entusiasmo.

—Tal vez así sea, debo recordarte que me alojarás en tu hotel de Dubái —añadí con un deje divertido mientras me cruzaba de brazos por el leve frescor de la noche.

—La Suite Premium será toda tuya si decides venir —contestó mientras se acercaba peligrosamente hasta mi e inevitablemente di un paso hacia atrás.

— Mijaíl yo...—intenté decir, pero en ese momento sentí el leve roce de sus labios, fue tan fugaz e intenso que apenas me dio tiempo de saborearlo.

—Buenas noches, mi bella Jasmine.

—Buenas noches —susurré mientras me alejaba llevándome una mano a mis labios.

Anoche Alex me besaba de un modo abrasador, intenso, llenándome por dentro y ahora Mijaíl me daba un beso fugaz que parecía la promesa de otros muchos más placenteros, pero que sin duda no me había hecho sentir nada comparable con lo que pude sentir por Alex, ¿Tal vez los besos dependían de los sentimientos que te profesara la persona? Sin duda yo amaba a Alex y por Mijaíl... bueno por él no podía afirmar que sintiera nada.

Llegué a casa y me quité el vestido que lógicamente a lavar en el cuarto de la plancha donde estaba la lavadora y secadora. Me di una ducha larga pese a que era tarde. Cuando me coloqué la camiseta y me metí en la cama, recordé que tenía que poner a cargar el móvil, ahí me fijé que tenía varios mensajes sin leer, varios eran de Erika recriminando no tener noticias mías y que mañana me mataría, decidí contestar enseguida a pesar de que era tarde, reiterándole que le pensaba contar todo con pelos y señales a la mañana siguiente, solo que prefería decírselo en persona.

Seguidamente abrí el otro y era de Alex, al parecer me había contestado al poco de yo responderle.

Ten cuidado. Avísame cuando estés en casa.

Se los daré de tu parte.

No supe como sentirme, ¿Si ya lo sabía porque me dolía? Tal vez porque el hecho de que Alex reconociera que sí se había ido a Francia para estar con Anna dolía aún más que el hecho de que yo lo supusiera simplemente.

Me abracé a la almohada y traté de consolarme pensando en los ojos verdes de Mijaíl. ¿Por qué no podía enamorarme de alguien a quién al menos yo sí le gustara? Aunque después me destrozara el corazón como Rachel probablemente afirmaba, podría haber vivido un amor intenso, breve, pero al menos tener el recuerdo de ello y no esta agonía matadora de alguien que jamás me vería con otros ojos que no fueran los de un amor fraternal.

La pantalla del teléfono se iluminó y varios mensajes comenzaron a entrar, eran de Alex preguntando si ya había llegado y por qué no le había avisado.

Me dieron ganas de ser rebelde y no contestar, pero finalmente teclee o sería capaz de incendiar Londres si no contestaba.

Estoy en casa.

Me había dejado el teléfono en la habitación y estaba en la piscina.

Buenas noches, Tío Alex.

Yo nunca le llamaba tío. Jamás... pero en aquel momento no sé por qué razón lo hice. No recibí respuesta, así que me dormí no tratando de esperar una.

Aquel lunes me desperté bastante más tarde de lo habitual, había atrasado todo lo posible el despertador porque no quería levantarme, pero cuando el tiempo se me echaba encima me levanté de prisa y me coloqué la ropa que había dejado preparada el día anterior.

Vaqueros algo ajustados, botines, cinturón y estrenaba una de las camisas nuevas que me había comprado. Me lavé rápido la cara y me cepillé los dientes mientras me abotonaba la camisa con la mano izquierda, era un poco complicado hacer todo a la vez, pero no sé ni como lo hice.

Cogí la mochila y salí a toda prisa, ya me haría una cola de camino a la universidad. Georgia estaba en la cocina limpiando y la saludé rápidamente mientras cogía un par de manzanas como desayuno.

—Lo siento Georgia, pero hoy llego tarde, ¡Que tengas buen día! —grité casi en la puerta.

—Igualmente, señorita Jasmine —contestó abrumada probablemente por mi repentina entrada y salida de la cocina.

Casi corrí literalmente pero cuando miré el reloj del móvil había llegado justo a tiempo y Erika me esperaba en la puerta.

—Querida, con ese escote no me extraña que se fijara en ti —exclamó.

En ese momento me miré y vi que no me había abotonado los botones de la camisa desde la mitad del pecho hacia arriba y encima no llevaba sujetador porque con las prisas no me había dado tiempo a ponérmelo. ¡Qué vergüenza! Menos mal que Erika existía en mi vida.

—¡Dios sabe la de gente que me ha visto así! —grité mientras me abotonaba—. ¿Por cierto, que dices sobre quien se fijó en mí? Te aseguro que Alex no...

En ese momento Erika me dio la revista de prensa rosa más conocida de todo el país y en primera plana aparecíamos Mijaíl y yo saliendo del restaurante con un titular que decía:

El Príncipe Rashid parece haber encontrado el amor en Londres.

—¿Qué? —exclamé. Fue todo lo que pude decir en ese instante o más bien lo que mi cerebro logró procesar.

—¿Desde cuándo te relacionas con príncipes y no me lo cuentas?

El sonido de la voz de Erika me hizo apartar la vista de la imagen de la revista de prensa rosa para mirarla a ella.

—Yo... —balbuceé—. ¡No me dijo que era un príncipe! —grité absorta ante aquello, ni tan siquiera Alex lo había mencionado, ¿Lo sabría? Pues claro que sí, idiota. ¡Y me dijo que evitaría que esto saliera! pensé entonces en las palabras de Mijaíl... a la vista está que no lo hizo, pero ¡Qué demonios!, ¿Primera plana? esto era peor de lo que pensaba.

—Al menos sales guapísima y eso que no estás maquillada pero ese rojo nena... te sienta de maravilla —soltó Erika como si le pareciera hasta normal verme allí plantada en la portada.

La foto que ocupaba la primera plana era con mi rostro algo serio de frente, enmarcaba perfectamente mi cara pese a llevar el cabello suelto. Por suerte hoy llevaba gafas y pasaría desapercibida, pero esperaba que nadie pudiera reconocerme por aquella foto, aunque Erika no había dudado en reconocerme.

—Esta revista se distribuye solo aquí en Londres, ¿no? —pregunté.

Realmente dudaba que Alex fuera a ver una revista de prensa rosa, aunque él salía de vez en cuando en ellas...

—¡Que dices!, ¡Se distribuye en más de cincuenta países!, ¡Es super conocida! Además, también sales en el periódico...

—¿Cómo? —dije ahora anonadada.

—Así fue como te vi, pasé el fin de semana en casa de mi padre y esta mañana vi la foto en el periódico mientras él desayunaba, cuando fui a comprarlo para enseñártelo vi que también salías en la primera plana de otras tres, pero solo compré mi favorita, aunque me dieron ganas de comprarlas todas, pero no llevaba dinero encima —dijo mordiéndose la lengua.

—No puede ser... —dije llevándome una mano a la frente.

—¡Pero si es genial!, ¡Vas a hacerte famosa! —gritó como si aquello fuera lo mejor que podía pasarme.

—No quiero ser famosa, ¡No quiero que nadie me reconozca! —grité en voz baja, mientras enrollaba la revista para que nadie pudiera verla. Aunque era una idiotez, si estaba en todos los kioscos de prensa, una más o una menos no cambiaba la diferencia.

—Pues tú te lo pierdes... si yo fuera tú, me aprovecharía de la situación. Ese hombre es tremendamente atractivo, además de podridamente rico.

Miré a Erika de soslayo y su gesto de cara simulando su complacencia ante el atractivo de Mijaíl hizo que me riera de la situación.

—Mejor vayamos a clase y guarda esto para que nadie lo vea —le dije devolviéndole la revista que ella tomó enrollada.

—A todo esto, ¿Que tal con D'Angelo? —preguntó cuándo pasamos la entrada y nos dirigimos hacia la primera clase.

—Me besó —dije directamente provocando un chillido en Erika de emoción—. Y acto seguido me pidió disculpas y se marchó —suspiré.

—¡Pero te besó!, ¡Eso significa que le gustas! —gritó emocionada.

—No, Erika —contesté sacándola de su error—. Me confesó antes de marcharse corriendo a los brazos de su novia Anna que básicamente me había confundido con ella, que lo sentía pero que quizá había bebido demasiado —dije abatida recordando la conversación tan dolorosa que habíamos mantenido o que más bien, había mantenido él antes de marcharse.

—No me lo trago —contestó mientras entrábamos en clase y nos dirigíamos hacia los bancos en los que siempre nos sentábamos.

—No te preocupes, creo que ya asimilé que jamás tendré alguna posibilidad con él, es más que obvio —respondí en un tono neutro.

—¿Por eso saliste con...? —evitó decir el nombre de Mijaíl y lo agradecí.

—Si, por eso acepté su invitación —confirmé.

—Bueno... quizás haya llegado en el momento oportuno para que olvides a Alessandro. Me imagino que conociste al princ... a quien ya sabemos en la fiesta, ¡Pero me lo tienes que contar todo! —dijo emocionada mientras yo sonreí ante la curiosidad de Erika.

En aquel momento entró la profesora Meredith y ambas guardamos silencio para escuchar la fascinante clase de Historia de la Arquitectura que nos tendría preparada para esa jornada.

Saqué el teléfono y vi que tenía un mensaje sin leer, era de Mijaíl.

Mi querida y bella Jasmine,

Lamento no haber podido detener la publicación de las fotos.

Espero no ocasionarte problemas.

Te prometo que no se filtrará tu nombre.

Un saludo,

Mijaíl R.

Pd: Anhelo verte de nuevo, necesito saber que te veré de nuevo antes de que me marche el viernes.

Lo cierto era que no podía culpar a Mijaíl, después de todo si él era un personaje tan conocido era normal que la prensa lo siguiera a todas partes. Aunque me molestaba el hecho de dejar de ser anónima, pero suponía que si mi nombre no se filtraba lo seguiría siendo, al menos así lo esperaba porque no me imaginaba una vida llena de flashes o gente persiguiéndome a todas partes. Yo era una chica demasiado insulsa para ese tipo de vida.

A lo largo de la mañana le conté todos los detalles de la fiesta a Erika y sin saber por qué, miraba el móvil cada diez minutos, quizá era porque en el fondo de mí misma esperaba que Alex me dijera algo si había visto las fotos. ¿Lo haría? O tal vez le daría igual teniendo en cuenta que era un potencial cliente inversor para su empresa.

Lo cierto es que conforme se acercaba la hora de salida me relajé, lo más probable era que ni tan siquiera hubiera leído la prensa, él era un hombre demasiado ocupado para prestar atención a ese tipo de cosas así que sabiendo que nadie me esperaría en casa le pregunté a Erika si le apetecía ir a comer juntas, por suerte para mi ella parecía encantada con la idea. Telefoné a su

madre para comentarlo y enseguida me sonrió diciendo que estaba disponible.

Fuimos a una cadena de restaurantes bastante conocida en la ciudad “Pret a manger” porque pese a ser comida rápida es mucho más sana que las cadenas convencionales al tener productos orgánicos.

Después de pedir y sentarnos tranquilamente para devorar nuestros platos, me atreví a enseñarle el mensaje de Mijaíl a Erika, quizá ella pudiera ofrecerme su punto de vista sobre qué hacer al respecto, aunque ya tenía más o menos claro que si Erika estuviera en mi lugar, sin duda alguna se lanzaría a los brazos del príncipe como quien encuentra un oasis en mitad del desierto.

—Sin duda debes quedar con él y verlo —contestó mientras se metía una patata en la boca y le daba un sorbo a su batido de fruta.

—Es diecisiete años mayor que yo, que nosotras —puntalicé.

—¿Y qué? —contestó encogiendo los hombros—. Lo suficiente para conseguir que saques a Alex de tu cabecita y tu corazón si tan segura estás de que no tienes posibilidad alguna con él.

Suspiré. En esos momentos estaba completamente confundida, no por mis sentimientos hacia Alex, puesto que los tenía bien claros. Estaba totalmente enamorada de él, de eso no me cabía la menor duda, pero tal vez Mijaíl podría ser mi bote salvavidas hacia la inundación que se avecinaba si seguía ilusionada por Alessandro.

—Creo que aceptaré verlo de nuevo —confesé.

Después de todo, la velada había sido agradable, su beso fugaz bastante prometedor, aunque no me inspirara lo mismo que me había inspirado Alex y desde luego los halagos de Mijaíl podrían subir bastante mi autoestima.

—Entonces habrá que ir de compras —dijo Erika con una sonrisa que

enseñaba todos sus dientes a lo que yo respondí con otra.

Terminé comprando tres vestidos de los cuales yo solo elegí uno de ellos, los otros dos los había elegido personalmente Erika. Según ella, necesitaba tres porque no sabía los planes. De hecho, ni tan siquiera había contestado al mensaje aún, así que igual Mijaíl hasta podía haber retirado su oferta que yo allí estaba, comprando vestidos para una cita que aún no había ni aceptado.

Además de los vestidos, Erika me surtió de un kit de maquillaje básico que según ella era “lo esencial” aunque para mi gusto era demasiado, pero al parecer y por palabras textuales de Erika, no era casi nada. A mi neceser se le unió una máscara de pestañas que me pareció buena idea para resaltar las mías propias, un colorete, unos polvos de luz y una crema de color si quería un toque más pulido al rostro. Intentó que utilizara sombras de ojos y parafernalias varias que, conociéndome sabía perfectamente que no usaría. Se me daba bien pintar, pero si hablábamos de mi rostro, en concreto mis ojos... eso era otro cantar, así que me negué en rotundo. Añadió un brillo de labios rojo y un carmín de un color más apagado que el rojo brillante que aún tenía en mi posesión.

—Ah y debes llevarte esto —dijo señalando una barra de labios roja.

—Ya tengo un labial rojo, tú me lo diste —le recordé.

—No, no —contestó rotundamente—. Éste es a prueba de besos.

—¿A prueba de besos? —pregunté confundida.

—Si, es permanente y si besas no terminarás como un payaso como el que te di.

Total... que el labial apto para besos acabó en mi bolsa de la compra después del argumento de Erika. Aunque mi idea principal no fuera besar a Mijaíl

precisamente.

De regreso a casa fue inevitable pensar en Alex, en lo que estaría haciendo en aquellos momentos, en lo que haría esa noche y las demás noches que no estaría en casa. La imagen de verlo en un sofá, abrazado a la rubia maldita esa de Anna con cuerpo de sílfide y haciéndole arrumacos vino a mi mente provocándome un escalofrío.

En ese momento saqué el teléfono y tecleé rápidamente la respuesta para Mijaíl.

Así que un príncipe, ¿eh?

Yo también lamento que finalmente se filtraran las fotos y espero que mi nombre no lo haga. Me gusta seguir siendo anónima.

Jasmine.

Pd: Tal vez pueda hacer un hueco en mi agenda apretada.

No pretendía parecer desesperada por aceptar, realmente no lo estaba, aunque sí por no encerrarme en casa y mirar a mi alrededor evocando a Alex por cada rincón de la casa.

La casa estaba silenciosa cuando llegué, desde luego no me esperaba otra cosa, así que fui a mi habitación y dejé las bolsas junto a la mochila.

Abrí el armario para guardar los nuevos vestidos y vi el bañador rojo que me había comprado y que aún no había usado. En un arrebato lo cogí y lo tiré a la cama casi con rabia.

Guardé las prendas nuevas y coloqué el maquillaje en el baño junto a las lentillas. Me desvestí y me di una larga ducha para despejarme. Cuando salí envuelta en la toalla vi de nuevo la prenda roja sobre la cama y pensé que era el momento apropiado de estrenarla, no iba a verme nadie así que daba igual.

El agua de la piscina estaba algo más fría de lo que recordaba, sabía que era regulable la temperatura, pero sinceramente, no entendía esos chismes y no iba a ponerme a utilizarlo para estropearlo. Podría llamar a Alex para preguntarle, pero solo el mero hecho de pensarlo hacía que se me quitaran las ganas.

Hice un par de largos y ya notaba el cansancio de todo el día. Me relajé quedándome suspendida mientras flotaba en el agua, cerrando los ojos y no sintiendo nada más que el silencio del agua.

Insólitamente sentí que alguien me observaba. Aunque era absurdo, estaba sola, pero inesperadamente abrí mis ojos y miré hacia la entrada donde la figura de Alex vestido de traje con corbata algo desaliñada y con cara de cansancio me miraba fijamente.

—Alex —susurré en un jadeo en cuanto le vi.

No recibí respuesta, él solo me miraba intensamente, me encontraba de pie en la piscina donde el agua me llegaba por la cintura y donde sin lugar a duda daba una espléndida vista del escote que lucía aquel bañador rojo.

¿Como es que había vuelto? Vi como su mirada intensa e inescrutable me observaba fijamente.

—Sal ahora mismo, te espero abajo —exigió de pronto.

Su tono fue serio, demasiado brusco para mi gusto tuve que reconocer. Alex jamás me había hablado así y era extraño su comportamiento.

Le observé salir dándome la espalda y me apresuré a caminar hasta la escalera, salí y me envolví en la toalla secando rápidamente el agua que resbalaba por mis piernas.

Tenía cierto nerviosismo por la seriedad en la que me había dicho aquello, era como si presintiera que un enfado colosal se avecinaba y realmente no entendía el motivo hasta que bajando las escaleras mientras buscaba la figura de Alex por el salón o la cocina, vi sobre la encimera la misma revista que Erika me había enseñado esa mañana. En realidad, había varias más, pero esa la foto era bastante apreciable porque la reconocí al instante.

— ¿Tienes alguna explicación para eso? —escuché y miré hacia donde la voz de Alex llegaba. Estaba de pie, justo al inicio del pasillo que daba a mi habitación, como si lo custodiase para evitar que yo escapara.

Realmente no sabía que responder, ¿explicación? No sabía que tenía que dar explicaciones sobre con quién y cuando salía. Era mayor de edad, ¿no?

—Fui a cenar con Mijaíl —respondí sin más, no entendiendo como eso había provocado que Alex volviera, dudaba que fuera más importante que estar con su “Anna la infernal”.

—¿Solo a cenar? —respondió en un tono irónico—. Ese hombre no va “solo a cenar” con una mujer—dijo en un tono distinto, como jactándose de ello.

—¿Acaso importa? —pregunté levantando el mentón.

Odiaba que Alex actuara de padre protector, si había algo que soportara menos que su indiferencia hacia mí, era que me tratara como a una niña, como a una hija.

—¿Que si importa?, ¡Claro que me importa! —gritó exasperado haciendo que diera un paso hacia atrás por su impronta explosión de ira.

Jamás había visto a Alex actuar así, estaba rojo y su tensión traspasaba sus poros porque casi era palpable. Me envolví aún más en la toalla, como si me sintiera pequeña y de pronto sentí unas ganas inmensas de llorar, aunque trataba de contenerlas.

—¡Te presenté en la fiesta como mi novia!, ¿Es que acaso no se te ocurrió pensar en las consecuencias que esto tendría?, ¡Eso sin contar con que es un potencial inversor para mi empresa! —gritó.

—No pensé que fuera nada malo —susurré en voz baja, derramando una lágrima que fue imposible evitar.

Alex soltó un impropio y se posicionó frente a mí en dos zancadas, envolviendo con sus brazos mi cuerpo y abrazándome. Noté su pecho duro y firme, el único lugar en que sabía que me podría sentir en paz y verdaderamente protegida.

Escuché el suspiro de Alex mientras besaba mi frente.

—Juro que quería matar a Rashid cuando vi esas fotos —le escuché refunfuñar—. Aún no se me han ido las ganas de hecho...

Giré mi cabeza hacia arriba, viéndole mirar al frente.

—Prométeme que te alejarás de él —añadió fijando sus ojos azules en mí como perdiéndose en los míos—. Prométemelo.

En aquel instante yo le hubiera prometido la luna o el firmamento, pero una parte irracional y rebelde salió de mis adentros.

—¿Por qué? —dije algo confundida.

—Es mucho mayor que tú y no quiero que te haga daño —contestó taciturno.

—No me hará daño —insistí.

—Prométemelo pequeña flor —fue su respuesta.

Esta vez no era un ruego, era más una exigencia.

—Dame una buena razón para hacerlo y lo haré —tercié provocando que Alex se enfureciera, aunque yo solo lo noté en su mirada al volverse oscura.

—¡Porque no soporto la idea de verlo cerca de ti! —contestó haciendo que un estremecimiento encogiera mi estómago.

¿No soportaba verlo cerca de mí porque sentía algo por mí?, ¿Algo más que amor de tío? No quería tener esperanzas... no quería, pero por Dios que me era inhumano no tenerlas.

—Solo es un amigo —insistí aun sabiendo que Mijaíl no me miraba precisamente con ojos de amigo sin intenciones y pese a que jamás había estado con un chico lo sabía independientemente de mi ingenuidad.

—Ese hombre no quiere ser tu amigo —susurró. Sus dedos rozaron mi mentón y me lo alzó para obligarme a mirarlo detenidamente—. Te lo he pedido por las buenas, no me obligues a que lo haga por las malas —advirtió. Fruncí mis cejas de asombro, ¿Alex podía obligarme a no verlo? —. Le diré a tu padre que eres tú la de las fotos en las revistas—agregó a su frase.

Si, sí que podía obligarme al parecer. La sola idea de que mi padre se enterase de que yo era la de las fotos me aterrorizaba, no quería que lo supiera, entre otras razones porque era capaz de incluso sacarme de la universidad y llevarme de vuelta a Middleton para encerrarme durante el resto de mis días conociendo como lo conocía.

Me dieron ganas de gritarle que lo hiciera que, si tanto le importaba, hundiría mi vida si lo hacía, pero me callé. Podía entender que se preocupara por mí, en el fondo Mijaíl sí que era bastante mayor que yo, diecisiete años para ser exactos. Lo más probable es que también tuviera razón en que me dañaría, solo que Alex no tenía en cuenta que solo lo haría si me llegase a enamorar cosa bastante improbable teniendo en cuenta que en mi corazón no podía acoger a otro hombre, así que por esa vez, accedí.

—Está bien —contesté en un tono neutro.

—Está bien, ¿qué? —preguntó él apremiándome a seguir hablando.

—No le veré más, Es lo que querías, ¿no? —dije intentando apartarme de él pese a que me seguía abrazando.

—Esto es por tu bien —me advirtió.

—Ya has venido, has cumplido con tu función. ¡Ahora vuelve con Anna que probablemente te estará echando de menos! —grité escupiendo las palabras mientras por fin conseguía deshacerme de sus brazos y en el forcejeo la toalla con la que me estaba secando terminó en el suelo.

—Jasmine —susurró con voz ronca mientras sentí como su brazo se agarraba a mi cintura impidiendo que me marchara.

En ese momento me giré, mis ojos debían brillar de impotencia contenida y rabia. Si, rabia por sentir algo demasiado inmenso por él y que solo me viera casi como a una hija.

—¿Que? —grité con los ojos brillantes a punto de saltar en lágrimas por impotencia.

Él no podía saber cómo me sentía, como quería arrancarme este dolor por sufrir un sentimiento que él no correspondía ni lo haría jamás.

—Sé que no me perdonaré jamás esto, pero no lo puedo soportar —jadeó antes de acortar la distancia y atrapar mis labios tan rápidamente que apenas pude ser consciente de ello.

Me perdí en una nube de sentimientos, pero de entre todos ellos, el ardor que notaba a través de sus labios devorando los míos con desesperación ganaba. Su lengua se abrió paso entre la mía para deleitarme con su sabor y comencé a sentir una sensación extraña, un mariposeo que iniciaba en mi bajo vientre llenándome de emociones nuevas.

Alex me apretaba más contra él sintiendo todo su cuerpo contra el mío y noté como me arrastraba caminando lentamente hasta que mi espalda chocó con algo duro y frío mientras yo subía mis brazos por su pecho hasta acariciar su nuca... su cabello... mientras nuestras bocas no se separaban amándose con frenesí.

En ese momento sentí que me alzaba abriéndome de piernas mientras él se pegaba a mi cuerpo, sentí algo duro y grande rozarse contra mi vientre. La sensación, aunque desconocida era verdaderamente gloriosa.

Sus labios se separaron de los míos solo para iniciar un camino por mi garganta, llegando a mi escote. Ese gran escote del bañador que ahora agradecía infinitamente haberlo comprado porque proporcionó un placer exquisito cuando Alex llegó hasta allí con su boca.

Me arqueé hacia él instintivamente, quería más, mucho más de aquello; gemí de placer cuando él liberó uno de mis pechos y su boca rozó mi pezón izquierdo. Creía que iba a morir... sí, definitivamente moriría.

Su teléfono comenzó a sonar y aquel sonido procedente del bolsillo de su pantalón pareció hacerle reaccionar del trance en el que ambos nos encontrábamos.

Le vi mirar la pantalla del teléfono y volverse pálido. Tardó unos segundos en deslizar el dedo por la pantalla para contestar.

—Hola Andrew —contestó en el tono más impasible que le había escuchado en mi vida, carente de emoción alguna, pero no me extrañaba; estaba segura de que ese Andrew era mi padre.

—No hay ningún problema, puedes quedarte aquí las veces que necesites, ya te lo he dicho otras veces. —Su voz seguía igualmente fría, distante y apostaba por decir que parecía sentirse culpable.

Cuando cortó la llamada me miró y acto seguido bajó su mirada al suelo, como si sintiera vergüenza por lo que había ocurrido.

—Era tu padre —habló.

—Lo sé —respondí en el mismo tono, la situación era de lo más extraña.

—Esto no puede ser Jasmine. ¡Eres la hija de mi hermano por Dios! —gritó exasperado llevándose las manos a la cabeza y arrastrando su cabello hacia atrás.

—No tenemos lazos de sangre —dije en un intento de contradecirlo acercándome a él.

—No soy bueno para ti —dijo dando un paso atrás.

—Alex —susurré.

—No —dijo apartándose—. Vete.

Sus palabras me dolieron en el alma, era casi incapaz de mover un solo músculo, pero me apremié a mí misma a buscar refugio en mi habitación solitaria y dándole la espalda me encaminé hacia ella.

—Lo siento —escuché su voz.

Le vi a través de su perfil, permanecía rígido, sin mover un solo músculo e incluso sus puños permanecían apretados. Apostaba a que hasta sus ojos lo hacían, pero no iba a girarme completamente para verlo.

No contesté, seguí hasta mi habitación y cerré la puerta lo más silenciosamente que pude para después dejarme caer en ella.

No me servían de nada sus lamentaciones, ni sus perdones. No si con eso significaba que iba a reprimir sus deseos hacia mí, porque me había quedado claro que Alessandro D'Angelo me deseaba.

Este fin de semana iba a venir mi padre a visitarme, sabía que de alguna forma Alex estaba distante por eso, ya que me evitó durante el desayuno, alegó que pasaría el resto del día en sus oficinas y sorprendentemente para mí, no menciono en modo alguno que volviera a “irse” ya fuera a París con Anna y a cualquier otra parte.

No era capaz de prestar atención en clase por más que me empeñara, mi cabeza no dejaba de evocar el recuerdo de los besos de Alex, de admitir que sí sentía algo por mí y no precisamente fraternal. Podía entender su posición por ser la hija de su hermano mayor, yo misma me había puesto en numerosas ocasiones. barreras ante la imposibilidad de esa relación, aunque solo existiera en mi cabeza, pero una cosa era la ilusión y otra la realidad.

Si yo no era la única que sentía algo de los dos, tenía que demostrarle a Alex que valía la pena, aunque solo fuera un vago intento y todo quedara en un imposible, pero prefería morirme antes que vivir amargada el resto de mi existencia preguntándome por lo que podría haber pasado y no fue.

—Erika —dije de pronto.

—¿Sí? —contestó rápidamente. Ella al igual que yo, no parecía muy entusiasmada en la materia que el profesor de Física aplicada a la Edificación pretendía darnos. En parte, porque era algo similar a lo que ya había visto en mi último curso de instituto y probablemente todos.

—Necesito tu ayuda —advertí.

Aún no le había contado a Erika nada de lo ocurrido. Quería hacerlo en un sitio privado sin que comenzara a gritar como una posesa como venía siendo habitual en ella ya que la iba conociendo.

—¿Para qué? —contestó mordiendo el capuchón de su bolígrafo rosa. Solo Erika podía tomar apuntes en rosa.

—Tienes que explicarme que hay que hacer para volver “loco” a un hombre —resumí.

En ese momento Erika me miro frunciendo el ceño y luego sonrió de una forma sensual como si hubiera captado perfectamente el mensaje.

—¿Vas a seducir al príncipe? —susurró en un tono atrevido.

—No —negué lo más bajo posible para que el profesor no nos regañara—. A Alex.

Ella me miró de una forma intimidadora, lo cierto era que el vínculo que se había formado entre nosotras para habernos conocido desde hace tan poco tiempo era bastante inusual, pero todo era debido a la forma de ser de Erika tan abierta, simpática y todo lo opuesto a mí que, indudablemente hacía que fuera demasiado fácil quererla.

Cogí su boli y escribí una nota en la esquina de mi cuaderno para que la leyera;

Anoche Alex me besó y no precisamente como lo hace un tío con una sobrina. Me dijo que lo nuestro no puede ser porque soy la hija de su hermano, pero sé que siente algo por mí.

Cuando le pasé la nota Erika exclamó un pequeño gritito y supe que se contuvo porque se dio cuenta de donde estábamos.

Sonrió y la vi coger de nuevo el bolígrafo para escribir;

Si le gustas... haremos que sea inevitable ir a ti como una polilla hacia la luz.

Añadió una carita con un guiño y yo no pude evitar sonreír al respecto. No tenía ni idea de los planes de Erika, pero confiaba ciegamente en ella.

—¿Tú estás segura de esto? —pregunté al ver la prenda interior que acaba de dejarme entre mis manos.

Al salir de clase Erika me había soltado una larga charla sobre los hombres y la ropa interior sexy, sobre todo el encaje y las transparencias. Al parecer la sugerencia era mejor que la propia desnudez según ella que parecía toda una

experta en el arte de seducir.

—Completamente, con ese conjunto lo vas a dejar boquiabierto —aseguró.

Miré el conjunto en sí que venía a ser un tanga de encaje negro con leves transparencias y un sujetador del mismo estilo.

—No tengo nada que perder desde luego —confesé.

—Y sí mucho que ganar —dijo ella al tiempo que empezaba a depositar en mis manos distintos conjuntos y hasta incluso un body que en mi vida habría pensado que existiera.

—Tienes que probarte el sujetador para saber tu talla —me dijo al tiempo que dejaba varios. Yo era tan inexperta que desconocía la talla de sujetador que usaba.

Al final volví a casa con cinco conjuntos de diferentes colores y estilos. Desde uno completamente de encaje, hasta de mezcla de encaje con gasa, transparencias y seda.

Para mi decepción Alex se ausentaba casi todo el tiempo del apartamento, realmente no sabía si era por evitarme o simplemente por trabajo. Casi prefería pensar que era la segunda opción, pero me inclinaba por la primera porque la única vez que lo vi desayunando en la barra de la cocina mientras hablaba con Georgia, se fue en cuanto me vio aparecer.

Era un fastidio, ¿Para quién iba a lucir aquella ropa interior supuestamente sexy si él nunca estaba? El jueves por la tarde escuché un ruido y me pareció que era él que había vuelto más pronto de lo normal, así que decidí probar suerte. Me atavié con el conjunto negro solamente de encaje compuesto por un culote en el que quedaba a medio cachete y un sujetador bastante sugerente.

Lo cierto es que me sentía bastante expuesta con aquella prenda, pero bueno,

según Erika con eso puesto Alex no se podría resistir a sus más bajos instintos. Comprobaría si era verdad o no. Salí algo tímida, pero me convencí a mí misma que debía actuar normal o de lo contrario se notaría que hacía aquello estudiadamente, así que con la excusa de salir simplemente a tomar un refrigerio me fui decidida hacia el frigorífico, pero mi decepción llegó cuando no había nadie.

Probablemente lo había imaginado, me dije a mi misma mientras abría el frigorífico ya que estaba y buscaba algo de limonada o un refresco.

—Pensé que no estabas en casa —escuché su voz tras la puerta del frigorífico, yo estaba agachada inclinada para coger la botella cuando su voz me sorprendió, ¡Alex estaba en casa!

—Estaba estudiando —dije comenzando a asomar la cabeza por encima de la puerta de la nevera—. Solo salí porque tenía sed.

—Escucha pequeña flor, sé que la situación es algo complicada después de lo que ocurrió la otra noche, pero no quiero que esto nos afecte. Siempre he sido tu tío y quiero que siga siendo así.

Le miré detenidamente, ¿Siempre ha sido mi tío? Realmente yo no lo consideraba así, aunque él creyera que sí.

—Claro —respondí como un autómatas mientras cerraba la puerta de la nevera y le dejaba todo mi cuerpo al alcance de su vista.

La expresión de su cara cambió por completo y solo por la intensidad con la que Alex me miraba ya había merecido la pena el esfuerzo, el dinero y toda la vergüenza inicial que había pasado conmigo misma para atreverme a salir así de la habitación.

Alex me observaba fijamente pero no decía absolutamente nada, era como si

se hubiera quedado estático. No sabía si reírme o preocuparme de su actitud.

—¿Algo más? —pregunté intentando que reaccionase.

—¿Qué? —reaccionó de pronto mirándome ahora al rostro.

—Si necesitabas decirme algo más —respondí lo más tranquila que pude aparentando que llevar ropa interior femenina sexy era lo más normal en mí.

—Yo... eh... yo... —comenzó a balbucear y en ese momento instintivamente me acerqué a él viendo que no se apartaba.

—Debería estudiar, “Tío” Alex —recalqué la palabra.

—Si... claro —dijo al tiempo que bajaba su mirada hacia el suelo para evitar mirarme de nuevo.

—Ah, casi se me olvidaba —dije justo cuando me estaba marchando.

—¿Sí? —respondió enseguida.

—Aún me tienes que llevar a ver las estrellas, ¿Recuerdas? —dije recordándole la promesa que me hizo.

—Si —confirmó.

—Dijiste en dos semanas, así que el próximo fin de semana lo espero.

En ese momento, Alex hizo un amago de sonrisa que casi me conmovió.

—Te lo prometí. Así que te llevaré —afirmó.

—Tu y yo solos —recalqué.

En ese instante me miró intensamente y hubo algo en su mirada que no acerté a definir del todo pero que pese hizo que un sentimiento de emoción me recorriera por completo de arriba a abajo.

—Tu y yo solos, pequeña flor.

Pasé el resto de la tarde intentando adelantar todas mis tareas para la semana siguiente puesto que al venir mi padre ese fin de semana no pensaba hacer casi nada. Era algo complicado concentrarse teniendo en cuenta que no paraba de analizar una y otra vez la reacción de Alex al verme en ropa interior, pero, sobre todo el hecho de que el fin de semana siguiente, iría a algún lugar en mitad de la noche apartado de la ciudad, donde estaría a solas con él. El mero hecho de pensarlo después de aquel beso y su reciente reacción solo hacía sentir que sin duda alguna esa noche podría ser mágica, tenía que ocurrir algo, es más, haría todo lo posible porque así fuera.

Le conté a Erika la reacción de Alex al verme en ropa interior y casi se desmaya de la risa, según ella, su reacción solo demostraba que yo le gustaba y no solo un poco, sino mucho. Al parecer íbamos por buen camino, aunque ahora lo que me preocupaba era Mijaíl. Me había enviado dos mensajes más y aún no había respondido a ninguno de ellos. El primero era para insistir en verme puesto que hoy se marchaba y el segundo era para decir que debía contarme algo urgente en persona antes de marcharse y no había excusa alguna que lo evitara.

Yo no había contestado, más que nada porque no sabía que contestar. Es cierto que le había prometido a Alex no relacionarme con él, pero pensé que después de todo le debía una explicación, o más bien una despedida debido a su interés y a lo amable que siempre había sido, pero seguía en una encrucijada con mi dilema moral.

—Es cierto que la prensa le persigue, pero quizá si quedáis en un restaurante acudiendo cada uno por su cuenta no os podrán hacer fotos juntos y no podrán relacionarte —habló Erika cuando le expliqué la situación—. Aunque sigo pensando en que tienes derecho a verlo si te da la real gana de hacerlo, no tienes por qué hacer caso a Alessandro.

Según Erika; Alex no tenía ni razones ni motivos más que su egoísmo propio en prohibirme ver a Mijaíl, más aún si no pensaba tener nada conmigo.

Lo cierto es que su excusa de que Mijaíl me hiciera daño o que fuera mayor que yo podría ser creíble hasta cierto punto. Ni tan siquiera el hecho de que me hubiera presentado en la fiesta como su novia era excusa para prohibirme verlo. Probablemente Erika tenía razón y el motivo principal de Alex eran los celos, aunque me resultaría extraño que él tuviera precisamente celos de otro hombre, si era perfecto.

—No lo sé —contesté mientras recogíamos las cosas para salir de clase ya que había sido la última del día—. Quizá le diga que hablaremos la próxima vez que venga, que lo siento mucho, pero me ha resultado imposible, así conseguiré tiempo para aclarar las cosas con Alex y ver si tengo alguna posibilidad sin fastidiarla antes.

—¿Te plantearías tener algo con Mijaíl si lo de Alex no va a ningún puerto?
—me preguntó curiosa.

—Realmente no lo sé —confesé sincera—. Mijaíl es un hombre atractivo,

guapo y demasiado halagador además de franco.

—¿Pero? —me preguntó.

—Su hermana me dijo que nunca toma en serio a una mujer, que tanto él como Alex son del tipo de hombres que jamás se comprometen —confesé.

—Bueno, eso solo te afecta si en todo caso quisieras algo serio con él —afirmó.

—Si, pero el hecho de que juegue con las mujeres porque sí, no me resulta atractivo. Es como querer ser otra más de su colección, ¿No crees? —pregunté para saber su opinión, quizá yo estaba equivocada.

—Ese hombre es un príncipe, Jasmine —afirmó como si con aquello lo explicase todo—. De casarse algún día solo lo hará con una mujer que le convenga. No creo que exista el amor en su matrimonio, es una pena, pero es así.

Si lo que Erika decía era cierto, en el fondo casi podía sentir lástima por el pobre Mijaíl. ¿Pasarte el resto de tu vida junto a alguien que no amas? No veía un destino peor que ese.

—Por eso tienen tantas amantes —añadió mordaz.

—¿En serio? —pregunté incrédula.

—A veces olvido lo ingenua que eres amiga mía—suspiró—. Sí. Es más, apostaría a que sus mujeres son conscientes de ello. No digo que lo acepten de buen agrado, pero digamos que giran la vista hacia otro lado para no saberlo.

—Siento algo de tristeza por Mijaíl —afirmé al saber aquello.

—¡Oh Dios mío! —gritó la pelirroja.

La exclamación de Erika me hizo mirarla, supe por su expresión que acababa

de ver algo sorprendente, como el último bolso de Gucci o alguna cosa por el estilo, pero miré en su dirección y supe el porqué de su reacción.

Allí mismo, en la calle justo al lado de la acera donde terminaban los escalones que daban acceso a la Universidad y por donde nosotras estábamos bajando en aquel instante, había un deportivo blanco descapotable y apoyado sobre él, estaba Mijaíl vestido con un perfecto e impoluto traje gris oscuro o tal vez debiera decir, el Príncipe Mijaíl Rashid.

Le observé detenidamente desde donde me encontraba. Estaba dejado caer, con las manos en sus bolsillos y aquellas gafas de sol bajadas a la mitad del puente de la nariz para poder ver mejor a la gente que pasaba y que de algún modo, todos le miraban de soslayo o descaradamente —como no hacerlo, si su visión era un espectáculo—. Observé como estudiaba a todas las chicas que bajaban los escalones como si buscara a alguien, intuí de alguna forma que me buscaba a mí, pero ¿cómo sabía que yo saldría a esta hora? De algún modo hasta supuse que me habría investigado tal y como dijo que hizo con Alessandro. Tal vez ya tenía hasta mi horario de clase y sabía con pelos y señales quien era yo.

Traté de no prestarle más atención de la debida conforme bajaba los escalones, pero me preguntaba que hacía allí, ¿Tanta urgencia tenía lo que quería contarme? Si fuera así me habría llamado, ¿no? Al menos eso es lo que hacen las personas normales o eso creía yo.

Erika se despidió antes de que nos viera y se marchó dejándome sola. Podría haberlo evitado y marcharme, hacer caso a Alex y no verlo ni tratar con él, pero en el fondo tenía curiosidad. Además, él era quien me había venido a buscar, yo no había ido a él, eso no podría considerarse faltar a mi palabra.

Me vio bajar los últimos escalones que me quedaban de la escalinata, al menos aquel día había ido vestida decentemente... no podría decirse lo mismo

de mi forma de vestir hacía tan solo unas semanas.

—Hola —dije acercándome.

Él se había erguido quitándose las gafas de sol por completo.

—Hola —dijo sonriente mientras se acercaba a mí y me daba un beso demasiado cerca de mis labios, pero sin llegar a rozarlos.

—¿Qué haces aquí Mijaíl? —pregunté directa.

—No me contestabas y necesitaba verte antes de irme como te dije por mensaje —insistió.

—No he podido contestar —mentí.

—¿No has podido o más bien no has querido? —insinuó sin perder la sonrisa. Se apartó levemente y me abrió la puerta de su coche—. Sube —me animó.

—No sé si será una buena idea, tengo que irme... hoy viene... bueno, eso no importa, he quedado con alguien —terminé por decir.

—Te prometo que no te robaré mucho tiempo —afirmó.

—Miré el reloj del móvil, dudaba que Alex fuera a comer a casa, aunque de todos modos podría decir que comí con Erika. Papa saldría dentro de una hora y tardaría otras dos en llegar... en realidad podría hacerlo.

—Está bien —dije subiendo al coche.

Mijaíl no tardó en dar la vuelta y montar, en menos de dos minutos ya estábamos en pleno tráfico de hora punta de Londres.

—¿Crees que estar a plena vista de todos es buena idea? —pregunté pensando en los periodistas.

—Nadie creerá que soy yo, nunca conduzco —afirmó.

—¿Por qué? —pregunté confusa.

—Porque tengo a gente que lo hace por mí —contestó como si fuera lo más normal del mundo—. Y eso me permite aprovechar el tiempo.

—¿Me vas a decir exactamente qué es eso importante que tienes que decirme que ha hecho que vinieras solo hasta mi facultad? —pregunté cambiando de tercio.

—Necesitaba verte antes de irme —confirmó de nuevo.

—Si, eso mencionaste en tus mensajes —le dije entendiéndolo que aquello no era una novedad.

—No, no lo entiendes —dijo torciendo el gesto para mirarme. Fruncí el ceño extrañada, como si no entendiera de lo que me hablaba—. Yo jamás necesito ver a una mujer, Jasmine —añadió.

—No entiendo lo que tratas de decirme —dije sin terminar de comprender lo que decía.

—Me gustas. Me gustas mucho Jasmine. Tanto como para volverme loco completamente por ti —afirmó con aquellos ojos verdes intensos observándome fijamente.

Su franqueza me sorprendió, pero la verdad es que no sabía que creer. Las palabras de su hermana resonaban en mi mente y probablemente todo era una estratagema que hacía con todas y cada una de las chicas que le interesaban. Él era un hombre rico, ¡Demonios!, ¡Era un príncipe!, ¿Por qué un príncipe se iba a interesar por mí? Eso no tenía sentido. Solo era un capricho, una especie de juego para él.

—¿Y qué esperas de mí? —contesté francamente.

—Realmente no sé qué esperar de ti, tu poco interés hacia mí hace que incluso

me resultes más interesante.

—¿Tal vez porque estés acostumbrado a que todas y cada una de las mujeres con las que has estado caigan rendidas a tus pies? —dije francamente.

Mijaíl comenzó a reír y su risa era contagiosa.

—No negaré que tienes razón. Es exactamente así —afirmó.

Lo cierto es que su franqueza era reveladora. No trataba de ocultarlo, es más, lo admitía y eso me dio que pensar si no le gustaría de verdad como decía.

—Mijaíl, no voy a darte falsas esperanzas. Yo... —comencé a decir.

—Tú estás con D'Angelo —dijo asumiendo mi respuesta.

—Así es —mentí porque más que estar con él, deseaba de verdad hacerlo.

—Lo sé —afirmó—, envidio a ese hombre por tenerte —dijo con la mirada al frente.

—¿Y si lo sabes por qué has venido? —pregunté curiosa.

Eso sería como martirizarse a sí mismo, ¿no? Aunque yo misma lo hacía porque sabía que Alex estaba con Anna y la quería a ella, aun así, lo deseaba y no lo podía evitar.

—Porque no me podía marchar sin verte una vez más.

Mijaíl me miró en ese momento y antes de poder apartarme unió su boca a la mía. Sus labios fueron dulces, suaves y devoradores al tiempo que, sin poder evitarlo, respondí sin ser consciente a su beso.

—Ven a Dubái conmigo —me susurró separándose de mí levemente.

—¿Cómo? —pregunté algo desorientada.

—D'Angelo tiene que venir a tratar los últimos retoques del acuerdo si quiere

que invierta en su sociedad —comenzó a decir—. Le insistí en que te llevara.

—¿Qué? —dije sorprendida, ¿Cómo se le ocurría pedirle eso? Y más sabiendo la reacción de Alex cuando vio la foto en la revista.

—Si no vienes con él, no firmaré Jasmine —afirmó seriamente.

—Pero ¿qué crees que cambiaría el hecho de que yo vaya o no? Más aún... si voy con Alex —dije sorprendida.

—Porque sé que es la única forma en la que podrías venir. D'Angelo no permitiría que te llevara y quiero tenerte allí —confirmó.

—Yo no creo que Alex me llevase, él...

—Sé quién es él para ti —me cortó—. Sé que es el hermano de tu padre —afirmó—. Aunque aún no sé si realmente sientes algo por él.

—Porque no me sorprenderá que lo hayas averiguado —dije sin confirmar nada en absoluto.

—D'Angelo te llevará si no quiere perder la operación y créeme, no lo hará —siguió argumentando.

—No sé qué pretendes conseguir con todo esto, Mijaíl.

—A ti Jasmine, te quiero a ti.

Llegué a casa un poco tarde, seguía pensativa por todo lo que Mijaíl me había dicho y por qué no admitirlo, confusa. Había conseguido despertar mi curiosidad, sabía de sobra que no lo amaba y que él no me inspiraba el mismo sentimiento que Alex con solo una mirada, pero la forma directa que tenía de hablar y expresar sus deseos me gustaba y porque no admitir también que comenzaba a gustarme el hecho de sentirme verdaderamente deseable para un hombre.

—¿Dónde estabas? —La voz de Alex me llegó cuando dejé las llaves en la entrada y ande tres pasos para girar hacia el pasillo donde estaba la cocina y al fondo mi habitación.

—He estado por ahí —contesté sin entrar en detalles.

—Tu padre te ha estado llamando y al parecer no has cogido el teléfono —dijo seriamente y en ese momento miré el teléfono y vi las llamadas perdidas de papá.

—Lo tenía en silencio por las clases. —Eso era verdad, al menos eso sí.

—¿Y con quién has estado? —preguntó curioso.

—Con... Erika —respondí sin pensar.

—Me alegra que hayas hecho amigas aquí —contestó apartando la vista.

—Estaré en mi habitación hasta que llegué papá —dije sin esperar respuesta y me encerré. Tenía muchas cosas que pensar, sobre todo en la conversación con Mijaíl.

Ese fin de semana Alex nos acompañó en la medida de lo posible, aunque básicamente me pasé el fin de semana con papá escuchando sus avances, sus constantes charlas sobre centrarme en los estudios para no perder la beca y lo importante que era no tener distracciones, lo que se traducía en no pensar; ni en chicos y en salidas.

Lo cierto es que nunca le había dado a papá razones para que pensara que iba a “descentrarme”. De hecho, para mí los estudios eran lo primero, pero tal vez por no estar bajo el yugo de su dominio, era normal que pensara que podría descarrilarme. De todos modos, había estado enamorada de Alex casi desde mi infancia y aun así mis notas no habían bajado pero una cosa era fantasear y otra la realidad que vivía ahora.

El domingo mi padre se marchó bastante pronto y decidí ver una película en el salón de casa de Alex por primera vez, puesto que hasta ahora siempre había permanecido en mi habitación y solo había hecho uso de la piscina y la cocina como áreas de la casa. Ya comenzaba a hacer fresco así que acabé acurrucada con una mantita porque obviamente aquel salón era mucho más grande que mi habitación y yo era demasiado friolera.

—¿Tienes frío? —escuché.

Alex vestía solo un pantalón de chándal sin camiseta, cada vez que le veía así

mi cuerpo daba un vuelco y mi corazón se aceleraba.

—Un poco —admití no queriendo que mi tono de nerviosismo pudiera ser apreciable.

Él hizo un amago de sonrisa y llegó hasta mi colocando su palma de la mano en mi frente.

—No tengo fiebre —dije adelantándome a lo que hacía.

—Hazme hueco —habló de pronto mientras se sentaba a mi lado sorprendiéndome.

Me senté quedando algo incómoda porque ya no me podía dejar caer sobre el sofá como antes.

—Anda, ven aquí —dijo mientras me arrastraba hasta que me dejé caer en su pecho y la sensación fue maravillosa—. ¿Qué estás viendo? —preguntó cuándo se fijó en la pantalla del televisor.

—Es una serie, creo —contesté sin saber exactamente si lo era porque simplemente no cambié de cadena cuando encendí el televisor.

En algún momento debí quedarme dormida porque cuando abrí levemente los ojos seguía sobre el pecho de Alex que se había dejado caer y se había quedado dormido también. Le observé mientras dormía sin mover un solo músculo para no despertarlo, estaba relajado, con aquellos ojos azules cerrados y esos labios que tanto deseaba besar.

En ese momento recordé que las únicas veces que nos habíamos besado había sido porque él se había lanzado sobre mí, ¿Podría tener derecho a reclamar yo un beso?, ¿Cómo reaccionaría él si lo hiciera?

Y sin pensar en las consecuencias uní mis labios a los suyos, que en un principio no se movían pero que en segundos devoraban los míos con ansia,

ímpetu y ardor. Jadeé ante aquel contacto con su lengua, jugando con la mía en una batalla campal que al mismo tiempo se convertía en una danza en la que ambos bailábamos al mismo compás.

—Alex —gemí cuando sus manos me rodearon y me estrecharon contra él.

Su respuesta fue un sonido gutural que emanaba de su ganta al tiempo que volvió a besar mis labios que con seguridad estarían mucho más que rosados por la fuerza de sus besos.

—Te deseo —gemí.

En ese momento comenzó a suavizar su beso mientras se separaba de mí sin dejar de abrazarme.

—Yo también te deseo —confesó con la voz rota. Junto su frente con la mía y suspiró—. Pero esto no puede ser pequeña flor. Está mal —susurró. Aunque su tono de voz fuese casi doloroso.

—No está mal cuando tú también lo sientes —contesté mientras me deleitaba sabiendo que Alex admitía que sentía algo por mí. Había soñado tantas veces con ese momento.

—Es una locura, una completa locura —dijo al tiempo que se intentaba separar, pero yo me abalancé sobre él quedando a horcajadas en su regazo.

—Nadie lo sabrá —dije de pronto haciendo que él me mirase.

—Aun así, ¿Cómo voy a mirar a Andrew? Casi no he podido dirigirle la palabra este fin de semana por sentirme culpable al pensar en ti de un modo que... —La voz de Alex se apagó.

—No quiero ser tu sobrina, Alex. Nunca lo deseé.

—Eres casi una niña, Jasmine... ¡Por dios si solo tienes dieciocho años recién

cumplidos! —admitió—. Me estaría aprovechando de ti y por el aprecio que te tengo no quiero hacerlo.

—Yo quiero estar contigo —dije mientras me acercaba a sus labios y Alex cerraba los ojos rendido al tiempo que sus manos bordeaban mi cintura y me estrechaba contra él.

—No quiero hacerte daño, no lo soportaría —me dijo sin soltarme.

—No lo harás, Alex. —sonreí de felicidad.

Alex parecía dar una oportunidad a lo que ambos de algún modo sentíamos y tenía que pellizcarme para comprobar que aquello no fuese un sueño porque desde luego lo parecía. Me abalancé sobre él al tiempo que le besaba con frenesí mientras me hacía hueco en sus labios con mi lengua tal como él mismo me había enseñado anteriores veces.

Solo podía comparar los besos de Alex con los de Mijaíl, pero es que aunque el príncipe besara bien, no podía ser comparable... definitivamente mi Alex besaba como los dioses y cuando me clavó sus dientes mordisqueando mi labio inferior al mismo tiempo que lo absorbía y no pude evitar gemir de puro placer.

Suavizó la profundidad de aquel beso separándose lentamente de mí casi con esfuerzo.

—Vayamos poco a poco —dijo al tiempo que acariciaba mi nuca.

—Está bien —sonreí mientras acariciaba con mis manos su torso desnudo bajando hasta su vientre duro y perfectamente marcado.

El teléfono de Alex comenzó a sonar, lo tenía en uno de sus bolsillos y cuando miró la pantalla lo silenció y lo apartó a un lado.

—¿No lo coges? —dije al ver su reacción cuando él siempre respondía a

todas las llamadas.

—No es importante —admitió.

—¿Trabajo? —pregunté.

Sabía que pese a ser Domingo él no descansaba casi nunca.

—No, solo es Anna —respondió sin darle importancia y en ese momento me tensé.

—Ya —dije con un golpe de realidad que pareció casi una bofetada en la cara.

En ese momento quise separarme de él, pero Alex no me dejó.

—Eh, ¿Qué pasa? —preguntó como si no fuera evidente lo que ocurría.

—Alex, tienes novia —dije de pronto—. Eso pasa.

—Anna no es mi novia —afirmó haciendo que le mirase de nuevo.

—¿Habéis terminado? —pregunté.

—No se termina lo que no se empieza —me confirmó. Le miré de forma extraña, ¿Qué significaba aquello? Había visto con mis propios ojos su relación, ¿Acaso pensaba que era idiota?—. Yo no tengo novias, nunca las he tenido.

—¿Y qué era lo que tenías con Anna? —pregunté entonces.

—Un acuerdo, una especie de contrato beneficioso para ambos —afirmó.

—¿Un acuerdo? —repetí como un autómata.

—Si. Entre Anna y yo jamás ha existido una relación sentimental, ni con ella ni con ninguna otra, pequeña flor.

No supe por qué Alex me confesaba ahora aquello, tal vez era un modo de prevenirme de algo o al menos así lo estaba interpretando yo.

No pude preguntar porque nunca había tenido una relación con ninguna mujer puesto que recibió una llamada de trabajo y le vi alterarse al mismo tiempo que se alejaba hacia los grandes ventanales mientras parecía discutir con la otra persona que había al teléfono sobre retrasarlo todo varios días.

Era extraño que Alex quisiera retrasar las cosas cuando él precisamente en asuntos de negocios era rápido y por eso le iba tan bien. Quizá eran cosas que yo no entendía, pero me fui hacia mi habitación para darle espacio y cuando fui a sacar la ropa para el día siguiente vi el bañador rojo de nuevo y me dieron ganas de nadar un rato, ¿Se uniría Alex a mí en la piscina? No lo sabía, pero esperaba y al mismo tiempo deseaba que sí.

Me puse el bañador y salí sin envolverme en la toalla. Alex seguía discutiendo al teléfono, ni tan siquiera me vio subir las escaleras o eso creía puesto que no se giró en ningún momento ya que ahora parecía estar hablando en italiano o lo suponía por el acento y cada vez más alterado.

Estuve nadando un tiempo cuando me paré en el bordillo opuesto para descansar de los largos que acababa de hacer. Entonces escuché el sonido del agua y me giré instantáneamente. Se movía, pero no había nadie, hasta que Alex salió segundos después frente a mí al tiempo que cogía aire.

—Lamento la interrupción —dijo al tiempo que ponía cada uno de sus brazos en el borde de la piscina acorralándome.

—Tranquilo, es tu trabajo —contesté sin dejar de observar las pequeñas gotas que caían por su rostro de agua y que tanto me apetecía acariciar.

Sin pensarlo rodeé con mis brazos su cuello y me abalancé sobre él enroscando mis piernas en su cuerpo al tiempo que él me abrazaba.

—Eres preciosa —dijo al tiempo que se acercaba para rozar sus labios con los míos y yo no pude evitar gemir ante ello.

No sé si fue por el deseo contenido, por todas las sensaciones acumuladas o simplemente porque había deseado tanto aquello y ahora se hacía realidad que devoré con ansia su boca como si mi vida dependiera de ello.

Noté como Alex me alzaba al tiempo que sus manos tocaban mis nalgas y las apretaba con fuerza mientras un sonido de su garganta emanaba como respuesta.

Los besos de Alex bajaban por mi garganta al tiempo que me arqueaba hacia él buscando más de aquel contacto de aquellos labios. Pude notar como me bajaba los tirantes del bañador al tiempo que con sumo cuidado pasaba su lengua por uno de mis pezones y no podía evitar gemir de puro placer, sobre todo cuando succionó uno de ellos con su boca provocando unas sensaciones nuevas e incontroladas en mí que desconocía hasta el momento.

No podía evitar cerrar los ojos y desear más de aquello, esa nueva sensación que se había instalado en mi bajo vientre y que ardía cada vez más, pidiendo algo que no sabía que era, algo que obligaba a mi cuerpo a estar cerca de él.

Cuando Alex me alzó para sentarme en el borde de la piscina, abrí de pronto mis ojos al notar el leve frío del exterior, pero su cuerpo se abalanzó sobre el mío devorando de nuevo mis labios y todo aquel frío que podía sentir se evaporó. Fue trazando un camino demasiado lento al tiempo que seguía bajando hasta pararse en mi ombligo donde pude notar su lengua y cuando siguió bajando a través del bañador empapado que estaba bajado hasta mis caderas noté como se paraba en mi entrepierna.

Alzó la vista, sus ojos estaban oscuros y brillaban de lo que podía interpretar como hambre; un hambre voraz que no supe interpretar de qué, pero cuando noté sus dedos apartar el bañador quedándome expuesta ante él, sentí puro estremecimiento mientras me acariciaba, una sensación de placer inaudito que provocó que disfrutara de aquella emoción.

Sus dedos fueron reemplazados por su lengua y en aquel momento pensé que todo debía ser un sueño, debía seguir en aquel sofá durmiendo porque aquel placer no podía ser real, ¿Qué era aquello? Una sensación cada vez mayor se avecinaba y creía sin duda alguna que iba a morir, pero al mismo tiempo no deseaba que parase.

—¡Oh, Dios! —grité cuando noté como jugueteaba con su lengua y me hacía cosas inimaginables para mí.

De pronto sentí de nuevo sus dedos y como se hundían lentamente en mí y en ese momento grité. Grité de puro placer y si me tenía que morir lo haría gustosamente pero no podía aguantar más aquella sensación inaudita.

—¿Te ha gustado? —susurró en mi oído mientras me mordisqueaba la oreja y yo aún no salía de mi asombro.

Al parecer no me había muerto y jamás habría pensado que tanto placer pudiera ser posible sin llegar al paraíso, aunque francamente, había pisado ese paraíso.

—¿Gustarme? No sé qué ha sido eso, pero desde luego ha sido increíble y quiero más —admití al tiempo me abalanzaba sobre él de nuevo a la piscina.

—¿Cómo que no sabes lo que ha sido? —preguntó confundido cuando salimos de nuevo a la superficie del agua.

—Bueno... no sé —respondí ahora confundida yo también.

—¿Ha sido tu primer orgasmo? —preguntó seriamente.

—¿Eso fue un orgasmo? —pregunté ingenuamente y ahora entendía porque era tan increíble.

—Jasmine, ¿Eres virgen? —dijo mirándome seriamente.

—Si —admití.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Es...malo? —pregunté algo cohibida ahora.

—No pequeña —dijo acariciándome al tiempo que me rodeaba por la cintura y me estrechaba entre sus brazos—. Es solo que me sorprende, pero al mismo tiempo me gusta saber que lo eres —dijo mientras acariciaba con su nariz mi cuello—. Me enfurecía pensar en que Mijaíl había puesto sus manos sobre ti, pero ahora no puedo evitar gozar de saber que nadie te ha poseído.

—Nadie me había besado antes de ti Alex —dije sin mencionar que después si lo había hecho Mijaíl.

—No quiero hacerte daño pequeña flor, pero no puedo alejarme de ti. Ya no —me susurró al tiempo que me abrazaba.

Salí de la piscina seguidamente de Alex, si era sincera conmigo misma no sabía cómo comportarme porque la situación era de lo más extraña.

Ambos sabíamos que no podríamos tener una relación normal, ni tan siquiera como una pareja que comienza a salir, aunque pudiéramos aprovecharnos de la situación de ser tío y sobrina públicamente. Tuve que reconocer que no podríamos dar muestras de cariño, ni darnos la mano y ni qué decir de un simple beso siempre y cuando no fuera en la más estricta intimidad.

En mi fuero interno pensé que con el tiempo quizá pudiera ser aceptable teniendo en cuenta que no había lazos de sangre en nosotros, pero como nunca había contemplado la posibilidad de tener realmente una relación por más remota que fuera con Alex, jamás me había puesto a pensar en cuales serían nuestras opciones y lo cierto era que aunque dejásemos de lado a mi padre, que pondría el grito en el cielo y a su madre, que pese a todo tenía un

pensamiento más liberal; podríamos sufrir el rechazo de toda la sociedad porque por desgracia, Alex era demasiado conocido públicamente.

—¿Por qué no te das una ducha mientras pido algo para cenar? —preguntó al tiempo que se secaba con una de las toallas que acababa de sacar de un pequeño armario en el que jamás había reparado.

—Sí —respondí aún un poco ausente por mi debate interno. Debía estar feliz, eufórica porque Alex sintiera algo por mí por más remoto que fuera y en cambio mi mente ya indagaba en el futuro, pero tenía que concentrarme en el presente; en el ahora. En disfrutar de lo que Alex buenamente me ofreciera pese a advertirme en más de una ocasión que no quería hacerme daño, pero él era Alex, mi Alex... jamás me haría daño alguno.

Dejé que los chorros de la ducha cayeran sobre mí al tiempo que revivía con intensidad lo que había ocurrido en la piscina y una sonrisa enorme se dibujaba en mi rostro por saber que Alex había sido fruto de aquel momento de placer.

Prefería una y mil veces llorar lágrimas si aquello no terminaba bien, antes que martirizarme por lo que podría haber ocurrido y no ocurrió. Disfrutaría de cada momento junto a Alex y aceptaría cuanto él estuviera dispuesto a ofrecer.

Me había confesado que él no era un hombre de relaciones, lo cierto es que fue toda una sorpresa y casi una revelación saber que por Anna no sentía nada, tanto tiempo martirizándome pensando en ser como ella para darme cuenta de que, para él, la rubia con cuerpo de sílfide no significaba absolutamente nada, ¿Podría llegar a sentir amor por mí? Yo era su sobrina, en parte ya tenía cierto cariño hacia mí y lo sabía por su modo de tratarme, pero una cosa era cariño y otra amor... demasiado diferente.

Recordé las palabras de Rachel, ella decía que los hombres como Mijaíl o

Alex jamás se comprometían. ¿Sería esa la base del porqué no tendría relaciones? Tal vez consideraba que era un hombre demasiado ocupado para llevar una vida sentimental en la que tuviera que dedicar tiempo. Ahora entendía porque Anna solo venía cuando asistían a algún evento, él no quería una novia, pero necesitaba a una para las fiestas y cenas de gala en las que se requería un acompañante.

Si, tal vez Alex no se hubiera planteado tener novia por el simple hecho de que era un hombre muy ocupado, pero yo no le robaría demasiado tiempo. Además, ya vivíamos juntos y si su trabajo era un problema me adaptaría, haría cualquier cosa para estar con Alex porque me había pasado más de media vida soñando con ese momento. Quizá él no estuviera enamorado de mí, pero lograría que me amara, que su cariño por mí se convirtiera en amor y después ya vendría todo lo demás con el tiempo.

El olor a pizza inundó mis fosas nasales cuando salí de mi habitación con uno de esos conjuntos sexys que Erika me había ayudado a elegir y una camiseta que casi rozaba mis nalgas. En otro momento habría usado unos shorts viejos a modo de pijama, pero ahora mi conciencia solo pensaba en provocar a Alex, ser consciente del deseo en sus ojos y porque no... ahora más que nunca deseaba perder mi virginidad con él, aunque sabía que tendría que esperar a ese momento porque, aunque yo sí estaba preparada —incluso nací preparada— tenía la intuición de que Alex iba a alargar ese momento.

—¡Qué bien huele! —exclamé al tiempo que me sentaba doblando la rodilla y haciendo que la camiseta se subiera.

—Tú quieres que me dé un infarto, ¿verdad? —dijo mientras no dejaba de observarme.

—Para nada— contesté sonriente—, deseo que tengas una vida muy, muy, pero que muy larga —dije mientras me incorporaba para intentar robarle un beso y en ese momento él me bajó la camiseta estirando de ella para taparme mientras rozaba la comisura de mis labios sin llegar a besarme.

—Mentirosa —susurró y no pude evitar reírme a carcajadas.

Ese era el Alex del que yo me enamoré. El Alex divertido y alegre que llevaba mucho tiempo sin ver y que era capaz de hacerme sonreír, aunque fuese el peor día de mi vida, el mismo del que me enamoré perdidamente cuando era tan solo una niña y sabía que jamás podría dejar de amar porque sentía que mi destino era estar a su lado.

Alex pareció algo ausente durante la cena, yo le hablaba sobre las clases de la universidad y aunque él sonreía vagamente no estaba demasiado por la labor del diálogo, era extraño, pero podía casi palpar que había algo que le preocupaba. No mencionó nada por lo que supuse que era trabajo, así que cuando terminamos de cenar y le propuse ver una película, él me dijo que tenía que revisar unos informes pero que yo fuera preparando todo y empezara sin él.

Tenía que reconocer que Alex era un hombre muy ocupado y que aquello se repetiría muchas veces, es más, probablemente tendría que quedarme sola durante días y días sin verlo, así que ya podría empezar a acostumbrarme.

Podría soportarlo, me dije a mi misma. La espera de Alex sería distinta ahora porque podría tocarlo, abrazarlo y besarlo cuando quisiera o eso suponía, ¿no?

Me ajusté en el sofá una vez inserté un usb donde tenía varias películas descargadas de mi ordenador y había preparado palomitas. Realmente no me apetecía comenzar sin él y me planteé la duda de ir a buscarlo para hacerle compañía, pero en ese momento le vi aparecer con unos papeles en la mano al tiempo que me miraba.

—Si pones el volumen en voz baja podré hacerlo aquí —confesó al tiempo que se sentaba a mi lado.

Alex se había puesto unas gafas de ver y parecía bastante concentrado con aquellos papeles sin prestar atención a nada más, pasaba uno cada cierto tiempo cuando terminaba de leerlo. Me tumbé sobre el lado opuesto rozando con mis pies su pierna mientras me encogía y me apoyaba sobre el reposabrazos del sofá.

—¿Te molestaría si apoyo mis piernas sobre ti? —pregunté con cierta timidez.

No sabía cuáles eran los límites de Alex y ahora me daba cuenta lo poco que lo conocía.

El por toda respuesta cogió mis pies y los colocó en su regazo, entonces me acomodé mejor de medio lado y me concentré en la película que hasta ahora casi no había prestado atención.

Tal vez no habían pasado ni diez minutos cuando sentí las manos de él por mi pierna al tiempo que él se colocaba tumbado detrás de mí, envolviéndome con un brazo y ajustando mi espalda a su torso mientras nuestros cuerpos se rozaban. Mi cuerpo tembló en un jadeo al sentirlo tan cerca y su mano se coló por debajo de mi camiseta rozando mi piel.

—Voy a tener que acostumbrarme a esto —susurró.

Notaba en mis nalgas algo duro que se presionaba contra mí, quería tocarlo, maldita sea, ¡Deseaba hacerlo! Así que llevé mi mano hasta allí y él gimió de placer apretándose aún más.

—¡Dios!, muero por hacerte mía —jadeó mientras me deleitaba con aquellas palabras.

—Hazme tuya —gemí al tiempo que mi mano seguía rozando su entrepierna. Era enorme y tan dura que de algún modo lejos de sorprenderme, me agradaba.

—No, pequeña flor —susurró abrazándome impidiendo que mi mano se

moviera. Noté como intentaba respirar de forma tranquila y pausada.

—¿Por qué? —era casi un ruego lo que salió de mis labios.

—Porque entonces no habrá vuelta atrás —afirmó.

¿Qué no habría vuelta atrás?, ¿Qué significaba aquello?

—¿Qué quieres decir? —dije sin más.

—Será mejor que nos vayamos a dormir —contestó cambiando de tema.

—¿Juntos? —pregunté ingenuamente. Me encantaría dormir junto a él.

—No, yo siempre duermo solo —su voz era firme y seria. Incluso su semblante cambió al decir aquello.

Su respuesta me dolió, no porque significara que aún podría ser demasiado pronto sino porque sus palabras indicaban que ese “siempre” implicaba que sería así en un futuro, o era la sensación que me dieron sus palabras.

—Está bien —respondí mientras me levantaba y me iba hacia mi habitación.

Tenía que reconocer que esperé que Alex me parase, que cambiara de opinión, pero cuando comprobé que no lo hizo mis lágrimas se acumularon en los ojos, aunque no dejé que salieran.

No pasaba nada, me dije a mi misma. Todo es nuevo para ambos y además, Alex dijo que iríamos poco a poco aunque lo de la piscina fue maravilloso y sinceramente, deseaba repetirlo cuanto antes.

Tardé en dormirme, pero finalmente lo logré tras varias horas de dar vueltas en la cama, cuando desperté tenía la sensación de haber soñado que Alex entraba en mi habitación, que me susurraba algo y después me besaba de una forma dulce y embriagadora pero solo había sido un sueño, o más bien, un deseo convertido en sueño probablemente.

Salí con las energías renovadas de la habitación, deseaba poder encontrármelo para darle los buenos días y sí, un beso que me valiera para toda la mañana, pero mi decepción llegó cuando Georgia dijo que había tenido que salir muy temprano.

—¿No ha dejado una nota? —pregunté esperanzada.

— No —respondió Georgia algo contrariada, mientras yo me comía ahora con desgana el gofre que me había preparado para desayunar.

No tenía ningún mensaje en el móvil, ni de Alex ni de Mijaíl ahora que lo pensaba. Recordé el encuentro que tuvimos el viernes, aquel beso inesperado que debía reconocer me gustó, aunque no tanto como los besos de Alex. Esos eran únicos y especiales. Pero de camino a la facultad recordé que supuestamente había condicionado a Alex para que yo asistiera al viaje de Dubái, ¿Por qué Alex no me había mencionado nada? Tal vez no fuera verdad lo que Mijaíl mencionó o quizás, lo había podido evitar.

Aunque la idea de viajar con Alex y pasar un tiempo lejos de la ciudad a solas con él, ser una oportunidad para conocerlo mejor y profundizar en lo que sentía por mí.

—¡Jas! —La voz de Erika gritando entre los cientos de alumnos que entraban a la facultad me sacó de mis pensamientos.

—Buenos días, ¿Qué tal el fin de semana? —pregunté una vez llegué a ella que parecía bastante sonriente.

—¡Fue genial! Conocí a un chico guapísimo... claro que no es un príncipe árabe, ni un millonario arquitecto, ¡Así que seguro que no fue tan fantástico como el tuyo! —gritó exaltada—. Cuéntame lo que ocurrió con Rashid antes de que me muera de la curiosidad que he pasado todo el fin de semana ansiando saber si hubo algo o no y tú eres una muy mala amiga por decirme

que tenía que esperar hasta hoy para decírmelo.

—Si, ya te dije que estaba mi padre aquí, no podía dejar que me espiara los mensajes o peor aún, que me escuchara si hablaba contigo.

— Si, si, si, por eso no te llamé —dijo con aspavientos en las manos—. Vamos, ¡quiero saberlo todo! —exigió airada.

—Está bien, está bien —me reí por su afán de maruja cotilla.

Le conté la conversación que tuve con Mijaíl, incluso que sabía de mi parentesco con Alex, —que era su sobrina— y también le confesé que me besó.

—¿Y qué harás? —me preguntó cuando terminé de relatarle abreviadamente todo lo ocurrido.

—No lo sé, supongo que lo dejaré estar —dije tanto para Erika como para mí misma.

—¡Pero es un príncipe! Y perdona que te diga, pero ¡Oh qué príncipe! —gimió volviendo sus ojos en blanco como si suspirase por los vientos del árabe.

No pude evitar reír ante la personalidad y gracia de Erika, era demasiado ocurrente con sus gestos, en sí, Erika era única si lo pensaba detenidamente.

—Pero ahora no puedo pensar en Mijaíl, no después de lo que ocurrió con Alex —confirmé.

En ese momento Erika me miró inquisitivamente, como cuando una madre acaba de pillar in-fraganti a su hijo en alguna trastada.

—¿Y cuándo pensabas contármelo mala amiga? —preguntó de un modo en el que se me escapó una carcajada.

—¡No me has dejado hablar! —grité—. Te hice caso... y debo decir que eso

de la ropa interior sexy parece funcionar. Alex ha admitido que siente algo por mi —admití. Observé la reacción de Erika que abría los ojos de par en par—. En realidad, ha dicho que me desea y que no lo puede soportarlo más. Aunque no sé si eso es sentir algo hacia mi —confesé después de meditarlo.

—Eso ya es admitir mucho para alguien como D'Angelo —dijo Erika.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

—Yo los llamo chicos calcetín, porque cambian de mujer más que de calcetines y nunca tienen favoritos. Conozco las relaciones de D'Angelo por la prensa y todas sus exnovias o relaciones han sido a distancia y con modelos que luego se han hecho bastante conocidas tras terminar su relación o que incluso han saltado a la fama gracias a salir con él.

—Sigo sin entender lo que me quieres decir —pregunté ahora con cierta reticencia.

—Que Alex no es del tipo que se compromete y dudo que hasta se haya enamorado alguna vez, pero obviamente contigo ha de ser distinto. Tu eres su “sobrina” y vives en su casa, no creo que seas otro calcetín más, pero de todos modos tú ya estas perdidamente enamorada, ¿no? No es como que tengas mucho que perder.

—Si —respondí automáticamente, aunque mi cabeza no paraba de darle vueltas una y otra vez a las palabras de Alex.

«No quiero hacerte daño»

Me las había repetido en varias ocasiones y aunque no quisiera terminar de creerlo, en el fondo sabía perfectamente a lo que se refería con ellas. Alex no se iba a enamorar de mí jamás, pero ni de mí, ni de ninguna otra mujer.

La idea de que Alex jamás se comprometería no dejaba de rondarme la

cabeza, más aún teniendo presente que nuestra relación no podría salir de lo estrictamente privado. Ni tan siquiera habíamos establecido una relación, pero lo cierto es que si era sincera conmigo misma no tenía un futuro prometedor y pese a eso no me importaba. Me daba igual cuantos riesgos debiera correr con tal de estar al lado de él a como diera lugar.

—Hola —escuché su voz masculina y prominente cuando cerré la puerta de casa.

Había decidido subir por las escaleras para hacer ejercicio ya que salvo lo poco que hacía de natación apenas me movía por estar todo el día sentada con los estudios y quisiera o no, en casa de mi padre al menos hacía largas caminatas desde el instituto y subía bastantes veces las escaleras porque mi habitación estaba en la planta superior.

—Hola —respondí una vez giré y le vi en la cocina bebiendo lo que interpreté como limonada.

La limonada casera de Georgia estaba buenísima.

—¿Qué tal? —me preguntó sin que yo pudiera despegar ojo de él.

Su traje carecía de chaqueta, se había deshecho de la corbata y tenía los tres primeros botones de su camisa azul abierta.

—Bien —dije sin ganas—. Bastante bien —añadí con un poco más de entusiasmo al darme cuenta.

—Esto es un poco extraño, ¿Verdad? —dijo él de pronto al tiempo que dejaba la botella de cristal sobre la encimera y me miraba fijamente.

—Un poco sí, pero imagino que dada la situación es normal, ¿no? —dije dejando mi mochila en una banqueta y acercándome a él.

—Todavía no sé cómo he llegado hasta esto —admitió mientras se llevaba una

mano a la frente.

—Quizá era inevitable —dije mientras cogía la botella que él había dejado y comenzaba a beber.

—Quizá esté a tiempo de parar esto —admitió.

—Prefiero vivir y arrepentirme antes que pasarme el resto de mi vida imaginando lo que pudo ser y no fue Alex —comenté sincerándome.

—Olvidas que somos familia pequeña flor —reiteró.

—No lo olvido, pero eso puede ser bueno en este caso —admití positivamente.

—Díselo a tu padre —bufó.

—¿Podrías olvidar a mi padre por una vez? —exclamé.

—Jasmine... ¿Es que no lo entiendes? —me preguntó al mismo tiempo que me acariciaba el rostro sin dejar de observarme—. Me odiará cuando se entere y no le culpo por ello. Hasta yo me odio por no poder evitar sentir este deseo por ti.

—Alex —susurré.

—Si —susurró—, sufro un deseo irrefrenable e incontrolable que no puedo evitar por más que lo intento.

—A mí me pasa lo mismo —advertí.

—Lo sé —comentó acariciando con sus dedos mi cuello—. Tu cuerpo se estremece cuando te toco.

Apoyé mi cabeza en el pecho de Alex mientras aspiraba aquel olor inigualable y masculino que podría volverme loca de placer.

—No te alejes de mí Alex —susurré.

—Pequeña flor, tienes que saber algo —Su tono era serio y consiguió estremecerme, intuí que me iba a decir algo que no me gustaría escuchar.

—¿Qué ocurre? —pregunté de todos modos aunque estaba asustada por su respuesta.

—Sabes que soy un hombre ocupado, ¿Verdad? —me preguntó.

—Si —respondí afirmando lo que de por sí era un hecho.

—Para mí el trabajo es lo primero, por eso nunca tengo relaciones sentimentales. Me limito a tener acompañantes.

—¿Qué quieres decir? —pregunté inquieta.

—Que yo no puedo ofrecerte una relación como probablemente tú quieres. En mi vida hay otras prioridades, eso sin incluir que no soporto dormir con alguien y que soy incapaz de enamorarme —afirmó.

Aquella afirmación hizo que mi piel se enfriara, Alex me estaba confirmando lo que de algún modo en mi fuero interno había llegado a sospechar.

—Entiendo —dije sin saber que responder.

—No —dijo acariciándome el cabello—. No quiero hacerte daño, pero sé que te lo haré si sigo con esto, lo que menos deseo es engañarte y que termines sufriendo por mi culpa.

— Alex, yo te deseo, pero no estoy enamorada de ti —mentí.

Quizá era la mentira más grande que había dicho en mi vida, pero si Alex sabía que estaba enamorada de él desde que tenía uso de razón, saldría huyendo y no podía permitirlo.

—Me alegra saberlo —admitió.

—Pero quien mejor que tú para enseñármelo todo. —Sugerí esperando que él lo entendiera.

—¿Me estas proponiendo lo que creo? —preguntó sorprendido.

—Si —asumí.

Tal vez aquel fuera el error más grande de mi vida pero asumiría las consecuencias si salía mal ya recogería mis restos destrozados de ser así.

—¿Estás segura? —preguntó con un brillo oscuro en su mirada.

—Es lo que deseo —volví a responder firme—. Me he pasado toda la vida aislada y enterrada en los libros, quiero vivir algo real e intenso por una vez y qué mejor que tú para enseñarme.

—Sin flores, sin halagos cursis, sin viajes de placer, sin cenas de aniversario, sin regalos por compromiso y sobre todo sin dormir juntos —dijo convencido.

—Sin todo eso —afirmé. Aunque admití que lo único que me dolía era lo de dormir juntos porque el resto solo eran “añadidos”.

—Entonces será todo un placer enseñarte, pequeña flor.

Alex se acercó a mí y me alzó por los muslos al tiempo que devoraba mis labios hundiendo su lengua en ellos.

—Alex —gemí cuando sentí como sus manos subían por mi cintura acercándose a él.

El sonido del teléfono nos interrumpió, Alex lo sacó del bolsillo y miró la pantalla, pero lo silenció y lo dejó a un lado al tiempo que me miraba con aquellos ojos oscuros y voraces de los que estaba segura que estaban hambrientos y no precisamente por comida.

Volvió a acercarse de nuevo a mí y en ese momento aproveché para sacar la

camisa de su pantalón al tiempo que desabotonaba algunos botones mientras colaba mis manos bajo la prenda para tocar su cálida piel.

Alex era de esos tipos en los que se le marca los abdominales en el estómago y podía notarlos al tiempo recorría con mis dedos su piel.

Sentí sus manos en el cierre de mi sujetador por debajo de la camiseta y al instante mis pechos se habían visto liberados, cuando sus manos se dirigían hacia éstos el teléfono de casa comenzó a sonar y un sonido de exasperación salió de su garganta provocando que los movimientos de ambos se detuvieran.

Le vi dar dos pasos hasta llegar al teléfono que estaba en la mesa auxiliar al lado del sofá junto al aparato de internet.

—¿Sí? —Su tono de voz era serio, casi queriendo matar a la persona que habría al otro lado de la línea por interrumpirle—. ¿Estas segura? —preguntó algo contrariado—. No, dile que iré inmediatamente. Resérvame el primer vuelo. —Le oí responder mientras trataba de respirar con tranquilidad, pero por su voz se evidenciaba que había ocurrido algo—. Está bien Becky, estaré en el aeropuerto en media hora —contestó mientras colgaba.

—¿Te vas? —pregunté ante lo evidente.

—Si, parte de la cubierta superior que estamos terminando en un edificio de Estocolmo se ha venido abajo, tengo que salir inmediatamente —contestó sin mirarme y le vi como subía los escalones a toda prisa.

Me sentí algo estúpida allí sentada sobre la encimera, con el sujetador desabrochado, y la camiseta subida. Era más que evidente que aquello tendría que esperar y en el fondo tal vez debía alegrarme porque iba a poder concienciarme sobre el tipo de relación que Alex y yo íbamos a llevar.

—No sé cuándo volveré pequeña flor, pero espero poder estar de vuelta para

el fin de semana. —Le escuché decir cuando llegó al final de los escalones, ni siquiera se había remetido la camisa en el pantalón.

Llevaba un macuto que probablemente ya tenía preparado para estas ocasiones porque no había tardado ni dos minutos en bajar una vez que había subido.

—Está bien —dije comprendiendo la situación.

—Retomaremos esto cuando vuelva —anunció.

Se acercó a mí y me dio un casto beso en los labios sin profundizar que me supo a poco para despedida.

— Alex —dije al tiempo que él se volvía.

—¿Sí? —respondió algo ido.

Probablemente ya tenía la cabeza puesta en los problemas que se iban a generar con lo ocurrido en Estocolmo. Me acerqué a él y rocé sus labios, él abrió la boca y me respondió con voracidad como realmente deseaba que hubiera hecho antes.

—Tengo que marcharme —su voz era grave y ruda, como si le doliera tener que hacerlo.

—Lo sé, solo quería tener un buen aliciente hasta tu vuelta —susurré.

— En cuanto vuelva te encerraré en esa habitación y te haré mía sin que nadie me detenga —me dijo al tiempo que me miraba fijamente.

—Te tomo la palabra —gemí por respuesta.

Definitivamente su afirmación había sido un deleite para mis oídos, no podía desear otra cosa que Alex definitivamente me hiciera suya y lo deseaba fervientemente.

—Tú lo has querido pequeña flor —susurró—. No hay nada que desee más

que probar tu delicioso cuerpo.

En ese momento las puertas del ascensor se abrieron y Alex se marchó finalmente. En su ausencia aproveché para adelantar todo el trabajo de la Universidad posible, eso me sirvió para no pensar en lo inevitable... ser consciente de que lo mío con Alessandro solo sería una relación física, aunque no dejaba de tener la esperanza de que solo sería así al principio.

Tenía que reconocer que yo jamás había tenido una relación, pero tal vez en el mundo de Alex y en la realidad, todas las relaciones comenzaban así, ¿Quién decía que no era simplemente un comienzo? Me moría por estar en sus brazos, por sentirlo, ¡Dios!, quería ser suya, definitivamente lo ansiaba más que nada y lo había deseado durante media vida.

¡A la mierda las consecuencias! Me dije a mi misma cuando me tomé una ducha antes de acostarme. No me importaría que nuestra relación solo se basara en eso, ni me importaba que fuera estrictamente privada, ni que quizás todo acabase y solo fuera un buen recuerdo. Yo quería a Alex y lo tendría, aunque solo fuera en un aspecto, el resto... ya vería como sobrellevarlo.

Cuando me acosté miré el teléfono, no tenía ningún mensaje de Alex, ¿Tal vez aún no habría llegado? O tal vez no pensaba avisar, pero entonces recordé que sí lo hizo cuando se fue a París.

Con la incertidumbre escribí un mensaje solamente para cerciorarme, en el fondo estaba preocupada y más en la forma que se había marchado tan repentinamente.

Alex, ¿Todo bien?, ¿Has llegado?

Besos, Jasmine.

Esperé pacientemente y recibí un mensaje a los dos minutos.

*Perdona, todo ha sido un caos desde que llegué, que descanses mi pequeña
flor*

Alex.

Sabía que su contestación no daba pie a continuar la conversación, pero aun así me atreví a contestar.

Espero que todo se resuelva pronto.

Tengo ganas de tenerte de regreso

Jasmine.

Esperé un tiempo prudencial pero no contestó, vi que el mensaje lo había leído, pero aun así no vi que escribiera. ¿Tal vez estaba presionando demasiado? Alex dijo que no era de halagos cursis, quizás tampoco le gustaban los mensajes que daban pie a una conversación, ¿Tal vez Alex era demasiado frío en cuanto al trato con sus “chicas”?

Pero ese no era el Alex que recordaba. El Alex sonriente, divertido,

carismático... el que siempre me hacía reír o al menos eso recordaba en mi niñez. Recordaba a un Alex de veinte años joven y guapo haciendo payasadas en navidad para hacerme reír después de todo lo que había ocurrido con mamá. Si, ahí fue cuando descubrí que sentía algo por Alex, que no era un amor de sobrina precisamente y desde entonces en lugar de olvidarme, ese sentimiento creció y tomó forma hasta ser lo que hoy era... casi una obsesión por lo que él lograba hacerle sentir.

Cuando el sonido del despertador sonó, le di un golpe para hacer callar a las ranas y me reí al mismo tiempo que lo hacía, ¿Recordaría Alex que me había regalado ese despertador? Probablemente no. Habían pasado muchos años desde entonces.

Me duché inmediatamente, antes de que se le hiciera tarde y metí un par de libros que me había dejado fuera en la mochila para que no se le olvidaran. Abrí el armario y saqué un conjunto de ropa interior sexy, aunque Alex no estuviera en casa, vestir con aquellas prendas la hacía sentirme así por fuera.

No me apetecía usar lentillas ese día, así que me puse las gafas recogí el cabello en una cola alta, me vestí con unos vaqueros más ajustados de lo normal y una camisa que llevaba por dentro marcando así las caderas y la estrecha cintura.

Cogí la mochila y desenchufé el móvil del cargador, en ese momento vi que tenía un mensaje sin leer y lo abrí. El corazón le dio un vuelco al comprobar que era de Alex.

*Que desees que regrese solo me hace tener más ganas de ti,
si es que eso es posible.*

Ardo en deseos de poseerte pequeña flor...

y sé que me quemaré en el infierno por desearte.

Alex.

Reconozco que cuando lo leí me estremecí, no sabía en qué momento Alex comenzó a desearme, aunque con toda probabilidad fue el día que me convenció para acudir a la gala benéfica, pero saber que Alex, —mí Alex—, se moría de ganas por tenerme. Aunque solo quisiera acostarse conmigo era más, mucho más de lo que había podido soñar.

Una ola de calor me estremecía de pensarlo y de pronto toda el ansia que tenía porque Alex volviera para hacerme suya se esfumó. ¡Yo era inexperta!, ¿Y si no le gustaba?, ¿Y si él quería algo que yo no sabía hacer? El pánico me invadió... Alex siempre había estado con mujeres expertas, probablemente acostumbradas a la relación que él me ofrecía, aunque él supiera que era virgen, aunque me había dicho que para él sería un deleite enseñarme y aunque le diera placer saber que yo no me había acostado con nadie, el hecho de ser completamente inexperta me abrumaba.

Metí un par de tostadas en la tostadora mientras me hacía un café sin parar de darle vueltas a lo mismo... tal vez no debería preocuparme y me estaba adelantando a los acontecimientos. Todos habrían sido inexpertos alguna vez, ¿no? Pero aquel sentimiento solamente frustrado por el carácter que Alex arrastraba en su historial me hacía pensarlo.

—Erika —dije en un susurro mientras le daba un mordisco a un trozo de tostada que acaba de sacar de la tostadora—. Ella sabrá que aconsejarme —suspire mientras cogía las llaves y salía con la tostada en la mano.

Cuando le conté a Erika la situación y el tipo de relación que Alex me ofrecía tener no le sorprendió y para mi sorpresa casi le pareció normal dado el

historial de D'Angelo.

—La pregunta es si tú crees estar preparada para esa relación, Jasmine —dijo mientras cambiábamos de aula.

—No lo sé, pero si no lo hago sé que me arrepentiré —contesté.

—A ver... normalmente mi consejo sería el siguiente; está bien pero siempre y cuando no te enamores —continuó hablando al tiempo que abría la puerta para que entráramos en clase—. Pero dado que tu ya lo estás, solo puedo decirte que tal vez no debas albergar esperanzas y que aceptes lo que te ofrece si es lo que deseas.

Yo era consciente de que en el fondo esperaba que Alex se acabara enamorando de mí por más que intentara negarlo, pero era inevitable pensar que él se daría cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro y de que si en una relación se necesitaba amor yo tenía de sobra para ambos. Pero la realidad era distinta y debía tenerlo presente, esa realidad requería que si el día de mañana Alex decía hasta aquí hemos llegado yo tendría para mi pesar que aceptarlo.

—Pero... —comencé a decir en voz baja—. Yo no sé nada sobre sexo —susurré.

Erika me miró con los ojos de par en par abiertos como platos y le puse una mano en la boca rápidamente para que no dijera lo que sabía que iba a decir en voz alta ya que, aunque aún no había entrado el profesor había bastantes compañeros en el aula.

—¡Porque no me sorprende! —dijo cuando le quité la mano. Me encogí de hombros por toda respuesta—. ¿Él lo sabe? —me preguntó.

—Si —dije sin más.

—En ese caso, no te preocupes —me confirmó.

—Pues me preocupa —admití.

—Si lo sabe y aun así quiere tener esa relación contigo es porque estará más que dispuesto a enseñártelo todo.

—¿Pero tú porque sabes tanto de todo esto? —dije no pudiendo evitarlo.

Erika se echó a reír por respuesta

—Si yo te contara... —dijo evitando mirarme como si aquellas palabras sugirieran demasiado, ¿Cómo era posible que Erika tuviera tanta experiencia si tenía la misma edad que yo?

Llevaba tres días sin tener noticias de Alex, tampoco quería enviarle mensajes, ni llamarlo a pesar de que me moría de ganas por saber cuándo volvería. Tal vez fuera porque pensar en lo que ocurriría cuando él regresara hacía que al mismo tiempo ansiase su llegada y al mismo tiempo me reprendiese a mí misma por desear demorarlo un poco más para estar mentalmente preparada, quizá nunca lo estuviera.

Me moría por saborear los placeres que sabía de antemano que obtendría con él, casi podía deleitarme en mi interior solo con imaginarlo y cada día que pasaba la agonía se hacía más y más pronunciada.

Aquella noche de jueves preparé todas mis cosas para ir a clase, cuanto más tiempo pudiera pasar en la cama durmiendo mejor sería. Era una persona demasiado remolona o, mejor dicho; me gustaba saborear ese momento al despertar, de desperezarme tranquilamente en la cama antes de levantarme puesto que no concebía el hecho de salir de la cama nada más despertar.

Tomé una ducha relajadamente puesto que aún era algo temprano y básicamente no tenía nada mejor que hacer. Habíamos acabado el trabajo que

entregaríamos al día siguiente en grupo y el resto de las actividades las llevaba al día.

Decidí acostarme pronto, es más, solo eran las diez cuando me metí en la cama vestida solo con unas braguitas de encaje y una camiseta ancha como camisón. Tal vez un sueño reparador aliviaría mi alteración y nerviosismo por la pronta vuelta de Alex y la incertidumbre de cuándo lo haría.

Noté un leve cosquilleo en mi cuello, como si algo me rozara y no sabía que era. Intenté apartarlo con una mano, pero en ese momento noté que era algo grande, palpé intentando averiguar que era aquello hasta que mi mente procesó que era cabello lo que estaba tocando y en ese momento abrí los ojos de par en par.

Podía apreciar una figura en la sombra sobre mí, entre la oscuridad de mi habitación y la poca luz que se filtraba por la ventana que de por sí, era poca.

—Hola pequeña flor —susurró la voz que pude reconocer de inmediato como la de Alex y que, a su vez sonaba demasiado ronca.

En aquel momento me relajé sabiendo quien era el responsable de la interrupción de mi sueño, pero Alex no me dejó contestar, porque me vi apresada por sus labios en uno de esos besos que escondía el ansía que ambos nos teníamos el uno del otro.

Su lengua jugaba con la mía al mismo tiempo que se peleaban y danzaban simultáneamente, podía notar sus manos ascendiendo lateralmente mientras mi camiseta subía hasta arrullarse por encima de mis pechos, dejando estos libre y expuestos.

Podía notar la piel de Alex rozarse con la mía, era tan caliente que casi podía abrasarme. Adoraba que fuera así y ansiaba cada vez más su contacto. Coloqué mis manos en su espalda y toqué su tersa y cálida piel deleitándome

en ello, casi no podía creerme que aquello estuviera pasando de verdad, que el Alex que tanto había deseado desde niña fuese a tomarme, a hacerme suya por fin.

Pude apreciar sus cálidos labios descendiendo por mi cuello, sacando la camiseta por mis hombros y deshaciéndose de la prenda finalmente para deleitarse con mi desnudez.

—No podía aguantar un día más sin apartarte de mi mente, sin esa necesidad urgente de hundirme en ti, pequeña flor. —Escuché su jadeo y un temblor interior me atravesó. Saber que Alex lo deseaba tanto como yo solo me hacía además de aumentar mi placer tener esperanzas...

Su boca se deleitó con uno de mis pechos mientras que su mano masajeaba el otro lentamente al tiempo que para mí era inevitable gemir de puro placer, sentía un calor abrasador en mi bajo vientre y la infinita necesidad de mucho más de aquello.

Noté una de sus manos bajando por mi vientre y hundirse entre mis braguitas, tocando la parte más íntima de mi ser.

—Ya estás preparada para mí —susurró al tiempo que notaba como la única prenda que mantenía en mi cuerpo se evaporaba gracias a sus manos.

Estaba demasiado oscuro para ver con claridad, pero notaba su silueta incorporarse y el leve sonido que hacía su movimiento sobre la tela de las sábanas o el roce con la ropa.

Esperé lo que para mí fue una eternidad sin el peso de su cuerpo sobre el mío y con la necesidad de tener de nuevo sus caricias, tanto fue así que al notar de nuevo el roce de su piel instintivamente lo busqué con mis manos atrayendo hacia mí su rostro para besarlo.

Cuando la lengua de Alex se fundió con la mía pude sentir como él me invadía; se sentía extraño a la vez que placentero, al menos al principio porque finalmente fue doloroso. Un dolor agudo y penetrante como un pinchazo en lo más profundo de mi ser del que no pude evitar quejarme. No pude emitir ningún sonido porque mis labios fueron acallados por sus besos que permaneció quieto una vez me hizo completamente suya, alojándose completamente en mi interior. El dolor se fue evaporando y fui consciente de la invasión que sentía, en ese aturdimiento Alex comenzó a moverse ahondado una nueva sensación dentro de mi inexplicable, inigualable y ¡Dioses!, ¡Era exquisita!

El ritmo que marcaba Alex era cada vez de mayor intensidad al igual que mis gemidos de placer y en cierto momento noté como me desinhibía al perderme en esa pleitesía de goce que él me proporcionaba, entre sus jadeos y los movimientos cada vez más fuertes encontré el éxtasis de la pasión que tanto había anhelado alcanzar. Cuando abrí los ojos para ser consciente de la realidad, pude interpretar que Alex también lo había encontrado dado que sus movimientos habían cesado y su respiración era entrecortada.

Iba a confesar que le quería, a decirle que aquello había sido mejor que un sueño, a gritar que era fantástico, pero no pude hacerlo cuando Alex se adelantó.

—Buenas noches —escuché decir al tiempo que le notaba salir de mi interior y después el sonido de la puerta al cerrarse de mi habitación.

¿Dónde estaba “mi pequeña flor” ?, ¿Dónde había quedado el beso de despedida? Podía entender que se marchara, era lo que habíamos acordado, pero en ese momento todo el placer que sentí se había esfumado debido al modo en que se él se fue.

—No voy a llorar —me dije a mi misma—. Es lo que quería y si solo tendré

eso de Alex, tendré que asimilarlo.

Pero una cosa era decirlo y otra bien distinto sentirlo.

Creo que tarde en dormirme porque cuando sonó el despertador aquella mañana lo apagué inconsciente y me di media vuelta para seguir durmiendo, tampoco me apetecía levantarme, ni salir de mi habitación y menos aún soportar una dura y eterna clase de historia de la Arquitectura.

Por primera vez en mi vida iba a faltar a una clase sin estar enferma y me daba absolutamente igual hacerlo.

El teléfono comenzó a sonar y arrastrándome hacia la mesilla bajo la sabana que escondía mi desnudez —porque después de que Alex se marchara no busqué las prendas que debían estar por alguna parte de la habitación— miré la pantalla y era Erika, probablemente se preguntaría dónde estaba porque era la hora de entrar a clase.

—Hola —gemí con un tono de voz de recién despertada y apagada.

—¿Qué te pasa?, ¿Estás bien? —Su voz alegre y risueña me hizo reconfortarme en parte, al menos había alguien que se preocupaba por mí.

—He tenido una mala noche, no iré a la primera clase, pero llegaré para la entrega y presentación del trabajo —aseguré.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó Erika como si se lo oliese.

—Si, pero ya te contaré, voy a tomar una ducha y voy —contesté sin entrar en detalles.

—¿Quieres que vaya? —me preguntó preocupada.

—No, te lo cuento todo luego —alegué rápidamente—. Además, una de las dos tendrá que tomar apuntes —le recordé.

—Está bien Jas, te veo luego. —Noté que su tono de voz parecía preocupado, aquello me hizo sentir que Erika se estaba convirtiendo en más que una amiga, comenzaba a ser casi una hermana.

Tomé una ducha muy caliente, como si con la temperatura de la misma quisiera eliminar el final amargo de la noche. Me concentré en lo bueno, había disfrutado después del leve dolor, Alex me había hecho suya y probablemente sería la primera de muchas noches de pasión, pero no podía evitar que toda la pasión y el sabor dulce del placer alcanzado tuviera esa nota amarga que me hacía sentir melancólica por su forma de marcharse.

¿Por qué? Me preguntaba una y otra vez.

Alex no es así, al menos no el Alex que yo recordaba. Jamás habría pensado que después de un acto así pudiera sentir esa frialdad o más bien desapego hacia la persona con la que se ha compartido dicha cercanía. ¿Tal vez todas las películas que había visto eran demasiado románticas? Quizás todo el mundo actuaba así y yo me esperaba algo que no tendría sentido alguno.

Realmente no sabía que debía esperar de anoche, estaba impaciente, intrigada y expectante. Tenía que reconocer que me había gustado su forma de acariciarme, aunque todo ocurriera demasiado deprisa, aunque Alex me hubiera advertido previamente solo deseaba un beso, una caricia, algo que atesorar como buen recuerdo después de proporcionarme tanto placer.

Me vestí con unos vaqueros y camisa rosa. Me coloqué los botines, el cinturón y me sequé el pelo ya que comenzaba a refrescar y no quería coger un constipado. Utilicé las lentillas y me aseguré de que todo estaba en la mochila, aunque lo había colocado previamente antes de acostarme. Volví porque se me estaba olvidando el teléfono y las llaves de casa y salí de mi habitación.

No me apetecía en absoluto desayunar, es más, no me apetecía quedarme en la cocina más de lo normal porque no sabía si quería o no ver a Alex. Necesitaba ese tiempo prudencial para actuar como si lo de anoche hubiera sido lo más normal del mundo, como si no me hubiera afectado en absoluto su marcha.

—Buenos días.

Era la voz de Alex, ni tan siquiera me lo esperaba porque no estaba en la barra de la cocina como siempre, sino que se encontraba algo más alejado sirviéndose un café.

—Buenos días —respondí en un tono que distaba mucho de ser alegre.

—¿Todo bien? —preguntó.

Alcé la vista y no me estaba mirando, sino que miraba la cafetera. ¿Por qué me lo preguntaba si ni siquiera me miraba?

—Tengo prisa, ya llego tarde. —Me limité a contestar.

—Te has saltado una clase —contestó dejándome anonadada, ¿Cómo demonios sabía él que yo me había saltado una clase?

—Me dormí —declaré.

Después de todo no era mentira, fui consciente de que me dormiría cuando apagué el despertador.

—Mea culpa —contestó al tiempo que se giraba y me observaba con esos ojos

azules que me robaban el aliento.

No pude contestar, vi cómo se acercaba lentamente dejaba el café sobre la encimera y se acercaba a mí.

—Anoche fuiste increíble, pequeña flor —susurró mientras se agachaba y me besaba dulcemente en los labios.

En ese momento mis piernas temblaban, pero afortunadamente para mí, Alex me había cogido de la cintura evitando que me pudiera caer si fallaban.

Sus labios rozaban lentamente los míos hasta que noté su lengua adentrándose buscando el contacto con la mía. En ese momento gemí de puro placer por la dulzura de aquel beso. Ese era el beso que necesité anoche, el que me faltó para que todo hubiera sido perfecto aun sabiendo que nunca estaría satisfecha, puesto que lo quería todo, absolutamente todo de él.

—Te veré esta noche —Su tono de voz era suave y ronco, lleno de promesas contenidas que me hacían olvidar cualquier rasgo amargo que hubiera ocurrido la pasada noche.

De camino a clase pensaba una y otra vez en el comportamiento de Alex aquella mañana y en como actuó por contrario en la noche, ¿Le estaría dando demasiada importancia? Tenía tantas preguntas sin respuesta aturdía a mi mente una y otra vez con otra nueva.

Llegué a tiempo para la segunda clase del día; era Física aplicada a la construcción y Erika me explicó que no me había perdido gran cosa de la primera hora en historia. Apenas pudimos hablar entre clase y clase ya que teníamos que aprovechar el tiempo para repasar la exposición por lo que hasta que no acabamos la última clase no pudimos apartarnos lo suficiente para poder contarle lo sucedido.

—Has estado rara todo el día, como ausente, ¿Qué ha ocurrido? —me preguntó cuándo salimos de la facultad tras despedirnos de los compañeros.

—En realidad no sé si es normal o no —comencé a relatar—, quería contártelo, pero no veía el momento adecuado al tratarse de algo tan delicado —confesé.

—Me estás empezando a asustar —contestó Erika.

—Anoche volvió Alex —atajé como si aquello diera por hecho muchas cosas.

—¿Y? —intentó sonsacarme Erika como si me costara expresar con palabras todo lo sucedido.

—Se metió en mi cama... —susurré.

—¿Y? —volvió a preguntar Erika, pero con un tono de voz más picaron.

—Me acosté con él —confesé finalmente con algo de rubor en el rostro al confesar tamaña revelación.

—¡Pero eso era lo que querías! —exclamó un gritito como si hubiera sido ella la que se hubiera acostado con Alex y no yo.

— Si —dije encogiéndome de hombros.

—A ver —comenzó Erika a decirme en un tono algo más serio—. La primera vez es un fiasco, duele y no alcanzas el placer por lo que si esperabas tener mil orgasmos la cruda realidad es otra —confesó pacientemente.

—En realidad me gustó y sí que fue placentero —susurré.

—¿Y entonces a qué viene esa cara? —me preguntó extrañada.

—Tal vez sean cosas mías y siempre es así, pero justo cuando terminó, Alex se fue sin tan siquiera darme un beso, solo dijo buenas noches y desapareció —confesé inocentemente.

—¿Cómo que desapareció? —me preguntó extrañada.

—Sé que me dijo que él jamás dormía acompañado, no es que lo esperase, pero tal vez pidiera demasiado con que me diera un dulce beso de buenas noches y se despidiera de otra forma después de lo que acababa de ocurrir.

—Eso solo lo hacen los tíos que solo quieren un polvo de una noche — confesó Erika algo contrariada.

¿Alex solo quería conmigo una noche? No podía ser... no después de lo que me había dicho en la mañana.

—Pero esta mañana no fue así —dije rápidamente.

—¿Le has visto esta mañana? —preguntó curiosa.

—Si, me dijo que lo de anoche fue fantástico y que estaba deseando verme esta noche de nuevo.

—Tal vez Alex sea uno de esos tipos que toma el sexo de forma impersonal — me respondió Erika como si meditara la respuesta.

—¿Eso que significa? —pregunté deseosa de obtener respuestas para el comportamiento de Alex.

—A ver... no lo sé, pero la reacción que me cuentas que tuvo Alex no es normal para alguien que te importa. Tal vez sea uno de esos tipos que no están habituados a tener relaciones y por eso evitan cualquier contacto personal para no dar falsas esperanzas, es decir, tiene un trato en el sexo muy impersonal, dejando aparte la pasión.

—¿Crees que su comportamiento fue a propósito para no darme falsas esperanzas? —pregunté siendo consciente de ello.

—Sería una explicación desde luego. —La forma de responderme de Erika me

dio que pensar.

—O que no siente absolutamente nada por mí que no sea deseo —confesé más a mí misma que a ella.

—Es otra opción —me contestó algo apenada.

Pero esa forma de besarme tan dulce por la mañana me hacía pensar otra cosa, Alex sí sentía algo por mí, aún no sabía qué, ni hasta cuanto podía abarcar ese sentimiento, pero mi instinto me decía que no me equivocaba con Alex.

—De todos modos, sabía a lo que me exponía cuando acepté —dije a Erika un poco más animada—. Así que llegaré hasta el final.

—Ya sabes que estaré aquí si me necesitas —me dijo antes de despedirse cuando ambas tomábamos rumbos distintos hacia casa.

Al llegar a casa llamé a Alex para ver si estaría por allí, pero dejé de llamar cuando vi una nota en la barra de la cocina, estaba escrita por él de su puño y letra.

Esta noche te llevaré a ver las estrellas.

Te recojo a las diez.

Pd: Cenaremos fuera.

Alex.

¿Qué se debe poner una para ir a ver las estrellas? Si analizaba la frase podría tener doble sentido, pero en lo estrictamente establecido se suponía que Alex

me llevaría a algún lugar apartado y abierto donde no existiría contaminación lumínica ni nada lo suficientemente cerca que pudiera emitir luz, como para poder apreciar el cielo en todo su esplendor.

Realmente no sabía si estaba más ansiosa por estar a solas en un sitio así con Alex los dos solos, o por las ganas que acumulaba desde hacía tiempo por ver el cielo abierto. Lástima que no me hubiera traído las cartas astrales para poder saber dónde estaban las constelaciones. Precisamente había sido un regalo de Alex cuando era pequeña y desde entonces sentí cierta preferencia por aprender a usarlas apreciando la belleza de las estrellas.

Después de pensarlo mucho acabé eligiendo un vestido casual, me di una ducha con calma y en el momento en el que estuve lista, con mis lentillas para apreciar por primera vez el cielo sin la necesidad de mis gafas, me maquillé ligeramente, aunque no es que tuviera maquillaje de verdad. Esa noche era como tener una primera cita con Alex ya que de alguna forma “estábamos juntos”.

—¿Lista? —escuché después de unos golpes en la puerta.

—¡Si! —grité desde el baño al tiempo que me atusaba el cabello para que pareciera que tuviera un poco más de volumen.

Salí y allí estaba Alex en el marco de la puerta, sentí como su mirada recorría mi cuerpo, desde mis pies hasta llegar a mi rostro.

—¿Voy bien así? —realmente no sabía dónde me llevaría a cenar, ¿Tal vez a un sitio de esos muy elegantes?

—Perfecta —contestó.

Alex parecía querer añadir algo, pero se contuvo por lo que cogí mi bolso y salimos de casa. En el momento que las puertas del ascensor se cerraron para

bajar hacia el garaje que se encontraba en el sótano del edificio, sentí como la mano de Alex rodeaba mi cintura, en ese instante no pude contener el aliento al embriagarme con su cercanía por el olor de ese perfume tan masculino que siempre llevaba puesto y le miré de un modo que casi suplicaba su contacto.

Alex se inclinó hacia mi rozando mis labios, en un suave y tierno beso del que solo anhelaba más de él.

—A veces olvido lo inocente que eres —susurró en mi oído.

¿A qué venía aquello? No lo entendí, pero las puertas se abrieron y no pude preguntar porque su mano se aferró a mi cintura haciendo que avanzáramos.

Pensé que iríamos en un deportivo o en uno de sus coches elegantes, pero sorprendentemente usó un vehículo que hasta ese momento no había visto, aunque hay que tener en cuenta que solo había estado en aquel garaje en tres ocasiones. Se trataba de una especie de todoterreno, bastante tosco y por lo poco que yo entendía de coches, parecía ser uno de esos que se utilizan para la montaña. No me imaginaba a Alex visitando un restaurante lujoso con ese vehículo.

—¿Dónde iremos? —pregunté de pronto escapando de mi mente la pregunta.

—Pronto lo sabrás, aunque tardaremos una hora y media en llegar —contestó con lo que vi una vaga sonrisa.

Pulsó un botón del mando y las luces se encendieron a la vez que sonaron los seguros del coche. Me abrió la puerta y antes de que pudiera decir nada me alzó de la cintura provocando un leve calor por mi cuerpo al tiempo que aprovechaba para sentarme y colocarme el cinturón mientras él me cerraba la puerta y daba la vuelta para montarse en el asiento del piloto. Lo cierto es que era tan alto que me habría sentido ridícula al tener que subir sola por lo que, en parte, agradecí el detalle de que Alex lo tuviese en cuenta a la hora de

alzarme.

La música de la radio era agradable, aunque realmente habíamos guardado silencio prácticamente desde que salimos de casa. No sabía que preguntarle para iniciar una conversación porque no quería meter la pata con Alex, aunque sabía que habría ciertos temas que no se podrían tocar por lo que me fui a lo seguro.

—¿Qué tal te ha ido el día? —Era una pregunta demasiado típica, pero al menos sería un inicio o eso esperaba.

Tal vez si Alex se llegaba a sentir cómodo conmigo comenzaría a plantearse la posibilidad de tener una relación más allá de los límites de una cama, aunque si era sincera lo de esta noche parecía prometedor, pero ya me lo había prometido antes de que ocurriera todo y no sabía si sería o no una excepción.

—Bien —respondió secamente sin dar pie a una conversación.

—¿Se arreglo todo en Estocolmo? —insistí.

—Si. Al final no fue tan grave como pensaba y afortunadamente no hubo consecuencias. Se ha podido terminar la cubierta como se pretendía.

—Como me gustaría ir a visitar alguno de tus edificios mientras se están ejecutando las obras —dije algo emocionada—. Debe ser increíble.

—Era una sorpresa, pero la semana próxima iremos Dubái —exclamó de pronto.

En ese momento guardé silencio, ¿Dubái? Recordé las palabras que mantuve con Mijaíl donde me dijo que Alex me llevaría.

—¿Y cómo así? —pregunté inocentemente.

—Creí que te gustaría —me contestó—. Aunque será un viaje de negocios, tal

vez te pueda llevar a ver alguno de los edificios que estoy ejecutando.

—¿Se trata de negocios con Mijaíl? —pregunté sin ningún tipo de intención.

—Si —respondió secamente.

No añadí nada, supe que de alguna forma Mijaíl había presionado a Alex para que me llevase con él, aunque no sabía cómo lo habría hecho, pero era evidente que no se había podido negar a la petición. La cuestión era que no sabía que iba a hacer puesto que Mijaíl sabía que yo era la sobrina de Alex.

—Quería preguntarle que su suponía que seríamos, ¿Tío y sobrina?, ¿Pareja? Lo que estaba claro es que dormiríamos en habitaciones separadas, dudaba que Mijaíl nos alojara en la misma suite. Hasta ahí llegaba mi conclusión.

—Hemos llegado —dijo mientras yo seguía pensando en el supuesto viaje a Dubái y en cómo debería actuar cuando Mijaíl nos viera.

Me pare a mirar mi alrededor cuando las luces del coche se apagaron, lo cierto es que estábamos como en la cima de una montaña y no había ningún tipo de luz a nuestro alrededor. Aquello era lejano y silencioso, me bajé del vehículo y sentí el frío rozando mi piel, en ese momento me reprendí por no haber cogido una sudadera cuando siempre me había ido bastante abrigada sabiendo que yo siempre tenía frío.

No había ni una sola nube y eso nos permitía que la poca iluminación que teníamos proveniente de la luna fuera suficiente, busqué la silueta de Alex y le vi en la parte de atrás del vehículo sacando algunos bultos.

—Hay varias mantas en el asiento de atrás, cógelas. —Le escuché y en ese momento agradecí que hubiera tenido en cuenta ese detalle, solo por eso podría quererle un poquito más.

Cogí las mantas y cerré la puerta. Me dirigí hacia donde él estaba que parecía estar organizando algo y con la poca luz que había pude ver una especie de cesta con alimentos. Así que cenaríamos allí, sonreí porque Alex hubiera tenido tan buena idea, debía ser casi media noche si había dicho que

tardábamos hora y media en llegar. Alex extendió una de las mantas que yo llevaba y me quité los zapatos antes de pisarla al igual que él.

—¿Te gusta el sitio? —me preguntó una vez que nos acomodamos y yo no dejaba de mirar al cielo.

—Es perfecto para ver las estrellas —contesté.

—Si, solía venir aquí hace unos años.

—¿Solo? —me atreví a preguntar.

—Si —contestó de pronto.

—¿Cómo lo descubriste? —pregunté curiosa.

—De casualidad —contestó sin entrar en detalles, aunque pude notar que algo se escondía tras aquella respuesta.

En ese momento sentí un escalofrío y me estremecí haciendo que mi cuerpo temblara.

—¿Tienes frío? —me preguntó. No sabía que me estaría observando, pensé que estaría viendo las estrellas como yo.

—Un poco, tal vez vine demasiado fresca para estar al raso —comenté.

—Ven aquí. —Sus palabras surtieron efecto en mí y me acerqué a él dándole la espalda para acomodarme—. No —dijo haciendo que me girase—. Rodéame con tus piernas, así podré verte. —No pude evitar estremecerme con sus palabras, que Alex quisiera verme era más de lo que yo deseaba.

Hice lo que me dijo, sentándome a horcajadas sobre él, aunque aquello solo provocaba que el vestido se alzara haciendo que más piel sin cubrir quedase expuesta y por tanto tuviera más frío, pero no pensaba quejarme por ello.

En ese momento las manos de Alex tocaron mis piernas frotándolas para entrar

en calor y después los brazos para finalmente coger una de las mantas y rodearnos con ella.

—¿Tienes hambre? —me preguntó ahora que comenzaba a entrar en calor, pero de un calor que nada tenía que ver con la calidez que me proporcionaba aquella manta.

—Un poco —dije sin dejar de mirarlo y colocando mis manos en su pecho. Llevaba camisa y unos pantalones de vestir pero que no parecían de traje, aunque eran algo formales. El tacto de su pecho firme bajo la tela de la camisa era cálido y Alex emanaba un calor que me embriagaba y juntos hacían que perdiera cualquier sentido propio del razonamiento.

Sus manos viajaron de mi cintura hasta la desnudez de mis piernas alzándose por debajo del vestido hasta llegar a las nalgas, parcialmente cubiertas por las braguitas más sexys que tenía de toda mi lencería. Sentí como con sus manos aferrándose a mis glúteos, me atraía aún más hacia él y gemí en el momento en el que noté la dureza de su entrepierna rozar contra mi muslo.

—Entonces comamos después.

Su voz sonaba rota, ruda y no me dio tiempo a contestar porque antes de poder decir cualquier palabra los labios de Alex estaban sobre los míos y en ese momento me dejé arrastrar por su sabor.

Notaba sus manos rozando mi piel, acariciando cada palmo que encontraba a su paso haciéndome enfebrecer de agonía por desear aún más. Me abracé a él uniendo mi pecho con el suyo, haciendo que ni un atisbo de aire o polvo pudiera atravesar nuestros cuerpos y su respuesta solo fue gemir entre mis labios provocando que yo también lo hiciera.

—Me vuelves loco —Su voz era ronca, demasiado grave para su tono habitual y podría jurar que sus ojos se habrían oscurecido a pesar de la poca luz con la

que nos bañaba la luna creciente en ese momento.

Dentro del calor con el que nos envolvía la manta, noté la calidez de mis pechos desnudos cuando Alex me bajó el vestido y me liberó del sujetador con gran habilidad a la vez que yo desabotonaba su camisa con menos precisión sin dejar de devorar sus labios.

Sus manos tocaban suavemente mis pechos rozando con la punta de sus dedos mis pezones, pellizcándolos al tiempo que me provocaba leves gemidos que morían en su boca. Deslicé una mano a través del pantalón que conseguí desabotonar y rocé con mis dedos su entrepierna y justo en ese momento sentí sus dedos rozar esa parte del centro de mi ser que hasta hacía solo unos días desconocía el placer que podía proporcionar al hacerlo.

—¿Tomas la píldora? —preguntó Alex jadeante.

—No —susurré algo confundida por la pregunta.

—Ya hablaremos de ello —respondió y di por finalizada la conversación cuando mordió mi labio anhelante.

En ese momento sentí sus dedos deslizarse hacia mi interior y un pequeño gritito ahogado por la sensación repentina se escapó de mi garganta mientras que mi cuerpo me traicionaba buscando ese contacto como si el impulso naciera desde lo más hondo de mi ser.

Sus dedos se deslizaban dentro y fuera de mí provocando que instintivamente me moviera buscando su contacto cuando se alejaba, deseaba más, estar llena de él y aunque quería gritar que me poseyera, que me hiciera suya de nuevo lo único que conseguí transmitir por mi garganta es un profundo jadeo de placer.

Cuando sus dedos abandonaron mi interior busque instintivamente de nuevo su entrepierna, quería que me llenara y tenía la imperiosa necesidad de que Alex

fuera mío solo por ese instante.

Noté como se sacaba algo de su bolsillo y se lo llevaba a la boca, intuí que sería un preservativo porque mientras yo deslizaba mis dedos a lo largo de su miembro sin saber si lo estaba haciendo bien o no, Alex gimió apartando mi mano de él y colocándolo al tiempo que con la otra me alzaba de una nalga invitándome a que lo acogiera entre mis piernas.

—No sé si... —Comencé a decir. No sabía realmente lo que debía hacer

—Chss —susurró mientras notaba como su carne y la mía se unían, convirtiéndonos en uno y fusionándose en un solo ser. Cuando le acogí completamente Alex me dio el beso más dulce que podía haber imaginado, me deleité en sus labios con tanta exquisitez que deseé que aquel instante fuera eterno. Supe en ese instante que jamás podría dejar de amar a Alessandro D'Angelo porque él siempre sería el dueño de mi alma además de mi cuerpo. Atesoraría ese momento en lo más profundo de mi alma y desde luego, en mi recuerdo.

Sus labios descendieron por mi cuello y yo miré hacia el estrellado cielo mientras sus manos guiaban mis movimientos y ambos jadeábamos de puro placer. Bajo aquel manto de estrellas que fueron los únicos testigos de nuestros gritos de placer, le miré a los ojos juntando mi frente con la suya. Aquellos ojos llenos de pasión que me miraban fijamente igual que lo miraba yo a él y me dejé arrastrar por aquella sensación que solo Alex sabía proporcionarme, rozando el éxtasis y acogiendo aquella sensación orgásmica que me embriagaba, siendo consciente que yo era la causante de esa innegable pasión y deseo que sentía Alex en ese preciso instante.

Abrí los ojos lentamente después de unos segundos, con la respiración más acompasada por el esfuerzo y me di cuenta de cómo me observaba fijamente. En ese momento sentí una frialdad que me atravesó completamente y que no

supe a que se debía, pero intuí que él no me quería cerca, así que lentamente me alejé de su contacto pese al poco espacio que había bajo la manta. Noté su incomodidad y tuve que morderme la lengua para no preguntar, pero creo que era evidente que yo estaba casi decepcionada por no saber que le podría ocurrir después de un momento tan íntimo, donde se entregaba a mí con tanta pasión y posteriormente reaccionaba de aquella forma.

—Comamos —dijo sin más.

Interpreté como si no supiera que tenía que hacer después de acostarse con alguien, pero eso no era posible... Alex se habría acostado con probablemente media pasarela de París. Vale, quizá exageraba, pero con muchas mujeres seguro que sí.

Se levantó dejándome la manta solo para mí y yo me envolví acurrucándome en ella como si de alguna forma buscara protegerme de su frialdad, pero él seguía allí y no había huido a ninguna parte como la otra vez, así que por esa parte quizá debía contentarme, aunque era mínimo, lo consideraba un gran avance.

Nuestra cena estaba basada en algo de queso, uvas, pan y un surtido de pequeños bocaditos salados que lo cierto es que estaban deliciosos.

—¡Mira! —exclamé—, ¡una estrella fugaz! —grité levantando el dedo para señalarla.

—¿Has pedido un deseo? —preguntó mientras le miré y vi que se llevaba algo a la boca.

—Ummm —medité—. Ya no soy una niña —respondí seriamente.

—No, desde luego que no lo eres —exclamó. Su tono era serio, pero aun así hizo el amago de sonreír después—. Pero aun así deberías pedirlo —continuó.

—Está bien —dije cerrando los ojos y pensando en que lo que más deseaba en el mundo era que Alex me amase tanto como yo le amaba a él—. Ya —dije al mismo tiempo que los abría y que Alex me seguía observando.

—¿Me contarás lo que has pedido si se cumple? —preguntó con algo de picardía.

—Si —respondí sonriente.

—Ven aquí —me indicó para que me acomodara entre sus piernas.

Haciendo lo que me pedía me deje caer con mi espalda en su pecho y ambos nos quedamos por un buen tiempo en silencio, observando las estrellas hasta que poco a poco el sueño comenzaba a vencerme.

Me acurruqué instintivamente entre sus brazos, buscando el roce de mi nariz con su cuello, en ese momento no sabía si a Alex podría molestarle o no que lo hiciera, pero no opuso resistencia, ni mencionó nada al respecto, sino que noté sus brazos cernirse sobre mi cintura abrazándome a él.

—Ojalá pudiera pequeña flor. Ojalá pudiera darte lo que sé que deseas... pero no puedo —escuché como su voz sonaba lejana. No supe si sus palabras eran reales o producto de alguno de mis sueños.

Desperté algo desorientada por la oscuridad, no sabía dónde me encontraba, pero noté al moverme lentamente que estaba sobre algo blandito que intuí sería una cama y bajo el peso de varias capas de sábanas y edredones. Recordé entonces el momento en el que me dormí entre los brazos de Alex e instintivamente abrí los brazos abarcando todo el ancho de la cama para encontrar que no había nadie, estaba sola y aunque lo sabía antes de hacerlo la decepción me embargó.

Noté en ese instante que mi cuerpo estaba semidesnudo, ¿Dónde estaba mi

vestido? Y recordé vagas imágenes de Alex alzándome y metiéndome en el vehículo que se deslizaban por mi mente. Sin duda él debió traerme, desnudarme y meterme en la cama acomodándome entre las mantas.

Recordé entonces los momentos que había compartido con Alex bajo aquel inmenso manto de estrellas, un sonrojo me estremeció por el instante tan íntimo que habíamos compartido, aunque inmediatamente después Alex se tornara frío e indescifrable cuando yo solo deseaba que me abrazase y me susurrara palabras que sabía que no recibiría de sus labios por más que las ansiara. Finalmente había acabado acurrucada entre sus brazos y con eso debía conformarme.

¿Por qué no me despertaría? Me pregunté en ese instante hasta que escuché ruido proveniente de alguna parte de la casa, parecía la voz de una mujer.

—He dicho basta, madre.

Esa era sin duda la voz de Alex, podría reconocerla en cualquier parte.

Aunque el frío instantáneo al salir bajo las sábanas me incomodó, no fue suficiente para que me apartase de la puerta que había abierto lentamente y sin hacer ruido solo lo justo para poder escuchar mejor aquellas voces que evidentemente provenían de la cocina o el salón.

—Pero Marie me dijo que habías conseguido hacer algún avance. No debes abandonar ahora el tratamiento —insistió la que supuse sería la madre de Alex puesto que la había llamado así. Llevaba unos cuantos años sin ver a Aurora, ya que desde que el abuelo murió la relación no era tan estrecha como antes, aunque siempre me había tratado muy bien y tenía buenos recuerdos de ella.

—¿Tratamiento? —pronuncié en un susurro sin poder evitarlo, ¿Es que Alex estaba enfermo? Solo de pensar que a Alex pudiera ocurrirle algo se me partía el corazón. No podía estar enfermo, al menos no de algo grave.

—Es completamente inútil y para que frustrarme con algo que sé de antemano que no tiene solución, ambos sabemos cuál es la única forma y conocemos las probabilidades mínimas de éxito.

—Yo solo deseo lo mejor para ti Alessandro. —La voz de Aurora era casi nostálgica por lo que podía apreciar, como si estuviera a punto de llorar.

—No me estoy muriendo madre —contestó Alex. Al escuchar eso suspiré aliviada, no sabía que era lo que tendría, pero saber que viviría durante muchos años más me consolaba desorbitadamente, el resto era con seguridad algo que de no tener arreglo se podría convivir con ello—. Así que tranquilícese y simplemente acepte que jamás volveré a ser el que era.

—Una madre siempre desea lo mejor para sus hijos y que logren alcanzar la felicidad.

—No se lamente tanto, el hecho de que yo no pueda volver a sentir ninguna emoción o empatía no implica que no esté bien. Si yo logré asimilarlo, usted también lo hará.

No volver a sentir absolutamente ninguna emoción... esa frase se repetía una y otra vez en mi cabeza, ¿Era eso posible?, ¿Existía una enfermedad que podía afectar de esa manera? Jamás había escuchado algo similar, pero Alex hablaba de que no había sido así siempre, es más, tenía los recuerdos del Alex sonriente, divertido, carismático. Todo eso eran emociones, ¿no? Estaba confundida, demasiado confundida y no entendía absolutamente nada.

—Deja de tratarme de usted, cuando lo haces me hace sentir que me quieres lejos de ti y eso duele.

—A veces me olvido de que no te gusta.

No escuché nada más por lo que volví a cerrar la puerta con cuidado mientras

no dejaba de pensar una y otra vez que era lo que le ocurría realmente a Alex y si era cierto que era incapaz de sentir ninguna emoción porque por más que intentaba asimilarlo me resultaba casi aterrador.

No podía ser, era cierto que a veces sentía que su sonrisa no era del todo sincera, pero ¿qué había de aquellos arrebatos en los que se enfurecía?, ¿No eran eso emociones de alguna forma?

Antes de salir me encerré por un largo tiempo en el baño, primero fijándome en mi reflejo del espejo, pero sin ver nada en realidad, aunque me devolviera la mirada a mí misma, mis pensamientos solo estaban con lo que acababa de escuchar y en ese momento cogí mi móvil para teclear «No sentir emociones» y los segundos hasta que el navegador cargó parecían eternos, pero comenzaron a salirme varias páginas y empecé a ver un nombre que se repetía en todas ellas «Alexitimia».

No puede ser... me dije cuando empecé a leer lo que implicaba esa enfermedad que según varios artículos que leí era más común de lo que creía. Pero Alex no podía tener Alexitimia, aunque era ridículo pensar que su nombre parecía como si se lo hubieran puesto por él.

La alexitimia era la incapacidad de expresar los sentimientos, ¿Era eso lo que le ocurriría a Alex? Pero los recuerdos que yo tenía de él no me hacían pensar en que podría padecer esa enfermedad. No podía ser... y entonces recordé otra de las frases que había escuchado donde le decía a Aurora que no volvería a ser el que era, ¿Qué le había pasado a Alex para que fuese así?

—Tal vez solamente esté desvariando y he interpretado mal la conversación.

—Me dije tratando de convencerme a mí misma mientras dejaba el teléfono sobre la encimera del lavabo.

Quizá solo eran mis deseos de que Alex no sufriera aquello que no dejaba de

repetirse una y otra vez en mi cabeza, porque de hacerlo —de asimilar que fuera verdad— tendría que aceptar que él jamás me amaría, nunca me correspondería y efectivamente lo nuestro no tendría ningún final feliz.

Cuando salí de mi habitación pensé que tal vez se habrían marchado y que no habría nadie en casa. Me habría gustado saludar a Aurora tal vez solo para de alguna forma intentar sonsacar esa información que ahora me carcomía por dentro y cuando me giré lentamente pensando si debería o no preguntarle a Alex sobre lo que había escuchado de la conversación con su madre me di de bruces con algo.

—Auch —dije mientras mis manos tocaban una camisa suave y el inconfundible torso duro y definido de Alex.

—Buenos días dormilona.

Subí la mirada una vez que había abierto los ojos y Alex me contemplaba de una forma extraña, no sonreía, pero parecía como si quisiera hacerlo.

—Buenos días —sonreí embobada observando lo increíblemente guapísimo que era.

—¡Jasmine! —escuché tras él.

El grito de su madre detrás de él me hizo apartarme instantáneamente de él para ver a Aurora. Aquella mujer se conservaba demasiado bien para sus cuarenta y cinco años, casi podía pasar por la novia o hermana mayor de Alex más que por su madre realmente. Con su inmaculado cabello rubio lleno de mechuras siempre bien peinado y ese exótico aire de belleza italiana que la embriagaba, era una mujer de armas tomar. Casi parecía increíble que se hubiera enamorado del abuelo.

—Hola Aurora —dije sonriente.

Llevaba sin verla varios años, entre que papá no era muy dado a socializar con la familia y que desde la muerte del abuelo hacía ahora siete años la familia no se juntaba por navidad o celebraciones puesto que Alex y su madre se iban con su familia italiana, apenas existían excusas para verse.

—¡Pero mírate! Eres toda una mujer y además preciosa —sonrió mientras se levantaba y se acercaba a mí para abrazarme y darme un beso.

Siempre había tenido buenos recuerdos de la esposa de mi abuelo, pero era la típica mujer que no se inmiscuía en situaciones ajenas, de hecho, nos dio bastante espacio con la enfermedad de mamá, aunque estuviera siempre pendiente.

—Gracias —dije con cierta timidez y no pude evitar mirar a Alex que en ese momento parecía observar el móvil—. ¿Qué tal esta? —pregunté cordialmente.

—¡Oh por favor!, ¡no me trates de usted que me hace sentir mayor! Y todavía soy demasiado joven —sonrió.

—Está bien —sonreí nerviosa y en ese momento me pregunté si Aurora supiese la relación que existía entre Alex y yo ¿Cómo reaccionaría? Ella era una mujer de mentalidad abierta o al menos esa era la sensación que me generaba. Tal vez se tomará bien la noticia.

—Estoy muy bien dulzura —comentó mientras se terminaba de beber el café que hasta entonces le había visto marear con la cucharilla—. He quedado con una amiga cerca de aquí y había pasado a saludaros, sobre todo para verte puesto que no he tenido tiempo hasta ahora.

—¡Oh! Muchas gracias —sonreí mientras cogía una pieza de fruta ya que tenía algo de hambre.

—¿Qué tal te va todo?, ¿la Universidad?, ¿has hecho nuevas amistades?, ¿cómo está tu padre? —me hizo tantas preguntas que no sabía por dónde comenzar, pero comencé a contestarle mientras notaba que Alex, pese a estar cerca parecía no prestarnos atención, como si no estuviera allí.

—Tengo que irme —La voz de Alex nos interrumpió cuando yo le contaba a Aurora que mi padre seguía con sus rarezas ya que a ella parecía divertirse muchas de sus extravagancias.

—Deberías de descansar un poco, Alessandro —respondió su madre—. No todo en la vida es trabajar. —Intuí que sus palabras tenían doble sentido.

—Esto es importante —dijo mientras metía unos papeles y el portátil en su maletín y guardaba su teléfono en el bolsillo mientras parecía comenzar a marcharse.

—¿No se te olvida algo? —miré a Aurora y tenía la cara inclinada señalándose la mejilla indicando que quería un beso, algo que desde mi punto de vista podía parecer normal, pero me causó gracia la forma de pedirlo y más siendo Alex un adulto independiente.

Sentí una especie refunfuño a mis espaldas que provenía de Alex y el sonido de sus pasos hasta que la figura paso por mi derecha y se dirigió a su madre dándole un fugaz beso se volvió y me vio de frente. En ese momento pensé que se marcharía, pero me quedé atónita cuando vino hasta mí, posó su mano delicadamente en mi cuello y con calma me dio un beso en la frente, fue tan suave, tan protector y delicado al mismo tiempo que casi me hizo temblar.

No supe por qué razón en ese momento me quise morir de vergüenza, aunque no había nada implícito en ese beso para mí había significado demasiado y cuando alcé la vista una vez que Alex se había marchado, su madre me miraba como si lo que acababa de ocurrir le pareciera demasiado extraño, sus ojos

expresaban un brillo inusual y juraría que me querría acribillar a preguntas en cuanto escuchara las puertas del ascensor cerrarse.

Sorpresivamente para mí, Aurora solo me preguntó si me sentía cómoda conviviendo con Alex y que, si en algún momento necesitaba algo, cualquier cosa, la llamase.

Quizá solo fueran imaginaciones mías, pero después de que Alex se marchara noté a Aurora demasiado sonriente, tanto fue así que no pude preguntarle por la conversación que había escuchado antes de que yo apareciera y me moría de ganas por hacerlo porque estaba segura de que sacaría más información de ella que de él, pero me sentí incapaz de hacerlo y finalmente se fue.

Antes de que pudiera darme cuenta, la semana había pasado y pese a que no dejaba de darle vueltas al tema de la conversación que había escuchado de Alex y su madre no tuve ocasión de preguntarle ya que estuvo fuera de viaje hasta el miércoles y después tuve demasiado trabajo de universidad para adelantar puesto que en dos días nos marchábamos de viaje a Dubái.

Si era sincera conmigo misma no sabía si me apetecía o no realizar ese viaje. Por un lado, sí quería ver aquel edificio que tantas veces había soñado con visitar, pero tenía cierto temor de volver a ver a Mijaíl después de aquella discusión —entre comillas— que habíamos mantenido Alex y yo debido al interés de él en mí.

De algún modo dudaba que fueran celos lo que Alex sentía, de lo contrario no me llevaría precisamente a un lugar donde estaba el príncipe y en el que se sentiría “en su terreno” al menos esa era mi sensación y lo que Erika me había dado a entender cuando se lo había comentado.

Pero si no eran celos, ¿Por qué Alex reacciona como lo hizo en su día? Además, si tenía celos, eso era una emoción, ¿no? Tal vez no fueran celos, o

tal vez no sufría esa enfermedad... estaba hecha un lío completamente.

Probablemente solo era preocupación por mí, porque Mijaíl me hiciera daño o me ilusionara para después decepcionarme. Pero ¿No estaba haciendo él precisamente eso conmigo? Con un mar de dudas y mil preguntas en la cabeza sin respuesta seguía metiendo ropa en la maleta. Ni tan siquiera tenía el billete de vuelta, Alex me dijo que estaríamos tres o cuatro días por lo que yo había previsto faltar a clase hasta el miércoles siguiente.

El teléfono sonó y pensé que podría ser Erika ya que estaba esperando un mensaje avisándome de que me habría colgado la parte de su trabajo que necesitaba para terminarlo, pero cuando miré la pantalla no era ella sino un número de teléfono que llevaba días sin ver.

*Mañana volvemos a vernos preciosa
y confieso que ardo en deseos de que estés aquí.*

Mijaíl R.

No entendía porque este hombre era tan directo, era como si no tuviera filtro alguno. En mi vida había conocido a un hombre como él y de hecho dudaba que hubiera algún otro. Probablemente estaba acostumbrado a tenerlo todo y de ahí que no escondiera sus deseos o ansias de lo que quería, aunque Mijaíl despertaba un lado desconocido en mí, no le quería y darle ciertas esperanzas de algo que no estaba dispuesta a darle me parecía absurdo.

Iba a contestarle, pero de pronto no supe que contestar y en ese momento entendí que ante Mijaíl tendría que actuar como la sobrina de Alex porque, aunque le hubiera dicho en su momento que era su novia, él sabía la verdad y

supondría que entre Alex y yo no había más que una relación de tío y sobrina. Entonces recordé sus palabras, que de algún modo a Alex no le quedaría más remedio que llevarme a Dubái si quería conseguir el acuerdo y pensé como demonios el príncipe habría logrado aquello, ¿De qué modo habría coaccionado a Alex para que no le quedase más remedio que llevarme?

—Estúpida de mí —me dije en ese momento mientras me senté en la cama.

Lo más probable es que Mijaíl le hubiera amenazado con contar públicamente que mantenía una relación con su sobrina y tendría más de cien testigos para corroborarlo de la fiesta a la que acudí junto a él ¿De qué otro modo iba a conseguir que Alex accediera a llevarme si detestaba la idea de que me acercase a Mijaíl?

—Y pensar que Alex me dijo que sería una sorpresa para que no sospechara que estaba siendo sometido a chantaje —susurré en voz baja a mí misma—. Probablemente lo hizo para no preocuparme.

En ese momento detesté a Mijaíl y bloqueé el teléfono porque no pensaba contestarle, no me gustaba su modo de hacer las cosas, menos aún si consistían en amenazas o coacciones.

—¿Ya tienes todo preparado? —La voz de Alex me asustó puesto que no le había sentido llegar, probablemente porque tenía mis pensamientos en otra parte.

—Si —dije una vez que me giré y le vi recostado en el marco de la puerta de mi habitación.

Tenía que dejarlo todo preparado puesto que él me recogería a la salida de clase y nos iríamos directamente al aeropuerto. Allí nos esperaba un Jet privado de la flota de Mijaíl para llevarnos directamente hasta Dubái.

—No pareces muy ilusionada, pensé que te gustaría —Su tono de voz tampoco era de felicidad, aunque supuse que él tendría menos ganas de ir que yo.

—Preferiría quedarme aquí —confesé—, contigo —puntualicé.

—Si soy sincero a mí también me gustaría, puesto que allí tendremos que fingir que solamente somos tío y sobrina —me advirtió.

—Lo sé —rodé los ojos—. Mijaíl sabe que nunca fuimos pareja y conoce nuestro parentesco.

Alex me acarició el pelo colocándome un mechón detrás de la oreja mientras miraba el movimiento de sus dedos en lugar de mirarme a mí.

—No quiero que te toque —Su voz era tan baja que casi dudé de si había escuchado bien o no la frase.

—No lo hará —respondí acercándome a él y colocando mis manos en su pecho firme—. Solo deseo que me toques tu —insistí.

—No podré hacerlo mientras estemos allí, pequeña. —Me miró a los ojos y morí al ver reflejados en ellos dolor. No sabía si eran solo imaginaciones mías o no, pero era lo que sus ojos me transmitían.

—¿No puedes cancelar el viaje? —pregunté con cierto anhelo.

Ahora más que nunca estaba segura de que Alex no quería en absoluto ir.

—No, si lo hago tendré graves consecuencias tanto personales como profesionales para la empresa. —Si tenía dudas, Alex acababa de confirmarme que Mijaíl lo estaba coaccionando de alguna forma.

—Está bien —contesté con cierto pesar—. No me separaré de ti. —Le sonreí como si de algún modo quisiera transmitirle que para mí él era el único hombre.

Noté que Alex suspiraba como si una carga pesada sobre los hombros le hiciera sentirse así.

—Alex —susurré.

No sabía si era el mejor momento de preguntarlo, pero me moría de ganas por hacerlo.

—¿Sí? —me contestó.

—Tu... ¿Estás enfermo? —Me atreví a decir.

—¿Enfermo? —preguntó confuso. Le observé alzar una ceja como signo de confusión—. ¿De dónde sacas eso pequeña flor? —añadió.

—Escuché parte de conversación el otro día con Aurora —Bajé los ojos porque no me sentía capaz de mirarle, no sabía por qué. Bueno, sí lo sabía, había estado escuchando una conversación ajena—. No es que estuviera escuchando a posta es que iba a salir de la habitación cuando os oí —exclamé antes de que él dijera nada.

El silencio que obtuve por respuesta me hizo alzar la vista para encontrar a un Alex inexpresivo, de pronto soltó el aire contenido y se pasó una mano por la el pelo como si con ello tratara de aclararse las ideas.

—Puedes contármelo —dije con calma. Quería que Alex confiase en mí para contarme aquello que le martirizaba.

—Está bien —dijo mientras se cruzaba de brazos—. Tal vez incluso sea mejor que lo sepas, aunque no es algo que me agrada contar, pero quizá merezcas saberlo. —No supe porque, pero de algún modo sabía que lo que me iba a contar dolería, que sufriría demasiado.

—Será mejor que te sientes —dijo antes de empezar.

En ese momento estaba nerviosa, Alex me iba a confesar aquello que había estado durante días carcomiéndome por dentro y lo último que quería era sentarme, pero aun así lo hice esperando a que él hablase para contarme aquello que me moría de ganas por saber.

—Hace seis años tuve un accidente de coche —le escuché decir mientras aquellas palabras me impactaban de forma que bajé la mirada intentando recordar hace seis años si había escuchado algo de algún accidente referente a Alex, pero lo cierto era que no recordaba nada así que le miré contrariada.

—No lo recuerdo —dije sin más.

—No lo recuerdas porque no lo sabes, ni tan siquiera Andrew lo sabe —contestó.

¿Por qué mi padre no lo sabría?

—Tu madre había muerto hace poco y tu abuelo pensó que era mejor no preocuparos, puesto que aún estabais sufriendo su duelo. —Alex pareció intuir mi pregunta silenciosa y aquello hizo que guardara silencio.

—¿Fue grave? —pregunté adelantándome a los acontecimientos.

—Estuve en coma dos meses. Me golpeé fuerte en la cabeza y estuve a punto de caer por un precipicio, por lo que sí, fue bastante grave y podría decirse que casi un milagro que sobreviviera.

—¡Dios mío! —No pude evitar exclamar y llevarme una mano a la boca al pensar en Alex postrado en una cama entre la vida y la muerte.

—A los dos meses desperté. Aunque me había dado un buen golpe y tenía numerosas fracturas parecía que iba a recuperarme, hasta que me di cuenta de que algo en mí no estaba igual.

La voz de Alex cambió de tono, le observé dar unos pasos hasta la ventana de

mi habitación y quedarse observando a través de ella.

Guardé silencio esperando que siguiera, pero no lo hizo.

—¿Qué pasó Alex? —No pude evitar preguntar.

—El accidente provocó que una parte de mi cerebro dejase de funcionar, la parte que afecta a las emociones. Desde que desperté no puedo sentir nostalgia, felicidad o tristeza, apenas recuerdo que era sentirlo, pero intento guiarme en función de los recuerdos.

—Pero no puede ser... tu no... —no sabía que responder—. ¡Sonríes! A veces lo haces y parece que estás feliz —exclamé.

—Me limito a imitar recuerdos —contestó—. Tengo dos horas a la semana cita con un experto para practicar. No puedo dejar que mis socios se den cuenta y tampoco era mi deseo que mis familiares lo hicieran. Es más, solo mi madre y tu abuelo lo sabían, ahora solo mi madre y tú.

—¿Pero por qué no me lo contaste?, ¿Por qué no lo hiciste? —Aunque nada hubiera cambiado en mi decisión o eso me decía una y otra vez, al menos podría haberlo entendido mejor todo.

—No quiero que me tengan lástima. —Su voz sonaba arrastrada—. ¡Mirad el pobre Alessandro!, ¡Incapaz de amar o de sentir algo más allá de su arrogancia! —gimió—. Todos ya creen que soy demasiado frío pese a que finja no serlo.

—Alex —me acerqué a él para acariciarlo.

—No, Jasmine —se alejó—. No quiero que te compadezcas —Su voz era dura y fuerte—. Tu eres distinta, recuerdo lo que sentía por ti antes del accidente y se mezcla con la atracción que me invade al verte haciendo que me confunda, de hecho es... muy extraño.

—Pero eso ya es algo, ¿no? —insistí. Tal vez era un comienzo, un inicio.

—No te equivoques —me contestó—. Yo nunca voy a quererte, ni amarte, ni nada similar que implique alguno de esos sentimientos. —Aunque sus palabras eran duras, al menos entendía que estaba fuera de él poder hacerlo, escapaba a su control.

—Puedo soportarlo Alex, si estás conmigo puedo hacerlo —exclamé apresuradamente.

Podría, yo tenía amor para los dos, suficiente para abarcarnos a ambos y aun así me sobraría.

—¿Es que no me has escuchado? —Su tono era más elevado de lo normal, como si no comprendiera lo que acababa de decirle.

—Perfectamente —contesté con simpleza—. Pero no me importa, deseo estar contigo y me conformaré con lo que puedas darme, no te exigiré más, siempre que me dejes estar a tu lado.

—No deseo hacerte daño pequeña flor. No me gustaría que tu precisamente sufieras por mi culpa, aunque no sienta nada de alguna forma el recuerdo que poseo de ti es demasiado fuerte y tengo el instinto de protegerte, no sé si por recuerdo o qué... pero no puedo verte sufrir o permitir que te hagan daño — Sus dedos rozaban mi mejilla mientras yo no podía evitar derramar una lágrima porque Alex tuviera que sufrir aquello, era injusto, ¡Él no se merecía aquello!

—Soy tu pequeña flor Alex, solo tuya y quiero estar contigo, ahora y siempre.

—Me acerqué al calor de su cuerpo y a su embriagador perfume. Necesitaba abrazarlo, pero no sabía si Alex podría soportarlo, ahora podía entender cualquier tipo de contacto que no entrase en lo estrictamente sexual, le resultaba completamente indiferente.

—¿Puedo abrazarte? —susurré esperanzadora.

Por toda respuesta Alex me atrajo entre sus brazos y yo me deshice de mis lágrimas en su camisa. No deseaba llorar, ya lloraría después en silencio aquellas lágrimas por la nostalgia que me hacía sentir lo que padecía Alex, pero me resultaba imposible evitarlas ¿Por qué la vida había tenido que ser tan injusta con él?

—Eres lo más parecido a una relación que he tenido desde entonces. —Sus palabras me hicieron dar un paso atrás y mirarle fijamente hasta el punto de sonreír.

—Podemos intentarlo, aunque haya demasiadas cosas en nuestra contra, yo quiero estar contigo —declaré.

—Si soy sincero conmigo mismo, de algún modo egoísta no deseo apartarme de tu lado y eso es extraño porque es una sensación nueva para mí. —La mano de Alex rodeó mi nuca y me atrajo hasta él, hasta sus labios, otorgándome uno de esos besos posesivos que roban el aliento de cualquier mujer.

—Y también confieso que solo contigo mi cuerpo enardece, mi adrenalina se descontrola y pierdo la razón de lo correcto o incorrecto. —Tras decir aquello cualquier vestigio de duda o preocupación se alejó de mis pensamientos.

Puede que Alex no me amase nunca, quizás no lograría siquiera que sintiera una pizca de algo más que simple deseo por mí, pero tenía mucho más de lo que cualquier mujer tendría y es que Alex me había amado años atrás, aunque ese amor solo fuera fraternal, él había sentido afecto por mí y de algún modo sabía que ese afecto aún lo seguía teniendo dentro de sí mismo y que precisamente por eso actuaba así.

De las siete horas que duraba el vuelo de Londres a Dubái, la mayor parte del tiempo estuve pensando en la conversación que había mantenido con Alex,

rememorando una y otra vez como si eso supusiera algún cambio en mi cerebro, como si tratara de encontrar un pequeño matiz en todo aquel asunto mientras él estaba sentado frente a mí con un ordenador delante sin parar de teclear.

—¿No duermes? —Me preguntó en una ocasión sacándome de mi ensoñación mientras miraba por la ventanilla. Lo cierto es que tenía sueño, pero no me apetecía dormir, algo extraño la verdad.

—No —gemí más que afirmé.

—No soy un gran conversador —contestó como si de algún modo tratara de darme conversación.

—Lo entiendo Alex. Tienes trabajo y es lógico que quieras aprovechar el vuelo para adelantarlo.

Si era sincera tenía la capacidad de entender que ese imperio inmobiliario que Alessandro D'Angelo había formado, se debía haber construido a base de esfuerzo y mucho trabajo. Nadie crece tan rápido y acumula tanto prestigio sentado en el sofá de su casa viendo la televisión. Así que podía comprender que tantos viajes, tantas llamadas y tanto estrés fueran normales en su vida diaria.

—¿Por qué eres así, Jasmine? —preguntó mirándome fijamente y de algún modo aparté la mirada.

—¿Así como? —dije mientras veía las nubes blancas.

—Te dije que no aspiraras a algo más que sexo y aceptaste. Te advertí que nunca tendrías nada más de mí y te conformaste. Te conté todo lo que me ocurría y no te importó, es más, aún así eres capaz de darme mi espacio y de entenderlo.

Había una respuesta más que obvia para todo aquello. «Porque te amo con toda mi alma» Si, solo que no se lo diría así que simplemente me encogí de hombros y esa fue toda mi respuesta.

Cuando aterrizó el avión me entraron todas las dudas, realmente no sabía que esperar de ese viaje. No sabía que pretendía Mijaíl y mucho menos porque había obligado a Alex para que yo viniera, pero de alguna forma podía “intuir” el porqué de sus motivos, solo que el hecho de venir acompañada por Alex me resultaba extraño, aunque el propio príncipe admitió que sabía que sería la única forma de conseguir que yo visitara Dubái y tenía razón, jamás habría ido por mi cuenta.

Tuve que reconocer al bajar del avión el clima era muy agradable, un coche nos recogió en el aeropuerto y que supuestamente nos llevaría directamente hacia el Burj al arab. Observaba las gentes, el tráfico y las inmensas calles. Lo cierto era que Dubái transpiraba lujo en todo su esplendor y era demasiado bello para mis ojos.

—Hemos llegado —anunció el chofer en un inglés con gran acento árabe.

La puerta del vehículo se abrió antes de que Alex la abriese. Había observado por imágenes tantas veces ese edificio que el mero hecho de encontrarme allí parecía un sueño, ¿Y todo el edificio era propiedad de Mijaíl?

—Cielo santo — gemí al mirar hacia arriba para ver la enorme torre con forma de vela construida sobre una isla artificial y con aquella enorme estructura de acero curvada que la caracterizaba.

—¿Qué te parece la obra de Tom Wright? —escuché la voz de Alex al acercarse.

—Impresionante —contesté sin dejar de observarla, probablemente me daría torticolis por no dejar de apreciarla.

—Las vistas desde arriba son fascinantes —dijo complacido.

Al menos Alex sabía apreciar como yo la buena arquitectura en momentos como aquellos, cuando a ninguno de los dos le agradaba la razón principal del viaje.

Tal como pensaba, estábamos alojados en habitaciones separadas. Aunque al menos, esperaba que hubiera tenido la consideración de alojarnos en la misma planta.

Después de que Alex diera sus datos le dieron la llave de su habitación, cuando di mi nombre, la chica en recepción abrió los ojos y exclamó «suite presidencial» en un inglés con acento demasiado marcado y parecía muy nerviosa al respecto, tal vez se pensó que yo sería alguien importante por alojarme en esa habitación, nada más lejos de la realidad.

Así que Mijaíl estaba cumpliendo lo que en su día me había mencionado en aquella cena. Jamás pensé que lo recordara, pero si era sincera quería reírme por lo absurdo de todo aquello, aunque me contuve.

Llegamos al ascensor y Alex parecía bastante serio, ¿Estaría enfadado? ¿O en su estado no podría enfadarse?

—¿Estamos en la misma planta? —pregunté para tantear.

—No —contestó secamente.

—Alex —susurré mientras mi mano tocaba su brazo, yo no tenía la culpa de aquello, es más, ni tan siquiera quería haber ido.

—No te pienso dejar sola ninguna noche —jadeó en mis labios antes de darme un corto pero intenso beso fugaz que me dejó con sabor entre amargo por desear más.

En ese momento las puertas del ascensor se abrieron.

—Voy a dejar mis cosas y subo a tu habitación —dijo mientras salía.

Yo estaba dos plantas más arriba según pude comprobar y en ese momento pulsé el botón dejándome caer en uno de los laterales mientras veía la silueta de Alex antes de que las puertas se cerraban, entonces gemí por comprender sus palabras.

«No te pienso dejar sola ninguna noche».

¿Alex iba a dormir conmigo?, ¿en la misma habitación?, ¿en el mismo lugar y en la misma cama?

Cuando el pitido del ascensor indicó que debía haber llegado a mi planta segundos después, agarré el asa de mi maleta para estirar de ella. Lo que menos pensé encontrar cuando las puertas se abrieron era a Mijaíl sonriente, como si estuviera encantado de que yo estuviera allí. No me esforcé en sonreír, aunque pensándolo mejor quizá debiera darle las gracias si Alex dormiría conmigo esa noche.

—Bellísima Jasmine —dijo nada más verme.

De bella tendría que tener más bien poco después de siete horas de vuelo más otras tantas de traslados, esperas y preparaciones, probablemente mi cara sería un poema y mi ropa estaba hecha un cristo de arrugada, no me apeteció cambiarme en el avión.

—Vaya, ¿No estás contenta de estar aquí? —comentó cuando avancé sin mirarle.

—¿Contenta? —gemí—. Dime una cosa, Mijaíl, ¿Qué le dijiste a Alex para que me trajera?, ¿Qué argumento usaste? —Vale, estaba mal porque probablemente Alex le necesitaba, la familia de Mijaíl era demasiado

importante en Dubái y su empresa prosperaría mucho más si contaban con su inversión. Pero era tarde, mi lengua me había traicionado casi por primera vez en mi vida.

—¿Estás enfadada porque crees que amenacé a D'Angelo? —sonrió, incluso casi le escuché reír.

—¿Acaso no fue así? —le recriminé.

—Le dije a D'Angelo que te quería a ti —dijo sin más—, ese era mi precio si quería que invirtiera en su empresa y evidentemente estas aquí por lo que supongo que no debes ser muy importante para él.

¿Qué? No puede ser... Alex no podía haberme ocultado algo así, Mijaíl debía estar mintiendo.

—No... —gemí sin creerlo.

—Puedo entender que creas a tu tío, pero tal vez desconozcas lo implacable que es en sus negocios. D'Angelo daría su vida por su empresa y reconozco que eso es algo que aprecio si voy a invertir cierta cantidad sustancial de mi patrimonio en un negocio tan importante. —Observé a Mijaíl tranquilo, parecía apacible—. Reconozco que servirme en bandeja a su sobrina ha sido toda una declaración de intenciones.

«Plaff» La sonora bofetada sonó en el pasillo produciendo un sonido entre el desolador silencio.

—Yo no soy un plato que degustar —No grité, ni me alteré, pero evidentemente en ese momento quería matar a alguien.

—Me gustas Jasmine —insistió Mijaíl—. Me sedujiste en el primer instante en el que te conocí y supe que te quería para mí.

—¿Y crees que así... —dije englobando todo lo que había a nuestro alrededor

— ...vas a conseguir comprarme? —le grité.

—Ninguna mujer me había rechazado antes, estoy acostumbrado a tener todo cuanto deseo y tú eres verdaderamente un desafío para mí.

—¿Sabes qué? —En ese momento quería que Mijaíl desapareciera porque no quería creer que lo que había mencionado sobre Alex era cierto, es más, en lo profundo de mí sabía que nunca lo aceptaría o no querría aceptarlo—. Me alegro de haber sido la primera en rechazarte.

Me había dado media vuelta buscando habitación, estaba tan alterada que ni tan siquiera sabía cómo buscar o donde mirar, pero por suerte para mí, solo había una puerta al final de ese pasillo, recé y supliqué porque fuera la puerta de mi habitación así que cuando llegué y metí la llave en la cerradura electrónica que hizo que los tres puntitos fueran verdes en lugar de rojos, bendije al espíritu santo por aquello.

Entré y tiré la maleta dentro cerrando la puerta tras de mí, apoyando todo mi peso en ella y dejándome caer. Ni tan siquiera me había percatado de cómo era la habitación porque tenía los ojos cerrados evitando que lágrimas se derramasen por ellos.

—No le creas —susurré—. No creas ni una sola de sus palabras, no es verdad, Alex nunca te haría algo así. —Me repetía a mí misma en voz baja.

Si fuese verdad... si Alex me había mentido y utilizado para aquel fin sabía que no podría soportarlo.

Cuando me serené lo suficiente para abrir los ojos comprobé que la estancia estaba bastante iluminada por luz natural a través de una gran cristalera. Solo con las vistas que veía desde allí mi corazón se aceleró olvidando todo lo sucedido.

Me acerqué inevitablemente hacia la vidriera y estaba en una planta tan alta que si miraba hacia abajo daba vértigo, pero si miraba hacia lo lejos podía ver toda la ciudad y más allá de ésta, el desierto.

No supe cuánto tiempo estuve así, debieron ser minutos porque de pronto mi móvil comenzó a vibrar y reaccioné.

Miré la pantalla y era mi padre, ¿Le habría dicho Alex que viajábamos a Dubái? Yo desde luego no se lo comenté porque no me pareció adecuado, lo más probable es que me echara un sermón sobre que no era momento de viajar cuando los exámenes los tendría en poco tiempo.

Silencié el teléfono sin colgar, ya respondería la llamada en otro momento y lo guardé de nuevo en el bolso mientras caminaba para dejarlo en algún lugar. Vi una especie de aparador, así que lo dejé allí momentáneamente y avancé a lo que parecía ser un salón bastante grande, con varios sofás, mesas de centro donde pude ver una botella de champan dentro de una cubitera y dos copas de cristal, intuí para quienes eran esas copas y me mordí la lengua al pensar en la guantada que le había propinado a Mijaíl, supongo que después de eso no esperaría descorchar esa botella.

Avancé hasta una habitación enorme con una gran cama con dosel, tenía que reconocer que la decoración era demasiado ostentosa y colorida, pero ya me lo imaginaba por la cultura del país, era una mezcla entre rococó, moderno y vanguardista al mismo tiempo.

Llegué hasta un baño donde había un enorme jacuzzi, ahí no cogían dos personas... podrían entrar hasta seis y me vi entonces en el espejo, mi pelo estaba algo más bofado de lo habitual, al menos podía agradecer que no estuviera tan liso como una vaca lamida pero probablemente fuera por la humedad. En ese momento pensé que lo mejor era darme una ducha y comencé a desnudarme sin pensar en si Alex llamaría a la puerta, lo cierto era que

necesitaba más tiempo para pensar con claridad en la conversación que había mantenido con Mijaíl como para no perder los estribos.

Probablemente me pasé más de quince minutos bajo el agua de aquella enorme ducha, pero salía tan fuerte, tan caliente y tan sumamente agradable que era incapaz de salir. Tal vez el hecho de tener los músculos algo atrofiados por estar sentada demasiadas horas era un plus, la cuestión es que cuando salí envuelta en una de las toallas blancas con la firma del hotel bordada en morado escuché el incesante sonido de la puerta.

Conforme me acercaba el sonido era más estridente hasta que reconocí la voz de Alex.

—¡Jasmine, abre! —Parecía demasiado enfadado o al menos eso dejaba entrever su tono.

Abrí de golpe, el pelo me chorreaba, pero ni modo, no me había dado tiempo a colocarme una toalla.

—¡Llevo más de quince minutos llamando a la puerta! —me gritó.

—Estaba en la ducha —respondí dándome la vuelta en dirección al baño.

—¡Te dije que subiría enseguida!, ¿Es que no podías esperar? —gimió en un tono irónico.

—¡Pues no!, ¡No podía! —le grité sin mirarle.

—¿Se puede saber qué te pasa? —al fin lo preguntó.

—¿Por qué estoy aquí, Alex? —le recriminé dándome la vuelta.

—¿Cómo? —parecía contrariado.

—Me has escuchado perfectamente.

—Ya te lo dije —sonó esquivo y eso me mató.

En ese momento comencé a reírme, —en esa forma que uno tiene para reírse cuando no se puede creer haber sido tan estúpido—, cuando quiere evitar llorar, patalear y convencerse de que es completamente idiota.

—Él te dijo que me quería aquí y tú le complaciste —dije sin más.

—No es lo que crees —Se acercó hasta mí pero antes de que llegara le propiné una bofetada que me dolió más a mí que a él.

No llevaba ni una hora en ese país y ya había abofeteado a dos hombres, la primera vez en mi vida que lo hacía, pero tal parecía que Dubái sacaba lo peor de mí misma.

—Lárgate —le dije.

En ese momento Alex me miró contrariado, pero no se acercó más a mí.

—Hablaemos luego —contestó antes de darse media vuelta y marcharse.

Era verdad, Alex me había llevado allí con mentiras y engaños, me había hecho creer que no deseaba que fuera pero que Mijaíl no le había dejado elección y todo era una completa y absurda mentira cuyo único beneficio era conseguir la inversión que quería para su empresa. Yo solo representaba una moneda de cambio para él, un mero objeto que intercambiar, algo de lo que deshacerse o utilizar a su antojo como una estúpida ingenua.

—Vas a ver cuán ingenua soy, Alex. —Me dije a mi misma al tiempo que iba a por mi maleta para vestirme.

Cuando salí de la habitación ataviada con un vestido prestado de Erika, de color blanco y corto, ajustado en el pecho con escote puesto que parecía que yo tenía más delantera que ella, no sabía muy bien hacia dónde dirigirme, pero no pensaba quedarme encerrada.

Llegué al Hall para pedir un coche, un taxi o no sabía qué realmente y

sorprendentemente para mí alguien me llamó por mi nombre, me giré hacia la voz femenina que gritó mi nombre.

—¡Rachel! —exclamé sorprendida al ver como se acercaba hasta mí, iba ataviada con un pantalón de talle alto color mostaza y una blusa estampada que combinaba bastante bien.

—Te reconocí por esos impresionantes labios rojos —dijo riendo cuando llegó hasta mí.

—No sabes cuánto me alegro verte en este instante. —Fui sincera al responder.

—¿En serio? —Me respondió arqueando una ceja en confusión—. Pensé que mi hermano ya te habría halagado, embriagado y obviamente conquistado con sus riquezas.

El tono de voz de Rachel dejaba cierto lugar a la ironía, por lo que deduje, su hermano debía ser todo un conquistador.

—Lo ha intentado —reconocí. Tal vez Rachel podría ser mi mejor baza para los días que tuviera que pasar en Dubái.

—Pero veo que no lo ha conseguido y eso debe haber supuesto todo un reto para él, puesto que ninguna mujer en su sano juicio osa negarse a él.

—¿Es que todas las mujeres caen a sus pies? Ni que fuera el príncipe de Arab... —me callé en el mismo instante en que descubrí que sí, si lo era, un maldito príncipe árabe.

Rachel comenzó a reír, imaginaba que por mi cara.

—¿Dónde ibas? Porque me consta que D'Angelo tiene una reunión con Mijaíl y mi padre dentro de media hora y probablemente será larga.

Así que estaban reunidos, podrían haberlo mencionado antes alguno de los dos, aunque en cierta forma después de propinarle una bofetada podría ser bastante lógico que no lo hubieran hecho. ¿Y qué esperaban que hiciera?, ¿Quedarme en mi habitación esperando?

—Iba a conocer la ciudad —contesté de pronto, aunque ni yo misma sabía que iba a hacer, pero sí que quería conocer un poco la ciudad.

—Será mejor que vayas acompañada, aunque aquí casi todo el mundo entiende inglés, podrías perderte.

Rachel me cogió con una mano del brazo haciéndome que la siguiera.

—¡Alim! —La escuché alzar la voz.

—¿Si señora? —por suerte para mí, hablaban en inglés.

—Prepara el coche, vamos a salir.

—¿Vamos? —intervine en ese momento.

—Claro, no pensarás que te dejaré sola en una ciudad desconocida.

Pasar el día con Rachel fue agradable, aunque hubiera sido mejor compañía Erika para ella que yo, puesto que parecía adorar las tiendas. Tal vez era yo la que quedaba desfasada en esa faceta. Lo extraño era que Rachel no pagaba, cogía todo lo que quería y se lo envolvían para llevar, empezaba a comprender qué tipo de vida que llevaban y el exorbitante lujo al que probablemente Mijaíl exhibiera a sus “conquistas”.

Al final había acabado con cuatro paquetes de ropa que Rachel había insistido en que me llevara, —sinceramente hubiera preferido ir a visitar la ciudad, aprender la cultura o su gastronomía—, habíamos comido juntas y pude degustar un poco de aquellos platos sabrosos y especiados.

—¿Dónde diablos estabas? —La voz de Alex sonó imponente justo cuando giré el pasillo hacia mi habitación seguida de uno de los botones del hotel con mis bolsas.

—¿Ya ha terminado tu reunión? —Evité mirarle mientras caminaba porque le vi de lejos al entrar y casi me dio un vuelco el corazón al no esperar encontrármelo. Aún no se me había pasado la rabia contenida, el enfado por el engaño de Alex.

—Jasmine —Su tono ahora parecía casi suplicante.

Saqué la tarjeta de mi habitación y abrí la puerta haciendo que el botones entrara y depositara los paquetes sobre una mesa central del salón.

Alex se acercó y le dio un billete al chico que agradecido se marchó. En ese momento me giré para evitar mirarlo, sabía que en el momento en el que le mirase a los ojos estaría perdida, completamente perdida y me creería cualquier cosa que me dijera, porque deseaba fervientemente creer cualquier cosa.

Unas rosas rojas captaron mi atención, no estaban antes de marcharme y me acerqué a la mesa instintivamente, tenían un pequeño sobre blanco con mi nombre entre ellas, lo abrí aunque imaginaba quién sería el dueño de tal regalo.

Nunca fue mi intención hacer algo que no quisieras mi bellísima Jasmine.

Siempre he sido sincero en mis palabras, tal vez debas perdonar mi franqueza, pero te prometo que no haré nada que tú no desees.

Te espero esta noche a las ocho en el hall de entrada, tan solo deseo una oportunidad para que me conozcas como soy realmente.

En ese instante las manos de Alex en mi cintura hicieron que diera un leve sobresalto, su nariz estaba en mi nuca y cerré los ojos al inspirar su embriagador perfume, ese maldito perfume que me volvía loca.

—No pude negarme a su petición —susurró—. Si lo hacía no solo perdería a un importante inversor, sino que la expansión en Dubái sería nefasta para la empresa.

Que Alex confirmase las palabras de Mijaíl solo hizo que mi corazón temblase, ¿Es que no pudo decírmelo? Sabía que Alex daría su propia vida por esa maldita empresa pero que me entregase a mí en bandeja era imperdonable.

—No dejaré que te toque Jasmine, te prometo que...

—No me prometas nada Alex —le dije en el tono más frío que pude obtener en aquel instante.

—Tienes que entenderlo, si no te lo dije fue porque...

—Porque pensaste que me negaría, pero te equivocaste —le dije fríamente—. Hubiera venido aun sabiéndolo si me lo hubieras pedido.

Y lo habría hecho... una y mil veces porque le quería, pero engañarme de aquella forma y utilizarme me había dolido. Al menos Alex no pensaba entregarme tal cual a Mijaíl, parecía importarle que me acostase con él y saberlo solo hizo incrementar mi decisión.

—No podía pedírtelo, no podía pedirte que hicieras eso por mí —me contestó mientras yo me apartaba y Alex pudo ver las rosas.

—Voy a cenar con Mijaíl esta noche, así que será mejor que te marches.

—No —respondió tajantemente.

—Voy a ir, te guste o no. —Le rebatí.

—No pienso entregarte a él, no me hagas esto... no vayas. —Alex se acercaba lentamente a mi mientras lo decía, con aquel tono suplicante que conseguía derretir mis defensas.

—Lo hubieras pensado mejor antes de traerme hasta aquí sabiendo a lo que venía Alex. —Conseguí escaparme de sus manos y me dirigí hacia la puerta de entrada—. Y ahora sal. —Le indiqué sin mirarlo, en su lugar miré hacia el suelo.

—Tal vez me lo merezca —escuché decir mientras salía y yo cerraba llena de furia e irritación con un gran portazo.

Aunque el agua cayera sobre mi rostro cada vez más y más caliente porque no cesaba en avanzar el regulador de la ducha cada dos minutos o menos, las últimas palabras de Alex antes de salir de la habitación no se iban de mi cabeza.

¿Se lo merecía?

Probablemente sí, aunque me sentía fatal por hacer aquello, pero tenía la necesidad de provocar a Alex, si precisamente estaba así era por su culpa. Le molestaba la idea de que me acercase a Mijaíl, como si tuviera celos de él, ¿Celos? Tonterías... él no podía tener celos si no sentía nada, pero fuera como fuese, Alex no soportaba verme cerca de él y sin embargo me había traído hasta allí a sabiendas de que Mijaíl haría precisamente aquello.

Si era sincera conmigo misma, la idea de que un príncipe árabe, demasiado rico, demasiado guapo e incluso demasiado directo para mi gusto, intentase

tener una aventura o quizá solamente buscara que me metiera en su cama y ser otra de sus tantas miles de conquistas no me atraía, de hecho, no me apetecía salir con Mijaíl aquella noche y probablemente ninguna otra aunque no estuviera “enfadada” con Alex, pero después de todo el príncipe árabe había sido sincero, fue franco desde el principio y en eso tenía que reconocer le daba la razón.

Así que, aunque mi motivo principal no fuera que le diera una oportunidad a Mijaíl pese a que él pudiera creer lo contrario, decidí aceptar su invitación solo por castigar a Alex.

Mi teléfono comenzó a sonar, había perdido la noción del tiempo en la ducha así que no sabía si era demasiado tarde, cuando miré la pantalla y vi que era Erika me tranquilicé, aunque al instante pensé que no le había confirmado a Mijaíl que asistiría por lo tanto no me llamaría, ¿Se quedaría esperándome durante algún tiempo para ver si aparecía? Comprobé que aún eran las siete y media y tenía media hora para arreglarme.

—¡Erika! —grité al contestar.

—¡Pensé que no me contestarías! —gritó desde el otro lado. Se podía escuchar el sonido de secadores de pelo.

—Casi, un poco antes y me encuentras en la ducha —contesté sonriente.

—¿Qué tal es el Burj al arab?, ¿Tan impresionante como en fotos? —gritó emocionada, aunque si no lo hubiera hecho apenas la podría haber escuchado con el ruido que tenía de fondo de la peluquería.

—Es aún mejor —contesté embobada mientras me acercaba a una de las cristaleras—. Estoy en la suite presidencial y las vistas son únicas, ojalá estuvieras aquí.

—¡No me das envidia! —gritó—. ¡No!, ¡Para nada! Yo aquí entre pelos y tu e Dubái, en la mismísima suite presidencial... ¡Compadécete de mí un poco y envíame fotos!.

No pude evitar reírme ante su tono de voz.

—Claro que sí —confirmé mientras tomaba nota mental de ello.

—¿Estás bien?, No pareces contenta... Yo en tu lugar estaría parloteando como una posesa mientras cuento cada detalle, sin embargo, parece que te hubieras ido a África con los niños pobres y te lamentaras del hambre tercermundista.

—Bueno, sabes que no me apetecía venir —confirmé—, ya te dije que tenía la certeza de que Mijaíl habría coaccionado a Alex para que me trajera con algún tipo de amenaza.

—Lo sé, ¿Es que Rashid te obligó a algo? —preguntó con tacto.

—No, lo cierto es que no —aseguré—. De hecho, no estoy así por Mijaíl.

—¿Y entonces?

—Alex me mintió Erika, me engañó para que le acompañara.

—¿Cómo que te engañó? —gimió—. Explícate —exigió al otro lado del teléfono mientras parecía que el ruido de los secadores se alejaba. Probablemente para escuchar mejor lo que iba a contarle.

—Mijaíl le pidió que me trajera como condición para aceptar el acuerdo, le dijo que me quería a mí —afirmé—, era toda una declaración de intenciones y pese a eso, Alex lo hizo para no perder a su inversor principal en Dubái —respondí lo más fríamente posible evitando así que las lágrimas volvieran.

—No me lo puedo creer —balbuceó la pelirroja.

—Yo tampoco quise creerlo, ¡Incluso abofeteé a Mijaíl cuando me lo dijo y me negué a creerlo! —grité—. Pero cuando se lo eché en cara a Alex, no lo negó.

—¿Le diste un tortazo a un príncipe? —gimió— ¡Ay Dios!

—No es para tanto, después me invitó a cenar. —suspiré

—¿Y vas a ir? —preguntó curiosa.

—Sí —confirmé.

—Pero... ¿Y Alex? —insistió Erika.

—No pienso hacer nada con Mijaíl, si precisamente acepté, solo es para saber si de verdad le importo a Alex o soy un mero objeto de transacción para él.

—Si le importas, te estará vigilando y más te vale ir preciosa a esa cena, que se muera de celos después de lo que te ha hecho —advirtió con cierta rabia en sus palabras.

—Lo intentaré —respondí sonriendo.

Nada me gustaría más que Alex precisamente estuviera vigilando. Me moría de ganas porque él llegase a sentir algo por mí, importarle de verdad.

—Tu no lo intentas, ya lo eres... solo te hace falta resaltarlo un poco más.

Después de secarme el cabello rápidamente y dejarlo suelto que por suerte se veía con mucho más volumen de lo habitual. Me delineé los ojos con un khol negro que me había regalado Rachel esa mañana y perfilé mis labios en ese rojo único de la única barra de labios apta para besos que Erika me obligó a comprar.

¿Beige o negro? Miraba ambos vestidos, uno era de Erika y el otro lo había adquirido justo esa misma mañana.

El beige era un vestido corto, con un volante al final, de licra ajustándose a cada una de las curvas del cuerpo de la mujer que lo llevase; en mi opinión era demasiado provocador. El segundo, era negro, llevaba toda la espalda descubierta y aunque fuera corto tenía unas transparencias con encaje que relativamente lo disimulaba. Me sentía más cómoda llevando esa segunda opción y además, no sabía a qué clase de restaurante iría, aunque dedujera que sería a uno bastante elegante a juzgar por la última ocasión en la que cené con Mijaíl.

Eché un último vistazo a la pantalla del reloj, ¡Mierda, eran las ocho pasadas! Así que busqué a toda prisa entre las bolsas una especie de bolso de mano, aunque no me combinase con los zapatos o el vestido porque era de color rojo me daba absolutamente igual. Lo cogí y saqué rápidamente el papel que llevaba dentro, metiendo el teléfono y la tarjeta de la habitación que había que sacar aparato justo en la entrada para que hubiera electricidad en la habitación.

Me apresuré en caminar rápido todo lo que pude por los pasillos con aquellos zapatos de tacón. Me encontré con uno de los botones que me saludó formalmente y yo simplemente sonreí porque no recordé que se debía decir en su idioma con las prisas.

Las puertas se abrieron y el ascensor parecía bajar lentamente... ¿Sería cosa del destino que Mijaíl se hubiera marchado ya?, ¿Que en el fondo lo que estaba haciendo no era bueno ni para mí, ni para Alex ni tan siquiera para para el propio Mijaíl?

Cuando escuché el pitido de haber llegado a la planta baja del hotel y divisé el hall de entrada, había varias personas, por lo que avancé hacia las puertas esperando encontrar a Mijaíl fuera de ellas. Realmente no sabía dónde se encontraría y cuando di dos pasos él se interpuso en mi camino, ataviado con

una vestimenta bastante elegante pero distinta a la que yo estaba acostumbrada a ver en él, probablemente más típica de su país al ser una camisa bastante más larga de lo normal y sin botones.

—Pensé que no vendrías —escuché cuando me acerqué lo suficiente y antes de contestar cogió mi mano y la besó delicadamente, haciéndome sentir como una princesa en un cuento de hadas.

—Yo también lo pensé —contesté observándole.

—Me alegra que al fin te decidieras, quiero que tengas una noche inolvidable... un recuerdo único de mi ciudad.

—Mijaíl... —comencé a decir para advertirle.

—No —susurró colocándose uno de sus dedos en mis labios—. Solo te mostraré lo que pocos conocen y si después no deseas volver a verme... lo aceptaré.

Sin saber por qué rodé los ojos, como si buscara algo que me dijera que debía hacer y en ese momento vi a Alex en la escalera, observándome fijamente, con una mirada indescifrable que casi daba miedo.

—Solo esta noche Mijaíl, solo te daré esta noche.

—Con una noche bastará.

Su sonrisa me estremeció, aquellos blancos y delineados dientes en contraste con esa piel bronceada junto a aquellos ojos verdes profundos no podían traer nada bueno. Entendía perfectamente porque cada una de las féminas caían a sus pies, Mijaíl tenía poder de seducción, un don enigmático con el que envolvía y si no fuera por lo extremadamente enamorada que estaba de Alex, casi podía confirmarme a mí misma que caería en sus brazos sin dudarlo, solo que mi cuerpo no reaccionaba a sus incesantes intentos de contacto porque

solo lo hacían con un solo hombre, sus roces no iban a estremecerme jamás, al menos no lo suficiente como para caer en sus redes tal como él pretendía.

Para mi asombro, Mijaíl no me llevó a un restaurante de lujo, ni tan siquiera a un lugar exótico o extremadamente colorido donde agasajarme. No... para mi sorpresa cuando el vehículo paró y me baje de él, estábamos en mitad de la nada.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté sin pensar.

Por un momento me sentí nerviosa, no tenía ni la más remota idea de donde estábamos, pero fuera donde fuese era muy lejos de todo y no se veía ningún signo de vida humana alrededor. Si no fuera porque nos acompañaba el chofer del vehículo habría comenzado a temer por mi integridad.

—Ven... te gustará. —Mijaíl me ofreció su brazo y aunque resignada, acepté y comencé a caminar, bordeando el camino el agua del mar reflejaba los últimos vestigios de rayos de sol, estaba a punto de anochecer y la oscuridad pronto se cerniría sobre aquel lugar.

Divisé una pequeña mesa improvisada con dos sillas en la arena de la playa, una playa completamente desierta y sin rastro de que por allí fuera a pasar alguna persona.

—Nadie vendrá —añadió como si hubiera leído mi pensamiento.

—¿Por qué? Es un lugar precioso —dije al fin.

—Porque es privado —confirmó tajante.

Claro, obviamente tenía que ser dueño hasta de la playa y la arena que estábamos pisando. Observé como apartaba la silla para que me sentara, si algo tenía que reconocer era que el príncipe podía ser un auténtico caballero. No sabía si era así por cultura, naturaleza o simplemente en su faceta de

conquistador, pero era algo que a cualquier mujer le encantaría, incluyéndome a mí en el lote.

—De todos los lugares a los que pudiste llevarme, ¿Por qué vinimos aquí? — pregunté insistiendo en mi anterior pregunta.

—Observa —dijo al mismo tiempo que me señalaba el mar y donde el sol comenzaba a esconderse.

La imagen que apreciaban mis ojos era única, la puesta de sol en aquel lugar recóndito era maravillosa y en eso tenía que darle la razón a él.

—Solía venir frecuentemente aquí cuando era pequeño. Al ser una playa de uso privado era más segura para la familia —comenzó a decir—. Siempre quería quedarme a ver la puesta de sol, lo adoraba. Para mí era algo mágico... es la magia que tiene este lugar.

—Es muy hermoso —contesté sin dejar de observar.

—Los colores son únicos, el reflejo anaranjado que se proyecta en el agua y los destellos que produce, hacen que logre olvidar quien soy y las responsabilidades que tengo. Solo soy feliz por ese instante, en ese preciso momento.

Cuando dijo aquello le miré, el brillo del sol anaranjado se reflejaba en sus ojos, que sin apenas pestañear mantenía la mirada fija en el agua hacia la puesta de sol. Debía reconocer que Mijaíl era extremadamente guapo y verdaderamente atractivo, pero después de lo que acababa de decir, sabía que el verdadero hombre, se escondía bajo aquel aspecto de príncipe rico.

—¿Cómo puede ser infeliz alguien como tú? —pregunté sin dejar de mirarlo.

—Yo no he dicho que sea infeliz. —Sonrió al tiempo que él también me observaba fijamente—. Pero reconozco que disto mucho de la felicidad, al

menos, de la que yo desearía tener.

—¿No deseas ser príncipe? —pregunté curiosa.

—No es una cuestión de si lo deseo o no. Para mí, fue una imposición, algo a lo que no puedo renunciar y menos aún sin hermanos en los que poder delegar.

—¿Entonces? —pregunté curiosa.

—No tengo elección. No soy libre... vivo prisionero de mis actos.

Reflexioné cada una de sus palabras, ¿No tenía elección?, ¿No era libre?, ¿Prisionero de sus actos? ¡Pero si él podría hacer cuanto quisiera!

—¿No se supone que con tu poder y dinero puedes hacer cuanto desees? —pregunté con sorna por no creer en sus palabras.

—Cada acto, cada movimiento y cada palabra que menciono públicamente está debidamente controlada y meditada. —cercioró.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunté de pronto, sintiendo cierta nostalgia al comprobar que tal vez la vida de un príncipe no era un cuento de color de rosa.

—Porque cuando te dije que te quería a ti, lo dije en serio Jasmine —afirmó con aquella sinceridad que abrumaba.

—No puedes haberte enamorado de mí solo con verme. —Reí con una de esas risas tontas.

—¿No? —preguntó mirándome fijamente—. ¿Y por qué crees que tengo tanto interés en ti entonces? —inquirió.

—Probablemente porque no he caído rendida a tus pies como lo habrán hecho todas las anteriores —contesté convencida de que Mijaíl no podía estar enamorado de mí, era inviable.

—Reconozco que nublas mi juicio y que cuando se trata de ti, no razono con claridad suficiente. —Observé como él apartaba la vista de mí y sacaba un encendedor para prender las velas que había sobre la mesa—. Y también admito que tu desinterés hacia mi resulta refrescante.

—¿Y? —Le apremié a continuar porque no sabía qué esperarme.

—Eres la primera mujer a la que traigo aquí Jasmine —confirmó como si con aquello hubiera revelado todo—. Créeme que si lo hago es porque siento por ti algo más que deseo.

En ese momento los ojos verdes de Mijaíl brillaban y algo dentro de mí, me golpeó con fuerza... de algún modo sin saber por qué, deseaba que fuera cierto.

Tenía que reconocer que la comida era deliciosa y aunque me debatía entre preguntar o no de donde sacaban aquellos platos que un camarero nos traía desde cierta distancia, no lo hice. Suponía que evidentemente habrían improvisado algún tipo de cocina al aire libre o nos traían los platos ya preparados de algún restaurante.

—¿Mas vino? —preguntó Mijaíl sacándome de mis debates inútiles que probablemente era por rellenar el pensamiento con algo de poco interés.

—Por supuesto. —Sonreí mientras llevaba otra pequeña delicatesen a mi paladar.

—¿Te gusta? —inquirió mientras sentía su mirada fija en mí y de algún modo eso hacía que me sonrojase.

—Lo cierto es que está todo buenísimo y probablemente esté más bueno por estar aquí. —Sonreí.

—Explícame eso —me respondió divertido.

—Verás, tengo la teoría de que el entorno dice mucho del sabor de la comida, es decir, si comes el mismo plato cocinado de la misma forma en un sitio oscuro, cerrado y triste o en un lugar encantador, al aire libre y precioso, el sabor será diferente.

—Nunca lo había planteado de esa forma —comentó pensativo.

—Si ahora mismo estuviéramos en un restaurante, seguiría estando bueno, pero quizá, no tanto —insistí.

—Recuérdame que jamás te lleve a un restaurante —dijo de pronto y comenzó a reír al tiempo que yo también lo hice sin poder evitarlo.

—Lo haré —respondí sin pensar en lo que implicaba mi respuesta.

—Eres increíblemente hermosa cuando ríes. —La seriedad en sus palabras hizo que mi sonrisa se apagara para observarle.

Solo iluminados por la luz de aquellas velas, su rostro se definía con aquel bronceado que únicamente potenciaba aquellos ojos verdes que ahora se veían algo oscuros por la negrura de la noche.

—No soy tan hermosa —susurré.

Antes de que me diera cuenta, él había llegado hasta mi lado y se quedaba en cuclillas para estar a la altura de mi rostro.

—Tienes razón —dijo de pronto—, no eres hermosa. —Sus ojos me observaban tan fijamente que quería retirarle la mirada.

¿Por qué tenía que tener ese magnetismo? Entendía por qué las mujeres caían rendidas a sus pies...

—Eres increíblemente preciosa, seductora y endiabladamente bella.

Rodé los ojos y resoplé ante tanto halago, había sonado demasiado cursi como

a frase típica para ligar o al menos así me lo había parecido. Me repetí que solo buscaba acostarse conmigo, como tal vez haría con cualquier mujer con la que invitara a salir porque esas serían sus intenciones y me dije que, aunque hubiera aceptado aquella cena, no significaba nada para mí, mi corazón tenía dueño y no era el príncipe Mijaíl Rashid.

—Ya —dije dándole de lado y cogiendo mi copa de vino para terminarla de un sorbo.

En el instante que dejé mi copa en la mesa sentí su mano en mi nuca y me vi arrastrada a unos labios jugosos, húmedos y todo había que decirlo... demasiado sabrosos.

Tal vez fuera el vino o quizá la distinción de sabores que embriagaban su paladar, pero antes de darme cuenta estaba respondiendo a esos labios con la misma intensidad con la que él apremiaba los míos.

Sentí sus manos bajar por mi cintura y en el momento en el que su cuerpo se acercó al mío y noté el bulto de sus pantalones rozando mi pierna, abrí los ojos de golpe.

—¡No! —chillé.

Había perdido la noción del tiempo, del espacio y de todo mi santo juicio al dejarme arrastrar por Mijaíl y lo que podía llegar a provocar. Me dije que solo era por la intensa rabia que sentía hacia Alex, porque me había engañado y tenía que reconocerlo... deseaba que todo lo que Mijaíl decía sentir por mí, lo sintiera Alex en su lugar.

Pero no podía tenerlo todo.

—Discúlpame —escuché de pronto. Aunque su voz lo hubiera pronunciado, su tono no indicaba que verdaderamente sintiera la disculpa. Lo había dicho

como si escupiera aquella palabra.

—No soy como las chicas a las que estas acostumbrado Mijaíl —alegué.

—Ya me di cuenta de ello —contestó.

El hecho de que no lo negara decía mucho en su favor, Mijaíl no ocultaba ser un conquistador ¿Acaso era tan franco con todas las mujeres que salía, que a éstas les daba absolutamente igual? Entonces recordé cuando Erika me dijo que las esposas de los árabes miraban hacia otro lado cuando se enteraban de que sus maridos tenían numerosas amantes, eso sin contar que podían tener más de una esposa.

—¿Estás casado? —pregunté de pronto.

Lo cierto es que no había investigado mucho sobre su vida privada, pero si eran tan libres de tener amantes y esposas por doquier, quizá nadie vería malo que saliera con chicas aún estado casado.

—No —sonrió—. Aún no me he casado.

—¿Puedo preguntar por qué? —prefería hablar. No fuera que Mijaíl decidiera besarme de nuevo.

—Aunque la gente como yo suele casarse por conveniencia, decidí elegir a mi primera esposa por amor.

—¿Primera esposa? —pregunté asombrada pese a saberlo con anterioridad, el hecho de que él lo confirmara no evitaba sorprenderme ante la naturalidad de la poligamia.

—En nuestra cultura la primera esposa es la más importante de todas, digamos que es la más respetada y la principal.

—Y supongo que tendrá que recibir la aprobación de tu familia —pregunté sin

más.

—No —confirmó tajante—, es una elección solamente mía.

—¿Y qué pasaría si tu elegida no comparte la idea de la poligamia? —Si yo tuviera que compartir a Alex no sé qué haría, probablemente llorar en un rincón durante el resto de mis días por tener solo una parte de él.

—Ella entendería que mi corazón le pertenece solo a ella y el resto de mis esposas solo son para beneficiar al Califato.

—Ninguna mujer que no sea de tu cultura entendería eso, Mijaíl —insistí.

—Tal vez pueda convencerla de lo contrario —susurró—. Pero aún no tengo especial prisa por casarme.

Me parecía extraño por su edad, pero no era quien para discutirlo. Tal vez después de esa noche no volviera a ver a Mijaíl nunca más. No volvió a intentar besarme durante el resto de la noche, tras la cena y un par de copas más de vino, dimos un leve paseo por la playa donde pude revelar algunas constelaciones que se podían apreciar muy brillantes gracias a la oscuridad puesto que apenas nos bañaba la luz de luna menguante.

—Me ha encantado pasar esta noche a tu lado, Jasmine. —exclamó una vez llegamos al hotel.

Había preferido despedirme de él en el hall, no deseaba que me acompañara a la habitación y no precisamente porque no pudiera pararle los pies, sino por no darle a entender cosas que no ocurrirían.

—Me lo he pasado muy bien, en realidad puedes llegar a ser todo un caballero cuando te lo propones. —Sonreí.

—Podría ser mucho más si me dejases. —Insistió mientras se acercaba peligrosamente a mí.

—No puedes decirle al sol que brille en mitad de la oscuridad de la noche — dije por toda respuesta dando a entender que no podría obligar a mi corazón a amarlo.

—Es una pena. Él jamás te valorará como realmente tú mereces —sentenció.

Miré hacia otro lado, porque en el fondo quizá Mijaíl tuviera razón, incluso podía quitarle ese *quizás* y simplemente darle la razón. Si Alex no podía sentir, jamás me amaría y si tenía en cuenta que me había traído hasta allí engañada solo añadía otro motivo más para creerlo.

—Buenas noches, Mijaíl —anuncié mientras entraba en el ascensor.

—Estaré aquí cuando él destroce tu corazón —escuché decir mientras pulsaba el botón y me giraba para ver su silueta perderse mientras las puertas se cerraban.

«Y yo esperaré que jamás sea destrozado» pensé mientras me fijaba como la pantalla indicaba el número de planta en el que estaba.

El sonido habitual de que el ascensor había llegado a la planta marcada sonó e inmediatamente las puertas se abrieron. Caminé lentamente pensando en el transcurso de la noche, no sabía si habría servido para que Alex sintiera celos, pero si él no sentía nada lo dudaba mucho, aunque a mí me había servido para confundirme aún más con respecto a Mijaíl.

¿Estaría haciendo bien cerrándole las puertas a alguien que parecía tener especial interés en mí? Reconocía que, aunque pusiera mis ojos en él, nunca sería una relación que llegase a buen puerto. Jamás aceptaría ser compartida y dudaba mucho que me acostumbrase a su cultura, éramos personas distintas, de mundos distintos, pero debía reconocer que había algo en Mijaíl que me atraía; tal vez fueran esos ojos o esa franqueza con la que siempre hablaba, pero tenía un aire seductor que conseguía embriagarme, aunque nunca llegara al nivel en el que lo hacía Alex.

—Alex —susurré al verlo recostado en la pared y sentado en el suelo con los brazos en su cabeza, como si tuviera un gran dolor de cabeza.

Alzó la vista y me observó mientras se levantaba lentamente apoyándose en la

pared para lograrlo. Yo me había quedado estática, sin avanzar hacia la puerta de la habitación donde él se encontraba.

—No vuelvas a hacerme algo así —jadeó mientras se abalanzaba sobre mí y al mismo tiempo que rodeaba mi cintura con una mano, con la otra bordeaba mi cuello para avasallarme en un profundo beso que me hizo olvidar cualquier pensamiento, cualquier vestigio o duda que Mijaíl Rashid hubiera podido verter sobre mí.

Besar a Alex era como besar a un Dios del Olimpo o al menos eso creía yo, aunque solo tuviera a Mijaíl para compararlo, pero sin duda alguna, aquellos labios jugosos y con sabor a ambrosía eran endiabladamente buenos, tanto, que en combinación con su lengua conseguían que mi juicio se perdiera y que estuviera completamente a su merced.

En un instante me vi alzada y mi espalda chocaba contra la fría madera de la puerta de acceso a mi habitación mientras no quedaba ningún resquicio entre el duro y posesivo cuerpo de Alessandro D'Angelo y yo.

No sabía cómo, tampoco iba a preguntar, pero de alguna forma él había colado una mano en mi bolso sin dejar de besar mis labios para coger la tarjeta de mi habitación y abrir la puerta mientras yo me quedaba literalmente agarrada a su cuerpo con mis piernas y brazos entrelazados.

—Llevo toda la noche esperándote —jadeó mientras su lengua relamía mi lóbulo izquierdo y yo solo podía gemir de placer.

¿Llevaba toda la noche esperando?, ¿Tan seguro estaba de que volvería?

—No Alex —dije intentando separarme de él alejándole de mi cuerpo con las palmas de mis manos en su pecho.

Él me miro de forma extrañada y cuando insistí se separó, aunque lo hizo a

corta distancia.

—Sigo enfadada —exclamé. Y era cierto, aún no terminaba de perdonarle que me hubiera engañado.

—No iba a permitir que él hiciera nada contigo, solo acepté traerte, pero nada más, nunca dejaría que te tocara —intervino rápidamente.

—Me da igual lo que aceptaras o no, Alex. Me mentiste, me dijiste antes de venir que si fuera por ti no me traerías, pero lo que más me duele es tu falta de sinceridad y que me hayas utilizado para un único fin.

Escuché a Alex suspirar, parecía incluso rebuznar con su modo de respirar descompasado.

—No puedo saber lo que puedes sentir en este momento, no puedo ponerme en tu lugar ni en tu percepción, pequeña flor, carezco de ese matiz necesario para ponerme en tu piel y saber si te conviene o no contártelo. En esas ocasiones siempre tomo consejo de alguien para saber qué hacer y me aconsejaron que era mejor que no lo supieras, que simplemente evitara contarte la realidad de la situación, pero fui sincero al decirte que no deseaba realizar este viaje porque sabía cuáles eran las implicaciones.

—¿Quién te dijo eso? —pregunté contrariada. Ahora era yo la extrañada.

—Un amigo —Alex torció el gesto—. Tal vez hubiera sido mejor contarte que Rashid estaba interesado en que te trajera aquí e incluso mencionó que podría llegar a ser un requisito para la inversión en la empresa. Pude apreciar que en sus ojos me retaba, creo que él sabe que me importas y no solo porque seas mi sobrina cosa que dejó más que clara que podía llegar a publicar para desprestigiar mi nombre, aunque eso me importaba bien poco, sino que dejó claro su interés en ti, como si quisiera apartarte de mi lado.

—¿Y te importo? —pregunté. Porque, a fin de cuentas, eso era realmente lo que me interesaba.

—Me he pasado toda la noche torturándome mentalmente en lo que estarías o no haciendo con él. Pensando en si serías capaz de entregarte a sus brazos y me maldecía que la culpa de todo aquello era única y exclusivamente mía.

Me acerqué a Alex, pese a no encontrarnos lejos y coloqué una de mis manos en su pecho, aquel tono con el que lo decía no era el típico despojado de sentimiento, sino que estaba lleno de reproche hacia sí mismo.

—Estaba muerto de celos, Jasmine... literalmente odiaba a Mijaíl por la sola idea de poseerte y solo entonces me di cuenta de que si estaba pensando aquello era porque se trataba de un sentimiento. Lo sentí por primera vez cuando os vi en aquella foto de prensa y me dije a mi mismo que no lo eran, sino que solo trataba de protegerte, de evitar que sufieras. —Observé a Alex mirarme y sus dedos apartaban mi cabello suelto colocándolo detrás de mi oreja—. Siento algo por primera vez en muchos años pequeña flor y lo siento por ti.

Si los corazones explotasen, en aquel momento el mío debía haber explotado. Mis piernas temblaban, mi ritmo cardiaco se había acelerado, mi cerebro no procesaba y mucho menos mi boca podía pronunciar sonido alguno. Me quede muda y estática intentando razonar lo que Alex acababa de confesarme.

—Sé que hice mal, ahora lo sé por tu reacción, pero por favor pequeña flor... no me apartes de ti, no deseo, ni quiero permanecer un solo minuto lejos de ti.

Tal vez no era la mejor confesión de amor que quisiera escuchar, ¡Pero por Jesucristo que era más de lo que esperaba!

—No deseo, ni tampoco quiero que pases un solo minuto lejos de mi — contesté al tiempo que alzaba mis brazos para derretirme con aquellos labios.

Ese delicioso aroma varonil y embriagador que me consumía con su cuerpo aplastando el mío consiguiendo que, por unos instantes, el mundo se convirtiera en un auténtico paraíso.

—No deseo ni quiero que pases un solo minuto lejos de mi —contesté al tiempo que alzaba mis brazos para derretirme con aquellos labios, ese delicioso aroma varonil y embriagador que me consumía junto a su cuerpo aplastando el mío, consiguiendo que por unos instantes el mundo se convirtiera en un auténtico paraíso.

—Y no lo haré —susurró con aquella voz ronca mientras su aliento deleitaba mi oído suavemente haciéndome sentir la mujer más feliz sobre la faz de la tierra.

Alex sentía... sentía algo por mí y eso distaba mucho de lo que había llegado a aspirar teniendo en cuenta su problema, sin embargo, suponía el principio de algo, quizás, el principio de un todo.

Noté como me elevaba del suelo y caminaba adentrándose en las distintas salas que albergaba la suite presidencial. Desconocía si Alex sabía dónde se encontraba la habitación que decidí ocupar, pero me daba absolutamente igual donde me llevase siempre y cuando estuviera con él.

La penumbra se expandía por la habitación puesto que no habíamos encendido ninguna luz, pero había estancias más iluminadas que otras por la leve luminosidad exterior que se llegaba a filtrar por los grandes ventanales.

Noté como mis pies volvían a posarse en el suelo y Alex acariciaba con sus manos mi espalda bajando lentamente e incluso inclinándose mientras seguía acariciando mis piernas a través de la tela semitransparente del vestido hasta llegar a mis zapatos, donde delicadamente me quitó uno y después, el otro.

El contacto de la gran alfombra persa que había en aquella habitación era

suave al tacto de mis pies, algo doloridos de aquellos zapatos de tacón alto. Para mi sorpresa Alex seguía inclinado abajo y yo le observaba casi arrodillado ante mí, sin soltar mi pie izquierdo, el último en descalzar y fue entonces cuando le vi inclinarse después de masajearlo levemente para darme un beso en el empeine mientras sus manos subían, ahora sí, tocando la piel desnuda de mi pierna.

El contacto con sus dedos era delicioso, pero aún más lo era el de sus labios, provocándome leves espasmos y que mi piel se pusiera de gallina al observarle tan metódico en cada una de sus caricias.

Cuando llego con sus labios al muslo, no pude evitar gemir ante el roce tan cercano a mi intimidad y la expectativa por su siguiente paso, estaba tan impaciente y al mismo tiempo desesperada, que evité moverme para apreciar mejor su próximo movimiento.

—Eres tan deliciosa —gimió mientras daba un leve mordisco al interior de mi muslo y yo solo podía dejar escapar un sonoro aullido de placer por respuesta.

—Alex —gemí.

—Adoro escucharte pronunciar mi nombre así, ardiente de placer, jadeante por la expectativa. Aunque me gusta aún más cuando lo dices mientras estoy dentro de mí... eres tan sumamente receptiva que me vuelves loco de deseo.

—Notaba como mientras decía aquello la tela del vestido iba subiendo y finalmente alcé los brazos para ayudarle a deshacerme de la prenda.

El vestido tenía la espalda tan descubierta que no había utilizado sujetador con la prenda, por lo que al verme con el pecho desnudo inevitablemente la inercia fue intentar taparlos con el antebrazo derecho, pero Alex que no dejaba de observarme un solo instante, me frenó.

—Nunca me escondas tu cuerpo. —Su tono de voz era serio, su mirada

penetrante pese a la oscuridad y penumbra que había en la habitación, pero podía apreciar el brillo de sus ojos—. Me gusta observarte, apreciar cada detalle de tu hermoso cuerpo.

—Está bien —afirmé mientras bajaba el brazo quedándome expuesta ante él, solamente con un ligero tanga negro y probablemente sonrojada ante tales palabras que acababa de confesar.

—Necesito que me digas que no te vestiste así para él. —gimió sin dejar de mirarme detenidamente.

Alex estaba frente a mí, se había acercado de nuevo como si pretendiera besarme el cuello, pero sin llegar a hacerlo. La dureza de su tono me hizo fijarme en sus manos, tenía los puños cerrados, como si estuviera haciendo fuerza.

—No lo hice —contesté por ser sincera más que por darle la razón que después de todo, así era.

—¿De verdad? —Volvió a preguntar.

Comprendí en ese momento que Alex necesitaba saber aquello o no dejaría de darle vueltas, tal vez podría decirle que no era verdad para que sintiera más celos aún por Mijaíl si eso ayudaba con su problema, pero me compadecí de él y sabía que en esos momentos Alex me necesitaba a mí y solo a mí para apaciguarlo.

—Me vestí así para ti, Alex, porque en el fondo yo deseaba que fueses tú con quien compartiera esa cena. Si acepte ir solo fue porque estaba enfadada y me sentía traicionada por ti. Inconscientemente siempre pensé que en algún momento de la noche vendrías por mí, me dirías lo arrepentido que estabas y me llevarías muy lejos de él.

—Y lo hubiera hecho de saber dónde te llevo —contestó rápidamente—. ¿Te tocó? —preguntó de tal forma que se apreciaba el dolor en sus palabras.

—Solo necesitas saber que soy tuya Alex. Única y exclusivamente tuya. —No le diría que me había besado y menos aún que había respondido a ese beso, pero mis palabras eran ciertas, yo solo era de Alex.

Me incliné de puntillas y le besé suavemente, como si intentase enseñarle a besar cuando precisamente fue él quien me enseñó a mí. Alex permanecía de pie sin tocarme y poco a poco fui adentrándome como quien se adentra en un túnel que va buscando una salida hasta que finalmente encontré la luz cuando noté sus manos ceñirse a mi cintura y apretarme contra él.

Poco a poco fui desnudándole, no teníamos prisa, ninguno de los dos la tenía y por primera vez sabía que no tendría solo sexo con Alex, aquella noche sería más, mucho más de lo que luego recordar y probablemente suspirar cada vez que lo hiciese.

Sus besos, aunque ardientes estaban desprovistos del peculiar salvajismo con el que habitualmente lo hacía y aquello solo me hizo disfrutar aún más del momento cuando por fin Alex, tumbándose sobre la mullida cama con sábanas de satén que estaban bastante frescas en contraste con nuestros ardientes cuerpos, se abrió paso provocándome una exhalación de placer por sentirme llena y completa de nuevo.

Mis dedos buscaron los suyos mientras ambas manos se unían fusionándose la una con la otra, alzando mis brazos sobre mi cabeza. Su cuerpo embestía el mío en movimientos raudos y directos haciendo que con cada uno de ellos mi placer aumentase por momentos. Su mirada estaba fija en la mía, observándome en todo momento mientras yo tampoco podía dejar de hacerlo, hasta que su ritmo aumentó y yo salí a su encuentro provocando que ambos estalláramos en un grito ensordecedor del que casi no me di cuenta debido al

intenso orgasmo.

Su mano acarició mi mejilla y no pude evitar sonreír, observé que él también lo hacía en respuesta y me pregunté si era un acto reflejo o si verdaderamente también querría sonreír, pero en ese momento me pregunté qué haría Alex ahora... ¿Se marcharía?, ¿O se quedaría después de todo lo ocurrido?

La respuesta no se hizo esperar cuando se acomodó a mi lado y rodeando mi cintura me acercó a él haciendo que mi espalda quedara perfectamente alineada con su pecho.

—No te aseguro quedarme toda la noche, pero lo intentaré.

Eso era todo cuanto necesitaba escuchar en aquel momento, Alex estaba cambiando... y lo estaba haciendo por mí.

Cuando desperté, la luz se filtraba por las ventanas, aunque no diera de lleno en mi cama, en ese breve instante hasta ser consciente de dónde me encontraba, me fijé en que debía ser algo temprano por la claridad de la luz... entonces recordé la noche pasada y me di la vuelta con la esperanza de encontrar a Alex, pero mi sonrisa se desvaneció al no encontrarle.

«Me había mencionado que lo intentaría, no que lo haría» Me dije a mi misma cuando la desilusión me había invadido.

Contemplé la habitación ahora bastante iluminada, no era la misma en la que me había instalado y dejado mis cosas, pero aquella suite albergaba varias habitaciones con baño en cada una de ellas y salas comunes. Realmente Mijaíl había pretendido agasajarme al instalarme allí, tal vez si fuera otro tipo de mujer o quizá la misma sin estar enamorada de Alex podría incluso llegar a intentar tener algo con él.

Me dispuse a buscar mi móvil y en un acto reflejo miré la mesilla de noche en

la que evidentemente no estaba, pero sí una nota en su lugar con mi nombre.

Salté de la cama y la abrí, era la letra de Alex y el pulso se me aceleró.

He tenido una reunión a primera hora y no deseaba desvelar tu sueño.

Te ordené el desayuno, lo tendrás en el comedor cuando despiertes.

Espero que te guste mi pequeña flor.

En aquel momento salté de la cama y me di cuenta de que estaba desnuda así que arranqué literalmente la sabana de satén con la que me estaba tapando y la envolví en mi cuerpo mientras parte de ella iba a la rastra conforme salía de la habitación para llegar a la sala.

Descubrí un pequeño carrito al lado de la mesa lleno de fuentes tapadas con la típica tapa abombada de metal y alguna incluso de cristal donde se podían apreciar las delicias que había pedido Alex para mí.

Sentí como el aroma a jazmines me invadía y descubrí que todo el fondo de la bandeja estaba lleno de flores de jazmín. En ese momento mis ojos se cristalizaron por lo que aquello significaba para mí por mi madre y entonces vi un cuenco extraño, era precioso como de metal plateado, estaba en una de las esquinas del carrito. Lo cogí con cuidado y lo abrí lentamente al no saber de qué se trataba, cuando aquel colgante también plateado y situado en medio de un fondo de terciopelo azul cobalto atravesó mis ojos me llevé una mano al pecho.

Era simplemente mi nombre, pero que Alex hubiera tenido aquel detalle conmigo me conmovía. Lo saqué de la cajita y me lo puse inmediatamente, no sabía si podría quedarme con el cofre, pero ojalá pudiera hacerlo porque era

precioso.

Tras evaluar el contenido del carrito me serví todo lo que me apeteció probando casi absolutamente todo esperando ansiosamente la vuelta de Alex a la habitación porque pensaba saltar literalmente sobre sus brazos.

—Nos vamos a casa —escuché su voz al entrar en la habitación y salí a su encuentro. En cuanto le vi, salté sobre en el aire hasta su regazo y me rodeó con los brazos acogiéndome entre ellos. Alex parecía contento y consiguió contagiarme a mí.

—¿Estas contento? —pregunté mientras acariciaba sus brazos y él parecía aspirar el aroma de mi cuello.

—Supongo que sí, al menos así sería si pudiera expresarlo. El acuerdo ha salido favorable para todos, van a invertir en el proyecto y a ceder los mejores terrenos de la ciudad, voy a poder construir el edificio más alto de todo Dubái.

—¡Eso es increíble! —grité emocionada.

Si era sincera pensaba que finalmente Mijaíl haría algo para mandar al traste la inversión y que Alex no saliera beneficiado después de que le rechazara. Ahora empezaba a pensar que, pese a todo, el príncipe siempre había sido honesto, eso decía mucho de él.

—Lo es, tendré mucho trabajo en los próximos meses... más bien años, así que quiero volver a Londres cuanto antes para empezar a formar los equipos de trabajo. Sonreí un instante por su entusiasmo—. Te lo has puesto —dijo de pronto mirando fijamente mi cuello e instantáneamente me toqué el colgante con mi nombre.

—Si —susurré—. Gracias, aunque no tenías por qué hacerlo —añadí.

—Quiero que siempre lleves algo que yo te regalé —gimió acercándose a mí mientras me daba un beso tierno en los labios.

—Nunca me lo quitaré... si hasta conservo el despertador que me regalaste cuando tenía diez años por mi cumpleaños.

—¿En serio? —preguntó sin creerlo.

—Me recuerda a ti cuando suenan esas ranas por la mañana —reí ante la realidad.

—¡Mi pequeña flor! —exclamó mientras me alzaba y daba vueltas por la habitación conmigo.

El vuelo de regreso fue demasiado solitario para mí, puesto que Alex estaba inmerso en su ordenador portátil por lo que yo me quedé viendo una revista de arquitectura que había comprado en el aeropuerto y donde precisamente salía más de uno de los edificios de D'Angelo en ella. No podía evitar fijarme y leer detalladamente lo que en cada uno de ellos se decía, incluso salía una foto de Alex al lado haciendo una breve mención a la trayectoria profesional del arquitecto.

Debería estar contenta por estar de vuelta, aunque lo cierto era que el clima era tan diferente a donde habíamos estado que sabía que echaría de menos el sol, pero aquel era mi país, mi tierra querida, aunque hubiera pasado unos días en un paraíso terrenal.

De vuelta a la realidad, cogimos un taxi y en menos de media hora ya estábamos en casa. Me apetecía tanto darme una ducha de agua caliente y llamar a Erika que no veía el momento, sabía que por ser lunes, Alex incluso acudiría a su empresa puesto que no era muy tarde, por lo que estaría sola en casa y deseaba fervientemente contarle todo lo sucedido en el viaje a mi amiga.

—Señor D'Angelo. —Saludó el conserje de los apartamentos.

Se llamaba D. Frederick, pero nunca le había preguntado su nombre, solo lo sabía por lo que indicaba en la placa que llevaba en su uniforme.

—Buenas tardes Dick —contestó Alex y en ese momento tomé nota mental del nombre de aquel bonachón algo gordito y cincuentón que me saludaba cada mañana al salir.

—Tiene visita en su apartamento. —Mencionó el hombre y yo me extrañé, ¿Es que el tal Dick tenía llave?

—Gracias Dick. —Alex no dijo nada, solamente me hizo ademán de que entrase al ascensor y giró la llave que daba a nuestro apartamento.

—¿Sabes quién está? —No pude evitar preguntar.

—Si, es Anna.

Su respuesta me dejó muda, ¿Anna?, ¿Su exnovia? Bueno, según Alex no eran “novios” como tal, pero algo tenían, aunque no tuviera la palabra adecuada. Mentira, sí que la tenía “amantes”.

—¿Puedo preguntar que hace Anna en tu apartamento? —dije antes de que las puertas se abrieran.

—Dijo que se trataba de algo que no se podía discutir por teléfono, así que aún no lo sé —contestó tan normal, como si ni siquiera le preocupase. Creo que fue su impasibilidad lo que me molestó porque en el momento que las puertas se abrieron y que efectivamente divisé a la modelo rubia perfecta sentada en el sofá del salón, me fui a mi habitación directamente sin saludar y me daba igual ser descortés o no con la tal “Anna la infernal”.

Solté mi bolsa de viaje sobre el suelo de malas formas, tal vez el sonido se podría haber escuchado desde el exterior, pero en aquel momento la rabia me

carcomía por dentro.

Eran celos, lo admitía, estaba absoluta y descontroladamente celosa, ¿Y cómo no estarlo? Si la dichosa Anna que tanto tiempo me había tenido martirizándome por lo guapa y perfecta que era estaba en el salón, diciéndole a Alex vete tú a saber qué cosa, pero seguro que buena no era.

Fui a cerrar la puerta de un golpe, cuando el sonido de la voz de Alex me llegó.

—¿Estas segura? —Le escuché decir, pero el sonido de ella no lo pude apreciar.

En aquel momento él se giró hacia mí y al verme sorprendida, cerré la puerta de golpe como una adolescente a la que acababan de pillar espiando conversaciones ajenas.

Intenté tranquilizarme, Alex no iba a hacer nada con Anna... eso era agua pasada, así que para calmar mis nervios me di una ducha caliente, no sabía si quedarme liada en la toalla, vestirme o ponerme simplemente algo cómodo para dormir.

En ese momento los golpes en mi puerta me sobresaltaron y sin decir nada vi el pomo girar y como Alex entraba en mi habitación.

—¿Se ha ido? —pregunté.

—Si —contestó mientras se acercaba a mí y me acariciaba con sus dedos mi mejilla, como si tratara de averiguar la suavidad que ésta le transmitía.

—¿Qué quería? —Le pregunté porque sabía que él no me lo contaría si yo no lo hacía.

—Tiene un problema y me ha pedido ayuda —contestó en un tono normal, como si aquello no tuviera importancia, me tranquilizó.

—¿Y le vas a ayudar? —En el fondo quería saber la implicación que Alex tenía con ella.

—Sí —contestó a secas mientras apartaba los dedos de mi mejilla y se metía las manos en los bolsillos—. Veras, Anna va a vivir aquí durante un tiempo.

—¿Qué? —exclamé con la boca abierta, ¿Había escuchado bien?, ¿Era en serio?

—Ha ido a por sus cosas y llegará en un par de horas —comentó sin darle importancia.

—No estarás hablando en serio —dije sin creer dándole la espalda y llevándome una mano a la boca para no decir todas las burradas que en ese momento pensaba sobre esa idea.

—Anna está embarazada. —Sus palabras llegaron a mis oídos, pero mi cerebro no podía procesarlas, más bien no quería hacerlo.

—Y es tuyo. —No era una pregunta, era una afirmación más que obvia, aunque necesitara expresarlo en voz alta.

—No puedo permitirme involucrarme en ningún escándalo, no ahora que el consorcio de empresas de Rashid ha decidido invertir en D'Angelo. No puedo correr riesgos de que le dé por acudir a la prensa para sacar dinero de esto, no tengo más remedio que ayudarla.

—Y la meterás aquí, en tu casa... en tu cama. —Estaba segura de que de un momento a otro alguna lágrima saldría de mis ojos porque notaba lo acuosos que estaban por más que tratase de contenerlas.

—No voy a acostarme con ella Jasmine. Anna no puede trabajar en su estado, por eso me ha pedido ayuda, ella está tan sorprendida por esto como yo.

—¿Y qué pasa conmigo Alex?, ¿Dónde quedo yo en todo esto? —Por no decir

que la idea de que Alex tuviera un hijo de otra me dolía en el alma, ¡Joder!, ¡Yo quería ser la madre de sus futuros hijos! En ese momento sentí una lágrima caer.

—Nada va a cambiar entre nosotros pequeña flor. —Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos, podía notar la dureza de su cuerpo, ese aroma que me embriaga y me volvía loca, pero aquello no cambiaba el hecho de que Anna acababa de levantar un muro entre nosotros. Ella se había interpuesto de una manera eficaz y repentina, aunque Alex me dijera que nada había cambiado, en realidad todo acababa de cambiar.

Aquella noche no salí de mi habitación, sentía que si la veía tendría que aceptar que todo era cierto. Escuché cuando regresó y aquella voz femenina que sabía de sobra se convertiría en mi peor pesadilla, ¿Cómo sería un hijo entre Alex y Anna? Seguramente sería hermoso y perfecto, con unos ojos increíblemente azules y...

«No sigas por ahí Jasmine» Me dije mentalmente mientras apagaba la luz de mi mesita y me metía en la cama, aunque solo fueran las nueve de la noche. Lloré desconsoladamente, en lo más interno de mi ser, sentía que aquello solo era un comienzo en el que perdía la batalla, aunque él jamás amase a Anna, aunque se recuperara de su problema, ella tenía una baza a su favor, con un hijo trenzaría una red de la que Alex jamás podría escapar ni desentenderse de ella.

En algún momento de la noche me quedé dormida porque cuando la alarma del teléfono comenzó a sonar, entreabrí los ojos agotada, probablemente tardé horas en conciliar el sueño, ni tan siquiera fui consciente de a qué hora sería, pero sí de que mi cabeza no dejaba de darle vueltas.

Iba a necesitar un café triple para soportar toda la mañana de clases, pero mejor así, tal vez aquello lograría anestesiar me de lo que mi mente no dejaba

de divagar. Salí de mi habitación despacio, tratando de escuchar algo, pero no había más que silencio, así que confiada salí a la cocina y salté literalmente al encontrarme de pie, con una taza en la mano a Alex que parecía estar leyendo algo desde el móvil.

—Buenos días —hablé avisando de que estaba allí mientras cogía una pieza de fruta del frutero para comerla durante el camino, ya tomaría el café en la universidad puesto que no me apetecía entretenerme.

— Buenos días pequeña flor —observé a Alex dejar la taza y guardarse el teléfono mientras se acercaba a mí con toda la intención de besarme.

—¿Crees que sea buena idea que “Anna” nos vea? —expresé su nombre con retintín.

—Ella duerme —contestó como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Si, en tu casa —Le recriminé sujetando con más fuerza la mochila, como si con ello pudiera expresar mi rabia de alguna forma.

—¿Estás enfadada? —Me preguntó como si aquello no fuera posible.

—¿Tú que crees? —contesté en el tono más bajo que pude, aunque quisiera dar un grito atroz, pero no quería que la rubia oxigenada me escuchara desde arriba o peor aún, la despertara.

—Solo será momentáneo, a mí tampoco me apetece tenerla aquí —contestó hastiado.

—Pues no lo parece —dije enfadada—, me voy o llegaré tarde —Había evitado besarle, es cierto que quería hacerlo, pero de algún modo tenía que hacerle creer a Alex que me molestaba la presencia de su ex, en su casa.

—Puedo acercarte a la facultad. —Se ofreció con un tono de voz suave, si no fuera por su falta de sentimiento hubiera jurado que deseaba hacerlo.

—No gracias, está aquí al lado —Le di la espalda sin volver a mirarle porque de lo contrario sabría que acabaría corriendo a sus brazos para darle ese beso que tanto él como yo deseábamos darnos.

—Te veo luego entonces. —Cerré los ojos cuando escuché su voz, era tan rematadoramente sexy...

—Estaré todo el día fuera, volveré tarde. —Alcé la voz.

No podía quedarme esperando al ascensor, así que abrí la puerta y me fui por las escaleras, aunque no me apeteciese en absoluto hacer deporte a esa hora de la mañana.

Cuando le conté a Erika todo lo sucedido, tuve incluso que retenerla en la silla para evitar que ella misma saliera en busca de la rubia oxigenada para estrangularla.

—¡Seguro que ni es suyo! —gritó en voz baja ya que estábamos en clase de diseño estructural.

—No lo sé —afirmé—, la cuestión es que Alex no quiere involucrarse en un escándalo y me temo que estará dispuesto a hacer todo cuanto ella le pida — admití apesadumbrada.

—No sé qué decirte —dijo apenada—. Por un lado, te diría que te marcharas, que le dieras una lección a D'Angelo por meter a esa pelandusca en casa estando contigo, pero eso significaría que le dejarías vía libre y ella habría ganado.

—Y si me quedo tendré que aguantarme, además de soportar como Alex baila a su antojo y semejanza —gemí conociendo la triste realidad.

—La muy zorra sabe hasta dónde puede o no controlar la situación, pero me la juego a que solo quiere sacarle dinero a D'Angelo y puede que ni esté

embarazada.

—¿Tú crees? —dije de golpe no habiendo pensado en esa posibilidad, pero de pronto volví a la nostalgia—. No creo que sea así, probablemente Alex le haya pedido pruebas o directamente se las enseñó, habría que ser estúpida para fingir estar embarazada si no lo estás sabiendo que es fácil pillarla.

—Que tú no pudieras hacerlo no significa que otras no lo hagan —contestó Erika dejándome meditar en la idea, ¿Sería posible que Anna solo estuviera fingiendo?, ¿Y si era así, que motivos podría tener para hacerlo?

Volví a casa a la hora de cenar, aunque si lo hubiera sabido mejor no hubiera vuelto porque cuando entré, las risas que provenían de la cocina de parte de la rubia oxigenada o la pelandusca como la llamaba Erika me pusieron la piel de gallina.

Encontré a Alex cocinando, no sabía que estaba haciendo, pero olía demasiado bien, en ese momento ella se percató de mi presencia y Alex también.

—Hola Jasmine, ¿Te acuerdas de mí? —Su voz era hasta casi melodiosa, no era el mismo tono de voz con el que me habló la primera vez que la vi desde luego, ¿Tendría algo que ver que Alex estuviera presente?

—Si, claro —contesté fingiendo una sonrisa que con seguridad intuiría que era falsa.

—Estábamos esperándote para cenar —intervino Alex observándome.

—No hacía falta, ya te dije que volvería tarde —contesté algo borde.

—Aun así, tendrás que cenar —volvió a insistir.

Lo único que me apetecía en aquellos momentos era darle una bofetada a Alex por obligarme a cenar con ella, pero la idea de dejarlos cenar solos en plan

romántico me enfurecía así que me tragué mi orgullo interiormente y fingí de nuevo otra sonrisa.

—Claro, dejaré mis cosas y vuelvo —dije mordaz.

—Estupendo —escuché por parte de la tal Anna y yo simplemente le lancé una mirada encolerizada a Alex al tiempo que me iba a mi habitación a calmar mis nervios.

Apoyé las manos en el escritorio mientras respiraba relajadamente, diciéndome que no pasaría nada, solo sería una cena, solo debía soportarla media hora.

Vi la mesa preparada para tres y aunque me sentí algo inútil porque ya estuviera todo preparado simplemente me senté.

—¿Vino? —Me preguntó Alex y yo asentí mientras me servía. Cuando terminó de servir mi copa hizo la misma pregunta a Anna.

—¡Oh no! Yo no puedo en mi estado. —Aquella sonrisa como de plena felicidad hizo que mi estómago se revolviera, probablemente acabaría vomitando el risotto alla parmiggiana que Alex había preparado.

—Es cierto —Fue toda respuesta que Alex dio mientras se servía entonces él.

—Supongo que Alex te habrá contado que estoy embarazada —comentó Anna como para comenzar una conversación.

—Si, dijo que por ese motivo estabas aquí —fingí cierto interés.

—Si, lo cierto es que al principio me sorprendió la noticia, pero después me hizo inmensamente feliz saberlo, aunque ello conlleve tener que abandonar la pasarela durante un tiempo.

—Pero todavía no se te nota, ¿Aun así no te dejan trabajar? —pregunté para

saber la razón de porqué se había venido tan pronto.

—Es cierto, pero las náuseas y mareos no me dejan hacer una vida normal, y pronto se notará de tal forma que no podré entrar en la talla que se requiere para desfilas en París.

—Entiendo —comenté mientras me metía un gran bocado de risotto para evitar hablar con doña perfecta.

—¿Y tú vas a estar aquí todo el tiempo? —Me preguntó descaradamente.

—¿Cómo? —pregunté anonadada. ¿En serio acababa de preguntar lo que creo que había dicho?

—Ah, lo siento —dijo con una falsa sonrisa—. Es que Alessandro me dijo que tu estadía aquí era momentánea la última vez que estuve, que estabas buscando apartamento, por eso me extrañó que aún siguieras aquí.

—Jasmine puede quedarse todo el tiempo que ella desee. —Intervino en un tono serio Alex.

—¡Oh por supuesto! —Alzó la voz como si fingiera que lo sentía y que sus anteriores palabras habrían podido sonar malintencionadas—. Yo solo lo preguntaba por...

—Lo cierto es que sí estoy buscando apartamento —dije cortando su frase. No pensaba parecer imbécil ante ella y menos aún, que pensara que estaba allí mendigando techo. En esos momentos sentí la mirada de Alex sobre mí—. Así que puede que me vaya en unos días —mentí.

El resto de la cena fue casi en silencio salvo por las menciones de Anna sobre sus triunfos en pasarela cosa que Alex y yo asentíamos. Yo trataba de evitar mirarlo, es más, mis ojos no se alzaban de la estatura de la copa para que no pudiera interpretar nada sobre mis actos.

Una vez acabada la cena Anna alució sentirse mal, por lo que Alex y yo comenzamos a recoger la mesa mientras ella subía las escaleras hacia su habitación.

—¿Qué es eso de que te marchas? —escuché a mi espalda mientras yo juntaba todos los platos en uno para llevarlos al fregadero. Alex parecía exigir una respuesta inmediata.

—Lo que oíste —dije sin mirarle.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —En ese momento me giré sobre mí misma para enfrentarlo.

—¿Desde cuándo tengo que decirte lo que hago o dejo de hacer? —Alcé el mentón para ver su cara, puesto que al ser más alto que yo y estar tan cerca no podría hacerlo de otra forma.

—¡Desde que...! —Su voz se interrumpió, como si no supiera que añadir a la frase o se hubiera dado cuenta de que estaba gritando—. Desde que eres mía —Volvió a decir esta vez de forma completa mientras acortaba la distancia y sus labios se fundían con los míos en un arrollador beso apasionado de histeria contenida.

Aquellos labios dulces me embriagaron con su tacto, acoplándose perfectamente a los míos en un vaivén de sensualidad. Sentí su rudeza, me besaba con desesperación, con crueldad, con alevosía como si me quisiera expresar a través de su boca sus palabras. Con sus manos apretadas a mi cintura me unía a él de forma que era casi imposible deshacerme de su abrazo, aunque siendo sincera conmigo misma, mi mente había dejado de razonar en el mismo momento en el que sus labios me habían hecho prisionera de los suyos.

De mi garganta casi escapa un sonoro gemido que se vio interrumpido por la voz de Anna la infernal.

—¡Alessandro! —Su voz sonaba lejana, como si ni tan siquiera se hubiera asomado a la escalera, cosa que de hacerlo nos habría visto en una posición un tanto peliaguda, aunque por mi parte más que deseada para que se diera cuenta de que yo no era solamente un “estorbo” o la pobre ingenua sobrina de la que deshacerse, sino que significaba más, mucho más para Alex.

—¿Sí? —exclamó Alex sin soltar siquiera mi cintura, pero girando levemente su rostro hacia la escalera como si quisiera comprobar que Anna se asomara a ella de forma que pudiera vernos.

—¿Podrías traerme una camomila por favor? —gimió con aquella voz aguda que hacía me dieran escalofríos. Tal vez solo fuera por lo que ella representaba para mí que no podía soportarla en ninguna de sus facetas.

Observé como Alex se mordía la mejilla, probablemente por la molestia que ella le estaba ocasionando, pero era él quien la había metido allí, así que ahora que se fastidiase y se atuviera a las consecuencias.

—¡En un momento subo! —gritó por respuesta. No había ningún matiz en su tono, pero igualmente me fastidió.

Aquello era increíble, ¡Era el colmo! Me dije a mi misma mientras intentaba que la boca no se me abriera en una exclamación de la que estaba segura saldrían hasta culebras si la abría.

Cuando noté la intención de Alex de volver a besarme le aparté de un empujón y me separé de él observándole enfadada.

—¿Qué ocurre? —dijo incluso con los brazos en posición de pregunta como quién no entiende nada.

—¿No tienes que prepararle la camomila a *Anna*? —dije haciendo énfasis al referirme a ella. Mi tono era más que irónico, era desquiciante.

—Tienes razón —afirmó para mi consternación—. La prepararé enseguida, se la subo y voy a tu habitación, ¿Te parece? —Su tono de voz era ronco, casi lleno de promesas. Incluso tuve que cerrar los ojos para no sucumbir a la tentación.

—No te molestes Alex, la puerta estará cerrada con llave —contesté en el tono más serio que pude y desprovisto de emoción.

—Pero... ¿Por qué? —preguntó confundido. Ni tan siquiera podía creerme que de verdad no lo entendiera.

—Tal vez si te lo preguntas las suficientes veces, encuentres la respuesta —atajé. No pensaba explicárselo y me importaba tres pimientos su problema de no tener sentimientos, aquello se pasaba de castaño oscuro, ¿En qué mundo se podía creer que si metía a su ex o “como leches la definiera” en casa yo podría estar contenta o hacer como si no pasara nada? Era inconcebible.

Me di media vuelta y me marché, no sabía si le estaba dejando el camino libre a la oxigenada que para más inri, estaba en la planta de arriba más cerca de Alex que yo, tal vez con esto que acababa de hacer le perdería, pero no pensaba rebajarme más... no permitiría que pisoteara mis sentimientos delante de mis narices. No lo haría y menos aún para terminar de la misma forma, con el corazón destrozado tal como había predicho Mijaíl que haría.

Aquella mañana me levanté bastante temprano, mucho más de lo habitual, si no fuera porque la Universidad estaba cerrada me habría ido a la biblioteca. Decidí despejarme subiendo a la piscina a nadar, tal vez el ejercicio matutino viniera bien para no pensar en nada o al menos, no en la tal Anna la infernal.

Lo había pensado mucho y finalmente decidí marcharme. Aunque hubiera sido una mentira, buscaría un piso para compartir y me iría, pero no pensaba quedarme ni un minuto más en la compañía de la pelandusca esa como la llamaba Erika. Si Alex la prefería a ella por encima de mí, que así fuera. Yo no podía aguantar esa situación, lo había intentado y no había podido ni un solo día.

Hice unos cuantos largos y salí envolviéndome en la toalla. Aunque no quería ser cortés, intenté hacer el menor ruido posible, no por nada, sino porque no deseaba verla y tener que enfrentarme a ella o a alguna de sus frases malintencionadas para herirme, sin duda Anna debía intuir que existía algo entre Alex y yo, o probablemente se habría dado cuenta de que yo estaba completamente enamorada, después de todo, no me parecía extraño puesto que

era muy mala en disimular algo.

Entre el silencio del pasillo mientras pasaba por las habitaciones, escuché su voz. Al parecer estaba despierta y hablando con alguien, no podía ser Alex porque en la cena nos había dicho que tenía una reunión muy temprano, pero... ¿Y si era él?, ¿Y si había pasado la noche con ella? Con el corazón a mil por hora me acerqué a la puerta y pude escuchar que seguía hablando. Su voz era aún más definida gracias al silencio sepulcral de la casa.

—Te digo que no. No sospecha nada.

La oí decir mientras intuía lo que parecía ser risas.

—¡Que va! Él nunca haría algo así, es demasiado estúpido para eso.

Volvió a hablar, ¿De quién hablaría? Pensé mientras prestaba más atención, intuía que debía estar al teléfono ya que no se escuchaba ninguna otra voz y a intervalos silencio.

—No, no me ha pedido ninguna prueba, ya te lo dije, lo del embarazo falso iba a colar porque Alessandro es tan raro que ni se plantearía que no fuera verdad.

—Tuve que taparme la boca y morderme la lengua para no hacer ruido, ¿embarazo falso?, ¡Pero será hija de su madre! Grité mentalmente mientras seguía escuchando.

—Lo sé, lo sé... tengo muy claro lo que tengo que hacer. Oye, tengo que dejarte que, aunque Alessandro no esté, no me fio de que la niñata esa de su sobrina pueda subir aquí arriba. Aunque esté confinada abajo como una simple empleada, ¡No veo el momento de que se largue! Solo es un estorbo para mis planes.

Me fui rápidamente de puntillas, haciendo el mínimo ruido posible y cuando llegué a la planta inferior corrí como alma que lleva el diablo hasta mi

habitación donde cerré la puerta en silencio.

Anna no está embarazada, ¡No está embarazada! Chillé de alegría, aunque solo fuera en mi mente.

—Tengo que decírselo a Alex —susurré mientras tiraba la toalla al suelo junto con el bañador y me vestía con lo primero que pillaba.

Había llamado a Erika para decirle que no iría a clase, no tuve tiempo de informarla, ya lo haría más tarde. Los nervios por lo que había descubierto unido a la calma que me había entrado al saber que no se interpondría un hijo de otra entre Alex y yo hacían que casi me costase respirar.

Llegué a las oficinas D'Angelo en menos de media hora. Había cogido un taxi porque no podía esperar más para contárselo a Alex, quería ver su cara cuando lo hiciera, pensé en llamarlo para decirle que iría o al menos, contarle que tenía que verlo urgentemente, pero preferí no hacerlo. Tal vez si me presentaba allí de repente, creería que se trataría de algo grave y en el fondo lo era, pero para nuestro bien.

Cuando llegué a recepción me dijeron que el Señor D'Angelo estaba reunido y tras insistir en que yo era su sobrina y era un asunto urgente, me dejaron esperando diez minutos en la recepción hasta que finalmente me acompañaron a su despacho donde me dijeron que esperara según las órdenes del Señor D'Angelo.

Nunca había estado en el despacho de Alex, reconozco que me encantaba, era muy sobrio y elegante. Con una puerta de cristal y paredes forradas en madera antigua de tonalidades oscuras. Grandes cuadros de sus mejores diseños colgaban de algunas paredes, casi todos primeros bocetos y alguna que otra fotografía. Al fondo como no, había una gran cristalera que dejaba ver las vistas de la ciudad tras la gran mesa de roble que tenía por escritorio.

Me senté en uno de los sillones negros de diseño que suponía tenía para alguna visita en especial o simplemente como descanso. Había una mesa auxiliar con algunas revistas muy conocidas de arquitectura que habían publicado sus obras, lo más probable es que aquellas que había allí fueran ejemplares de las mismas.

—¡Jasmine!, ¿Estás bien? —Casi estaba desesperada así que cuando escuché su voz salté literalmente de aquel sofá de diseño en cuero negro y me alcé.

—No podía esperar, tenía que venir a decírtelo de inmediato —dije de inmediato.

—¿Qué ocurre?, ¿Te pasa algo?, ¿Es tu padre? —preguntó confuso. No noté preocupación en sus palabras, pero decía mucho de él su interés.

—No, no, no se trata nada de mi o de mi padre —respondí sacudiendo la cabeza—. Se trata de Anna. Alex ella no está embarazada.

—¿Cómo? —observé a Alex andar hasta posicionarse tras su escritorio y sentarse en la silla mientras dejaba unos papeles sobre la mesa. Realmente no movió ni un solo músculo de su cara cuando se lo dije y me sorprendió.

—La escuché esta mañana, no sé con quién hablaba por teléfono, pero admitió que todo era falso y que tu ni tan siquiera le habías pedido pruebas porque no te plantearías que fuera mentira —recité con calma porque realmente quería contarle todo tan rápido que se me aturullaban las palabras en la garganta.

—Debes haber escuchado mal —contestó en un tono neutral.

Vale, esa no era la respuesta que esperaba oír.

—¡Es que no me estas escuchando! —le grité— ¡Ella te está mintiendo! —chillé como una niña pequeña cuando quiere algo y no la escuchan. ¿Por qué no se planteaba siquiera la posibilidad?

—Jasmine, entre Anna y yo existió un acuerdo en el que ambos salíamos beneficiados. No está en la necesidad de mentir, ¿Por qué razón lo haría cuando ha perdido su trabajo por culpa de ello? —Sonaba tan calmado y tan relajado que casi me dieron ganas de abofetearle.

—¡No lo sé Alex! —alcé la voz—, pero yo sé lo que oí.

—Pues oirías mal —sentenció—, te digo que la peor beneficiada es ella. El sueño de Anna era ser una modelo prestigiosa y conocida, por eso aceptó el acuerdo que tuvimos. Este embarazo no le beneficia en absoluto a su carrera, así que dime, ¿Por qué razón iba a mentir? —insistió.

—¡Pues tal vez esté enamorada de ti! —Le escupí las palabras. Probablemente era eso y quisiera cazar a Alex tejiendo una red de mentiras.

—Anna no está enamorada de mí, sé cuándo una mujer lo está —argumentó tratando de mirarme.

¿Lo sabe?, ¿Sabe que yo estoy perdidamente enamorada de él entonces? Gemí interiormente.

—No me crees, ¿verdad? —No quise saber si sabía que yo lo quería, que lo amaba porque sospechaba que así era.

—No es que no te crea, es que sé que confundiste lo que escuchaste con lo creíste escuchar. Deseas que Anna se vaya, créeme, yo también lo deseo, pero la realidad es que no puedo hacerlo, así que no me des a elegir porque no podré escoger —sentenció.

—No hace falta Alex, acabas de escoger —dije dándome caminando hacia la puerta.

—Pequeña flor... —dijo mientras escuchaba las ruedas de la silla resbalar.

Sabía que Alex iba a levantarse así que en ese momento corrí, aunque fuera

una cobarde, hui. Quería irme lejos, muy lejos de Alex porque ahora sabía que ni siquiera era capaz de creer en mí.

Corrí sin mirar hacia atrás y en el instante en el que decidí girar para ver si él me seguía, aunque en lo más interno de mi ser quisiera que así fuera pero realmente no deseaba que lo hiciera, choque de bruces contra algo o más bien alguien, cuando sentí que la persona con la que acababa de darme de bruces exclamaba una maldición.

—Lo siento —gemí ante el dolor del que se quejaba mi frente y nariz tras el impacto.

—¡Ey tranquila!, ¿Estás bien? —La voz de aquel hombre era suave y me había colocado una mano en el brazo como para asegurar de que así lo fuera. En ese momento me percaté de que estaba llorando y probablemente aquel tipo pensaría que era debido al golpe.

—Si, si —dije rápidamente—, yo solo tengo que irme —susurré mientras intentaba deshacerme de su agarre.

Alcé la vista para toparme con un hombre trajeado con corbata gris, de ojos color castaño claro y cabello del mismo tono. Tenía una barba de varios días bastante cuidada y una sonrisa bastante sincera, aunque también me había parecido sincera la de Alex y mira como había terminado.

—¿Seguro que estás bien? —insistió.

—Si, seguro. —Afirmé mientras me deshacía del tipo en cuestión y me colaba en el ascensor antes de que éste cerrase sus puertas viendo que algunas personas ya estaban en él.

Justo antes de que las puertas se cerrasen vi a Alex, hablaba con el mismo tipo con el que acababa de chocarme y parecía preguntarle algo, en ese momento

señaló el ascensor y me miró, por suerte para mí, las puertas se cerraron antes de que él consiguiera llegar y pude respirar aliviadamente.

No me apetecía, ni quería dejarme convencer por sus palabras; me negaba. Había tomado una decisión y que él acarreará con las consecuencias.

«Si no quería creerme era problema suyo, no mío».

Pulsé el teléfono de llamada en cuanto vi el nombre de Erika en mi pantalla. Ella debía estar en clase, pero por dios que cogiera la llamada, necesitaba la voz de alguien que sabía absolutamente todo en mi vida para poder desahogarme.

—¿Sí? —respondió a la cuarta llamada.

—No sé ni qué hora es, ni si he hecho que salgas de clase, pero necesito tu ayuda. Se trata de algo urgente —exclamé.

—Tranquila solo faltaban cinco minutos para que terminase la clase y ya había recogido mis cosas, ¿Qué ocurre? —preguntó preocupada, al menos es lo que pensé por su tono de voz.

—Es muy largo de contar por teléfono, pero necesito que vengas a casa de Alex, a los apartamentos Costa D'Angelo para ayudarme a sacar mis cosas — dije abreviando la situación.

—¿Vas a marcharte? —preguntó incrédula.

—Voy a irme, aunque sea a un hotel o a una pensión, o a donde sea, pero no pienso quedarme allí ni un minuto más.

—Está bien, te veo en la puerta del edificio en diez minutos —contestó mientras yo paraba a un taxi.

Erika inspeccionaba todo al detalle en cuanto entramos en el apartamento,

cosa que no juzgaba porque probablemente yo también hiciera lo mismo si estuviera en su lugar, aunque no se atrevió a decir nada, solo se limitaba a observar y analizar como buena futura arquitecta.

—¿Duermes abajo? —me preguntó extrañada en cuanto entramos a mi habitación.

—Si —contesté siendo consciente de lo que suponía.

—Está bien, ¿Dónde está tu maleta? —preguntó mientras dejaba su bolso en la silla de mi escritorio.

—Debajo de la cama —contesté rápidamente.

—Yo me encargo del armario, tu coge todo lo que necesitas del baño —ordenó en dos segundos.

En menos de veinte minutos ya tenía todas mis pertenencias, que no eran muchas en los macutos y la mochila de clase. Iba saliendo de casa cuando escuché la voz de aquella rubia oxigenada llamarme.

—¿Te vas? —dijo con aquella voz estúpidamente altanera.

—Si —confirmé muy a mi pesar.

Sabía que le estaba allanando el terreno, que le dejaba vía libre, pero eso es lo que Alex había querido así que no era quien para impedirlo.

—¡Oh! Pues ya nos veremos supongo... ya que ahora seremos familia —comentó tocándose la panza como hacen todas las embarazadas cuando lo recalcan.

—Si, supongo —contesté secamente.

No pensaba decirle que lo sabía, puede que incluso eso, le hiciera pensar en embarazarse de verdad, cosa que no me extrañaría que fuera su propósito.

Simplemente dejé las llaves junto al teléfono fijo de casa en la mesilla auxiliar, había un block de notas con un bolígrafo al lado y la tentación me pudo por lo que escribí brevemente una nota:

Me marchó Alex.

*T dejo las llaves para que se las devuelvas a mi padre,
puesto que ya no voy a necesitarlas.*

Jasmine.

—Deberías haberle dicho cuatro frescas a esa altanera —mencionó Erika mientras bajábamos en el ascensor.

—No serviría de nada —contesté seriamente.

—¿Me vas a contar que ha pasado? Porque juro que me tienes en ascuas.

Era cierto, aún no había tenido tiempo de contarle a Erika lo que había descubierto y no pensaba hacerlo hasta estar fuera de aquel edificio.

—Te lo contaré todo cuando por fin estemos fuera de aquí. —Insistí mientras no tenía ni la más mínima idea de a donde iría. Me podía permitir pagar un hotel unos días pero nada más, no había tocado apenas el dinero de mi cuenta y toda la ropa la había podido costear con el cheque que me había regalado Alex por mi acceso a la Universidad.

—¿Sabes de algún lugar donde pueda quedarme que no sea demasiado caro?
—pregunté una vez que estábamos fuera del edificio.

—Si crees que dejaré que te vayas sola a un hotel o una pensión de mala muerte, la llevas clara. Anda vamos, te vienes a mi casa —dijo mientras parábamos un taxi.

En ese momento juro que bendecí a todos los dioses que existieran en la multitud de religiones porque hubieran puesto a Erika en mi vida. La calma que sentí con aquello no pudo ser más grande.

—¿Estás segura? —pregunté pensando en su madre, no quería ser una molestia.

—Hay habitaciones de sobra en casa y mi madre se sentirá menos culpable si ve que paso menos tiempo sola. —Se encogió de hombros cuando dijo aquello.

La casa de Erika era moderna y acogedora. Aquello sí era más un hogar que la ultra moderna casa de Alex.

—Puedes quedarte aquí —dijo cuando la seguí por el pasillo hasta una puerta blanca en la que había una habitación bastante grande con una cama individual, una pequeña mesita y una cómoda. Incluso tenía una mesa que podía pasar por escritorio.

—Gracias —dije entrando y dejando los macutos a un lado mientras me sentaba en la cama e intentaba analizar todo lo ocurrido.

—¿Vas a contármelo ya? —preguntó de nuevo.

Podía entender su preocupación, había guardado absoluto silencio durante todo el trayecto y a pesar de lo habladora que siempre era Erika, no me preguntó nada. Suponía que esperaba al momento en el que yo decidiera contarlo.

—Escuché a Anna hablar por teléfono. —Suspiré recordando la escena tras salir de la piscina mientras yo estaba en aquel silencioso pasillo escuchando tras la puerta de su habitación.

—¿Y qué escuchaste? —preguntó intrigada.

—Admitió que no estaba embarazada, que todo era mentira y que Alex ni tan siquiera le había pedido pruebas de ello. Lo dijo como si él fuera un estúpido que se creyera cualquier cosa que ella dijera.

—¡Será zorra! —gritó alzando la voz como si fuera con ella toda la historia.

—Corrí a decírselo a Alex, pensé que incluso estaría feliz de verse libre de aquella situación, que gritaría de alegría puesto que él mismo reconoció que no le agradaba aquello, pero ni siquiera me creyó, no hizo ni el amago de intentarlo.

—¿Cómo? —exclamó atónita.

—Me dijo que Anna es la primera perjudicada, que ella no mentiría sobre algo así, es más, incluso dijo que yo habría escuchado mal porque al tener celos de ella seguramente era lo que deseaba querer escuchar.

—Perdóname por lo que voy a decir, pero... ¡Alessandro es un cretino! —gritó enfurecida.

—Lo sé —gemí mientras no me aguantaba las ganas de llorar.

—Eh —susurró Erika mientras se sentaba a mi lado y me abrazaba.

—Pensé que al menos me creería, que al menos tendría eso de él —susurré hipando.

—Lo mejor que puedes hacer ahora es poner distancia, amiga. Alguien así no te conviene.

—¿Crees que no lo sé? Me duele en el alma... y pese a todo no puedo evitar sentir lo que siento por él. Aunque quisiera arrancármelo del pecho no puedo evitarlo.

—Lo harás... el tiempo sana hasta las heridas más profundas, al menos es lo

que dice mi madre —sonrió mientras volvía a abrazarme.

—Ojalá tengas razón... ojalá —dije queriendo creer eso con todas mis fuerzas.

Llamé a mi padre para decirle que por fin había encontrado piso. Le mentí al no decirle que estaba en la casa de una amiga y por suerte para mí, no me pidió la dirección porque en ese momento iba conduciendo y no tenía donde apuntarla pero que lo haría cuando llegase a casa, probablemente no le cogiera el teléfono para ese entonces, pensé para mí misma. Tendría que retrasarlo hasta encontrar de verdad una habitación puesto que no podría mendigar durante cuatro años la casa de Erika, aunque su madre lo permitiera.

Aquella noche apagué el teléfono en cuanto vi que Alex se reflejaba en la pantalla con una llamada entrante. No sabía si podría resistirme a cogerlo por lo que simplemente lo desconecté, mañana sería un nuevo día, otro día.

Los tres días siguientes me los pasé mirando a todas partes, por alguna razón pensaba que Alex me buscaría, aunque no tuviera porqué hacerlo, tal vez fuera mi percepción por desear que me quisiera de verdad, tanto como para buscarme allí donde sabría que yo estaría, pero no apareció. Al cuarto día, en lugar de Alex, reconocí a Mijaíl de lejos por uno de los pasillos de la Universidad como si buscara alguien, ¿me estaría buscando a mí? En ese

momento agarré a Erika del brazo y nos metimos en la primera aula que quedaba más cerca. Tanto si me buscaba como si no, no deseaba verlo, no deseaba admitir que había tenido razón y Alex me había partido el corazón.

—¿Ustedes también están interesadas en la beca de intercambio? — escuchamos las dos a la vez.

Miré al profesor que acababa de decir aquello sin una respuesta que dar.

—Si, estamos interesadas —confirmó Erika empujándome como premio por el lio en el que nos acababa de meter.

Intenté prestar atención a aquella charla, al parecer todos los años diez alumnos se intercambiaban con el Instituto tecnológico de Massachussets durante dos años de curso escolar para adquirir conocimientos de la Universidad más prestigiosa o mejor considerada del mundo. Era una oportunidad única y en ese momento tal vez mi salvación, pensé mientras rellenaba el documento que acababan de darnos.

—¿Pero qué haces?, ¿Estás loca? —me preguntó Erika al verme rellenar el documento.

—Es mi oportunidad. Si me voy de aquí, me alejaré de Alex y me olvidaré de él para siempre.

—Pero te irías a la otra punta del mundo —susurró.

—Lo suficientemente lejos como para no venir ni en navidad —dije sin una pizca de nostalgia—. Si tengo que soportar unas Navidades con Alex, Anna y su falso hijo, querré suicidarme.

—Pues si tú te vas, yo también me voy —dijo tajantemente mientras rellenaba el documento también ante mi sorpresa.

Aunque teníamos una posibilidad entre cien de que saliéramos escogidas, la

balanza a nuestro favor era que cursábamos primer año y esa opción solo se les daba a los de primer curso por la incompatibilidad de materias con la Universidad de destino. La beca costearía el viaje, el alojamiento e incluso nos darían un aporte económico para los gastos... sin duda era mi bote salvavidas y suplique, casi veneré porque se me concediera aquella beca.

Habían pasado dos semanas más desde que me fui de la casa de Alex y como únicamente utilizaba el teléfono para hablar con Erika, pero ya pasaba todo el día con ella o en todo caso con mi padre, solo encendía el teléfono una vez al día para comprobar si él me había llamado y eliminar los mensajes de avisos de llamadas de Alex. No quise ver ninguno de sus mensajes, tenía 104 pero, aunque la tentación era grande, no llegué a clicar sobre el icono con su foto para leerlos. Solo sabía que el último decía “por favor”.

— ¡Ey!, ¡Enhorabuena Jasmine! —Miré extrañada a la chica que acababa de decirme aquello, se llamaba Eloise si no recordaba mal y habíamos realizado algún trabajo con ella en grupo.

—¿Ya dieron la nota de Introducción a la Historia Arquitectónica? —preguntó Erika de pronto.

—Aún no, lo decía porque salieron las becas de intercambio y Jasmine es una de las diez personas que irán.

—¡Oh dios mío! —grité—. ¿Y Erika? —pregunté deseosa de que ella también fuera.

—Se quedó justo en el puesto once —respondió mientras se encogía de hombros.

—¡No! —grité triste. Mi atrevimiento a irme de allí no sería el mismo sin ella.

Efectivamente vimos la lista que estaba colgada en el tablón de anuncios

instantes después, yo había quedado en el segundo puesto y Erika estaba la undécima. Aquello era injusto, ¡Solo por un puesto!, ¡Un mísero puesto!

—Señorita Lavender, ¿Puede venir a mi despacho? —El director acababa de llamar a Erika y ambas nos miramos sin entender para qué querría el director de la Universidad reunirse con ella.

Estuve durante media hora en clase sola, hasta que Erika apareció y antes de que le pudiera regañar la profesora ella le extendió un papel y solo la mando tomar asiento. Cuando llegó hasta mi sonrió de oreja a oreja mientras se sentaba dejando caer su bolso.

—¿Qué quería el director? —pregunté impaciente ya que por su gesto debía ser algo bueno.

—Me ha dicho que uno de los afortunados en obtener la beca, al parecer tiene antecedentes y queda descartado del proceso así que... ¡Yo ocuparé su lugar!

—¡No! —gemí a punto de saltar de la silla.

—¡Si! —gritó en voz baja para que no nos echaran de clase, aunque en aquellos momentos me daba absolutamente igual—. ¡Espero que no me mate mi madre! —dijo de pronto al darse cuenta—, no le dije nada porque pensé que nunca nos elegirían, al menos a mi desde luego.

—Vas a ir a la mejor Universidad del mundo de Arquitectura, ¿En serio crees que te matará? —le advertí sonriente.

—Tienes razón... entenderá que son solo dos años —susurró—. ¡Dios!, ¡Dos años! —gritó ahora en voz más alta—. ¡Y nos vamos dentro de tres días!, quizá no me mate, pero una reprimenda sí que me cae...

—¿Tres días? —exclamé.

—Si, eso dijo el director y que podemos faltar a clase para preparar el viaje

—susurró.

Nos saltamos el resto de clases del día puesto que podíamos hacerlo y en cuanto llegué a casa de Erika encendí el teléfono para llamar a mi padre, debía contarle que me marcharía no solo de la ciudad, sino también del País. Cuando se lo contase probablemente se alegraría por mí, él sabía de esa Universidad e incluso me dijo que yo debería de estudiar en ella para ser “la mejor” arquitecta, incluso mejor aún que su hermano.

—¡Papá! —exclamé algo alegre por primera vez en quince días.

—Jasmine, ¿Se puede saber dónde estás?

—¿Cómo? —dije de pronto al recibir una respuesta inesperada.

—Ayer estuvo aquí tu tío Alessandro preguntando por ti, no sé porque razón pensaba que te encontraría y yo le dije que obviamente estabas en Londres, que no tendría ningún sentido que estuvieras en Middleton, por qué se supone que estás en Londres, ¿no?

—Si papá, claro que estoy en Londres —le respondí inmediatamente—. Es solo que no he hablado con Alex desde que me fui de su casa.

—Dice que te ha estado llamando, pero que tu teléfono está siempre apagado, ¿Es que no le dijiste a donde te marchabas?

—Es que donde vivo apenas hay cobertura y como bien sabes no llevo el teléfono a clase, por eso creará que está apagado. —mentí—. Realmente cuando me fui, él no estaba en casa, sino Anna, pero le dije que no se preocupara. —volví a mentir.

—Pues deberías llamarlo, parecía algo alterado y mira que nunca he visto a Alessandro alterarse. Le dije que había hablado contigo y estabas bien, pareció conformarse, pero me pidió que le diera tu dirección cuando hablase

contigo.

—Bueno, pues creo que no hará falta —dije sin más.

—¿Cómo? —preguntó extrañado.

—Es la razón de mi llamada, quería contarte que me han concedido una beca de dos años para estudiar en el Instituto tecnológico de Massachussets, me voy en tres días —solté de sopetón.

—¿Tres días?, ¿A Estados Unidos? —preguntó sorprendido.

—Si papá, es una oportunidad única y no lo puedo rechazar.

—Lo sé Jasmine, sé que es la mejor Universidad en la que podías estudiar Arquitectura... ¿Pero tres días? —volvió a insistir.

—No te preocupes papa, voy con gastos pagados y además vendrá una amiga conmigo. Estaré bien —le dije con pesar. En el fondo sabía que no iba a verle, aunque tal vez pudiera venir a verme él con algún vuelo económico.

—Dime cuando sale el avión, al menos iré a despedirme de ti, ya que no sé cuándo podré verte —terció al fin haciendo que conmoviera algo en mí.

—No te preocupes papa, yo te avisaré —dije antes de colgar.

Me iba... me iría dos años de allí. Pondría un océano entero por distancia entre Alex y yo y solo esperaba que esos dos años sirvieran para olvidarme completamente de él.

—¿Todo listo? —me preguntó la madre de Erika mientras yo ya tenía mi maleta preparada y al parecer Erika pensaba llevar cuatro por falta de una.

—Si, gracias —contesté amablemente mientras me dirigía hacia la habitación de Erika que parecía estar de los nervios porque a pesar de las cuatro maletas quería llevarse cosas que no le entraban.

—Creo que podrás sobrevivir sin ese vestido Erika —escuché decir a su madre cuando la vio tratando de meterlo a presión por uno de los huecos.

—¡Son dos años mamá! —le gritó.

—Si piensas que no voy a verte durante dos años la llevas clara, te quiero aquí en navidad y por vacaciones de verano como mínimo, así que ya puedes dejar ese vestido donde está y llevártelo cuando vuelvas. —La reprendió mientras ella resoplaba haciendo que el pelo que tenía en la cara del esfuerzo se apartara y finalmente sacara el vestido a medio meter en la maleta dejándolo sobre la cama.

—Está bien, vámonos o llegaremos tarde —comentó mientras yo la ayudaba a sacar una maleta, su madre otra y ella tiraba de las otras dos y su bolso de firma último modelo.

—¿Tu padre llegará a tiempo? —me preguntó Erika.

—Si, dice que irá directamente al aeropuerto —contesté algo nerviosa por despedirme de él, verlo era confirmar que me iba, que me marchaba y una vez que me hubiera ido, no volvería hasta que fuese inevitable.

—Papá me llamo hace diez minutos, dice que irá a despedirse, aunque ya me despidiese ayer de él —le confirmó Erika a su madre.

—Pues a ver si cumple por una vez su palabra —contestó ésta con palabras hirientes. Lo cierto era que no se llevaban nada bien entre ellos.

—¿Llamaste finalmente a Alex? —me susurró Erika cuando montamos las dos en la parte trasera del coche de su madre.

— No —susurré.

Le había contado que Alex había ido a casa de mi padre para ver si me encontraba allí, que me estaba buscando. Ella me aconsejó llamarle porque

quizás estuviera arrepentido y marcharme sin saberlo podía suponer algo trascendental. Pero lo cierto era que no quería escucharlo, se hubiera dado cuenta o no de que tenía razón, no quería saberlo, no cuando él no me había creído en su debido momento. Él lo había elegido así y yo ya había tomado mi decisión.

—Tal vez sea mejor así después de todo, nos vamos a marchar de todos modos, saberlo no cambiaría nada —contestó la pelirroja.

—Exacto —respondí algo seca porque realmente no quería pensarlo. No deseaba pensarlo.

Facturamos las maletas y nos quedamos en la cafetería del aeropuerto hasta que tanto mi padre como el padre de Erika llegaron. Teníamos tiempo suficiente ya que habíamos ido con antelación para no hacer cola en la facturación.

Despedirme de papá fue algo más duro de lo que pensaba, tal vez el hecho de estar en Londres y él a unas horas en coche era una cosa, puesto que lo tenía a un paso, pero a ocho horas de avión era muy distinto.

—Llámame cuando llegues —me dijo con algo de nostalgia, creo que era la primera vez que veía a mi padre así.

—Estaré bien, papá —dije mientras le abrazaba.

—Lo sé, Jasmine, lo sé. Tu madre estaría muy orgullosa de ti. —Aquello hizo que las lágrimas acudieran a mis ojos.

—¿Le dijiste a Alex que me marchaba? —pregunté en ese instante cuando vi de pronto una cabellera rubia a lo lejos acercarse.

—No, pensé que lo hiciste tu —respondió extrañado.

En ese momento comprobé que no era Alex el hombre que por un instante

había pensado. ¿Deseaba que viniera?, ¿Realmente quería que me detuviera? Tal vez sí, pero él no vendría porque ni tan siquiera era consciente de que me marchaba.

Cuando el avión despegó y vi sobrevolar la ciudad en la que había vivido tanto buenos momentos como malos junto a Alex, pensé que un nuevo comienzo se habría ante mí. Todo quedaba atrás, incluyendo en ello al que siempre había considerado el amor de mi vida.

Cogimos un taxi obligatoriamente para ir a nuestro destino nada más bajar del avión, ya que Erika y sus cuatro maletas lo requerían.

—¡Mierda! —gritó de pronto.

—¿Qué? —contesté asustada por su tono de voz.

El viaje había sido largo y tedioso, apenas había podido dormir pensando en todo lo que dejaba atrás y que cuando volviera quien sabe si Anna había seguido engañando a Alex hasta el punto de hasta conseguir un niño falso y fingirlo todo a menos que su idea fuera que... no quise pensarlo, el mero hecho de imaginarme a Alex acostándose con ella me repugnaba.

—¡Mis Nike rojas! —volvió a gritar—. ¡Las he olvidado! —gimió como si fuera una tragedia.

—Seguro que has traído otras deportivas —contesté tranquila.

—¡Pero me traje cinco conjuntos deportivos que pegaban con esas zapatillas! No puedo creerme que se me olvidasen en la lavadora —contestó apesadumbrada.

—Pues cómprate otras —contesté zanjando la situación absurda. Ojalá mi calentamiento de cabeza fueran unas zapatillas deportivas.

—¡Eso haré! —La sonrisa de oreja a oreja de Erika me contagió, hay que ver

con que poco se conformaba esta chica, era oír la palabra compras y ya se entusiasmaba.

Nos alojaríamos en una especie de residencias que había dentro del campus universitario, por lo que después de pagar al taxi que nos había llevado hasta allí, buscamos la recepción donde deberíamos informar de nuestra llegada para que tomaran nuestros datos y darnos las debidas llaves y programación del lugar.

Lo cierto es que aquello estaba muy bien porque eran una especie de casitas adosadas de dos plantas pequeñas con dos habitaciones, al ser dos Erika y yo compartiríamos una de ellas, así que todo era genial.

Lo cierto es que sí que era bastante pequeña. Nada más entrar constaba de una pequeña salita con sofá y justo enfrente un mueblecito con un televisor. Había una mesa auxiliar con dos sillas y al fondo una cocina americana integrada en la salita. Justo a la derecha había una puerta con un pequeño aseo y las escaleras quedaban a la izquierda, donde tras subir comprobamos que había tres puertas, dos daban a los dormitorios y la central a un baño completo que deberíamos compartir.

—Muero de hambre —La oí mientras se tiraba sobre el sofá.

—Deberíamos ir a comprar algo antes de empezar a deshacer el equipaje.

—Si —dijo levantándose y cogiendo su bolso para vaciar todo lo que llevaba dentro innecesario del viaje.

Debíamos empezar las clases justo al día siguiente por lo que me propuse deshacer todo el equipaje aquel mismo día antes de acostarme y mientras Erika se limitaba a sacar todo de las maletas y acumularlo en la mesa de escritorio que cada una tenía en su habitación o en la silla que le acompañaba.

—¡Ay no! —La escuché decir por enésima vez al otro lado de la habitación.

Ya se había quejado de que se le había olvidado su camiseta rosa con I love London, su conjunto deportivo amarillo, los tacones súper altos sexys azul noche y el rizador de pelo de diario, cosa que no entendí al no saber que hubiera un rizador de pelo de diario y otro de fines de semana, pero al parecer así era.

—¿Qué se te ha olvidado esta vez? —pregunté al no obtener respuesta.

—¡Los tampones de la marca que me gustan! —gimió—. Mas vale que los encuentre aquí porque debe bajarme dentro de dos días y me desesperaré si no lo hago.

En ese momento miré en mi maleta el paquete empezado que tenía de la última vez que me bajó mientras me dirigía hacia la habitación de Erika.

—Yo tengo estos, por si te sirven —comenté sin más.

— ¡Son los mismos! —gritó casi efusiva— ¿Tú los necesitarás pronto? — preguntó una vez que la había poseído el diablo y los tenía entre sus garras como Gollum con su tesoro en el señor de los anillos.

—Pues... —comencé a decir mientras me quedaba pensando en la última vez para contar fechas y lo cierto era que lo recordaba bastante lejano. Es más, ¿No debería haberla tenido antes incluso de venir a Massachussets? —. ¡Ay dios! —gemí alarmada.

—¿Qué? —contestó Erika preocupada.

—Tengo un retraso, tengo un retraso de al menos una semana por lo menos. — En ese momento entre en pánico, más que pánico era horror.

—¿Crees que puedes estar... —comenzó a sugerir con un tono de pregunta, pero al mismo tiempo con bastante tacto Erika.

—¡No! —gemí de pronto—. Bueno... me quedé pensativa, ¿Era posible?, ¿Existía una posibilidad?

Cerré los ojos recordando la última vez en Dubái y como ocurrió todo tan rápido.

—No lo sé —contesté mientras me temblaba la voz.

—Iré a por un test de embarazo —dijo seriamente mientras la vi coger el bolso.

El simple hecho de que Erika mencionara aquello hizo que todo mi cuerpo se congelara. No podía estar embarazada ¡Por el amor de dios que no lo estuviera!

Quería ser madre algún día, sí, pero dentro de diez o quince años, antes ni me plantearía tener hijos. Tenía que ser una gran arquitecta, quería lograr mis metas, mis sueños y sabía lo que significaba tener un hijo... aunque pensar aquello me hizo sentirme egoísta y mientras Erika sin decir nada salió de casa yo me senté en mi cama pensando detenidamente que haría con mi vida si ese test daba positivo.

Tener un hijo de Alex me podría cambiar la vida, y que dios me perdonara, pero si alguna vez habría querido tener un hijo, siempre había deseado que fuese él su padre. Aunque eso fue antes de que ocurriera todo aquello, de que él prefiriese las mentiras de Anna en lugar de creerme a mí, de que me acusara de ser una pobre ilusa enamorada, aunque realmente no lo dijera con palabras exactas y de que me había inventado aquello solo por celos.

No, definitivamente no podría contar en con él en el caso de que... ni siquiera podía decirlo en mis pensamientos.

Mi teléfono comenzó a sonar y rebusqué en el bolso hasta encontrarlo, al ver que en la pantalla reflejaba el nombre de mi padre me tranquilicé, lo que menos podía soportar ahora era que Alex me llamara. En ese instante caí en la cuenta de que no le había avisado de que ya habíamos llegado, así que no me quedó más remedio que coger el teléfono a pesar de que tenía un nudo en la garganta por el problemón que podría tener encima.

—¡Papá! —contesté en el tono más efusivo que pude fingir.

—¡Prometiste llamarme! —Me acusó y yo comprendí su preocupación.

—Lo sé, lo siento —comencé a argumentar—. Es que tuvimos varias complicaciones al llegar con papeleos y luego me quedé sin batería —mentí. Empezaba a mentir demasiado y ahora me estaba dando cuenta—. No volverá a ocurrir —le dije y anotando mentalmente que así fuera.

—Está bien, me lo imaginé, por eso decidí llamarte yo viendo que no lo hacías ya que aquí son casi la una de la mañana y mañana me levanto temprano.

—Es verdad —Me puse una mano en la frente pensando en las cinco horas de franja horaria—. Bueno, ve a dormir papá, mañana hablamos con calma.

—Si... Por cierto, ¿Tu sabías algo de que Alessandro fuera a casarse? —Soltó de pronto mi padre y en ese momento el mundo se me vino abajo—. Esta mañana compré el periódico como siempre y vi algunas revistas anunciando la boda con Anna, me resultó extraño que no me lo comunicase antes con lo precavido que es para esas cosas, tal vez tu sí lo sabías.

—No —susurré en un aullido casi inaudible.

—¿Es que te pasó algo con tu tío? La forma en la que te fuiste y que él viniera aquí me lleva a pensar que quizá tuvisteis una discusión o tal vez fue con Anna.

—No, simplemente vi que ellos necesitaban privacidad y me fui —comenté tratando de que aquella llamada se acabara.

—En fin, ya nos invitará a la boda, supongo —dijo sin darle importancia.

—Tengo que dejarte papá, aún tengo mucho que hacer y allí es tarde. Hablamos mañana —dije esperando que me respondiera y después colgué el teléfono.

En ese momento me metí en el navegador del móvil, ¡Mierda aún no lo había conectado a la red!

Busqué desesperadamente la contraseña por todas partes, ¿Dónde estaba el maldito modem?

—¿Qué buscas? —me preguntó Erika cuando entró.

—¡La contraseña!, ¿Dónde está?

—¿Contraseña? —dijo ella de pronto

—¡Si, de internet! —dije desesperada.

—Aquí —Me dijo señalando los papeles del ingreso al alojamiento donde al

parecer había wifi por todo el campus.

Metí de prisa la contraseña mientras Erika me estudiaba con la mirada y cuando vi que tenía señal, abrí de nuevo el navegador y teclee rápidamente «Alessandro D'Angelo se casa» En el momento en el que le di a la lupa de buscar y la información se cargó, comenzaron a aparecer imágenes de portadas de revista con la foto de Alessandro y Anna por separado anunciando que la modelo había afirmado que pronto contraería matrimonio con el renombrado arquitecto italiano.

—No puede ser... —Las lágrimas acudieron a mis ojos sin poder evitarlo y en ese momento Erika me arrebató el móvil de las manos y soltó un improperio.

—¡Pero será cerdo! —gritó mientras yo caía de rodillas al suelo llorando a lágrima viva.

Alex iba a casarse, iba a casarse con aquella zorra pelandusca y mentirosa que fingía estar embarazada. Saberlo dolía, dolía más que cualquier otra cosa que pudiera imaginar.

—¡Hazte el puñetero test ahora! —gritó Erika entregándome la cajita donde venía el contenido.

—No puedo... no podré soportarlo si sale positivo.

—Tu hazlo. Ya veremos que hacer después pero no te puedes quedar con esta duda más tiempo y menos después de saber esto —reiteró.

Los segundos que tuve que esperar hasta comprobar cuantas puñeteras rayas salían en aquel chisme fueron eternos, mientras tanto rogué, recé y supliqué infinitamente que por favor no estuviera embarazada, al menos algo tenía que salirme bien.

Creo que el momento en el que vi que en lugar de dos palitos que indicaban

estar embarazada, el chisme ese solo marcó uno, el sentimiento de congoja se fue, pero en aquel momento fui consciente de que, al no estar embarazada de Alex, nunca lo estaría, no cuando él iba a casarse y sería de otra.

—No estoy embarazada —Suspiré con el chisme en la mano y Erika que me esperaba al otro lado de la puerta del baño porque así se lo había pedido. Si aquello daba positivo sabía que iba a necesitar unos minutos a solas y ella lo había respetado, pero afortunadamente para mí no había sido así.

—Por tu cara no sé si es bueno o malo que no lo estés —respondió rápidamente.

—Es que... —Ni yo misma me entendía—. Sé que es lo mejor, que soy demasiado joven y tengo muchos años por delante para formar mi carrera antes de tener hijos, pero supongo que no puedo evitar pensar que esos hijos nunca serán de Alex —expresé en voz alta mis pensamientos.

—Mira Jasmine, los hombres pueden llegar a ser muy imbéciles, no ven lo que tienen delante de sus narices así se le pongan luces intermitentes y sonidos estridentes, pero si Alex ha decidido casarse con esa rubia de bote, él asumirá las consecuencias de ese matrimonio destinado al fracaso estrepitosamente.

—Ya...—respondí por responder algo.

—Verás como en unos meses apenas le recuerdas y en dos años, cuando volvamos, habrás pasado página.

—¿Tú crees? —Yo no estaba tan segura de que dos años fueran suficientes para olvidar al Alex tan arraigado dentro de mí.

—Lo creo —Hablaba como si fuera la voz de la experiencia.

—¿Alguna vez me contarás porque sabes tantas cosas?

Erika se echó a reír y me colocó un brazo sobre mis hombros.

—Al igual que tú, me enamoré perdidamente a los catorce años, solo que del hombre equivocado, después solo quise olvidarme de él aunque fuese de la forma equivocada.

—¿Y te olvidaste de él? —insistí.

—Si, lo hice —me aseguró.

La experiencia de Erika me daba fuerzas para pensar que lograría si no olvidarme de Alex, al menos que no doliese tanto saber que había preferido a otra en mi lugar.

Antes de que me hubiera dado cuenta ya habían pasado seis meses desde que me había venido a Estados Unidos. No había vuelto a casa por Navidad, aunque me quedé allí sola puesto que Erika sí que volvió a pesar de no querer hacerlo por no dejarme sola, su madre insistió tanto que le fue imposible negarse. Por suerte para mí, habíamos trabado buena amistad con varias chicas de la residencia y me fui a la casa de una de ellas para pasar las vacaciones de pascua con su familia.

Papá aceptó que no fuera, él pasaría las navidades con algunos compañeros de trabajo o eso me dijo, lo cierto es que no mencionó a Alex, razón principal por la que había decidido no acudir a Londres, además del carísimo coste del billete de avión que no podía darme el lujo de permitirme. Estaba ahorrando para cuando regresara, trabajaba los fines de semana en un restaurante sirviendo mesas y, además hacía trabajos extra a algunos compañeros por dinero. Eso me servía para mantener todo el tiempo ocupado y no pensar. Lo cierto era que estaba funcionando, cada vez podía pensar menos en Alex y aunque era inevitable que le recordase, sobre todo al acostarme, ya no había lágrimas que derramar, ni suspiros que provocar, ni dolor que padecer. Estaba empezando a hacer lo que todos denominaban “pasar página”.

Sorprendentemente vivir con Erika resultó ser distinto a lo que creía. Yo pensaba que ella llevaría chicos a casa y sería de salir bastante de fiesta, pero en todos aquellos meses no la había visto más que flirtear con ellos y jamás se llevó a un chico a casa o faltó alguna noche a dormir. Aquello no me pegaba con la idea que yo tenía o me había parecido tener de ella y poco a poco empezaba a creer que Erika era diferente a lo que me había imaginado.

Aquel sábado volví tarde del restaurante y nada más entrar en casa Erika saltó literalmente del sofá al verme, tenía una cara de enfado monumental.

—No te vas a creer quién ha estado aquí hace dos horas. —Por su cara temblé, mis piernas flaquearon ya que solo pude pensar en Alex y era la única persona que venía a mis recuerdos, pero me tranquilicé, era imposible. Aunque mi padre no me hubiera dicho nada de fecha de boda y me hubiera negado rotundamente a mirar la prensa, él debía seguir con Anna la perfecta y mentirosa.

—¿Quién? —pregunté pensando que sería alguno de los chicos pesados que no paraban de pedirle su teléfono constantemente, aunque ella se negara.

—¡Mijaíl Rashid! —gritó casi roja—. ¡Ese petulante y engreído príncipe! Pero ¿Quién se ha creído que es? —comenzó a hablar sola—. Mucho príncipe y mucho título, pero tiene los modales de un gorila.

—¿Mijaíl? —pregunté algo confundida, ¿Qué hacía Mijaíl allí?, ¿Y en aquella casa? No podía ser...

—Si, el príncipe árabe que de príncipe solo tiene el título. —Estupefacta miré a Erika que seguía despotricando sobre Mijaíl y yo aún estaba aturdida.

—Pero ¿qué hacía aquí? —dije al fin tras dejar el bolso sobre la mesa.

—Pues quería verte al parecer —respondió cruzándose de brazos.

—¿A mí? —Volví a preguntar igual de estupefacta.

—A mi desde luego que no, poco le faltó para tratarme de chacha —dijo con dolor en sus palabras y comprendí que algo había pasado.

En ese momento parpadeé, ¿Hablábamos del mismo Mijaíl que era demasiado caballeroso y educado?

—¿Cómo? —seguía sin creer que Mijaíl hubiera estado allí. Pero ¿cómo me había encontrado?

—El muy imbécil llamó a la puerta y yo le reconocí cuando abrí. Le sonreí como le sonrío a todo el mundo y me preguntó dónde estabas. Le advertí que no te encontrabas allí y no me creyó, así que literalmente entró en casa sin permiso.

—¿En serio? —pregunté incluso en parte divertida.

—Y tan en serio, como que le dije que narices estaba haciendo entrando sin mi permiso y me dijo que, en lugar de replicar, hiciera algo útil y le sirviera un vaso de agua, puesto que tenía sed mientras se dedicó a mirar por toda la casa para verificar que efectivamente no le había mentado. No contento con eso, cuando fui a darle agua del grifo, me soltó con su voz petulante que si no tenía agua embotellada fuera a comprarla, que él esperaría sentado.

—¿Y qué hiciste? —dije riéndome a esas alturas.

—Le dije que le iba a servir el vaso de agua su madre y que se largara —respondió seriamente cruzándose de brazos, pero con los labios fruncidos de ira.

—Tampoco ha sido para tanto, no entiendo a qué viene tu enfado.

—¿Te parece normal que para empezar ni tan siquiera se presentara o dijera puedo pasar? Y encima me manda a comprar agua como si fuera su criada,

¡Fue un borde! Me acusó de querer coquetear con él, ¡Yo! —gritó.

—Creo que esa parte se te ha olvidado contármela —añadí tratando de no reírme ante la situación.

—Cuando le dije que se largara me dijo que encantado, que él no estaba allí para perder el tiempo con jóvenes que solo querían coquetear con él.

—¿De dónde se sacó que querías coquetear con él? —dije confundida.

—De su ego infinito... porque te aseguro que le sonreí por cortesía —gimió.

—¿Tu no me dijiste que estaba buenísimo en su día? —pregunté mientras me sentaba en la silla tratando de asimilar la información.

—Eso es porque no lo había visto de cerca —respondió rápidamente.

—Ya... claro...—dije mientras cogía el bolso.

—¡Te aseguro que es un cretino! —gritó.

Nunca había visto así a Erika, y lo cierto era que resultaba divertido al mismo tiempo que sorprendente.

—Bueno, estoy demasiado cansada como para pensar en Mijaíl, tal vez al ver que no estaba ni vuelta —dije cogiendo de nuevo el bolso y encaminándome hacia la escalera.

Había cambiado de número de teléfono al comprar una tarjeta estadounidense por lo que nadie tenía ese teléfono y el anterior no lo usaba, aunque lo conservaba hasta volver de nuevo a Londres. ¿Tal vez Mijaíl había intentado ponerse en contacto conmigo? La idea de meter la tarjeta en el terminal me pasó por la cabeza, pero estaba tan cansada que desistí, probablemente Mijaíl no volviera.

Pero estaba equivocada, a las nueve de la mañana del sábado el timbre de

casa sonó, despertándonos tanto a Erika como a mí que ambas salimos al pasillo preguntándonos quien sería a aquellas horas.

Bajé con el pijama y la cara somnolienta a abrir la puerta y allí estaba él, vestido impecablemente esperando pacientemente.

—Mijaíl —susurré al verle.

Él me miró con aquellos ojos verdes y sonrisa blanca de anuncio de pasta dental.

—Al fin te encuentro, Jasmine —contestó sin perder la sonrisa.

—Son las nueve de la mañana de un maldito sábado, ¡Vete y vuelve más tarde en todo caso! —escuché la voz de Erika detrás de mí y después como cerraba de un portazo.

—¿Pero qué haces? —dije estupefacta.

—Si no tiene modales no es mi problema —contestó dejándose caer en la puerta cruzada de brazos mientras la observaba con su pantalón de pijama de rayas blanco y rosa y una camiseta que no tenía nada que ver de heavy metal.

En ese momento prorrumpí a carcajadas por la cara que debía tener Mijaíl en esos momentos.

—¡Sigo aquí! —le escuché decir al otro lado de la puerta.

Erika me fulminó con la mirada y yo intenté controlar mi risa, nunca había visto a Erika así de furiosa, intuí que tenía que haber pasado algo más de lo que me había contado, pero no iba a preguntarle.

—Déjame al menos saber que quiere y le diré que se marche —susurré en voz baja a Erika mientras ella se hacía a un lado de la puerta y yo habría lo suficiente para asomarme.

—Lo siento —le dije nada más abrir.

—¡Yo no!, ¡Me has fastidiado el sueño! —gritó la voz de Erika mientras la escuchaba subir de nuevo la escalera dando zapatazos para que se la escuchara.

—Tiene muy mal despertar —mentí para excusarla.

Noté como Mijaíl quería decir algo, pero se aguantaba las ganas de hacerlo.

—Suerte que tu no lo tengas, estuve ayer aquí, aunque tal vez tu compañera no te lo habrá dicho.

—Me lo dijo, pero no tenía tu número, ¿Cómo me has encontrado? —le pregunté curiosa.

—Te busqué en tu Universidad y allí averigüé que estabas aquí de intercambio. Me ha costado localizar la ubicación exacta de tu residencia, pero mi personal dio contigo hace unas semanas, solo que no podía venir antes por trabajo.

—¿Y para qué tanto interés? Pensé que las cosas se quedaron claras en Dubái.

No sé si fue mi repentina respuesta, pero Mijaíl pareció sorprenderse por mi contestación.

—Bueno... leí la prensa, supe que D'Angelo ya no suponía un muro entre nosotros y pensé que podría tener una oportunidad.

Suspiré, al menos Mijaíl estaba demostrando mucho más interés en mi de lo que Alex había hecho en toda nuestra “relación”.

—¿Has venido hasta aquí solo para verme? —pregunté directamente.

—Si —respondió mirándome fijamente.

—Seré sincera contigo Mijaíl... yo no creo que...

—Si te hace sentir mejor, también tenía que asistir a una gala de inauguración y de la que deseo que me acompañes puesto que no he traído a mi hermana, con la esperanza de ir contigo. Debo asistir acompañado.

—¿Una gala? —Eso me traía demasiados recuerdos.

—Te enviaré un vestido —comentó despreocupadamente.

—Está bien —confirmé. Después de todo había ido hasta allí para buscarme, mucho más de lo que Alex había hecho y haría.

—Pasaré a buscarte a las ocho —contestó sonriente.

—Está bien —respondí mientras con una sonrisa veía como Mijaíl se marchaba.

En el momento en el que entré en casa y cerré la puerta recorde que yo ese día trabajaba.

—¡Mierda! —pensé mientras subía para insertar la otra tarjeta que tenía apagada y poder avisar a Mijaíl de que no podría asistir. No podía cambiar el turno en el último momento y el restaurante pagaba demasiado bien para jugármela solo por una maldita gala benéfica.

En el momento en el que inserté la tarjeta el teléfono comenzaba a sonar sin parar mientras entraban mensajes sin descanso impidiendo que pudiera usarlo normal.

Cuando por fin dejó de sonar y sorprendiéndome porque no se hubiera bloqueado vi que tenía más de doscientos avisos de llamadas de Alex, no les hice caso y me fui a contactos donde busqué el teléfono de Mijaíl. Justo en el momento en el que iba a pulsar el icono de llamar, la pantalla se iluminó y la foto de Alex con la cabecera Alessandro D'Angelo indicaban que me estaba llamando en esos momentos.

Me puse tan nerviosa que no sabía cómo apagar el teléfono y al final desconecté la batería, no quería seguir viéndolo, pese a lo que creía, aún me dolía y en ese momento era consciente de ello.

—¿Cómo que no puedes avisar a Mijaíl de que no puedes acompañarlo?

—Si enciendo el teléfono Alex recibirá un aviso y me llamará, porque no hay otra explicación para lo que ha ocurrido.

—Pues dale plantón al príncipe. —contestó tan tranquila.

—Él cuenta con que vaya, necesitaba una acompañante.

—Que pague a una, le sobra el dinero.

—Bueno, solo te pido el favor de que cuando llegue, le digas que me ha resultado imposible avisarle porque he perdido su teléfono y que no podía cambiar mi turno en el trabajo.

—Está bien —contestó al fin—. Pero solo lo hago por ver la cara de idiota que se le queda cuando se lo diga.

Rodé los ojos mientras me fui a mi habitación para intentar volver a dormir ya que después iría a trabajar y la jornada sería larga.

Cuando volví aquella noche tardé a casa me sorprendió no ver a Erika por ninguna parte, incluso la llamé, pero no hubo respuesta.

En su lugar encontré una nota sobre mi cama escrita con lápiz de labios que decía algo así.

Hice un pacto con el príncipe diablo, llegaré tarde, no me esperes despierta.

Erika.

No podía ser verdad, ¿Habría asistido Erika con Mijaíl a esa gala? No le di mayor importancia y me acosté, pero antes de dormirme no dejaba de pensar en que me hubiera dicho Alex si hubiera descolgado el teléfono.

Con ese pensamiento cogí el móvil y decidida lo abrí para volver a meter la tarjeta de mi número anterior, justo cuando iba a darle al botón de encender, escuché la puerta de entrada cerrarse y unos tacones que subían.

La visión de Erika en aquel vestido verde era impresionante. Estaba absolutamente preciosa, cuando me vio se cruzó de brazos dejándose caer en el marco de la puerta.

—¿Se puede saber cómo has acabado asistiendo a la fiesta? —pregunté sonriente.

—Fácil, le pedí una suma exorbitada de dinero que pensé que jamás aceptaría y lo hizo sin pestañear —contestó encogiéndose de hombros—. Después no podía negarme o parecería una estúpida y tengo demasiado orgullo.

—¿Y cómo ha ido? —le pregunté.

—Nada que merezca la pena contar —dijo levantándose con los zapatos en la mano— Estoy cansada, te veo mañana.

Aquella actitud en Erika era de lo más extraña pero no le di mayor importancia, en ese momento volví a ver el teléfono que estaba apagado y lo dejé en la mesita mientras apagaba la luz.

«No hablaré con él, no puedo hacerlo...no aún»

Aquella mañana me levanté con dolor de cabeza, por no haber dormido bien, por suerte ese día solo trabajaba al medio día y tendría el resto de la tarde/noche libre para adelantar algunos trabajos.

Me preparé un café bien cargado mientras y cogí una galleta solo para meter algo sólido en el cuerpo antes de tomar una aspirina para el dolor de cabeza que estaba segura no se me iría por la falta de sueño.

En un par de horas comenzaría a prepararme para ir a trabajar. Erika aún no se había levantado, pero era demasiado temprano para ella, me seguía sorprendiendo su actitud, con lo abierta y expresiva que siempre era, parecía ocultar algo respecto a Mijaíl, aunque sinceramente, bastante preocupación tenía ya como para insistir en porqué le caía tan mal. No era que dudara de ella, pero me extrañaba que Mijaíl se portara así con mi mejor amiga, era demasiado impropio de él o al menos de lo que conocía de él.

Mientras le daba pequeños sorbos al café que hacía que me fuese despertando, movía dándole vueltas al teléfono con la otra mano, no queriendo hacerlo, pero pensando sin poder evitarlo lo que Alex me hubiera dicho si hubiera respondido.

Pensé en la hora que sería allí, realmente eran cinco horas después por lo que Alex perfectamente podría tener el teléfono en la mano, aunque anoche era de madrugada allí y sin embargo él pareció estar despierto.

La curiosidad me pudo y pulsé el botón de encender esperando que me pidiera la clave de acceso de la tarjeta y una vez se la metí, miré la pantalla iluminada nerviosa. No tardaron en llegar algunos avisos de llamadas, el último había sido de Alex hacía dos horas y cuando fui a marcarlo para eliminarlo su nombre volvió a aparecer junto a su foto en una llamada entrante.

Me levanté sin dejar de observar la pantalla ¿Qué debía hacer?, ¿Responder?, ¿Colgar? Era consciente de que si lo había encendido era precisamente porque necesitaba saber que me quería decir así que deslicé mi dedo por la pantalla y me lo llevé al oído.

—Si —dije en un tono de voz suave.

—Jasmine —Su tono de voz era anhelante, al menos así lo sentí—. Te fuiste —dijo en el mismo tono.

Guardé silencio porque no sabía que responder.

—Dime donde estas, iré a buscarte y hablaremos.

—Me fui lejos Alessandro —contesté en el tono más formal que pude.

—Necesito verte pequeña flor, dime donde estas. —Nunca había escuchado a Alex así.

—Si me fui, te recuerdo que fue porque tú así lo quisiste. No te diré dónde estoy, ni quiero que vuelvas a llamarme, que seas feliz con Anna, pero olvídate de mí.

—¡No!, ¡Jasmine!, ¡Escúchame! —colgué.

No quería escucharle, no quería volver a caer en su juego otra vez, volver a enamorarme, aunque nunca había dejado de estarlo y sabía que jamás dejaría de hacerlo por más tiempo que pasase.

—¿Quién era? —preguntó Erika haciendo que de pronto fuera consciente del presente en el que estaba.

—Alex —contesté mientras me levantaba como un autómatas para dejar la taza en el fregadero y me apoyaba con ambas manos en éste para estirarme mientras respiraba profundamente.

«La vida continua, sigue como hasta ahora, tú puedes Jasmine, tú puedes» Me repetí mentalmente.

—¿Estás bien? —Me preguntó Erika bajando del todo envuelta en su bata de algodón rosa.

—Perfectamente. —Sonreí fingidamente—. Tengo que irme a trabajar —contesté rápidamente.

—¡Con la cantidad de dinero que me dará el príncipe diablo no necesitas trabajar! —me gritó mientras subía las escaleras.

—Créeme, no lo hago solo por dinero —contesté con franqueza.

—Vas a caer enferma a este ritmo Jas —afirmó la pelirroja.

—No lo haré —afirmé.

Dos semanas fue lo que tardó Mijaíl en volver a aparecer por casa para invitarme de nuevo a salir y esta vez, asegurándose de que le diera mi nuevo teléfono el cual había sido imposible de localizar.

—Ese tipo me cae mal —me decía Erika despotricando sobre Mijaíl mientras yo me terminaba de arreglar.

—Creo que empezasteis con mal pie, si le conocieras no te caería mal, Mijaíl es demasiado atento.

—Uy si, super atento. —Ironizó mientras devoraba el bol de palomitas.

—¿Quieres venir? —le pregunté de pronto. No sabía por qué me sentía incomoda saliendo a solas con Mijaíl, había aceptado por compromiso del plantón que le di en la anterior ocasión pero francamente no me apetecía en absoluto salir con él, pero ni con él ni con ningún hombre.

—No gracias, arruinaría vuestra magnífica velada y vomitaría azúcar.

—¿A ti te gusta Mijaíl? —pregunté de pronto.

—¿Estás loca?, si le detesto con todas mis fuerzas, es un petulante, creído y manipulador y me cae peor porque tú no te das cuenta.

—No voy a casarme con él, solo me siento culpable por darle plantón.

—La cuestión es que dudo que él piense lo mismo.

No pude evitar fijarme durante toda la noche en la actitud de Mijaíl, intentar ver lo que Erika veía en él pero era demasiado atento, demasiado agradable tanto que me sentí entre algodones y querida por unas horas.

—Quería regalarte esto. —Vi la cajita que me ofrecía entre sus dedos y le miré extrañada.

—No es mi cumpleaños —dije de pronto provocando que él riera.

—Solo es una muestra del aprecio que te tengo.

Tomé la cajita y cuando la abrí vi un anillo precioso de circonitas blancas y en el medio de color verdes.

—Me recordó a tus ojos cuando lo vi.

—Es precioso... no sé qué decir —Por no decir que nunca me habían regalado una joya así.

—Sólo póntelo. —Sonrió mientras lo sacó de la caja y me lo ponía en el dedo anular.

—Jasmine, ¿Podrías considerar la posibilidad de intentar algo entre nosotros? No tienes por qué darme una respuesta ahora, pero prométeme que lo pensarás.

No me pedía una respuesta, pero sí pensarlo... Mijaíl siempre había sido muy considerado conmigo, ciertamente demasiado si me paraba a pensarlo.

—Lo pensaré —dije sonriendo por agradecerle cuando vi que él se acercó y me dio un beso en la mejilla demasiado cerca de la comisura de los labios.

—Gracias —me susurró al oído.

Me sorprendió que no intentara besarme, fue demasiado correcto toda la velada y aquello me dio seguridad. El valor que en aquel momento necesitaba para confiar en él.

Erika había salido con unos amigos aquella noche así que debí estar en el quinto sueño para cuando ella volvió de madrugada y no le pude contar nada, estaba desayunando tranquilamente esperando a que se levantara cuando el teléfono comenzó a vibrar, lo miré y era mi padre. Solía llamarme los sábados o domingos cuando aquí era por la mañana porque sabía que no trabajaba puesto que entre semana con las clases era imposible.

—¡Hola papá! —contesté algo animada mientras le daba un sorbo al café.

—Jasmine, hija —comenzó a decir mi padre haciendo una pausa—. ¿Me puedes explicar porque apareces en el periódico que leo cada mañana junto a un príncipe árabe, anunciando que te casas?

En ese momento el café salió de mi boca disparado como una fuente y casi me atraganto por ello.

—¿Qué? —exclamé cuando al fin pude recuperar el aliento.

—Bueno, obviamente eres tú y te está regalando un anillo y dice claramente tu

nombre.

—No puede ser. —Susurré poniendo una mano en mi frente mientras corría literalmente hasta el sofá donde estaba siempre el ordenador de Erika por medio y lo encendí.

En ese momento noté el tono de parsimonia de mi padre y alcé una ceja.

—No te lo creíste, ¿verdad? —pregunté.

—Tuve la esperanza de que de ser real me enteraría por ti antes que, por un periódico, pero decidí llamarte para comprobarlo.

—Bueno, pues ya te confirmo que es falso, sí, me regalo un anillo, pero no me pidió matrimonio ni me voy a casar con él.

—¿Es tu novio? —preguntó para mi sorpresa sin un atisbo de recriminación o estupefacción.

—¡Papá! —grité, en mi vida había hablado sobre chicos con mi padre.

—Bueno... es por saber si debo comprarme un traje cuando me lo presentes.

—¿Dónde está tu discurso sobre que lo importante son mis estudios y que los chicos vendrán después? —exclamé esperando que fuera eso lo que me dijera.

—Sé que para ti tu carrera será lo más importante, me lo has demostrado hasta el día de hoy y nunca he tenido ni tan siquiera que advertírtelo, pero entiendo que salgas con chicos, es lo normal a tu edad.

—Papá... ¿Has fumado algo? —dije totalmente sorprendida.

—No, ¿Por qué lo dices? —respondió con la misma calma haciéndome pensar que sí se había fumado algo.

—Porque estás extraño, más extraño de lo normal —añadí teniendo en cuenta que mi padre muy normal no es que fuese.

—Bueno... había algo que te quería contar ya que estamos —anunció de pronto.

No sé por qué, sabía que eso que quería decirme debía ser la razón del porqué mi padre actuaba así.

—¿De qué se trata? —Solo esperaba que no me dijera que había descubierto la soja producía cáncer.

—Estoy saliendo con una mujer —soltó de pronto.

En el fondo me alegraba, ya era hora de que empezara a superar la muerte de mamá.

—¿Sí? Me alegro mucho papá, no me gusta que estés tan solo.

—¿No estás enfadada? —preguntó algo extrañado.

—¿Por qué debería estarlo? —pregunté tecleando en el ordenador mi nombre y el de Mijaíl en Google.

—Bueno, pues por tu madre... ya sabes —dijo arrastrando las palabras.

—Papá, creo que yo superé la muerte de mamá mucho antes de que tú lo hicieras, debías haber rehecho tu vida hace algunos años, pero nunca es tarde. Me alegro de que al fin empieces a hacerlo —le advertí.

—Seguro que Laila te caerá bien —respondió al tiempo que veía las imágenes que anunciaban boda en las portadas de varias revistas, ¡Mierda! La foto de Mijaíl y yo en el restaurante mientras me ponía el anillo se veía en todas, ¿Pero qué mierdas...?

—Papá te tengo que dejar, y olvídate de lo del periódico, soy demasiado joven para casarme todavía —advertí por si las moscas.

—Bueno, quizá sea un poco mayor para ti, pero es un príncipe...

—Papá, olvídate. —Le corté mientras le colgaba, necesitaba llamar a Mijaíl de inmediato.

Al tercer tono contestó

—Lo sé, lo he visto —me dijo antes de que yo hablara—. Lo siento mucho, ahora tengo a todo el mundo llamándome y a mi familia acosándome, te llamo luego, voy a ver como soluciono esto. —Me quedé con la palabra en la boca, ¿Y yo que hacía ahora?

Me recosté sobre la silla viendo la foto de Mijaíl y yo, realmente parecía que me estaba pidiendo matrimonio en la foto colocándome aquel precioso anillo. En ese momento pensé que si mi padre lo había visto... ¡Alex!

—Ay Dios...—gemí. Aunque no debería importarme, si él se había quedado con Anna la infernal y su falso embarazo significaba que yo le importaba bien poco.

POV

Alessandro D'Angelo

—Me ha colgado —suspiré—. ¡Maldita sea! —grité estrellando el teléfono contra la pared y cuando quise darme cuenta era demasiado tarde para volver a llamar, me lo había cargado.

—¡Mierda! —Maldije aporreando la mesa de la encimera en la que me encontraba. Llevaba pegado a ese maldito teléfono desde que eché a Anna a patadas de mi casa.

¿Por qué no la creí cuando vino a mi oficina? Porque fui un estúpido que pensó que Anna jamás podría mentirme con algo así, hacía años que establecía acuerdos con modelos o actrices que querían dar un empujón a su carrera. En ellos las condiciones estaban claras para ambos, ellas fingían ser mi pareja y me acompañaban a los actos sociales que requerían de acompañamiento y a cambio recibían fama y dinero para lograr lo que deseaban. Anna no fue una excepción, salvo porque aceptó de buen agrado que me acostara con ella por

una cifra superior.

Era consciente de que siempre había sido una interesada, pero desde el minuto uno habló de que ella no deseaba tener hijos porque solo podrían suponer la ruina de su carrera, ¿Tan malo fue pensar que me resultaba imposible que alguien tan interesado como Anna mintiera en ese aspecto? Pero evidentemente lo era y ni tan siquiera lo puse en duda cuando intentó meterse en mi cama en varias ocasiones enviándola literalmente a la suya. Por primera vez no quería tener sexo con otra mujer y eso lejos de ser normal en mí hacía que no dejara de pensar que todo era debido a mi pequeña flor. La quería solo a ella en mi cama.

La llamé incontables veces cuando volví a casa y vi su nota. Pensé que solo sería un arrebató espontáneo por la discusión y volvería a las horas, —iluso de mí—, pensé realmente que lo haría, pero conforme pasaron las horas, comprobé que no lo haría y me desesperé. No sabía poner nombre a lo que comenzaba a ahondarse en mi interior, provocando que quisiera encontrarla para traerla de nuevo a casa. Fui a buscarla a su Universidad, a la biblioteca y finalmente en mi desesperación a la casa de mi hermano donde creí poder encontrarla puesto que no la hallé en ninguna parte, era como si la tierra se la hubiera tragado, cuanto más la buscaba, deseaba y anhelaba, más lejos la encontraba.

Aunque Andrew me dijera que Jasmine estaba bien viviendo en casa de una amiga, no podía dejar de pensar en ella mientras que evitaba estar en casa el mayor tiempo posible, detestando cada vez que Anna comenzaba con aquellos abrazos espontáneos o intentos vagos de meterse en mi cama en las primeras semanas.

Tampoco me agradó el anuncio en la prensa de mi supuesta boda, la cual no pude desmentir, ni confirmar por no generar mala prensa y de la que Anna

fingió que debieron malinterpretarse sus palabras. Llegados a ese punto no me importaba nada puesto que no era capaz de sentir nada, lo único que sentía lo había alejado de mí mismo por mi terquedad y no sabía cómo traerla de vuelta.

Comencé a hacer bastantes viajes frecuentemente para no pasar tiempo en casa cerca de Anna y al quinto mes descubrí que el supuesto embarazo era completamente falso. Cuando volví un día y la encontré con otro hombre en el sofá de mi propia casa medio desnuda, descubrí que había tenido la desfachatez de llevar un simulador en su vientre haciendo creer a todo el mundo que el embarazo era real —incluso a mí mismo—, cuando en aquellos momentos contemplé que su abdomen estaba más plano que una tabla de planchar.

Desde entonces me había maldecido una y otra vez por no creerla, por ser un completo imbécil de ni siquiera plantear la posibilidad de confiar en su palabra. Había alejado de mí lo único bueno que había tenido en mi vida. Ella me quería, sé que lo hacía y en el fondo, siempre lo había sabido por cómo me miraba con aquellos insólitos ojos verdes que me volvían completamente loco.

No quería hacerle daño, me prometí a mí mismo que no se lo haría y sé que la dañé. Dañaba todo cuanto tocaba... supe que no la merecía y aun así la tomé por egoísta, porque no me pude controlar cuando descubrí en la mujer que se había convertido y en lo que ella podía provocar en mí.

No sabía dónde encontrarla, Andrew solo fue muy evasivo con las respuestas de que se había ido de intercambio con la Universidad. A punto estuve de contratar a un detective privado para encontrarla, pero ¿Qué podía decirle?, ¿Qué tenía razón?, ¿Qué fui un imbécil por no creerla?, ¿Qué la echaba infinitamente de menos?

La echaba de menos... ¡Joder!, ¡Sentía algo por ella y no solo eran celos! Tenía que encontrarla, tenía que hacerlo para confesarle que ella estaba consiguiendo cambiar algo en mí.

Había pasado un día desde que escuché su voz y había tomado la decisión de encontrarla. Aunque ella no quisiera verme, ni saber de mí, debía, necesitaba hacerlo.

Escuché como llamaban a la puerta, probablemente fuera el conserje con la prensa que le encargaba traer cada mañana.

Cogí el periódico y algunas revistas, no me fiaba de que Anna pudiera intentar hacer negocio dando alguna exclusiva, aunque a estas alturas todo el mundo sabría que el embarazo fue falso, tal vez fingiese haberlo perdido, pero a mí me daba absolutamente igual lo que hiciera mientras no afectase a mi nombre o a mi reputación con la empresa.

Había tomado precauciones y sobornado a casi todas las revistas de renombre para que no publicasen ningún artículo sin mi consentimiento, pero lo que no esperaba encontrarme en primera plana aquella mañana era a ella, a mi pequeña flor con él, con el imbécil de Rashid.

No supe definir lo que sentí en ese momento, pero quería matar a alguien y antes de darme cuenta tenía el papel arrugado en mi mano.

—Mataré a Rashid —susurré mientras me quitaba la corbata y la tiraba al aire ya que me estaba asfixiando. Iba a ver a Andrew y más le valía decirme donde puñetas estaba su hija o quemaría medio mundo para encontrarla, pero por encima de mi cadáver iba a permitir que se celebrara esa boda. Ella era mía, únicamente mía... el instinto de posesividad se arraigó tan dentro de mí, que en aquel momento supe que movería cielo y tierra si era necesario por ella.

—¡Genial! —dije en voz alta—. ¿Y ahora que se supone que tengo que hacer?
—gemí mientras seguía viendo las fotos en la pantalla y cerraba de un golpe el ordenador de frustración.

—¡Ey! —escuché el grito de Erika—. ¡Que es un mac pro! —me gritó llegando hasta la mesa y viendo que el ordenador estaba sano y salvo. Lo cierto es que para sus “chismes” Erika era demasiado “tiquismiquis” aunque me dejase usarlos o los tuviera siempre por medio en cualquier parte.

—Perdona —susurré—. Es que me superaba —suspiré cogiendo aire.

—¿Tan grave es? —dijo mientras abría la pantalla y el contenido le aparecía.

Me quedé observando su cara, parecía no dar crédito a lo que veía.

—No es verdad —dije sabiendo lo que me iba a preguntar.

—¿Y entonces por qué te está colocando un anillo el príncipe maldito? —me preguntó cruzándose de brazos.

—Me regaló un anillo, sí, pero no me propuso matrimonio ni nada parecido.

—¿Entonces vas a desmentirlo? —preguntó tranquilamente No sé porque me parecía que se lo estaba tomando incluso mejor que yo.

—Por supuesto que sí, no me pienso casar con Mijaíl solo porque lo dicen un par de revistas.

—Creo que eran más que un par —confirmó Erika.

En ese momento mi teléfono comenzó a sonar, era Mijaíl.

—Dime —contesté rápidamente mientras me levantaba.

—Lamento no poder haber hablado antes contigo, pero tenía que solucionar varias llamadas importantes —contestó rápidamente.

—¿Qué vas a hacer? No sé cómo funcionan estas cosas, pero supongo que de alguna forma se podrá desmentir, emitir un comunicado o que se yo.

—No es tan sencillo —me contestó.

—¿Cómo que no es tan sencillo?, ¿Es que vamos a dejar que la gente piense que estamos comprometidos? —pregunté alterada.

—Lo cierto es que no he podido decirle a mi familia que el anuncio era falso —contestó tan sereno que me dieron ganas de abofetearlo.

—¿Qué? —exclamé atónita.

—Creen que es cierto —volvió a decir.

—Espera, espera, espera. ¿Me estás diciendo que tu familia piensa que habrá una boda? —pregunté estupefacta.

—Sí.

—¿Sí?, ¡Cómo que sí! —grité indignada.

—Tranquila, solo será momentáneo, pero necesito que vengas para aclararlo

con mi familia.

—¿Ir a donde, Mijaíl? —Soné histérica, ¿Conocer a la familia de Mijaíl? Si claro, para decir, ¡Hola, soy Jasmine y no voy a casarme con su hijo!

—A Dubái.

—No, no... no me puedes hacer eso —dije contrariada.

—Jasmine, mi familia lleva presionándome para elija a mi primera esposa desde hace bastante tiempo, no puedo simplemente decirles que no es así cuando creen que al fin he encontrado a mi primera esposa —Lo dijo con tal convencimiento que me dio nostalgia, recordé la conversación sobre la importancia de la primera esposa para él y bufé porque sabía que al final iría... si quería que aquel embrollo se arreglara terminaría por ir.

—Está bien, iré. Pero les dirás que todo fue malinterpretado y que tú y yo no vamos a casarnos —le advertí firmemente.

—Gracias Jasmine, no sabes cuánto te lo agradezco. Te recogeré mañana —contestó de pronto.

—¿Tan pronto? —exclamé— Tengo clases, trabajo...—comencé a decir.

—Te recompensaré por todo este lío —Me dijo como si el dinero fuera la solución a todo, también a las clases perdidas.

—No quiero ninguna compensación, solo quiero que mi nombre desaparezca de la prensa —dije sincera y tras concretar la hora colgué.

—Así que vas a ir a Dubái, a conocer a su familia —ironizó Erika.

—No es lo que parece —le dije seriamente.

—No, no... claro que no lo es...—volvió a ironizar.

—Sé que te cae mal, pero no voy a casarme con él, no le quiero —afirmé.

—Eso lo sé, pero del que no me fio es de él —me aclaró.

—¿A qué te refieres? —pregunté con una ceja en el alto.

—¡Vamos Jas!, ¡Ni que te hubieras caído de un chaparro! Te ha perseguido hasta aquí sin decirle donde estabas como un acosador, actúa de una forma de lo más suave cuando te aseguro que él no es así y encima, te invita a cenar y casualmente te regala un anillo que ¡Oh sorpresa! Sales en la prensa justo a la mañana siguiente... ¿De verdad sigue sin parecerte extraño?

Vale, visto así puede parecer extraño, pensé.

—Ten cuidado, Jas. —me insistió.

Aquella noche no concilié bien el sueño, pensando que, de alguna forma, se estaba tejiendo una red de telaraña a mi alrededor en la que me atraparía y asfixiaría, pero no podía hacer nada. Así que antes de darme cuenta ya estaba montada en un avión privado y con un príncipe árabe a mi lado que estaba demasiado sonriente a pesar de la situación y eso me hizo ahondar aún más en la advertencia de Erika.

—¡No puedo alojarme en tu casa! —exclamé cuando vi la enorme mansión tras pasar las verjas de la entrada y ver que el chofer sacaba mi pequeña maleta.

—Es una casa enorme, no vamos a dormir en la misma habitación. No te asustes, además, mi padre es bastante tradicional en ese sentido.

—¿Y si es tan tradicional como se ha tomado tan bien que te quieras casar con una extranjera? —Había investigado un poco sobre su cultura, aunque a rasgos generales sabía que solían ser bastante selectivos y machistas pese a que Mijaíl nunca me dio esa sensación y Rachel no me había parecido para nada estar cohibida en ningún sentido.

—Te dije que desean que tome a mi primera esposa desde hace tiempo — contestó por toda respuesta y me extrañó.

—Aun así no me parece bien quedarme aquí, es demasiado personal teniendo en cuenta que nada de esto es cierto —insistí.

—No pasará nada —dijo sonriente y en ese momento me sentí aún más intranquila.

—¿Cuántas esposas tiene tu padre? —pregunté de pronto.

—Cuatro.

—¿Y viven todas aquí?

—Si, la única que falleció fue mi madre, era su primera esposa.

—Vaya...lo siento.

—No pasa nada, fue hace unos años.

Me sentí en cierta forma identificada con Mijaíl, al haber perdido a mi madre muy joven aunque él no hubiera especificado la edad.

En ese momento apareció Rachel dándonos la bienvenida, dentro de lo que cabe había un rostro conocido con el que me llevaba relativamente bien.

—¡Os estábamos esperando! —exclamó alegre mientras me abrazaba a mí antes que a su propio hermano.

Escuché como le decía algo totalmente incoherente para mí, porque hablaron en árabe, a lo que él sonreía y después me miraba. En ese momento Rachel también me miró y sonrió.

—Vamos, Jasmine. Todos están deseando conocerte.

En ese instante quise desaparecer, ¿Dónde diantres me había metido? Cuando

vi la enorme familia de Mijaíl quise morir de vergüenza, ¿Cómo iba a decirles a todos que no me pensaba casar con él?, ¿Qué todo era pura falsedad y malinterpretación de los hechos?

Allí no solo estaban para conocerme el padre y la familia más íntima de Mijaíl, sino todo un abanico de primos, tíos, hermanos, sobrinos... muchos de ellos incluso casados siendo más jóvenes que él, de hecho, había varias mujeres que no dejaban de observarme detenidamente. Rachel me había comunicado que eran primas tuyas, pero no entendían por qué me miraban de aquella forma, era como si me considerasen una rival.

Una mujer mayor se acercó a mí y me cogió la mano sin que me diera cuenta diciéndome algo que no entendí.

—¿Qué ha dicho? —pregunté, ya que, por suerte para mí, muchos hablaban inglés salvo los más mayores como en este caso la anciana.

—Mi abuela dice que tengo muy buen gusto y que eres muy bella. —Sonrió Mijaíl acercándose a mí y respondiéndole algo a la mujer mayor.

—¿Es tu abuela? —dije sonriente.

—Si, es la madre de mi padre —confirmó Mijaíl.

—Encantada de conocerla señora —respondí aun sabiendo que no me entendería.

Todos parecían demasiado felices con la noticia de la próxima boda y yo no dejaba de preguntarme porque razón me aceptaban de tan buen agrado, ¿De verdad aceptaban a una extranjera que desconocía completamente su cultura y además provenía de un lugar sin privilegios? No era el concepto que tenía de ellos, pero quizá eran más liberales de lo que pensaba y después estaba el hecho de lo que en su día el propio Mijaíl me dijo, los matrimonios servían

para crear alianzas, ¿Qué alianza iba yo a aportar a aquel matrimonio si no poseía ni un solo céntimo de libra?

La comida era realmente deliciosa a pesar de que la situación hiciera que no la disfrutase como debiera, en cierto momento me sentí incomoda engañando a aquella gente, por un instante quise incluso sentir algo por Mijaíl para no parecer tan culpable pero no lo sentía, yo no podía forzar algo que no nacía desde dentro. Le miré un momento y tenía que reconocer que podía sentir cierta empatía con Mijaíl, tal vez por la forma que siempre había tenido de tratarme, todo un caballero, paciente y amable, pero nada que no fuera más allá que una muy buena amistad, aunque él sintiera otra cosa.

Agradecí que no fuera él sino Rachel quien me acompañara a mi habitación puesto que Mijaíl estaba reunido con su padre y sus tíos en una reunión privada.

Observé la enorme habitación, era preciosa y tomé una ducha antes de colocarme el pijama e intentar dormir. A pesar de las horas del viaje, de todo lo ocurrido, no podía conciliar el sueño, seguía sintiéndome culpable por engañar a aquella gente y me dije a mi misma que al día siguiente le dejaría las cosas bien claras a Mijaíl.

Decidí ir a la cocina a tomar un vaso de leche caliente o algo que aplacara ese malestar que sentía constantemente, iba descalza, se me había olvidado llevar un calzado para dormir puesto que no pensé salir de la habitación, estaba llegando a la que era la cocina cuando escuché las voces que evidentemente no entendía, pero aun así me acerqué hasta que escuché la que sin duda era la voz de Mijaíl y de Rachel.

«Ojalá supiera entender el idioma» Pensé escuchando la conversación acalorada que provenía de lo que parecía ser una biblioteca si no recordaba mal el breve recorrido que me hizo Rachel por la casa antes de llevarme a la

habitación.

Cuando escuché pasos me alejé y me metí en la primera puerta que encontré para no ser descubierta. Estaba a oscuras, ni siquiera sabía dónde me había metido así que busqué a tientas la luz y cuando al fin encontré el interruptor, todo se iluminó en unos segundos. Estaba en una sala bastante grande que parecía un mausoleo con algunos retratos colgados en la pared y al fondo varias estatuillas de piedra esculpida. Fui avanzando fijándome en que todos los retratos eran de mujer, la mayoría llevaba un velo que cubría parcial o totalmente su cabello, había algo en esas mujeres que me transmitía cierta nostalgia, cuando llegué al décimo retrato mi cuerpo se congeló completamente, quizás sentí que la respiración me faltaba y todo daba vueltas a mi alrededor. No podía ser...

—¡Jasmine! —escuché el grito de Mijaíl de fondo, pero en ese momento no podía apartar los ojos de aquel retrato, ¿Por qué demonios había un retrato de mi madre allí colgado?

—No es lo que parece —escuché que decía mientras sentía sus pasos acercarse.

¿No era lo que parecía?, ¡Mi madre estaba allí!, ¡Era su foto! Bien era cierto que era una foto de su juventud porque parecía bastante joven, pero era sin duda mi madre. Había visto infinidad de veces sus fotos en el álbum de recuerdos que mi padre conservaba como oro en paño. ¿Qué hacía mi madre colgada en esa pared?

—¿Y qué es lo que parece? —pregunté de pronto atreviéndome a mirarle.

—No deberías haberte enterado así. No era ese el planteamiento —alegó rápidamente.

—¿Es que todo esto era un planteamiento?, ¡Quiero saber que está pasando

aquí! —grité furiosa.

—Está bien... de todos modos después de esto tendré que contártelo. —Le noté alterado, pero me importaba un bledo, necesitaba saber de qué iba todo aquello y sobre todo porque diablos estaba allí la foto de mi madre.

—Aasiyah Rashid fue la única hija que tuvo mi abuelo y fue la última en nacer.

—¿Qué tiene que ver esa mujer con mi madre? —exclamé de pronto.

—Aasiyah Rashid es la mujer del retrato, ella es tu madre y tú en realidad, eres mi prima.

—¿Qué? —exclamé confundida.

—Mi madre es inglesa, de Escocia y te aseguro que no se llama Aasiyah —respondí tajante.

Escuché como Mijaíl respiraba profundamente.

—Aasiyah huyó a los dieciséis años, cuando mi abuelo la obligó a casarse con un hombre mayor que ella. No supimos de su paradero hasta muchos años después, cuando ya era demasiado tarde y ella estaba en la fase terminal de su enfermedad. Había cambiado de nombre, de vida e incluso tenía una falsa familia para que no la pudiéramos encontrar. Mi padre trató de ayudarla, pero no se pudo hacer nada —aseguró mientras me miraba fijamente.

—No puede ser. Mi padre nunca me dijo... —comencé a decir.

—Porque probablemente lo desconozca, de saberlo no se habría endeudado tanto y nos habría solicitado ayuda, al menos es lo que dedujimos, cuando la encontramos ya era muy tarde para poder hacer algo —sentenció.

—No entiendo nada... —susurré confusa.

Mi abuelo murió antes de poder encontrarla y le hizo prometer a mi padre que

restauraría el daño que le causó a su única hija. Llevo escuchando que debo casarme con una de mis primas los últimos quince años... detestaba la idea con todas mis fuerzas y cuando escuché que Aasiyah había tenido una hija, te elegí a ti, aunque jamás te había visto, pero solo lo hice para que me dejaran en paz.

—No me lo puedo creer —gemí conmovida.

—Cuando te vi en aquella gala quedé impresionado por tu belleza, eras mucho más hermosa de lo que pensaba, de hecho, dudé que fueras la misma que la que había visto en fotografías los últimos años, pero eras tu...

—¡Me has engañado todo este tiempo! Y tu familia... ¿Es que pensabas que aceptaría casarme contigo?, ¿Y qué creías que iba a pasar cuando me enterase?, Todo esto... lo del anillo en la cena, la prensa... venir aquí por tu familia, ¡todo era una mera trampa para coaccionarme a que accediera!

—Entiéndeme... —comenzó a decir y ahí entendí que no lo negaba, que todo era cierto.

—Vete a la mierda Mijaíl, tú y tus mentiras. —Ni tan siquiera grité, en esos momentos sentía que toda mi vida se tambaleaba. Mi madre no era mi madre, Mijaíl no era Mijaíl y Alex... bueno Alex era alguien sin sentimientos que me había despojado de su vida.

—Jasmine —escuché los toques de la puerta minutos después de que yo la cerrase con llave y comenzara a meter cosas en la maleta. No contesté.

—Jasmine, por favor, déjame hablar contigo. —Volvió a insistir y cuando metí todas las cosas en la maleta le abrí la puerta.

—Tienes diez minutos —dije seriamente.

—No puedes irte así, es tarde y no habrá vuelos hasta primera hora.

—Tienes un Jet privado, ponlo en marcha —le dije con toda obscenidad.

—Primero déjame decirte algo y luego dejaré que te marches.

—Tú dirás —contesté sabiendo que era la única opción de poder irme, estaba sola en una ciudad que no conocía y sinceramente en esos momentos sentía que mi vida se desmoronaba así que no era una persona demasiado cuerda.

—Te mentí, tienes razón... hice cosas de las que quizá no me sienta satisfecho, pero las hice por un motivo.

—Me importan muy poco tus motivos, Mijaíl. Sea lo que sea lo que te imaginabas que iba a pasar, olvídate. No me voy a casar contigo ni ahora, ni nunca y menos si encima resulta que somos “familia” —Aún no asumía que pudiera ser familia de Mijaíl, ¿Era familia de un príncipe? Vamos... ni en un cuento de hadas sería eso posible. Lo cierto era que ni me planteaba aquello, solamente quería marcharme de allí bien lejos.

—Piénsalo Jasmine, esto será beneficioso para los dos. Yo te dejaré hacer lo que desees, si quieres estudiar, trabajar, te prometo que no me meteré en tu vida.

—¿Pero tú te estás escuchando? —ironicé—. Me estás proponiendo matrimonio como si fuera un contrato de trabajo.

—Para mí es así —dijo como un balde de agua fría—. Yo sufro la presión constante de tener que casarme contigo. Te prometo darte tu espacio si lo necesitas, no volverás a tener jamás problemas económicos, tu posición social será envidiable y te permitiré desarrollar tu carrera si lo desees.

—Visto así como lo planteas, parece que si lo rechazo, soy completamente imbécil, ¿no? —Volví a ironizar aun no creyéndome lo que escuchaba.

—Tú eres la que mejor beneficiada saldrá en esto, Jasmine... sólo piénsalo.

—¿Y qué hay de nosotros? —pregunté

—¿A qué te refieres?

—¿Qué hay del amor?, ¿Del matrimonio?, ¿De la fidelidad? —Le pregunté siendo eso lo fundamental para mí.

—El amor no existe... es solo un cuento, pero tendrás mi respeto y tú serás mi primera esposa, la que me dará los herederos reales.

—¿No eras tú el que decía que quería amor en su primera esposa? —Le pregunté aludiendo a sus propias palabras comprobando todas las mentiras que había argumentado durante todo ese tiempo.

—Tal vez exageré un poco las cosas —contestó algo nervioso.

—Te he escuchado tal y como querías Mijaíl, ahora quiero irme.

—No te puedes ir... ¿Qué voy a decirles?

—Invéntate lo que quieras, pero yo me voy ahora mismo de aquí —dije mientras cogía la maleta que por suerte no pesaba mucho y bajaba las escaleras decidida.

La única nostalgia que tenía al marcharme de allí era que, en el fondo, muy en el fondo, quería quedarme por una razón, si era verdad que mi madre pertenecía a aquella familia, quería saber que infancia tuvo y lo desesperada que tuvo que estar para huir de allí con tan solo dieciséis años para rehacer por completo su vida.

En ese momento leí un grabado que había encima de la puerta de entrada y pude reconocer en él mi nombre, en ese momento tuve un vago recuerdo de niñez donde mi madre lo había dibujado, exactamente igual y me había dicho que aquello representaba mi nombre.

«Era verdad» pensé en ese momento, mi madre era la hija y posteriormente hermana de un califa y ahora el futuro califa, además de ser mi primo pretendía convertirme en su esposa, o más bien tenía que recalcar su primera esposa.

En ese momento caí en la cuenta de cuando me dijo que elegir a su primera esposa era una elección solo suya, ¡Ja! Ni él mismo se creería sus propias palabras... Necesitaba ver a mi padre, necesitaba contarle todo aquello

porque yo misma necesitaba recomponer mi propia vida desde mis orígenes.

—Jasmine —escuché la voz femenina de Rachel y esperé que ella fuera mi salvación.

—Tengo que irme —dije rápidamente—. Por favor, ayúdame —supliqué.

—Lo lamento... yo no estaba a favor de que no te dijeran nada, prefería que supieras la verdad y decidieras por ti misma en lugar de descubrirlo de esta forma.

—Entonces ayúdame. Necesito irme —rogué.

—Está bien —escuchar aquello hizo que mis músculos se relajaran—. Es lo menos que puedo hacer después de todas las sensaciones que debes estar teniendo ahora mismo al saber que tu madre no es quien pensabas que era.

—Aún no puedo creerlo —dije sin pensarlo detenidamente.

—Cuando estés preparada para descubrir tus orígenes, yo te ayudaré. Admiro mucho a tu madre Jasmine. Gracias a ella yo he podido elegir y no tener un matrimonio por conveniencia.

—¿Cómo dices? —pregunté confundida.

—Mi padre eligió esposo para mí, pero yo no le amaba, en realidad siempre quise a otro hombre, pero sabía que padre jamás lo aprobaría porque no es de nuestro círculo social. Cuando me negué a casarme se enfureció al principio porque había dado su palabra, es nuestra costumbre, pero finalmente aceptó que no podía obligarme. Mi abuelo sufrió mucho con la pérdida de su hija y supongo que mi padre no quiso cometer el mismo error que mi abuelo.

—Vaya... no lo sabía.

—Le debo a tu madre ser libre de un hombre que no hubiera amado jamás y

probablemente habría acabado odiando.

—Pero tampoco puedes casarte con el hombre que amas, ¿No es injusto también?

—Quizás no lo pueda tener todo, a veces la vida no es justa —sentenció—. Tienes mi número, llámame si necesitas hablar, yo sé muchas cosas sobre Aasiyah, es decir, tu madre que podrían interesarte.

—Tal vez lo haga, gracias Rachel —dije entrando en el vehículo y escuché que ella le decía al chofer que me llevara al aeropuerto en inglés.

No había insistido en que Mijaíl preparase su Jet privado para mí, era quizá rogar demasiado y no estaba dispuesta a que me saltara con algún argumento para lograr que me quedase. Me sentía engañada y utilizada. Todos, incluida Rachel, —aunque era la única que se hubiera disculpado—, sabían lo que yo representaba allí y aun así, habían evitado decir nada al respecto. Tal vez lo hubieran mencionado en su idioma, probablemente su abuela diría algo sobre mi madre, pero jamás lo habría entendido al no conocer su idioma.

«Eso me pasa por no escuchar a Erika, mira que me lo advirtió» Me dije mientras sacaba el teléfono de camino una vez llegué al aeropuerto y me dirigía a algún lugar donde comprar el primer billete hacia Londres. Iba a costarme una fortuna, de eso estaba segura.

—¡Jas! —contestó al tercer tono.

—Ni te vas a creer lo que ha pasado —dije inmediatamente.

—¡Ni tu tampoco! —exclamó.

—¿Cómo? —gemí.

Mi cabeza no estaba para soportar más drama.

—Alessandro ha estado aquí hace dos horas y se ha marchado como un loco cuando le dije que estabas en Dubái con Mijaíl para conocer a su familia — soltó de golpe.

—¿Qué Alessandro ha estado allí? —exclamé en mitad del aeropuerto que por suerte estaba desierto, pero por el contrario mi voz se escuchó aún más debido al eco de estar vacío.

—Como lo oyes. No me extrañaría que por la forma en la que se fue echando pestes, esté de camino a Dubái en estos momentos.

—No puede ser... —susurré.

—¿Dónde estás que se escucha eco? —preguntó Erika sacándome de mi ensoñación.

—En el aeropuerto. Voy a sacar un billete a Londres, aunque me cueste un riñón y me arruine, pero tengo que largarme de aquí.

—¿Pero por qué no estas con el príncipe infernal?, ¿Ya descubriste que es un sapo disfrazado?

—Mira... en este momento solo quiero llegar a Londres y ver a mi padre — dije sin darle la razón.

—¿A Londres?, ¿Tú padre?, ¿Qué ha hecho ese mal nacido? —exclamó enfadada.

—Mentir todo este tiempo —solté.

—Eso no me sorprende, ¿Pero por qué estás así?, ¿Por qué vuelves a Londres y no aquí? —insistió.

—Porque necesito respuestas. —suspiré— Al parecer mi madre pertenecía a la familia de Mijaíl, ella la hermana menor de su padre, es decir, su tía.

—¿Cómo? —escuché el grito a través del teléfono.

—Si tú estás así, imagina mi reacción cuando lo descubrí hace unos momentos
—dije buscando donde ir, algo que se pareciera a un mostrador.

—Espera, espera, espera... ¿Es posible? Quiero decir, ¿Es posible que sea real?

—No lo sé... su retrato estaba allí y todos parecían demasiado contentos con la idea de que yo contrajera matrimonio con Mijaíl teniendo en cuenta que soy extranjera y no tengo un céntimo. Además... confesó que lleva vigilándome años.

—Es un psicópata!, ¡Tienes que salir de ahí ya! —gritó como loca.

—En ello estoy Erika... ¡Pero no encuentro donde sacar un billete! —exclamé desesperada.

—Voy a comprarte un billete ahora mismo por internet y te lo envío a tu móvil
—dijo rápidamente.

—Erika, no puedo dejar que te... —comencé a decir

—Lo va a pagar el psicópata, no yo. —Me cortó de inmediato.

Pude respirar con tranquilidad cuando me vi sentada en ese avión camino de Londres, cerré los ojos pensando en ese cuadro del retrato de mi madre y los sentimientos afloraban en mi piel. Me imaginaba a mi hace dos años, con la misma edad con la que supuestamente ella debió huir, enfrentándose a un país desconocido, una lengua diferente, dejando todo atrás; familia, amigos, cultura... debió ser demasiado duro hacerlo.

Y después estaba Alex, ¿Había ido hasta allí?, ¿Por qué? Erika decía que estaba enfadado... a él nunca le gustó Mijaíl, quizás ni comprometido con Anna podía soportar verme con el príncipe, pero ¿tanto como para ir a Estados

Unidos? Quería creer que sí, anhelar que yo le importaba más que Anna y su falso hijo. Recordé entonces la forma en la que me trató, sin creerme cuando le confesé que todo era falso y metiendo a esa mujer en casa teniendo una especie de relación conmigo, delante de mis narices.

No iba a permitir que Alex también me manipulara, no iba a casarme con Mijaíl, pero aunque quisiera hacerlo, él no era quién para impedírmelo y menos después de cómo me había tratado. Así que, si él iba a casarse con Anna, podía hacerle creer que yo lo haría con Mijaíl, aunque no fuera verdad, después de todo era lo único que Alex parecía demostrar, aquellos celos que él mismo había admitido sentir por Mijaíl.

Tras varias horas de vuelo y otras tantas de tren, llegué a casa, a mi casa. Ni siquiera sabía qué hora era ni en qué día vivía, pero necesitaba ver a mi padre en ese momento.

No llevaba las llaves, así que llamé al timbre varias veces y como si lo viera venir, no había nadie, así que me senté allí, en los escalones de la puerta a esperar que mi padre volviera de trabajar. No quería llamarlo, si lo hacía probablemente le asustaría, aunque me esperaba que se sorprendiera demasiado al verme allí, puesto que pensaría que estaba al otro lado del océano atlántico.

Casi me estaba quedando dormida cuando escuché los gritos de mi padre llamándome.

—¡Papá! —grité cuando le vi saltando hacia él y abrazándole. Necesitaba saber que él era real, que mis orígenes eran reales.

—Tranquila Jasmine... tranquila, ¿Qué ha pasado? —Y en ese momento lloré todo lo que no había llorado desde que lo supe, mientras mi padre me abrazaba.

—Supongo que lo del anuncio del periódico tendrá algo que ver con esto — dijo mi padre calmadamente y me negué con la cabeza porque no podía hablar.

Empecé a relatarlo atropelladamente entre lágrimas, y tras calmarme intenté hacerlo desde el principio, obviando algunas partes que no tenía por qué saber, como que fui a Dubái primero con Alex.

—¿Dices que el retrato de tu madre estaba allí? —preguntó contrariado.

—Sí, papá. Entre los antepasados de la familia Rashid.

—Yo... no sé qué decirte Jasmine. Tu madre jamás dijo nada al respecto, aunque...

—¿Qué? —exclamé.

—Ella sabía hablar árabe —admitió—. Te hablaba de pequeña en ese idioma y argumentaba que le apasionaba esa lengua, que por eso lo hacía, pero si soy sincero... no lo creí.

—Dios mío papa... mamá era una princesa. —Asumí en ese momento.

—Jasmine —Interrumpió mi padre dos días después, mientras miraba por enésima vez las fotos de aquel álbum.

Todas las fotos de mi madre eran del momento en el que empezó su relación con mi padre. No había fotos de ella de su infancia, aunque sí había algunas de su época en la universidad.

—¿Sí? —respondí automáticamente. Llevaba horas allí encerrada en mi habitación, rodeada de todo lo que me recordaba a ella.

—Entiendo que todo esto debe de trastornarte, pero ya has tenido tiempo para asimilarlo, creo que va siendo hora de que retomes tu vida.

—¿Es que tú no te sientes engañado papa? —le pregunté cerrando el álbum

que había visto por enésima vez aquel día.

—Puede —respondió sin mirarme directamente—. Pero también pienso que tuvo sus motivos para no hacerlo, quizá solo trató de protegernos de su verdadera familia. Sea como sea, ella ya no está y debemos comprender que, si no nos lo dijo, fue porque tuvo sus razones.

Había telefoneado a la familia de mi madre para preguntarles, necesitaba respuestas y finalmente mi “abuela” terminó confesando que era verdad. La habían metido interna en casa para que cuidara de sus hijos, encajó tan bien en su familia que acabó perteneciendo a ella y la consideraron como a una hija. Nunca les había confesado quién era su verdadera familia, sino que había tenido que huir porque la obligarían a casarse. Incluso la apoyaron en sus estudios y fingieron ser su verdadera familia a sus amigos, incluyendo a mi padre para rehacer su vida.

—¿Qué debería hacer papá? —Le pregunté hecha un mar de dudas, ¿Debería tratar de conocer a la verdadera familia de mi madre? Teniendo en cuenta que habían tratado de engañarme para que me casara con Mijaíl, y el peor de todos había sido él.

—Vuelve a la Universidad, sigue con tus estudios y probablemente un día las respuestas que buscas lleguen por sí solas.

—Gracias papá —Me acerqué para abrazarlo.

Lo cierto es que mi padre se había tomado la noticia demasiado bien teniendo en cuenta lo obsesivo que siempre había sido siempre con respecto a mi madre, era increíble que incluso no se hubiera sorprendido, pero tenía razón, ella se había ido y debíamos respetar el hecho de que no hubiera querido contárnoslo.

—Por cierto, tu tío estuvo aquí hace un par de días, no te lo había contado

porque con todo esto se me pasó, pero estaba bastante preocupado por el anuncio ese del periódico en el que anunciaba tu compromiso.

—No le cae bien Mijaíl, pero de todos modos no tiene de qué preocuparse — contesté quitándole hierro al asunto.

—Me alegro de que se preocupe por ti, deberías llamarlo —dijo tocándome el hombro mientras se levantaba.

—Lo haré —dije ganando tiempo.

¿Tal vez papá tenía razón y Alex se preocupaba por mí? Me convencí de que al menos realizaría esa llamada, si había ido hasta la casa de mi padre para encontrarme e incluso hasta Massachussets era porque en el fondo debía importarle algo.

Salí a la calle para llamar, no me apetecía que mi padre pudiera escucharme, aunque estuviera en la planta baja de la casa. No iba a correr ese riesgo.

Con los dedos temblorosos encendí el teléfono y le busqué en la lista hasta que vi su nombre y pulsé la tecla de llamada.

—Sí —respondió secamente al teléfono después de un par de tonos.

—Alex —hasta mi voz sonaba temblorosa.

—¿Quién eres? —volvió a responder secamente.

—Soy... Jasmine —Me sentía en cierto modo estúpida teniendo que decirle quien era.

—¿Y para qué me llamas? Ya te has casado con Mijaíl, ¿no? Pues que te vaya bien.

—¿Qué? Yo no...

—No quiero saber nada de ti. No sé en qué momento pensé que serías

diferente, pero supongo que te mueves por el interés, como todas las mujeres
—Sus palabras dolieron tanto que mis ojos se volvieron acuosos.

—¡Vete a la mierda Alessandro D'Angelo!, ¡Tú no sabes nada!, ¡Nunca has sabido nada! —le grité antes de colgar para evitar que me dijera algo que rasgase aún más mi frágil corazón.

Al día siguiente volví a Massachussets y durante el resto del tiempo que faltaba para esos dos años de intercambio no quise saber nada de Alex, nada de Mijaíl y nada de mi madre... únicamente existió un objetivo para mí y fue la dedicación plena hacia mis estudios. Tanto fue así que saqué matrícula de honor en cada una de las asignaturas en las que me había matriculado. Lo único malo de toda aquella experiencia, es que como todas las cosas se terminó. El tiempo se agotó y quisiera o no, tenía que volver de nuevo a Londres.

Lo había superado, había pasado página o al menos era lo que siempre me repetía una y otra vez cada vez pensaba que iba a volver a vivir en la misma ciudad que Alex de nuevo, pero era una ciudad demasiado grande. No tendría por qué coincidir, ¿verdad?

—¿Estás segura de que a tu madre no le importará que me quede de nuevo en tu casa una temporada? —insistí mientras Erika y yo viajábamos en aquel vuelo de regreso a Londres.

Estaba nerviosa, llevaba sin ver a mi padre casi siete meses desde que él

había venido a visitarme por navidad, aunque por lo que más nerviosa estaba era por volver a la facultad, sobre todo por la incertidumbre de que pudiera encontrarme con Alex, pero aquello era imposible, él se movía por círculos distintos a los míos y era prácticamente imposible que coincidiéramos. Tenía más posibilidad de coincidir con él en una reunión familiar y mira que eran casi nulas que en la ciudad.

Por suerte no habría ninguna reunión familiar hasta las próximas navidades y ya me encargaría de hacer algo para ausentarme y evitar verle. Durante aquel año y medio restante en el que mi vida se había vuelto patas arriba desde que descubrí que mi madre no era realmente mi madre, había tenido tiempo para asimilarlo y llegar a la conclusión que después de todo, ya fuera Suzanne o Aasiyah, ella era mi madre y que su pasado no podía, ni debía afectarme más de lo que yo misma quisiera.

Había pensado en más de una ocasión llamar a Rachel, pero no quería que Mijaíl volviera a insistir en su perseverancia de que debía casarme con él por algún rito familiar que sinceramente, me importaba bien poco. Yo no había crecido en su mundo y no iba a acceder a él porque simplemente le viniera en gana. Creo que debió aceptarlo cuando me dejó en paz desde que me marché de Dubái, al menos lo agradecí. Había podido dedicarme plenamente a mis estudios y trabajaba únicamente los fines de semana. Me propuse ser la mejor y demostrarme a mí misma, a mi padre y sobre todo a mi madre, aunque ya no estuviera que podría ser la mejor de mi campo. Ahora solo me quedaban dos años más, pero pensaba conseguirlo.

—Ya te dije que mi madre está encantada, dice que a ver si se me pega algo de ti y saco tus mismas notas —contestó Erika empezando a reír.

—Venga ya, si eres una alumna excelente —advertí a Erika.

Ella era buena estudiante, aunque se esforzaba mucho menos de lo que podría

porque se distraía con demasiada facilidad.

—Mi promedio es de ocho con cinco cuando el tuyo es de diez... y eso que me he esforzado mucho más de lo habitual, pero no tengo tu brillante mente, ni tu perseverancia. Aunque me alegro mucho por ti Jasmine, he visto cómo te has esforzado a pesar de trabajar y eso es digno de admirar.

Me encogí de hombros porque no sabía que contestar, lo cierto era que Erika se había esforzado, pero hasta ella misma reconocía que podía dar incluso más de sí misma.

—Que ganas tengo de llegar, hace tanto tiempo que no veo a mis amigas y salgo por la ciudad que igual hasta se me ha olvidado donde están los mejores bares —comenzó a reír.

—Oh, ¡Venga ya! Qué tanto no te has aburrido en Massachussets —le recriminé porque fui testigo de algunas de sus salidas, aunque en realidad Erika no era tan fiestera como pensaba al principio. Tal vez Estados Unidos la había vuelto más serena y formal.

—Bueno... me controlé bastante —admitió algo sincera, sobre todo porque te veía a ti quedarte en casa estudiando y me sentía culpable —comenzó a reír—. Al final mamá tendrá razón y me llevarás por el camino recto de la vida —contestó mientras ambas nos comenzábamos a reír.

La madre de Erika nos recogió en el aeropuerto y metimos todas las maletas, si Erika llevaba cuatro a la ida, volvió con siete, yo seguía llevando la misma y única maleta que había llevado a la ida, solo que bien era cierto que volvía incluso más vacía después de que mi amiga me tirase más de la mitad de la ropa que llevaba por estar demasiado desfasada. Me solía vestir con su propia ropa por su insistencia. Era eso o repetir modelito día sí, día también, porque a pesar de que tenía dinero ahorrado no me gasté ni un solo centavo de lo que

había ganado en algo que no fuera completamente necesario. Erika decía que era una tacaña, yo en cambio le decía que era visión de futuro, fuera como fuera, acababa vistiendo a la moda gracias a la caridad de mi pelirroja favorita a la que no le molestaba en absoluto que usara su guardarropa.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —Me preguntó por enésima vez mientras la veía colocarse unos zapatos de tacón alto y retocarse el labial de un intenso morado que contrastaba con su cabello rojo.

—No, de hecho, me sorprende que tú puedas mantenerte en pie, ¿Acaso no tienes jet lag? Yo estoy muerta —En realidad fingía más de lo que en realidad lo sentía puesto que habíamos ido durmiendo casi todo el trayecto, Erika más que yo, porque yo no podía evitar sentir esos nervios provocados por la idea de regresar. Había estado tan tranquila todos esos meses que, aunque aún sentía parte de esa paz, probablemente tendría que esperar unos días para tomar conciencia de que aunque estuviera allí, todo seguiría igual.

—Está bien, en realidad no volveré muy tarde o mamá me regañará por irme nada más aterrizar, más aún teniendo en cuenta que tú te quedas en casa como buena hija pródiga. —Se comenzó a reír mientras yo simplemente cogía un libro de la mesita y la veía marcharse.

En algún momento debí quedarme dormida, porque de pronto me desperté y aún conservaba la luz de la mesita encendida. La apagué y vi que eran las tres de la mañana, en ese momento escuché la puerta de entrada y unas pisadas de tacones, debía ser Erika, al final había vuelto bastante tarde, volví a cerrar los ojos y esta vez sí caí en un profundo sueño...

Alex estaba allí, me sonreía como si nada hubiera pasado, hasta que de pronto alguien aparecía a su lado, era Anna, con una enorme barriga embarazada y me sonreía falsamente. En ese momento Alex la abrazaba y decía algo que no alcanzaba a escuchar, pero parecía estar feliz con ella y esa sensación me

ahogaba, cuando estaba a punto de besarla abrí los ojos inesperadamente y respiré alterada.

La alarma estaba sonando, era la alarma del teléfono móvil porque la de mis ranas croando estaba demasiado enterrada en la maleta. No quería escucharlas para no recordar a Alex, pero tenía a esa maldita pesadilla que se repetía casi cada noche desde hacía varios días.

—¡Vamos dormilona o llegaremos tarde! —dije tocando la puerta de la habitación de Erika que estaba al lado de la mía.

—Cinco minutos más —susurró.

—Pues luego no me digas que tienes que maquillarte... —le advertí y ella simplemente se dio la vuelta y se tapó con la almohada para que la luz no le diera en la cara.

Erika apareció en la cocina veinte minutos después. Yo ya estaba lista para salir y ella aún andaba en pijama y despeinada, algo muy habitual en ella.

—Sabes que en menos de veinte minutos debemos estar en la Universidad, ¿Verdad? —dije mientras le daba otro sorbo a mi zumo de naranja.

—Si —dijo robándose el zumo y bebiéndoselo de un solo trago—. Cuando termines de hacerte otro estaré lista.

Y sabía que era verdad, cuando tenía infinita prisa, Erika podía obrar magia con su aspecto. Cuando estaba bebiéndome el segundo zumo de naranja que había hecho en esa mañana Erika apareció con un conjunto impoluto, el cabello recogido en un moño y un maquillaje suave pero que llamaba la atención de sus rasgos.

—¿Un día me contarás como lo haces ¿—pregunté observándola boquiabierta.

—Magia —contestó sacudiendo los dedos—. Es pura magia —dijo sonriendo

mientras cogía su bolso y yo mi mochila para salir de casa.

Las clases habían empezado hacía tres días, lo cierto es que era extraño estar en tercero teniendo en cuenta que no habíamos realizado allí los dos cursos anteriores, pero para mi sorpresa, íbamos más avanzadas en cuanto a materia que el resto del alumnado.

Un profesor entró en clase interrumpiendo el monólogo de la profesora Jhonson y todos guardamos silencio para ver de qué se trataba.

—¿La Señorita Dunne?, ¿Jasmine Dunne? —dijo la profesora leyendo la misiva que llevaba aquel profesor que acababa de entrar y entregarle.

Levanté la mano algo temblorosa, en mi vida me había pasado aquello y sentía cierta vergüenza por ello, aunque estaba segura de que no había hecho nada, pero me recordó a alguna película donde te enfrentabas a un castigo severo por cometer una atrocidad.

—El profesor Williams la acompañará al despacho del Director —dijo inmediatamente como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¿Por qué tengo que acudir al despacho del director? —pregunté en voz baja a Erika que me miraba igual de extrañada de lo que yo lo estaba.

—No lo sé, pero seguro que debe ser por algún papel extraviado del intercambio, no te alarmes, no será nada malo.

Quizá debí haberme alarmado porque con las palabras de Erika me tranquilicé demasiado.

—Pase señorita Dunne —escuché la voz del Director de la Universidad, con el que nunca había tenido un trato directo pero que obviamente le conocía por verlo por los pasillos hacía dos años.

En silencio entré y me senté algo nerviosa. No sabía si debía decir algo o

simplemente esperar a que él hablara, opté por la segunda opción.

—Verá, la he mandado llamar porque todos los años, enviamos al mejor alumno de la facultad a trabajar como interno en el mejor estudio de arquitectura de la ciudad. Como supone, se trata de una oportunidad única tanto para nuestros alumnos porque adquieren desde muy temprano una experiencia necesaria y para la empresa interesada, puesto que tiene la oportunidad de cazar talentos a muy temprana edad. Realmente no son unas prácticas como las que ofrecemos durante el semestre, sino que aprenderá desde cero y tendrá la oportunidad de demostrar sus facultades.

Abrí los ojos sorprendida, ¿Me estaba diciendo aquello porque yo iba a trabajar como interna en un estudio de arquitectura?

—Dado tu magnífico expediente y más aun viniendo de una universidad de intercambio en la que jamás ningún alumno había conseguido tus calificaciones, sin duda, este año eres la elegida para dicho puesto, ¿Estarías interesada? Te advierto que una oportunidad así podría significar un antes y un después en tu carrera como profesional, podrás aprender de los mejores y convertirte en una de las arquitectas más exitosas del País.

—Vaya... —No sabía que decir.

—Por supuesto, tu labor será remunerada, y te dedicarás únicamente por las tardes después de tu horario normal de clase. Llevamos años realizando esta labor conjunta y hasta el momento todos los alumnos que hemos enviado han sido contratados en plantilla o incluso han obtenido mejores propuestas por la competencia.

—¿Dónde tengo que firmar? —dije sonriente porque aún no terminaba de creer mi suerte.

La sonrisa del director hizo que sonriera aún más y él me entregara una

carpeta cerrada con un logotipo que me resultó demasiado familiar.

—Aquí tienes el contrato con el estudio D'Angelo. Estoy seguro de que te sentirás muy cómoda trabajando en su plantilla, allí están los mejores arquitectos del País y puede que incluso llegues a conocer al propio Alessandro D'Angelo, él fue uno de nuestros mejores alumnos.

Me quede muda, estática, viendo aquel logotipo y escuchando de fondo la voz del director que seguía hablando sin parar... obviamente tenía que ser su empresa, no podía ser otra... debía ser la *suya*.

—Puedo... ¿Pensarlo? —pregunté indecisa.

—Por supuesto, es algo que supongo deberás comentarlo quizá con tus padres, aunque entenderás que es una oportunidad única y debes dar una respuesta en veinticuatro horas.

—No se preocupe, le daré una respuesta antes de mañana a esta hora —respondí cogiendo la carpeta y saliendo del despacho del director con ella entre mis brazos mientras la apretaba contra el pecho.

¿Qué se suponía que debía hacer? Quería ese trabajo, ¡Dios sabe que lo quería! Y además, lo necesitaba porque todavía no había encontrado trabajo en la ciudad aunque no había hecho gran hincapié por buscarlo hasta que encontrara apartamento puesto que no podía seguir mendigando la caridad de la madre de Erika a pesar de que a ella no le importara.

—¡Jasmine! —me giré al escuchar la voz de mi pelirroja favorita que venía cargada con mi mochila y su bolso, al parecer la clase había terminado y yo me había entretenido más de lo que esperaba con el director—. ¿Y bien? —me preguntó llegando a mi lado puesto que yo no había caminado hasta ella. Le cogí la mochila y me la colgué por ambos hombros.

—Me han ofrecido un trabajo por mi buen expediente académico en un estudio de arquitectura de renombre.

—¡Pero eso es genial! He escuchado de ese puesto de trabajo, ¡Es un chollo! Pensaba que era una leyenda urbana y todo porque solo conceden uno por año, pero está muy bien pagado para las pocas horas de dedicación.

—¿En serio? —pregunté aún más confundida con la opción que debía tomar.

—Si, me lo contó una chica de cuarto el año pasado. No hay mucho que pensar, ¿no? Sería perfecto para ti.

—Si, sería perfecto si no fuera en D'Angelo —bufé.

—¡Vaya una mierda! —gimió Erika alzando la voz y ambas nos dejamos caer en la pared del pasillo.

—Si no fuera su empresa, no tendría nada que pensar, aceptaría sin dudarlo —gemí hastiada por la mala suerte que tenía.

Aunque otros consideraran que aquello era suerte, mi expediente me lo había trabajado y sí, era una suerte poder disfrutar de aquella opción, pero ¿Podría el destino favorecerme un poquito solamente?

—Mira Jasmine... si yo fuera tú, aceptaría. D'Angelo debe ser enorme, es una torre de once plantas, que Alessandro te encuentre allí creo que es casi imposible y más teniendo en cuenta la cantidad de proyectos que tiene, además de reuniones y viajes. Tu solo vas a entrar como interna de alguno de sus Arquitectos y tu nombre probablemente ni trascienda aparte del sector al que te asignen.

Medité lo que Erika acababa de decirme, aun así, sería trabajar “para él” en su empresa, a pesar de que era lo que siempre había querido desde que tenía uso de razón y descubrí que estaba fascinada y enamorada de Alex.

—¿Y si no es así? —gemí.

—Créeme, será así. Sé cómo funcionan esas empresas y tú serás el último mono en entrar —aseguró de tal forma que me convenció.

—Y después simplemente me iré —dije más para convencerme a mí misma.

—Claro, dudo que en la competencia te falte trabajo —contestó Erika sonriendo—. Pero contarás con una gran experiencia.

—¿De verdad crees que no se dará cuenta? —insistí.

—Dejando a un lado a Alessandro por un momento, ¿Tú que me dijiste? Que tu carrera era lo primero, ¿no? Pues hazlo por tu futuro profesional.

—Si, tienes razón. No puedo flaquear ahora, aunque sea la empresa de Alex tengo que pensar en mí y en mi futuro. Voy a aceptar.

—¿No se lo vas a decir a tu padre? —contestó cuando vio que volvía al despacho del director.

—Si claro, para que llame a su hermano y se lo cuente, ¡Ni hablar! Y ni una palabra a tu madre no va a ser que se le escape en una de estas. Mejor decir que trabajo en otro sitio y ya está.

—Por mí no hay problema —contestó Erika sonriente.

Al director no le sorprendió que aceptara, terminó confesando que ningún alumno lo había rechazado desde que se realiza el acuerdo y me preguntó si haría uso del pequeño estudio que me ofrecían con el puesto.

—¿Un pequeño estudio? —pregunté asombrada.

—Si, se trata de un pequeño apartamento, en realidad es más bien un estudio para una sola persona muy cerca de la empresa. Lo ofrecen como bonificación porque habitualmente te llevarás trabajo a casa.

—Lo cierto es que estaba buscando apartamento —contesté con sinceridad.

—Entonces marcaré la casilla de que sí harás uso del estudio que te ofrecen. Desean que empieces la próxima semana, supongo que allí te darán todas las indicaciones, no obstante, se comunicarán con nosotros para esclarecer las pautas ya que el acuerdo se realiza a través de la Universidad y somos el intermediario entre la empresa y tú.

—De acuerdo —contesté nerviosa por lo que se me venía encima—. Quedaré entonces a la espera de noticias por su parte.

—Que tenga un buen día señorita Dunne.

—Igualmente director Bernard. —Tuve que leer su apellido en la placa porque era incapaz de acordarme siempre.

—Tienes que comprarte ropa formal de trabajo Jasmine. Además, ahora que te vas a ir a vivir a ese estudio, no estará mi armario para cubrir tus necesidades.

—Comenzó a reírse, pero lo cierto era que tenía razón, para mí aquello era una trivialidad, pero Erika le daba tanta importancia que acabé de tiendas casi todo el fin de semana.

El martes sería el primer día de trabajo, aunque me habían asegurado que no trabajaría como tal, debía acudir para presentarme, conocer las instalaciones y me explicarían básicamente mis funciones. Además, alguien me daría las llaves del estudio en el que iba a vivir e incluso me acompañaría al lugar exacto para enseñármelo.

—Estás preciosa —me dijo la madre de Erika justo antes de salir.

Había elegido un pantalón negro de talle alto y una blusa blanca con topos negros. Era un conjunto discreto acompañado por unas sandalias. Aunque fuese una ayudante, me imaginaba que todo el mundo en aquel lugar era demasiado formal. Antes de entrar en la empresa de Alex me pregunté si él estaría allí, prácticamente vivía allí y le dedicaba tanto tiempo que me dije a mi misma que lo raro sería si no estuviera a menos que ni tan siquiera estuviese en Londres.

Nunca quise saber si llegó a casarse con Anna, ni que fue de su vida, en el momento que me recriminó con aquella llamada que me había casado con Mijaíl sin dejarme decirle siquiera que no. De todos modos, ¿No iba a hacer

él lo mismo con Anna?, ¿Acaso yo se lo recriminé? Sería mejor cambiar de pensamiento.

En la entrada di mis credenciales y me dieron una tarjeta que debería emplear desde ese mismo momento para poder pasar los tornos de seguridad a la empresa. Solo como excepción, alguien se presenció para enseñarme las instalaciones de forma rápida, ni tan siquiera llegamos a las últimas cuatro plantas donde estaban “los peces gordos”. La cuestión es que me sentí más relajada cuando me dijo que yo estaría en la tercera planta y sería la ayudante de un Arquitecto en concreto, se llamaba John Acker, era fácil de recordar o eso pensé. No me lo pudo presentar porque en ese momento no estaba allí, pero me dijo que no era uno de los peores, por lo que me tranquilicé.

Le pregunté si el Señor D’Angelo se paseaba mucho por aquellas plantas vendiendo la idea de que era un gran arquitecto y era todo un honor trabajar para su empresa, para mi suerte me respondió que no tenía tiempo de hacer esas cosas, era un hombre demasiado ocupado y con suerte, a lo mejor le veía en la fiesta de navidad, aunque el año pasado no había acudido al parecer por un asunto familiar.

—No hice más preguntas, mejor para mi si no se paseaba por allí porque no se daría cuenta de que trabajaba para él.

El pequeño estudio era ideal, pensé que sería algo viejo como la gran mayoría de los edificios en Londres, pero a pesar del edificio pintoresco, estaba completamente remodelado e ingeniosamente decorado. Suponía que le debía hacer justicia a la empresa a la que pertenecía. Me mudé aquella misma tarde con ayuda de Erika, le gustó tanto que por ella se hubiera mudado conmigo de no ser tan pequeño.

—Llámame si te quedas encerrada en el baño o se te quema la pizza en el horno y esas cosas —dijo risueña antes de irse.

Ahora iba a vivir sola, tendría mi trabajo compatible con la Universidad y aunque sabía que cada día acudiría a los estudios de Arquitectura y Construcción D'Angelo con el corazón en un puño, esperaba y suplicaba no encontrarme con Alex.

Se suponía que solo debía trabajar cuatro horas “físicas” en la empresa, pero pronto descubrí que eso era sobre papel, porque no había día que no me quedara casi una hora más y encima me llevase trabajo a casa.

Ahora entendía las palabras del director con lo de te llevarás trabajo a casa, suponía que debía ser así cuando estaba tan bien remunerado puesto que mi sueldo era muy superior al que tenía de camarera en Estados Unidos y eso que allí pagaban bien y trabajaba todo el fin de semana completo mañana y tarde para suplir todas las horas que no lo hacía entre semana.

Pese a todo, no me importaba. Sabía que aquellas practicas eran más importantes que cualquier buena nota en mi expediente, así que desde el minuto uno en que conocí a mi “jefe” John Acker, un Arquitecto algo cuarentón bastante prepotente a veces, pero muy trabajador, me adapté a su ritmo y acaté todas las ordenes y peticiones que me daba sin rechistar.

Su pequeño gabinete había asumido el proyecto de la estructura para hacer el Edificio más alto de Abu Dabi. Supuse que seguían con las inversiones inmobiliarias en los Emiratos Árabes, probablemente tal como en su día supe, el acuerdo que debió hacer para construir aquel edificio en Dubái le abriría las puertas al mercado árabe.

La cuestión era que los cálculos estructurales no salían para hacer el proyecto establecido y conservar el diseño curvilíneo que tenía el edificio. Era un claro ejemplo del edificio vela de la propiedad de Mijaíl, pero llevado al extremo. Aquello les traía a todos de cabeza porque tenían márgenes de tiempo que cumplir y eso hacía que tanto los ánimos como las formas de pedir las cosas

fueran cada vez más tirantes.

En una de las ocasiones, Acker tuvo que salir por un asunto urgente de la oficina, pude quedarme estudiando detenidamente el proyecto y se me ocurrió una idea, solo que yo era una simple interna de tercero de carrera, probablemente ya se les habría ocurrido de sobra a ellos que eran profesionales.

Para no ser demasiado ridícula me llevé los datos a casa para probar, al menos quería saber si era posible y no meter la pata con algo que podría resultar inviable. Aquella misma noche me puse con ello y durante cuatro noches más. Finalmente tuve que utilizar un programa del que nos había hablado un profesor de la Universidad de Massachussets que nos enseñó a usar, era poco conocido en Europa y servía para realizar los cálculos. Tras todo aquello, la idea estúpida que pensé en un inicio resultó ser para mi sorpresa, más que viable.

Fui entusiasmada, aunque lo más probable es que me dijeren que la propuesta era estúpida y ya habrían pensado en ello, solo que probablemente yo no habría tenido en cuenta algún factor.

—Señor Acker —dije interrumpiendo en su despacho poco antes de irme, había tenido un humor de perros aquella tarde y no me había atrevido a decirle nada, tal vez solo le estuviera haciendo perder el tiempo.

—Mire señorita Dunne, a menos que se trate de algo importante, preferiría que no me interrumpiera. Sabe que tenemos fecha límite y solo nos quedan cuatro días.

—Lo sé, es que verá... quizá sea una tontería, pero yo realicé este estudio como propuesta y creo que es viable.

—Probablemente su propuesta ya haya sido valorada y descartada. —contestó

rápidamente mientras se quitaba las gafas y se manoseaba las sienes como si estuviera realmente agotado mentalmente.

—Si, eso mismo pensé, pero bueno... quería dárselo de todos modos por si puede servir para algo.

—Está bien, déjelo en la mesa y váyase, si puedo le echaré un vistazo.

No volví a saber de ello durante los días siguientes. El señor Acker no mencionó nada al respecto, pero noté como la gente estaba mucho más relajada que los últimos días.

—Pensé que no llegábamos, lo juro, ya me veía soñando con una maldita propuesta y Acker nos sale con un as bajo la manga —escuché en la cafetería sin querer nada más llegar.

—¡Hola! Tú eres la ayudante nueva de Acker, ¿no? —comentó una de las chicas que estaban hablando.

—Si, llevo aquí un par de semanas —contesté sonriente.

Ya era hora de que comenzaran a ser sociables. Al final acabé haciéndome amigas de ellas, eran arquitectas junior licenciadas hacía pocos años y que trabajaban de apoyo al equipo.

Acker nunca me dijo nada de aquel estudio que le dejé, supuse que como encontró la solución adecuada no tendría ni tiempo para echarle un ojo. No obstante, agradecí que sus formas de dirigirse hacia mí no fueran tan rudas, lo achaqué al estrés debido al margen de plazo e intenté acostumbrarme a ello.

Los días comenzaron a pasar rápido y entre la Universidad por las mañanas y las tardes en la empresa, las semanas volaban. Aprovechaba los fines de semana para adelantar todos los trabajos de la Facultad, puesto que las tardes y noches estaban más que ocupadas con mi nuevo empleo. Apenas tenía tiempo

para ver a Erika salvo en clase, pero esa absorción me gustaba, estaba aprendiendo mucho en la empresa de Alex, ¿Quién lo diría? Cada vez me sentía más cómoda trabajando allí hasta el punto de que casi había olvidado donde trabajaba después de llevar tres meses.

Aquella tarde llegué al trabajo como cualquier otra tarde, pero para mi sorpresa mi jefe no estaba.

—Judith, ¿Sabes dónde está el Señor Acker? —pregunté a una de mis compañeras de allí.

—Tuvo una reunión esta mañana “arriba” —contestó señalando con el dedo índice hacia el techo—. Y se esfumó el resto del día sin decir a donde iba.

—¿Y ahora qué se supone que hago yo? Ayer terminé con todo lo que me encargó, ¿No ha dejado nada?

—No, se fue corriendo, como si fuera una emergencia o algo así.

Que cosa más extraña... en todo el tiempo que llevaba allí, ese hombre había llegado a estar con un constipado de narices y, aun así, había ido a trabajar. Me parecía muy extraño que se hubiera marchado sin avisar, pero no me preocupé demasiado, tal vez fuera por una orden de “arriba” y como no tenía nada que hacer me dediqué a organizar los archivos del despacho, algo que quería haber realizado hacía tiempo porque si de algo carecía el señor Acker era de orden.

—¿Ha llegado ya? —escuché una voz desde fuera que era en un tono más alto de lo común. De hecho, allí nadie alzaba la voz, ni tan siquiera lo hacía Acker que podía ser borde, pero jamás gritaba.

—Sí, señor D’Angelo —le contestó alguien.

—¡Muy bien!, ¿Y dónde se supone que está? —En ese momento reconocí

perfectamente la voz de Alex, ¿Qué demonios hacía él allí?, ¡Él nunca bajaba allí!

Dudaba que entrara en aquel despacho, aunque la voz sonó cerca, pero en ese momento miré hacia todas partes, ¿Por qué no había un armario o algo donde meterse uno en una situación así? La puñetera mesa era de cristal con caballetes, no podía esconderme detrás, ¡Joder! Cuando la puerta comenzó a abrirse me di la vuelta quedando completamente de espaldas.

—¿Es usted la ayudante del Señor Acker? —Su voz era ruda, imponente y todo mi cuerpo tembló en ese momento.

—Si —susurré cerrando los ojos con fuerza.

—Cuando le hago una pregunta a uno de mis empleados, lo primero que espero recibir es educación. Así que haga el favor de darse la vuelta para responder a mi pregunta —exclamó tan autoritario que todo mi cuerpo tembló.

En ese momento me quise morir, literalmente quise morirme y que me tragase la tierra. No podía hacer nada así que me di lentamente la vuelta mirando al suelo y cuando estuve frente a él, alcé la para verle, con su impecable traje gris y observándome fijamente.

—Si, señor D'Angelo —respondí con el tono más formal que pude y por milagro divino mi voz no se quebró al hacerlo.

Hubo un silencio incómodo entre ambos, me pude fijar en que él evaluaba mi presencia allí, pero era incapaz de saber cuál era su reacción porque su rostro carecía de cualquier matiz de emoción y eso hacía que mis nervios solamente aumentasen.

Para colmo de males Alex estaba más guapo aún de lo que recordaba en las imágenes que tenía de él cuando las evocaba en mis pensamientos. Habían

pasado más de dos años desde la última vez que le vi, esa última vez que fue justamente allí, en aquella torre, pero unas cuantas plantas más arriba.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó al fin después de ese prologando silencio.

—Trabajo aquí. —Mi voz apenas salía porque mi garganta estaba seca de la adrenalina que corría por mi cuerpo ante aquella situación.

Probablemente también porque sería mi último día de trabajo allí después de que Alex me descubriera y que entre él y yo las cosas no acabaron demasiado bien.

—¿Y por qué yo no he sido informado de ello? —Me recriminó como si yo tuviera la culpa.

¿Y a mí que me cuentas? Quise responder, pero me controlé e inevitablemente me mordí el labio sin querer por incomodidad de la situación.

—Establecí el contrato a través de la Universidad —respondí mirando hacia la pared del fondo porque no podía quedarme mirándolo un segundo más. Los sentimientos comenzaban a aflorar de nuevo y una especie de ganas de llorar empezaban a emerger sin saber por qué.

—Me sorprende que Rashid te haya permitido seguir estudiando y más ahora trabajar —contestó de forma despectiva y en ese momento le miré confundida y alzando una ceja.

—¿Y por qué iba a prohibírmelo? —contesté sin entender la pregunta.

—Déjalo, no es asunto mío y tampoco me importa —dijo cambiando de pronto el tono cosas que me confundió aún más—. Quiero saber quién hizo estos cálculos, porque Acker dijo que fue él y empiezo a dudarle después de hoy. Tú eres su ayudante así que tú sabrás si fue él quien los hizo.

Miré el documento que me había dado, estaba encuadernado y presentado de

forma distinta, pero reconocí inmediatamente los cálculos que me habían llevado cuatro noches casi sin dormir, ¿Acker los había presentado como suyos?, ¡Será cretino!, ¡No me habría importado darle el mérito e incluso explicárselo si me lo hubiera pedido en su momento! Ahora me sentía engañada... había creído todo este tiempo que fue una pérdida de tiempo inútil. Yo solo pretendía ayudar y él va y se cuelga el mérito.

—Si, sé quién los hizo —dije dejando el documento de nuevo en la mesa.

—¿Y a qué esperas? —Me preguntó de malos modos.

—¿Qué le pasará a la persona que los hizo? —pregunté antes.

Si los cálculos estaban mal y resulta que le exigían responsabilidades prefería no delatarme y seguir diciendo que era Acker la verdad, porque el tipo se merecía eso.

—Tú dímelo, no te importa lo que le ocurra a esa persona —contestó evitando mirarme.

Comprobé que tenía las manos en sus bolsillos y que no dejaba de balancearse como si le incomodara mi presencia.

—Fui yo —contesté secamente—. Los hice yo —reiteré.

—Tú no puedes haber hecho esos cálculos, ¿En qué año estás?, ¿Segundo? Es imposible.

—Estoy en tercer año y los hice porque aprendí a utilizar el programa en una asignatura hace unos meses. Se me daba bastante bien y es un programa bastante nuevo, de hecho, no ha llegado a Europa aún.

—Espero que no me estés mintiendo —dijo haciendo ademán de irse, iba a contestarle, pero me quedé con la palabra en la boca cuando se volvió y me miró fijamente—. Haz las maletas porque te vienes conmigo mañana.

—¿Cómo? —exclamé de pronto atónita.

—A las ocho de la mañana en punto aquí —dijo de espaldas y se fue.

—Pero no puedo, tengo que...—empecé a hacer aspavientos con las manos, pero él ya se había ido.

¡No me podía soltar eso y largarse!, ¿Cómo me iba a ir con él?, ¡Si rehuía de él! En ese mismo instante presentaría mi renuncia o lo que se tuviera que hacer allí y me largaría. Además, ¿Qué formas de tratarme eran esas?, ¡Estúpido Alex! Me dije mientras daba un taconazo en el suelo de la impotencia.

«Jasmine cálmate» me dije para serenarme.

Llevas dos años sin verle y además, mis últimas palabras con él fueron para mandarle a la mierda literalmente, aquello era algo que no debería sorprenderme, pero de alguna forma la reacción de él después de todo ese tiempo era como si aún me juzgara, ¡Ni que me hubiera casado realmente con Mijaíl!

Me fui de allí inmediatamente, después de todo sin Acker no tenía gran cosa que hacer y por eso me había puesto a organizar el despacho así que llamé a Erika de camino a mi pequeño estudio porque necesitaba contarle aquello urgentemente.

—¿No se supone que deberías estar trabajando? —me contestó a modo de saludo.

—He visto a Alex —contesté sin más mientras sacaba las llaves del bolso para abrir la puerta del portal del edificio.

—¡No! —gimió estupefacta.

—Si, y no solo lo he visto y ha sido de lo más borde, antipático y despectivo que nunca, sino que encima mañana dice que me tengo que ir con él de viaje,

pero se va a quedar esperando —contesté mientras subía las escaleras porque necesitaba desfogarme al menos de aquella forma.

—Espera, espera, ¿Irte con él de viaje?, ¿A dónde? —preguntó totalmente sorprendida.

—¡Y yo que sé! Lo soltó sin más y se fue. Pero no voy a ir, mañana mismo saco mis cosas del apartamento y me largo —dije tajante.

—Está bien, sabes que puedes venirte aquí si lo necesitas de forma provisional o quedarte, a mamá no le importará, pero no tomes decisiones muy precipitadas, mejor piénsalo bien.

—No hay mucho que pensar Erika. Bueno te dejo que tengo mucho lío —le dije porque realmente necesitaba aclararme.

No tenía tantas cosas como para tardar más de dos horas en recogerlo todo y marcharme, pero aun así empecé a meter las cosas en la maleta, cerré mi ordenador de golpe, metí todos los apuntes que tenía esparcidos en la mochila y de pronto me dio la sensación de que estaba huyendo, de que salía corriendo de nuevo, como cuando me fui a Massachussets que de algún modo también fue una huida, aunque me beneficiara en mis estudios.

—No —susurré de pronto. No iba a huir más, no iba a volver a salir corriendo de nuevo, era una mujer adulta e iba a tomar decisiones de adulta.

Saqué una bolsa de gimnasio que Erika me había regalado por mi cumpleaños para que fuera con ella y nunca fui, pero era el único macuto que tenía para meter cosas que no fuera la maleta grande donde cogía básicamente mi vida.

Realmente no sabía que meter, así que metí cosas combinables. Vaqueros con camisas formales, botas y zapatos y dos pantalones de vestir por si acaso. Ni tan siquiera sabía por cuanto tiempo sería, pero dudaba que fuera mucho,

aquello debía ser trabajo y Alex no pasaba más de tres o cuatro días fuera. ¡Dios!, ¿Cuatro días junto a Alex? Debía estar sumamente loca para hacer aquello, pero tal vez fuera el paso decisivo para incluso llevar una relación cordial, olvidar de una vez por todas el pasado y tener una relación familiar como antes.

«A quién quería engañar, nunca podría sentir por Alex solo una relación cordial o familiar sin que se interpusieran de por medio mis sentimientos» Me dije cerrando con fuerza los ojos.

Y allí estaba yo, a las ocho de la mañana clavada en la puerta con la mochila rosa de gimnasio al hombro y mi bolso en la otra esperando a no sabía exactamente qué.

—¿Señorita Dunne? —Escuché de pronto y me giré para ver a un chico alto de pelo castaño y del que me sonaba muchísimo su cara, probablemente le habría visto por allí.

—Si —contesté inmediatamente.

—Soy Marco Olsen, D'Angelo me envía para comunicarle que el coche la espera para llevarla al aeropuerto —dijo amablemente.

—¿Él no vendrá? —pregunté rápidamente.

—Si, pero iré directamente sin pasar por la oficina. Me ha pedido que le de estos informes para que se los entregue de mi parte, los necesitará.

Quise preguntar a donde diablos iría, pero solo asentí con la cabeza y me despedí formalmente.

Fui mordiéndome las uñas todo el camino, aún no me creía que estuviera haciendo aquello... ¡Y con Alex! Mejor sería dar media vuelta ahora que estaba a tiempo, pero mi vista ya alcanzaba a ver que estábamos llegando y ya

no tenía escapatoria.

Vi como pasábamos el aeropuerto dirigiéndonos hacia la pista privada, genial, iba a viajar en avión privado sin la distracción de otros pasajeros, aunque quizá no debía preocuparme porque Alex estaría sumido en su trabajo, como cuando fuimos a Dubái.

Cuando el vehículo paró lo hizo cerca de un avión pequeñito en el que parecía tener la escalera bajada esperando a los pasajeros, me bajé de allí pero realmente no sabía que debía hacer, todo era demasiado surrealista.

—¿Sabe si debo subir al avión o esperar al Señor D'Angelo? —pregunté al chofer.

—No sabría decirle señorita. Mi cometido era traerla hasta aquí.

—Está bien, muchas gracias —dije bajando del vehículo. Me dirigí algo decidida al avión y subí comprobando que efectivamente no había nadie.

—Buenos días, ¿Es usted la señorita Dunne?

—Si, soy yo —contesté algo más calmada sabiendo que no me estaba colando en un avión privado.

—Muy bien, déjeme su equipaje y tome asiento. Saldremos en cuanto el Señor D'Angelo llegue.

—Está bien —contesté con los nervios a flor de piel.

Tomé asiento, me aseguré de que el teléfono estaba apagado y fui al baño porque pensé que iba a vomitar a pesar de no haber desayunado por los nervios. Respiré un par de veces profundamente y salí, en ese momento vi que Alex estaba sentado, le miré, él también me miró y por un momento los dos nos volvimos a quedar en silencio.

—Será mejor que tomes asiento, el avión va a despegar. —Ni buenos días, ni hola, ni nada.

No dije nada y me senté. Pensé que nos pasaríamos así todo el vuelo, yo estaba sentada frente a él porque la disposición era así para los asientos que tenían cinturón de seguridad.

—¿Puedo saber a dónde vamos? —pregunté no pudiendo callarlo más.

—Si, iremos a Abu Dabi —contestó mientras no dejaba de mirar unos papeles.

Miré hacia la ventanilla, ¿Cómo Alex y yo habíamos llegado a aquella situación?, ¿Se habría casado finalmente con Anna? No quería ni deseaba preguntarlo, sabía que la respuesta dolería.

—¿Cómo es que Rashid te dio permiso para venir? —preguntó de pronto.

—No le debo ninguna explicación a Mijaíl.

—Ah, ¿no?, ¿Ni tan siquiera le dijiste a tu marido que te ibas conmigo? —Su tono era algo irónico.

—¿Mi marido? —exclamé—. Yo no tengo marido, nunca lo he tenido. —respondí observándole, aunque él tenía la mirada en aquellos papeles y de pronto al decirlo, alzó la vista y me miró, su cara parecía confusa.

—Te casaste —sonaba a afirmación.

—No —contesté—. Jamás pensé siquiera en hacerlo —afirmé.

—No puede ser... yo te busqué —sonó confundido—, fui hasta Massachussets y esa compañera tuya me dijo que habías ido a Dubái con Rashid para conocer a su familia, cuando llegué me dijeron que la ceremonia ya se había celebrado.

¿Qué?, ¿Cómo pudieron decirle eso?

—Me fui de allí cuando descubrí muchas cosas que me estaban ocultando — dije recordando aquellos momentos, pero jamás hubo ninguna ceremonia.

—Pero vi las fotos... vi esas fotos —contestó como si quisiera convencerse de que le estaba mintiendo.

—Si ni tan siquiera me había propuesto matrimonio, fue todo malinterpretado por la prensa. —O por Mijaíl, me faltó añadir porque, aunque no tuviera la certeza, sí que tenía más que sospechas.

—¿Y porque no me lo dijiste? —exclamó de pronto.

—¿Acaso me dejaste hablar cuando te llamé? —contesté en el mismo tono, simplemente me juzgaste y punto, ¡Ni tan siquiera sabes lo mal que lo estaba pasando en ese momento! —contesté alzando la voz.

—¡Joder! —Vi como Alex se levantaba del asiento importándole muy poco desabrocharse el cinturón y se llevaba una mano a la cabeza.

—De todas formas, da igual, tu seguiste con tu vida y yo no estaba en tus planes con Anna.

—Anna no estaba embarazada. —Le escuché decir en voz baja— Tu tenías razón, todo fue falso —admitió.

No quería contestar “te lo dije” pero ganas no me faltaban.

—¿Te diste cuenta a tiempo? —Me atreví a preguntar.

—Para mí desgracia, no. —Me contestó mientras se sentaba de nuevo, pero no en el asiento en el que estaba, sino en un lateral donde le vi colocar los codos en sus rodillas y sostener la cabeza.

Supuse que eso significaba que se habría casado con Anna después de todo, aunque no sabía en qué situación estaría su matrimonio.

—Jasmine —escuché su voz jadeante y mi cuerpo se estremeció por completo, no podía mirarle, si veía esos ojos azules observándome me derretiría por completo.

—¿Si? —dije mirando mis manos que estaban en mi regazo.

—Mírame —Esa voz... ronca y a la vez tan suave que incitaba al pecado. Me giré lentamente y allí estaba, sentado, a poco más de un palmo de mi cara esperando que le mirase.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó mirándome fijamente.

¿Qué porqué me fui?, La pregunta se repetía una y otra vez en mi cabeza, pero las palabras no eran capaces de salir.

Tuve que apartar la mirada porque era incapaz de sostenerla más tiempo.

—Creo que eso ya no importa —contesté evadiendo la pregunta con un tono de voz apenas plausible—. Ahora tú tienes tu vida y yo... tengo la mía.

Esperaba escuchar una respuesta, algo que me incitara a pensar que no era así, pero en lugar de eso solo hubo un prolongado silencio que ni tan siquiera sé cuánto duró, solamente fue interrumpido por la azafata cuando nos ofreció un refrigerio.

—Un tal Marco Olsen me dio esto para ti —dije entregándole la carpeta que había guardado en mi bolsa para no perderla junto a mi portátil.

—Gracias —Su tono no era seco, era relativamente amable y aquello me hizo estar algo más tranquila.

¿Tal vez podría ser el comienzo de una relación cordial? Pero me dije a mi misma que sería como volver al principio, donde yo soñaba, anhelaba y deseaba tenerle sabiendo que sería imposible alcanzarlo.

El viaje era largo... tanto que me dormí al menos cuatro horas en un momento determinado y cuando desperté faltaba poco para aterrizar.

—¿Qué tal está Andrew? —preguntó Alex de pronto.

—Bien —contesté algo somnolienta por haber dormido tanto—. ¿No habéis hablado? —pregunté extrañada.

—No, hace bastante tiempo que no contacto con él —comentó algo distraído.

—Bueno... él está empezando a rehacer su vida. Ha conocido a alguien y llevan un tiempo saliendo juntos.

—Vaya, me alegro por él —musitó—. Jasmine yo...

—Aún no me queda claro porqué debí venir a este viaje —interrumpí inmediatamente, por su tono supuse que me iba a decir algo que no quería escuchar. No quería una disculpa, de nada me iba a servir ahora.

—Si, claro —contestó rápidamente—. Hay que supervisar el cálculo

estructural correctamente, así que has venido porque las interpretaciones que da ese estudio son algo difíciles de entender para los ingenieros que se encargan del proyecto. Acker debía haber venido la semana pasada para hacer lo que tú vas a hacer aquí, pero estuvo poniendo excusas todo el tiempo y retrasando el momento hasta que ayer por la mañana Olsen me comunicó que sospechaba de él en cuanto a la atribución de la autoría del cálculo ya que era demasiado extraño que diera vagas excusas al tratar de explicarlo.

—¿Entonces debo explicar el cálculo y el sistema a proceder? —contesté sobreentendiendo a lo que se refería.

—Si —confirmó Alex.

—Está bien —contesté. Si solo se trataba de eso sería bastante sencillo.

Bajamos del avión y un coche nos estaba esperando en la pista de aterrizaje, ni tan siquiera Alex me dejó coger mi bolsa, la cogió directamente él diciendo que no le importaba cargar con ella, por tal de no discutir no dije nada, de todos modos él llevaba un macuto similar al mío solo que era de piel y podía llevar ambos con una sola mano quedándole la otra libre, quizá por eso también no dije nada.

Muy educadamente me abrió la puerta del vehículo para que entrara, no sabía porque estaba actuando tan amable cuando ayer mismo había sido un completo estúpido e incluso esta misma mañana, ¿Qué había cambiado?

Aunque lo que si se mantuvo en todo momento fueron aquella especie de silencios incómodos que yo no sabía cómo interpretar o peor aún, como solucionar. Noté que él estaba en la misma situación que yo porque de vez en cuando le veía frotarse las rodillas, como si tratara de secar así el sudor de sus manos o tal vez solo fuera una impresión mía.

Me di cuenta de que solo nos habían dado una llave cuando Alex me dijo que

fuéramos al ascensor. En ese momento iba a decir algo, pero suponía que no íbamos a dormir en la misma habitación, fui lo suficientemente prudente para no decir nada para no adelantarme a los acontecimientos, primero debería de analizar la situación y después juzgar, ¿no?. Tampoco es que fuese a dormir en la misma habitación de Alex, suponía que él sería el primero no interesado en ello.

Cuando abrió la habitación y me invitó a pasar yo le miré extrañada.

—Es una suite, tiene dos habitaciones —contestó por toda respuesta—. Se suponía que iba a venir con Acker, después fue tarde para cambiar los planes.

—Entiendo —dije viendo el pequeño saloncito de donde salían las puertas hacia las supuestas habitaciones.

—Elige la que quieras, yo me quedaré en la otra.

Abrí la que estaba más cerca de mí y supuse que tenía ventanas hacia el exterior, aunque debíamos estar en una esquina del edificio, a pesar de estar todo oscuro, las vistas deberían ser impresionantes. Habíamos tardado siete horas de vuelo en llegar, sumado a la diferencia horaria eran las nueve de la noche.

—Iremos a cenar al restaurante del hotel y mañana estaremos temprano en la obra —escuché decir a Alex y me giré para verle en el marco de la puerta.

—Está bien —asentí mientras abría mi bolsa de gimnasio y colocaba las cuatro cosas que había traído en el armario para que las prendas no se arrugasen.

Me sorprendió que durante la cena Alex me preguntara por mis estudios de intercambio, no sabía si era por la necesidad de que no hubiera otro de aquellos silencios eternos que nos incomodaba a ambos, comencé a relatarle

mi estancia en Massachussets, que me había ido bastante bien, aunque no alardeé de mis notas específicamente sí que le dije que al volver me habían concedido el puesto en su empresa por mi expediente.

—Al final mi empresa te ha fichado y ni siquiera he tenido que intervenir. — Su tono parecía algo inusual, casi distante.

—Al menos no pueden acusarme de que fue por enchufe —dije en voz baja y sonreí sin mirarle, era incapaz de hacerlo porque cada vez que nuestras miradas se cruzaban sentía como mi piel se erizaba de nuevo y aquella sensación que hacía tanto tiempo que no sentía volvía a invadirme de nuevo.

—Siempre has sido muy inteligente. Nunca lo dudé —contestó directamente y podía notar su mirada sobre mí, esa mirada intensa de ojos azules que hacía empequeñecerme de nuevo.

Ya habíamos tomado el postre y Alex lo alargó pidiendo un café, pero era algo tarde y debíamos subir a descansar para levantarnos pronto al día siguiente.

—Buenas noches —contesté cordialmente mientras me dirigía hacia mi habitación, tenía que alejarme de él, no podía soportarlo, no podía soportar su cercanía sin tocarlo de nuevo, ¡Debía estar loca!, ¡Él era un hombre casado por Dios!

—Buenas noches, mi pequeña flor. —En ese momento mi corazón se detuvo, al igual que mis pies, me costaba respirar y cerré mis ojos con fuerza mientras trataba de tranquilizarme.

—Hasta mañana —dije rápidamente avanzando hasta la habitación en cuanto pude hacer reaccionar a mis piernas.

Entré en la habitación y cerré la puerta dejándome caer en ella al mismo tiempo que soltaba todo el aire contenido y mi cuerpo se desplomaba sobre

aquel trozo de madera a mis espaldas que impedía que Alex me viera así.

No iba a poder con aquello, ¿Cómo demonios iba a poder estar a su lado todo el tiempo? Definitivamente no lo había olvidado, aunque eso lo sabía desde el primer momento. Alex había sido y siempre sería el amor de mi vida, estaba tan arraigado en lo más profundo de mí misma que era imposible sacarlo.

«Tal vez si me concentro en todas las cosas que me ha hecho, en cada una de las acciones y lo más importante, en el hecho de que está casado, consiga alejarme de él»

Escuché como la puerta de su habitación se cerraba, no podía pensar en el hecho de que le tenía al lado, que solo nos separaba un simple tabique de siete centímetros de aquella estancia.

«Será mejor que no lo pienses Jasmine, o acabarás aún menos cuerda que ahora»

Me metí bajo aquel grifo de la ducha que por suerte caía con fuerza, arrastrando todos y cada uno de mis pensamientos al menos por ese momento. Quise dejar la mente en blanco, por más imposible que fuera, pero sus palabras se repetían continuamente...

«Mi pequeña flor» La de veces que había odiado que me llamara así porque me hacía creer que no me veía como otra cosa que no fuera una niña, su sobrina y ahora, ¡Dios! Ahora me moría porque volviera a llamarme de nuevo así, sentía que formaba parte de algo suyo, otra vez... aunque me controlé sabiendo que Alex jamás sería mío, nunca lo había sido y ahora lo sería aún menos.

No supe cuánto tiempo tardé en conciliar el sueño, pero al final el cansancio acabó conmigo y terminé dejándome arrastrar por la oscuridad de Morfeo aunque el cese de imágenes de recuerdos compartidos con Alessandro no

dejaban de llegar a mi mente aunque tratara de desecharlos...

Abrí los ojos lentamente, pese a que había cierta claridad en la habitación estaba bastante oscuro porque las cortinas estaban echadas. Escuché unos golpes que creí se repetían por segunda vez, solo que la primera aún estaba demasiado dormida y probablemente habían sido los causantes de que despertara.

Salí lentamente de la habitación, Alex no estaba allí, pero la puerta de su habitación no estaba del todo cerrada, solamente estaba abierta un palmo pero intuí que debía estar levantado y entonces noté de nuevo los golpes que venían de la puerta de la habitación. Se escuchaba el sonido del agua así que evidentemente Alex se estaba duchando. Yo estaba en ropa interior porque se me había olvidado por completo llevar pijama, aunque para empezar no tenía ninguno ya que usaba camisetas viejas así que no podía abrir en lencería, vi entonces la camisa de Alex sobre una butaca y sin pensarlo la cogí colocándomela por encima y cruzándomela sin abrocharla.

Abrí la puerta de la suite un poco y vi al camarero con el carrito que me saludó sonriente, al parecer traía el desayuno. Abrí la puerta completamente y el camarero entró con el carrito colocándolo sobre la mesa central que había en el pequeño saloncito.

—¿Dónde está mi...? —En ese momento mi mirada se dirigió a Alex, ¡Ay mi madre! Gemí interiormente al verlo vestido únicamente con aquel pantalón azul oscuro y todo su torso bien definido sin cubrir. Después de hacerle una radiografía llegué a su rostro que me observaba detenidamente y entonces me di cuenta de que estaba junto a la butaca de donde había cogido la camisa.

¡Mierda!, ¡Me había puesto su camisa limpia! Me quedé sin saber que decir, ¿Qué podía decir para justificarme sin quedar como una idiota?

Observé como Alex se acercaba al camarero y le daba una propina dándole las gracias y diciendo que se marchara.

—Yo... lo siento es que tenía que abrir y no tenía nada que... —comencé a balbucear cuando su mirada estaba fija en mí y podría jurar que sus ojos azules ahora estaban bastante oscuros.

—No importa —le escuché toser.

—Si me das un minuto te la devuelvo —comencé a decir mientras avanzaba hacia el dormitorio.

—Quédatela —escuché su susurro justo cuando pasaba por su lado—. Quizá la necesites para dormir —añadió y yo enrojecí de pura vergüenza—. Siempre me ha parecido que estás preciosa cuando te sonrojas, pequeña flor. —Notaba su mirada fija en mí, no podía mirarle, si lo hacía sabía que me derretiría allí mismo y más aún con aquel perfume varonil que irremediablemente desprendía...

—Creo que será mejor que vaya a cambiarme —contesté repentinamente mientras me alejaba de él con la respiración contenida.

A este paso iba a morirme de un momento a otro de un ataque cardiaco, estar tan cerca de Alex hacía que mi pulso se acelerase, mi corazón se descontrolase y peor aún, iba a empezar no ser consciente de mis actos de un momento a otro.

«Contrólate» me repetí unas diez veces, «Tú puedes con esto» Me volví a decir, «Eres adulta, madura y puedes manejar esta situación» Si claro... y los cerdos vuelan, pensé después ante mi incredibilidad hacia mí misma.

Estuvimos durante todo el día en la obra donde se estaba llevando a cabo la construcción del gran edificio del que había realizado los cálculos

estructurales. Lo cierto es que fue bastante impresionante estar allí mismo, con calzado adecuado para seguridad y el apropiado casco; fuimos adentrándonos mientras los ingenieros nos explicaban los avances que habían realizado y Alex asentía pensativo a todo. Yo por el contrario, ávida y curiosa de todo aquello, no dejaba de realizar preguntas para entender absolutamente todo. No sabía si podía o no hacerlo, pero en ningún momento nadie dijo nada, así que probablemente cansé a los dos ingenieros que amablemente contestaban a todas mis preguntas, quizá por estar Alex presente.

—Es estudiante de tercer año —comentó Alex de pronto cuando realicé una pregunta sobre la colocación de las líneas de vida y ambos le miraron a él algo contrariados.

—¿Y ha realizado el cálculo estructural que tiene que explicarnos? —dijeron casi al mismo tiempo.

—Eso parece —contestó serio.

Por su tono deduje que hasta él mismo parecía algo incrédulo al respecto.

—Casi todo lo realizó el programa realmente, yo solo metí los datos —añadí en mi defensa.

El resto del día lo pasamos con ellos, estuve explicando detenidamente paso a paso como había realizado los cálculos ya que afortunadamente llevaba mi portátil y pude hacerlo.

No sabía si Alex estaba o no sorprendido, pero si puedo asegurar que sentía constantemente su mirada sobre mi nuca y en más de una ocasión le descubrí observándome. Aquello hacía que mis nervios aflorasen y, por ende; terminaba hablando a más velocidad de la normal sin saber por qué. Bueno, sí que lo sabía... eran los nervios por tenerlo justo a mi espalda.

—Hoy has estado muy bien. —Le escuché decir cuando volvíamos en el coche que nos llevaba de vuelta al hotel.

—Gracias —respondí mientras seguía observando por la ventanilla del vehículo.

No quería mirarle porque de hacerlo solo conseguiría que mi pulso se acelerase, mis piernas temblasen y por consecuencia mi voz se entorpeciera.

—Vas a ser una gran arquitecta cuando te licencies, estoy seguro de ello, es más, empiezo a creer que tendré que hacer algo para que no te vuelvas de la competencia.

—¿Cómo? —No sabía si Alex bromeaba o hablaba en serio, pero sin querer me volví para verlo cuando le respondí.

—Tendré que tenerte cerca de mí. —Su tono de voz era ronco, demasiado ronco para mi desgracia, porque cuando hablaba así yo siempre perdía toda la cordura de mi ser—. Y vigilarte muy de cerca. —Su tono seguía siendo ronco, pero ahora era casi un susurro, podía notar que se acercaba y no podía mover ni un solo músculo, mi cuerpo no reaccionaba ante aquella cálida voz que me atrapaba. Cerré los ojos ante su cercanía y noté como su aliento se mezclaba con el mío, quería derretirme en sus brazos, deseaba hacerlo, pero no podía, así que giré mi cabeza pensando que él no podía hacer aquello. Aunque no amara a Anna era su esposa y yo jamás me entrometería en un matrimonio por mucho que estuviera roto o simplemente no existiera amor entre ellos.

Escuché la respiración de Alex agitada muy cerca de mi oído, eso solo hacía que mi deseo hacia él incluso creciera, pero me contuve, aunque me costara la misma vida y empeño en ello, lo hice.

—Hemos llegado —anunció y bajé del vehículo sin esperar que nadie me abriera la puerta. A la porra los formalismos de aquel lugar, necesitaba

respirar aire fuera de aquel espacio reducido que olía a la masculinidad de Alex por todas partes.

—¿Qué te parece si nos duchamos y bajamos a cenar al hotel? —Le oí decir a mi espalda.

—Lo siento, estoy demasiado cansada —respondí sin mirarle—. Si no te importa preferiría pedir algo de picar a la habitación y acostarme pronto. — No soportaba un minuto más aquella cercanía sin tocarlo, simplemente no podía resistirlo.

—Por supuesto. —Se limitó a contestar.

Después de darme una ducha bastante larga para aclarar mi estado de nerviosismo tras aquel encuentro demasiado cercano en el coche con Alex, conseguí salir de mi aturdimiento. Envuelta en una toalla de hotel tanto en el cuerpo como en el cabello, volví al mismo dilema que había tenido esa mañana, ¿Qué narices me ponía para salir a cenar a la habitación? Maldita fuera yo por no echar una camiseta de pijama o cualquier cosa... no podía salir en toalla así que vi de nuevo aquella camisa azul claro que le había “robado” a Alex y no me quedó más remedio que ponérmela de nuevo.

Con el cabello algo húmedo salí al pequeño saloncito de la suite. Habían traído ya la cena y en el momento en el que me incliné para ver que más había en aquel carrito, escuché como Alex se aclaraba la garganta, como si pareciera querer advertirme que estaba allí. En ese momento me erguí de pronto y me volví rígida, probablemente me habría visto todo el trasero ahora que caía en la cuenta, ¡mierda!

—Yo solo tomare algo rapid... —Se me cortó la voz en el momento en el que le vi en mi ángulo visual cuando se acercó a la mesa con aquellas gotitas de agua que caían por su pecho desnudo del cabello húmedo. Se notaba que

acababa de salir de la ducha y estaba vestido únicamente con un pantalón largo de chándal oscuro.

La habitación estaba caldeada, pero en aquel momento sentí que lo estaba aún más. Tanto, que probablemente iba a comenzar a sudar de un momento a otro a pesar de estar recién duchada.

—Si, será mejor que nos acostemos pronto, mañana será un día igualmente largo como hoy —respondió mientras se acercaba y tomaba asiento.

Tomé un bocado de lo primero que pillé y para mi consternación estaba demasiado picante.

—¡Aaahhh!, ¡Pero que mierd...! —grité abriendo la boca mientras me hacía aspavientos y señalaba el agua a la cuál no alcanzaba a llegar.

Vi como Alex me servía de la botella en un vaso y me lo daba rápidamente mientras un deje de sonrisa se apreció en su rostro.

—Toma, bebe despacio. —Me indicó mientras yo estaba parcialmente inclinada por haber alargado mi cuerpo para alcanzar el agua.

—Se te olvidó mojarlo en esa salsa que apacigua el picante —dijo mientras me terminaba de beber el agua, aunque mi garganta pidiera más—. Y se te olvidó ponerte sujetador... —añadió de pronto con esa voz ronca que me hizo mirarle directamente a los ojos para fijarme en que su mirada estaba fija en cierto punto de mi anatomía.

¡Joder! Le estaba dando una vista espectacular de mis pechos y por inercia me llevé una mano al cuello de la camisa para ocultar la vista. Por increíble que pareciera, a pesar de que acababa de beberme dos vasos de agua mi garganta se reseco completamente.

—Tú lo sientes al igual que yo —dijo arrastrando su voz mientras se acercaba

cada vez más a mi tras levantarse de su asiento, acortando la distancia que había entre nosotros—. He tratado de contenerme, he intentado resistirme... y juro que no lo puedo soportar más.

—Alex —susurré—. No... —pero no pude seguir hablando porque sus labios ya estaban pegados a los míos. Me había agarrado de la cintura y me arrastró hasta él en un beso tan duro y devastador que me había dejó sin aliento.

Los labios de Alex eran exigentes, llenos de ardor como si exigieran devolver la pasión contenida durante todo el tiempo en el que no nos habíamos besado, como si intentaran recuperar todo el tiempo perdido y podía apreciar la necesidad y la fuerza con el roce de sus labios que envolvía cada caricia de sus manos alrededor de mi cintura.

Inevitablemente llevé mis dedos a su cuello, necesitaba agarrarme a él, sentirlo de nuevo, saber que era real y no un mero producto de mi imaginación. Él estaba allí realmente, besándome con tanta pasión que casi me hacía temblar del propio anhelo.

Cuando noté sus manos bajar hasta agarrar mis nalgas para presionarme aún más contra su cuerpo reaccioné. Aquello estaba mal, no podía pasar, no podía permitirlo y con todo el dolor de mi corazón aunando fuerzas donde ya no me quedaban; me separé de él, pero con la fuerza de su agarre no pude apartarle de mi cuerpo, aunque sí separé mis labios de los suyos.

—No puedo... —susurré.

—Te deseo... —contestó juntando su frente con la mía con aquella voz que hacía estremecerme por completo—. Y sé que tú me deseas a mí, pequeña flor.

—No importa lo que desees Alessandro. Es demasiado tarde —contesté empujándole consiguiendo esta vez apartarme de él y sin volver a mirarle, — porque sabía que mis fuerzas flaquearían—, me encerré en mi habitación antes

de que mi propio cuerpo traicionara a mi razón.

Me quedé recostada en el marco de la puerta como si con aquello tratara de impedir que él entrase, como si supusiera que él trataría de entrar. Me costaba respirar de la ansiedad, ni tan siquiera sabía cómo había conseguido apartarme porque todo mi cuerpo temblaba y mi voluntad flaqueaba en su presencia.

Traté de recordar todo lo que había sufrido en el pasado cuando estuve con él para resistir aquellos dos días que aún faltaban para irnos. Recordé el momento en aquel maldito despacho cuando él no me creyó y prefirió creer a la que después se convertiría en su mujer.

«No. Definitivamente no puedo» me dije mentalmente.

Yo solamente volvería a ser alguien que le daría placer, pero debía tener presente que Alessandro era incapaz de sentir nada y que después en todo caso, volvería con su mujer.

El sonido fuerte de un portazo me sobresaltó. No había sido la puerta de al lado de ello estaba segura, sino que había sido la puerta principal de la suite. Alex se había marchado y a juzgar por el fuerte portazo que había dado, probablemente no lo había hecho de buen humor.

POV

Alessandro D'Angelo.

—Sírvenme otro —dije al camarero del bar del hotel mientras dejaba el vaso vacío con hielo del cuarto whisky que me tomaba aquella noche.

«Tarde, demasiado tarde»

Esas palabras no se me iban de la cabeza por más alcohol que ingeriera aquella noche.

¡Maldita sea! Me dije dando un golpe seco en la barra con aquel puto vaso vacío. No sabía que narices era ese sentimiento nuevo que me acechaba, pero no lo quería, no lo aceptaba y mucho menos deseaba tenerlo... no soportaba su rechazo, ¡Dios!, ¡No lo soportaba!

Miré la hora en el reloj del teléfono móvil, era casi la una de la madrugada y volver a la habitación solo implicaba saber que ella estaría allí, durmiendo en la habitación de al lado y sin poder tocarla de nuevo. ¿Dónde estaba ese maldito whisky? Gemí interiormente.

Aún no podía creerme que la hubiera tenido tan cerca los últimos meses, en mi propia empresa, en mi propio edificio... a tan solo unas cuantas plantas de distancia y yo martirizándome todo este tiempo para no tratar de recordarla, para tener que vivir con la idea de que estaría entre los brazos de ese maldito de Rashid.

¡Ese malnacido me mintió!, ¡Me dijo que se había casado con ella!, ¡Él y su hermana! ¡Maldita fuera por haberlos creído!

El teléfono comenzó a sonar y contesté sin siquiera mirar quien llamaba.

—D'Angelo —exclamé nada más deslizar el dedo por la pantalla.

—Vaya, me esperaba dejar un mensaje en tu contestador pensando que no lo cogerías por la hora que es, pero supongo que el día ha sido largo. —Me contestó Marco.

—Si... bastante largo —musité.

—Bueno, te llamaba por ese asunto privado que me pediste ayer. Hice las averiguaciones pertinentes y Rashid te mintió, ella dice la verdad... no hubo ningún matrimonio.

—¡Y porqué mierdas me mintió! —grité.

No era que no la creyera, pero necesitaba confirmarlo de todos modos. ¡Porque maldita sea no lo hice antes!

—¿Tal vez para que no fueras un obstáculo en su camino? Por lo que me dijiste ella estaba enamorada de ti o eso creías. Si Rashid la quería y era consciente, imagino que simplemente quiso apartarte del medio.

—Lo voy a matar. —maldije en un susurro.

—No seas idiota —respondió Marco—. Razona por una puñetera vez en tu

vida. Llevas dos putos años de mala hostia por culpa de esa mujer y ahora la tienes ahí solo para ti, ¡Reacciona!

—Es tarde... —susurré las mismas palabras que ella me había dicho.

—¡Que tarde ni que mierdas! —exclamó de malas maneras—. La jodiste hace dos años... ahora parece que la vida te da una nueva oportunidad para hacer bien las cosas y si ella es la única capaz de hacerte sentir algo, bien merece la pena intentarlo. ¿No crees?

—Es lo que ella me ha dicho hace dos horas cuando la besé, que era demasiado tarde para nosotros —insistí.

—Pues más te vale hacer algo para hacerla cambiar de opinión, porque como amigo tuyo te advierto que no pienso seguir soportando ese carácter de mierda que te gastas desde que ella se fue. —No supe por qué aquello me hizo sonreír vagamente.

Marco era el único al que podía catalogar de “amigo” entre toda la gente que me rodeaba y el único a quien le había confesado absolutamente todo lo ocurrido con Jasmine, él era la única persona en quien confiaba de verdad.

—Está bien —contesté de pronto dejando el vaso que me acababa de servir el camarero a un lado y sacando la billetera para pagar—. Necesito que muevas algunos hilos en recursos humanos, si lo necesitas di que te he dado la orden para hacerlo.

—Claro, ¿Qué quieres que haga? —contestó con normalidad.

—Quiero a Jasmine arriba —respondí—. No sé en qué hueco la vas a poner, como si te inventas las funciones que va a desempeñar, pero la quiero tener al lado de mi despacho y que trabaje directamente conmigo. —Pude escuchar las risas de Marco al otro lado del teléfono.

—Y luego dices que no estas enamorado —contestó mientras se reía y yo pensaba si aquello era un acto reflejo de lo que de algún modo ella conseguía hacer en mi... de aquellas sensaciones inexplicables que me acontecían y de la realidad que me azotaba de lleno en la cara, que fuera como fuera, no pensaba dejar que ella se marchara de mi lado de nuevo.

—Tú calla y hazlo —le reprendí.

—Está bien, está bien... en cierto modo me recuerdas a mi mismo hace años —contestó jovial.

—¿A tu pelirroja? —gemí mientras le pedía la cuenta al camarero del bar.

—La misma. Te tengo que dejar, tengo una llamada importante y ten por hecho que cuando regreses, Jasmine tendrá ese puesto.

—Gracias Marco —contesté antes de colgar.

No tenía ni idea de lo que se supone que haría para recuperarla, para hacer que volviera a estar junto a mí, pero tenía claro que movería cielo y tierra si era necesario para que ella estuviera a mi lado. Jasmine era la única mujer que deseaba, por la que inexplicablemente podía sentir algo... y no iba a permitirme ni siquiera a mí mismo perderla.

Dejé la bolsa de deporte donde había llevado mis cosas al viaje sobre la pequeña mesa de comedor que había en el salón de mi apartamento, por llamarlo así de alguna manera, ya que cocina, salón y mesa de estudio estaban integrados en una sola habitación, lo único independiente era el pequeño dormitorio y el baño.

Suspiré mientras me dejé caer en la pared, pensando en la reacción que había tenido Alex los últimos dos días. Por alguna razón pensé que después de la forma en la que se marchó dando aquel portazo me sacaría el tema a relucir, me hablaría, me... ¡Diría algo joder! Pero su forma de actuar fue correcta, precisamente de lo más correcta para mi pesar, aunque fuera mejor así.

Solo se ciñó a hablar de trabajo, es más, podía notar que incluso no me miraba como si de alguna forma tratara todo el tiempo de esquivarme. Mientras estuvimos en la obra apenas le veía porque yo me quedaba con los ingenieros y él se perdía mientras tanto. Cuando volvimos al hotel dijo que tenía algunos compromisos que hacer... no entendía nada. Tal vez él había comprendido que era un hombre casado y yo no estaba dispuesta a ser “la otra”.

Me fui desvistiendo lentamente mientras me hacía a la idea de que ya había pasado todo, probablemente no volviera a tenerle así de cerca nunca más. Pero había sido tan frío y tan distante pese a tenerlo al lado que no me gustaba esa sensación, ¡Maldita sea!, ¡Ni yo misma me aclaraba con saber lo que quería! Exclamé mentalmente mientras metía sin ningún tipo de delicadeza la ropa que me estaba quitando en la lavadora. Cogí igualmente de malas maneras la bolsa de deporte y la vacié al suelo por completo sacando previamente el ordenador que era lo más delicado.

—¡Porque infiernos no puedo simplemente olvidarme de él! —comencé a decirme a mí misma hablando sola—. ¿Por qué no puedo ver a otro hombre como lo veo a él? —volví a gemir mientras me ponía en cuclillas para seleccionar la ropa de color que iba a meter en el tambor de la lavadora y haciendo selección encontré una caja que no era mía. Eso no lo había puesto allí, ¿Cómo había llegado?

La cogí extrañada y vi que tenía un cierre, esa caja sin duda tenía dueño y temblé al pensar quién era ese dueño y porqué estaba esa caja allí.

Cuando la abrí vi que un sobre blanco tapaba el contenido, lo cogí y me quedé sin aliento al ver el contenido que ocultaba, era una gargantilla de flores engarzadas y reconocía perfectamente de qué flores... yo me llamaba de la misma forma que esa flor.

Me deleité con los pequeños brillantes que desprendían las pequeñas hojas de los jazmines engarzadas, en cada una de ellas había una circonita de color verde esmeralda, justo en el centro de cada flor. Era simplemente precioso y me atrevería a decir que único.

Recordé en ese momento el sobre y lo giré para abrirlo sacando la tarjeta que había en su interior. Reconocí perfectamente la letra de Alex, esa letra que había sabido identificar por sus tarjetas y postales navideñas durante tantos

años, podría reconocerla en cualquier parte porque permanecía grabada en mi retina.

Si no me falla mi memoria te debía dos regalos de cumpleaños... y ahora solo te deberé uno, pero para poder darte el segundo, te hará falta el primero.

Espero que te guste mi pequeña flor, cuando lo mandé hacer, quería que fuera tan único y especial como lo eres tú para mí.

*Tuyo,
Alessandro D'Angelo.*

—¿Por qué me haces esto Alex? —gemí con los ojos acuosos y secándome las lágrimas aún no derramadas con la palma de la mano.

— Esto no ayuda a que me olvidé de ti —susurré mientras acariciaba aquella joya que tenía ante mis ojos con el dedo índice. Él había encargado hacer aquello para mí y de alguna forma ese pequeño detalle hacía que mi pulso se acelerase y fuera totalmente incapaz de no sentir lo que sin duda alguna seguía sintiendo por él, a pesar de todo.

—¿Y dices que después de besarte se marchó? —preguntó de nuevo Erika por tercera vez.

Le había contado todo lo sucedido con Alex en Abu-dabi, incluido el regalo de la gargantilla con aquella tarjeta que había sido incapaz de dejar en casa porque no dejaba de releerla una y otra vez.

—Si, ya te dije que me aparté de él y me encerré en la habitación —volví a confesar de nuevo.

—Es que es demasiado raro —contestó algo pensativa—, quiero decir... si se marchó y después no fue capaz de mencionar nada, ¿A santo de qué vino ese regalo? —dijo lanzando la pregunta al aire mientras yo me encogía los hombros—. A menos que sea una forma de pedir disculpas —añadió.

—Según él, es un regalo atrasado de cumpleaños. —Volví a mencionar ese pequeño detalle.

—Ese collar es demasiado personal como para ser un simple regalo de cumpleaños —terció Erika volviendo a robarme el móvil para ver la foto que le hice al colgante. No me atrevería a llevar una joya así a la facultad, tenía demasiado valor y más aún del tipo *sentimental* para mí.

—No sé qué pensar al respecto —dije dando voz a mis pensamientos.

—Pues yo creo que Alex ha hecho toda una declaración de intenciones con ese regalo, es más, en la tarjeta hace mención a un segundo regalo en el que vas a usar el primero por lo que creo que tienes tres opciones Jasmine —aclaró mi pelirroja favorita.

—¿Qué opciones? —pregunté de pronto.

—Huir, resistir o aceptar ser su amante.

—¡No pienso ser la amante de nadie! —maldije.

—Pues te quedan dos —La vi señalar con los dedos de su mano izquierda y rodé los ojos...

—Ni tan siquiera sé si intentará algo de nuevo —mencioné sin más—. Ya te dije que su comportamiento fue de lo más correcto, es más, si ni siquiera me miraba o se dirigía directamente a mí.

—Reconozco que es extraño, pero Alex siempre ha sido así, ¿no? Al menos por lo que tú me has contado.

—Bueno te dejo, que tengo que ir a trabajar —contesté comprobando la hora y que era algo tarde porque nos habíamos entretenido más de la cuenta en la puerta.

—¿Crees que le veras? —preguntó antes de que me marchara.

—No lo creo, yo trabajo unas cuantas plantas más abajo.

—Lo que daría yo por trabajar allí... —suspiró Erika.

—Dame tu curriculum e intento averiguar si hay alguna vacante disponible para mencionarte —contesté guiñando un ojo.

—¡Eres la mejor!, ¡Mañana te lo traigo! —contestó efusiva mientras me abrazaba— ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana! —contesté divertida mientras emprendía camino hacia mi apartamento.

Me cambié rápidamente de ropa y comí algo rápido mientras cogía el bolso que usaba para trabajar y me dirigí hacia D'Angelo que estaba justo al lado. Cuando llegué a mi oficina noté algo raro, no sabía definir exactamente que era, pero no era así como lucía siempre. Entonces me di cuenta de que los archivadores no estaban, y de que las carpetas que siempre solía tener sobre la mesa junto a la agenda y el planificador tampoco. Seguía estando el lapicero, el ordenador y unas cuantas cosas más, pero ¿Dónde estaban todos los archivos?

—¿Es usted la señorita Dunne? —escuché a mis espaldas y me di la vuelta inmediatamente.

—Si —contesté enseguida al ver a una mujer pulcramente vestida con traje de falda y chaqueta de unos cuarenta y tantos años. Me miraba sobre aquellas gafas de cristal doradas algo antiguas, casi me recordaban a las que yo usaba

hace poco más de dos años, ahora siempre llevaba lentillas por comodidad, me terminé acostumbrando.

—Venga conmigo —dijo seriamente mientras se daba la vuelta y no me quedaba más remedio que seguirla.

—¿Ha ocurrido algún problema? —dije en el tono más suave que pude obtener ante mi impaciencia. ¿Acaso iban a despedirme? Si no, ¿porque esa mujer me hacía seguirla?

La vi pulsar el botón de la última planta y mi corazón se aceleró.

—Ningún problema señorita Dunne, únicamente la estamos reubicando en su nuevo puesto.

—¿Nuevo puesto? —mencioné contrariada dirigiendo mi vista del botón del ascensor a la mujer en cuestión.

—Será usted la nueva ayudante del presidente.

—¿Cómo? —exclamé totalmente contrariada.

—Su cargo concretamente será el de ayudante adjunto del señor Alessandro D'Angelo. —La escuché mientras en ese preciso instante la imagen de Alex se cruzaba lentamente por mi mente. Iba a trabajar con él, a su lado... esto sin duda alguna tenía que haber sido orquestado específicamente por él y saber que podía ser una marioneta en sus manos no me gustó. No me gusto en absoluto.

Seguí a aquella mujer que ni tan siquiera se había presentado —y probablemente no lo hiciera—, hasta que me indicó con una señal de mano cuál sería mi despacho.

—Estarás junto al despacho del presidente y será él mismo quien asigne a partir de ahora tu trabajo.

—¿Únicamente estoy bajo su supervisión? —pregunté confusa.

—Si, únicamente trabajas para él y respondes ante él.

—Está bien. —No le iba a decir nada a ella, no serviría de nada.

Cuando aquella mujer se fue me acerqué a la mesa donde vi las cosas que tenía en mi anterior despacho, alguien las había trasladado allí.

Tiré la carpeta que me había dado sobre la mesa provocando ruido. Estaba llena de rabia. ¿Qué demonios pensaba Alex que iba a hacer?, ¿Quedarme allí?, ¡Pues lo llevaba claro!

Salí del despacho sin siquiera probar la silla o mirar si ya me habían asignado alguna tarea, me daba absolutamente igual. Fui directamente al despacho de Alex y aunque la puerta estaba cerrada, era acristalada y pude verlo perfectamente sentado en su silla hablando por teléfono. Entré sin llamar.

—¡Señorita! —escuché el grito una vez que ya había entrado en el despacho y me crucé de brazos mirándole—. ¡No puede entrar! —susurró la voz de la secretaria.

—Luego te llamo, tengo que colgar —escuché decir a Alex mientras no aparté la mirada obcecada de él.

—Señor D'Angelo, lo lamento no me dio tiempo a frenarla... —comenzó a hablar la secretaria de unos treinta y tantos años a juzgar por su apariencia. Era bastante guapa, rubia y delgada, del estilo de Anna sin ser tan despampanante.

—Tranquila Becky, está todo bien —contestó con una débil sonrisa—. Déjenos solos por favor —añadió provocando que en ese momento mis piernas temblasen, pero la secretaria de Alex obedeció sin rechistar.

—¿De qué va todo esto? —exclamé en cuanto ella se marchó.

—¿A qué te refieres? —contestó sin ningún tipo de emoción—. ¿No te gusta tu nuevo despacho?

—¿Por qué me has cambiado de puesto?, o mejor aún, ¿Por qué se supone que ahora solo respondo ante ti?

—Todo el mundo que trabaja aquí responde ante mi —contestó evadiendo sin lugar a duda mi pregunta.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Ese puesto no es para mí, soy una estudiante de tercero y mi lugar es abajo. No quiero privilegios y mucho menos trabajar contigo.

—¿Por qué? —preguntó de pronto mirándome fijamente.

—¡Sabes perfectamente por qué! —le grité.

—No te di el puesto por privilegios, has demostrado ser mejor que todo mi equipo al completo y eso que ellos están mucho mejor capacitados y preparados que tú. Yo elijo lo mejor para estar a mi lado y tú tienes demasiado potencial para desperdiciarlo allí abajo. Además, tu puesto lo ocupará otra persona y le estarás haciendo un favor a otro alumno de la Barlett.

—Pues renuncio —contesté sin más no tragándome ni una sola palabra de su discurso.

—Vas a aprender mucho más aquí arriba y desde luego más rápido que personas que trabajan para mi desde hace años, si te vas, estarás perdiendo una oportunidad única. Tú sabrás si quieres ser una arquitecta de renombre o simplemente alguien que estudió la carrera como tantos otros.

Me había dado la vuelta dispuesta a irme cuando aquellas palabras me frenaron. Alex tenía razón, ¡El maldito idiota tenía razón!

—¿Me tratarás como a una empleada más? —Tuve que preguntarlo para asegurarme.

—Te aseguro que no tendrás privilegio alguno y no te trataré como a mi sobrina.

—No soy tu sobrina, al menos no realmente —contesté rápidamente.

—Desde luego que no —contestó observándome.

Me fijé en que los ojos azules de Alex parecían más oscuros de lo normal y casi podía creer que había deseo carnal en ellos.

Pensé por unos segundos que debía hacer, por un lado, quería quedarme, era consciente de la importancia que ese puesto tendría para mi futuro y para mi carrera. Una carrera profesional que siempre había querido desarrollar precisamente allí, en esa empresa y trabajando justamente al lado de Alex. Pero ahora que lo iba a tener mi raciocinio me decía que de alguna forma iba a ser mi perdición, ¿Qué debía hacer?

—¿Tendré que viajar contigo y acompañarte? —pregunté de pronto dubitativa.

—No, al menos principalmente no a menos que sea necesario. Además, tienes que asistir a tus clases debidamente.

Suspiré, la formalidad en su tono me hizo coger cierta confianza y bajar mis defensas.

—Supongo que podremos tener una relación profesional normal como estos últimos días —aseguré.

—Por supuesto —contestó sin dudar y me sorprendió, provocando que le mirase de pronto y su mirada seguía igual de oscura. Aquel hombre iba a volverme loca definitivamente.

—Está bien, pero tengo una petición. —Tal vez pudiera sacar algo bueno de aquello.

—¿No es suficiente el beneficio del ascenso que has obtenido? —contestó con cierta ironía y me hizo pensar que quizá tenía razón, pero aun así no perdía nada con probar.

—No es algo para mí —dije a mi favor.

—¿De qué se trata? —contestó apartando la vista de mi hacia una enorme Tablet o similar, que había en su escritorio y jugueteaba con un lápiz táctil en ella.

—Quiero que mi antiguo puesto se lo den a una compañera de mi facultad.

—¿No eras tú la que decía que no quería privilegios? —Pude apreciar la sonrisa de Alex y yo rodé los ojos.

—Ella se lo merece, sé que es buena. —Me aseguré de decir en mis palabras para que quedara constancia.

—Si es tan buena, podrá entrar por méritos propios —contestó algo ausente.

—Sus calificaciones no son tan altas, pero es muy buena alumna, siempre trabajo con ella —Insistí.

—Está bien, tráeme su currículum y veré que puedo hacer —contestó tras meditarlo unos segundos o tal vez fuera por mi persistencia.

—Gracias —contesté dando media vuelta y dispuesta a salir de su despacho, aún no me podía creer nada de todo aquello.

Era cierto que las cosas entre Alex y yo estaban tirantes, pero en el fondo, muy en el fondo de mí, pensaba que él me quería allí... y estaba segura de que no podía ser solo porque hubiera demostrado ser buena en mi trabajo. Me había

colocado a su lado para tenerme cerca y esos ojos oscuros solo delataban lo peligroso que podría ser estar precisamente allí al lado, pero si él no era capaz de recordar que era un hombre casado, tal vez debería refrescarle la memoria si se daba el caso.

Salí del despacho y me adentré en el mío cerrando la puerta también de cristal. Me dirigí a mi mesa nueva y me senté dándome cuenta de que yo tenía otra de esas tabletas enormes incrustada en mi mesa. Ni tan siquiera sabía que uso debía darle, aunque intuía cual sería.

Abrí mi bolso para buscar el teléfono ya que quería enviarle un mensaje a Erika sobre lo que había ocurrido cuando mis dedos tropezaron con la tarjeta, esa tarjeta que Alex había adjuntado junto al collar. No le había dado las gracias, ¿Debería hacerlo? Me parecía casi surrealista tener que dudar en darle o no las gracias por aquel regalo cuando ni siquiera se había atrevido a dármelo en persona.

Me levanté de nuevo para volver a su despacho. Después de todo había sido un verdadero detalle por su parte, así que al menos en esa ocasión sería agradecida.

—Disculpe —dije llamando la atención de la secretaria de Alex.

Ella me miró extrañada y entendí que la había hecho pasar un mal trago cuando me adentré en su despacho sin llamar.

—Becky, ¿no? —pregunté llamando su atención—. ¿Podría avisar al señor D'Angelo de que voy a entrar en su despacho? —Me mordí el labio ante la idiotez que estaba haciendo, bien podría entrar de nuevo sin llamar, ¿no? Tampoco creo que se enfadase mucho, al menos antes no lo había hecho.

—Pero si acaba de salir —dijo de pronto.

—Lo sé, y entraría sin llamar, pero creo que antes la dejé en evidencia y no era mi intención. —Quería morirme de vergüenza.

Suponía que a partir de ese momento aquella secretaria me tendría el ojo fichado. Afortunadamente para mí, hizo un amago de sonrisa y le dio al marcador que suponía sería el interfono con el teléfono del despacho de Alex.

—Si señor D'Angelo, la señorita...

—Dunne —dije de pronto y ella abrió los ojos algo sorprendida.

—Dunne desea entrar en su despacho. —La observé colgar el teléfono y después mirarme—. Dice que puede pasar.

—Gracias —dije respirando hondo y dando los pasos que separaban la mesa de la secretaria de Alex de su despacho.

Entré y vi que Alex seguía jugueteando con aquella Tablet.

—Agradezco que avises a Becky antes de entrar interrumpiendo en mi despacho, pero vamos a trabajar juntos, así que no hace falta. Basta con que veas que no me encuentro reunido y puedes llamar a la puerta para pasar.

—Está bien —respondí sintiendo mi garganta seca de pronto y guardando silencio.

—¿Y bien? —preguntó en ese momento y le miré. Estaba dejado caer sobre su silla con los brazos sobre los reposabrazos de ésta y parecía esperar que le dijese aquello que había ido a decir.

En ese momento, al observarle de nuevo hasta yo misma no recordaba lo que había ido a decirle. ¿Por qué tenía que ser tan endemoniadamente guapo hasta cuando estaba serio y concentrado en su trabajo?

—Em... —musité desviando la vista para no despistarme—. Quería darte las

gracias por el regalo que me dejaste en la bolsa, es muy bonito, pero debe de haberte costado una fortuna y no puedo aceptarlo. Es demasiado valioso — dije de pronto.

—No acepto devoluciones —contestó rápidamente haciendo que le mirase de nuevo—. Además, es una joya creada para ti, por lo que nunca luciría igual en ninguna otra mujer.

—Pero yo no pued...

—¿Te gustó? —Me interrumpió de pronto mientras observé que se levantaba y comenzaba a acercarse a mi haciendo que mi pulso se acelerase con cada uno de sus pasos.

—Eso no tiene nada que ver para...

—Te gustó. —afirmó volviendo a interrumpirme.

No le miraba directamente, sino que conforme veía la silueta de su cuerpo acercarse retrocedía, aunque lo estaba haciendo en el lado contrario a la puerta muy a mi pesar, justo donde la zona no era acristalada y nadie podía vernos.

—Estoy deseando verla lucir en tu cuello, estoy seguro de que con tus ojos hará que el verde resalte aún más.

—No creo que tenga ocasión de lucir una joya así. —dije como evasiva ante la cercanía que cada vez era más próxima y que por alguna razón no me dejaba reaccionar, estaba casi estática. Como si supiera que de alguna forma él llegaría hasta mí y no pudiera hacer nada por evitarlo porque en el fondo era lo que deseaba.

—La tendrás —susurró muy cerca de mi rostro—. Me aseguraré de que la tengas. —Ese olor que provocaba oleadas de éxtasis en mi interior me

embriagó de pronto, haciendo que mis piernas temblasen y en cuanto alcé los ojos y vi aquella mirada azul fija en la mía, supe que estaba perdida. Percibí de nuevo esa sensación de embriaguez que solo podía sentir hacia él.

Antes siquiera de que pudiera contestar a sus palabras sus labios rozaban los míos en una caricia lenta, suave y demasiado succulenta. Un leve jadeo brotó de mi garganta antes de que su boca se fundiera presa de la mía en una voraz embestida con su lengua como si aquel momento hubiera sido esperado por ambos y la falta de apetito del otro necesitara ser saciada.

Los golpes repentinos en la puerta siguieron de una voz masculina haciendo que nuestros labios se separasen como si un golpe seco nos hubiera azotado a ambos.

Un sonido de garganta carraspeando hizo que Alex se diera la vuelta para observar al dueño de la interrupción.

—Lamento interrumpir —escuché por parte del hombre que acababa de entrar en el despacho mientras salía detrás de la figura de Alex algo aturdida y avergonzada.

—No interrumpes nada, yo ya... me marchaba —dije de pronto mientras salía a toda prisa de allí por el hueco que había entre Marco, que había sido el causante de la interrupción y el borde de la puerta.

Entré en mi despacho y cerré la puerta por muy de cristal que esta fuera y llegué hasta la silla donde me dejé caer.

«No debía haber ido, no debí ir a darle las malditas gracias» me repetí mientras de forma un poco autómata encendí el ordenador por hacer algo y mientras éste arrancaba saqué por fin el teléfono del bolso.

Tecleé rápidamente un mensaje a Erika.

Prepara tu curriculum, mañana se lo daré a Alex.

Pd: Tengo mucho que contarte así que te llamo cuando salga.

El teléfono no se hizo esperar cuando vibró al recibir respuesta.

Ya lo tengo listo. ¡Gracias!

Pd: Espero que ese “mucho que contar” no sean malas noticias.

Iba a contestar cuando vi que en la pantalla de inicio tenía una especie de posits virtuales con tareas pendientes a realizar. Al parecer sí tenía trabajo, así que dejé apartado a un lado el teléfono y me sumergí momentáneamente en la tarea, después llamaría a Erika para contárselo todo por teléfono o de lo contrario iba a seguir pensando todo el tiempo en Alex y en aquellos indiscutibles dulces labios.

«¡Céntrate!» me grité mentalmente.

Cuando salí a mi hora me fijé que el despacho de Alex estaba vacío. Tal vez era mejor así, pensé después de todo. En cuanto salí por la puerta de la torre y me dirigí hacia mi apartamento que estaba justo al lado, saqué el teléfono y llamé a Erika sin esperar a llegar a casa.

—¿Te volvió a besar?, ¿En su despacho? —La escuché gritar al otro lado de la línea.

—Si... —dije algo contrariada—. Lo cierto es que no se si debería irme, pensé que lo podría soportar si solamente trabajábamos, como los últimos días en Abu Dabi, pero después de eso no estoy tan segura, no creo que tenga la voluntad necesaria para apartarme de él si vuelve hacerlo por más que no quiera que lo haga.

—Sinceramente no sabría qué hacer en tu lugar. Tu situación es demasiado compleja como para tomar una decisión al respecto, pero perderías una oportunidad única si te vas de la empresa.

—Lo sé, por algo no me he ido todavía por eso y por qué...

—En el fondo quieres estar a su lado.

—Si —susurré.

—Pues déjaselo claro, Jasmine. Pon las cartas sobre la mesa y dile que no piensas ser “su amante”.

—Lo haré —dije tras meditarlo unos segundos—. La próxima vez que intente acercarse a mí se lo diré.

Pero no hubo ocasión, al menos no la hubo en los siguientes cuatro días desde aquel beso porque Alex nunca estaba en su despacho.

No sabía si se encontraba fuera de viaje o simplemente trataba de evitarme, de alguna forma extraña comencé a pensar que era la segunda opción porque nadie me había dicho nada y siempre tenía tareas que hacer en aquellos posits nada más iniciar el ordenador.

«¿Por qué me evitaba?, ¿No se suponía que él era quien me había puesto allí?»

No podía dejar de darle vueltas, ¿Y si al vernos Marco le dijo algo?, ¿Y si Marco conocía a Anna demasiado bien y le amenazó con contárselo?, ¡Dios! Las teorías se acumulaban en mi cabeza una tras otra y en todas ellas solo podía pensar que Alex se estaba distanciando de mí a conciencia, pero lejos de suponer que aquello me agradaba, no lo hacía. Solo provocaba más ansiedad en mí.

—Jasmine —Alcé la vista cuando escuché mi nombre de la Tablet que había aprendido a usar y que sorprendentemente era muy cómoda a la par que facilitaba el trabajo y miré a Becky.

En los últimos días habíamos congeniado relativamente bien, al menos no me miraba con ese desdén del primer día que probablemente le habría caído peor que mal por colarme en el despacho de Alex. Supongo que pedirle disculpas surtió efecto.

—Dime Becky —contesté con una sonrisa para que no me preguntara si me ocurría algo como lo había hecho el día anterior al verme seria.

—Hay alguien que pregunta por ti y desea verte.

—¿A mí? —respondí contrariada.

¿Quién iba a querer verme allí? Si fuera alguien de la empresa me habría llamado por teléfono interno primero y Erika dudaba que fuera, porque, aunque dejé su curriculum sobre la mesa de Alex al día siguiente, me dijo que aún no la habían llamado. Además, me habría avisado personalmente y no tenía ningún mensaje en mi móvil.

—Si —dijo seria y dio un par de pasos para entrar—. *Es un hombre muy guapo* —susurró colocándose la mano en la boca como si alguien más pudiera oírla y no quisiera.

Alcé una ceja aún más contrariada, ¿Un hombre muy guapo que quería verme? Debía estar equivocada.

—¿Qué te ha dicho exactamente? —pregunté sin darle mucha importancia.

Para mí, muy guapo era Alex y desde luego Alex no parecía ser aquel tipo.

—Que quería solicitar ver a la señorita Dunne —dijo como si estuviera suspirando.

—¿No te ha dicho quién es? —insistí.

—No —dijo algo contrariada, ¿Becky contrariada?—. Era tan guapo que se me ha olvidado preguntarle su nombre —confirmó algo abochornada.

—Dudo que exista un hombre tan guapo —contesté riendo.

Me levanté de la silla porque tenía curiosidad por saber de quien se trataba y salí a la especie de hall de entrada donde se encontraba la mesa de Becky. Le

vi de perfil, pero en ese momento le reconocí inmediatamente.

—¿Qué haces aquí? —dije con ímpetu captando su atención.

—Yo también me alegro de verte, Jasmine —contestó dándose completamente la vuelta para verme y quedar frente a mí.

—Te he hecho una pregunta Mijaíl —contesté cruzándome de brazos y algo enfadada.

¿Qué demonios hacía él allí? Cuando me marché de Dubái pensé que había quedado bastante claro que no quería saber nada de él, —incluyendo a su familia, aunque también fuera la mía— ni de sus engaños para conseguir lo que quería.

—¿Podemos hablar en privado? —contestó haciendo que mirase a mi alrededor y viera que algunos miembros del personal nos estaban observando.

—Si —dije algo enfurruñada.

No es que me apeteciera, pero tampoco iba a montar allí una escena. Entré en mi despacho y no miré siquiera si Mijaíl había entrado detrás de mi o no, lo cierto era que poco me importaba que lo hubiera hecho. Me senté en la silla y entonces vi que no solo me había seguido, sino que había cerrado la puerta. Agradecí infinitamente fuese de cristal porque eso me daba más tranquilidad, vi entonces cómo se acercaba hasta sentarse en una de las sillas que había frente a mi mesa y tomaba asiento.

—Creo que cuando me marché de Dubái dejé bastante claro que no quería saber nada de ti —dije de pronto interrumpiendo el silencio.

—Esto no es un juego de niños para mi Jasmine y he tenido bastante paciencia al respecto, a la par que he debido dar demasiadas explicaciones a mi familia cuando todos esperaban que por fin se celebrase el matrimonio que tanto

ansiaban.

—Ese es tu problema, no el mío —discutí.

—El punto es otro. Tienes que casarte conmigo y no hay otra opción —dijo sin más.

—¿Y qué harás?, ¿Obligarme? —gemí irónicamente.

—No me tientes... —bufó y por su aspecto bastante serio hizo que por primera vez me lo tomase en serio.

—No te quiero y no me voy a casar contigo. Ni antes, ni ahora, ni en un futuro, ni nunca jamás de los jamases. ¿Te ha quedado claro? —le aclaré.

—He venido a negociar, intenté hacerlo por las buenas y no funcionó, tal vez podamos llegar a un acuerdo esta vez.

—¿Por las buenas?, ¿En serio crees que engañarme y montar el circo que montaste fue por las buenas? —gemí.

—Traté de que te enamoraras de mí, pero supongo que estando enamorada de otro poco se podía conseguir.

—Le mentiste a Alex, le dijiste que me había casado contigo —le reproché.

—No podía arriesgarme a que volvieras a sus brazos —confesó tan tranquilo.

—Eres un cerdo egoísta —contesté sin ningún tipo de pudor.

—Egoísta sería si pudiera hacer lo que me plazca —me contestó—. Cosa que no puedo hacer. ¿Acaso crees que quiero casarme contigo?, ¿Qué deseo tener como esposa a una mujer que me detesta y a la cuál no amo? —añadió con ironía—. No Jasmine, yo no hago esto por egoísmo, lo hago porque no tengo otra opción, nunca la tuve.

—De qué hablas —dije de pronto.

—Se supone que no te puedo informar de esto, nadie puede saberlo y por eso no podía contártelo. Solo la familia más íntima lo sabe, porque si se trasciende de alguna forma podríamos tener graves consecuencias.

Guardé silencio porque realmente no sabía que responder, en realidad estaba en un punto en el que desconfiaba totalmente de su palabra, pero por el tono empecé a pensar que al menos aquello era real, era el mismo tono que usó para confesarme que mi madre era de su familia.

—Ya te conté que mi abuelo se arrepintió de ser el culpable de la huida de su única hija, es decir, de tu madre.

—Si —contesté rápidamente.

—Pues bien, dejó escrito algo en su testamento unos meses antes de morir. No lo consultó con ninguno de sus hijos, de lo contrario habrían evitado aquella locura. La cuestión es que dejó todos los terrenos de mayor valor y posesión de la corona a su hija, Aasiyah Rashid.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Que son tuyos por legitimidad Jasmine —confesó abatido—. Mi familia no puede hacer uso de ellos.

—¿Y si renuncio a ellos? —dije de pronto ni tan siquiera sabiendo que propiedades serían o qué valor tendrían.

—No se puede renunciar, ya lo comprobamos, de hecho, hemos comprobado todo. La única forma en la que esos terrenos serán devueltos a mi familia es mediante el sagrado matrimonio. ¿Te das cuenta ahora de la importancia que tiene? Estamos hablando de miles de millones de dirhams Jasmine... si se sabe esto, si la noticia de que ese valor capital del país no pertenece a la corona, podría producirse una fractura en la estructura de mi País que

provocaría una catástrofe.

—No puede ser.... —susurré completamente colapsada ante aquella confesión.

No podía ser verdad. No quería creerlo, más bien ¡No deseaba creerlo!

—Me has mentado todo este tiempo Mijaíl, ¿Por qué habría de creerte ahora?
—dije contrariada.

—Si te engañé solo fue por tu bien y por el de todos. Si esta noticia llegaba a difundirse, podría significar la ruina. Lo hemos mantenido oculto todo este tiempo, siendo prudentes en la espera. Todos deseaban ese matrimonio porque saben lo que implicaría, la tranquilidad y la paz de nuevo para mi país.

—Yo... tengo que pensarlo —respondí confundida.

—Hay algo más —dijo en un tono muy serio que me hizo presagiar que no sería nada bueno.

—¿Qué? —¿Qué más podría haber?

—El edificio que esta empresa está a punto de construir es sobre esos terrenos.

¿No habían empezado ya?, ¿Tanto se habían retrasado las obras? Pensé contrariada.

—Eso significa que hasta que no se solucione, será ilegal ejecutarlo.

—¿Lo sabe Alessandro? —pregunté de golpe.

—Por supuesto que no lo sabe. Nadie lo sabe, pero si no quieres arruinar a esta empresa, tendrás que casarte conmigo.

Miré hacia otro lado porque no aguantaba verle la cara, ¿Cómo había podido ser tan rastroso?

—¿Por qué has hecho algo así?, ¡Eso es una jugada rastrera hasta para ti! —Le grité sin poder evitarlo.

—Tenía que asegurarme de que accedieras —respondió sincero.

—No he accedido.

—Pero sé que lo harás. Le quieres... y no querrás ver como se arruina.

—¡Lárgate! —grité.

—Lo que te dije sigue en pie Jasmine... te dejaré tener tu vida.

—¡Largo! —grité más alto mientras señalaba la puerta, pero Mijaíl en cambio comenzaba a acercarse a mí.

—¿Es que no has escuchado lo que la señorita Dunne te ha indicado? — suspiré de alivio al escuchar una voz masculina en el despacho.

Al menos no estaba sola y eso me tranquilizó.

—Si, por supuesto —respondió Mijaíl irguiéndose—. Volveré en tres días — anunció sin esperar que respondiera siquiera y saliendo de mi despacho sin despedirse.

—Gracias... Marco, ¿verdad? —respondí al reconocerlo.

—Así es —contestó sonriéndome—. Me alegra haber sido útil. Venía hacia aquí para traerte esto y no pude evitar escuchar las voces.

—Lo lamento... —dije algo avergonzada y viendo la caja que me depositaba sobre la mesa—. ¿Qué es? —dije queriendo cambiar de tema para que no viera que la situación anterior me preocupaba, aunque lo hacía y mucho.

—Alessandro me ha pedido que te lo entregue personalmente —dijo sin más.

—¿Alessandro? —pregunté de golpe y mirándole a los ojos.

Sus ojos castaños eran cálidos, recordé entonces que fue con él con quien me tropecé cuando salí atropelladamente del despacho de Alex hará más de dos años, recordarlo me dolía todavía.

—Si, bueno... él ha estado fuera varios días como habrás observado y me ha pedido que te diera esto de su parte en persona.

—¿Estaba de viaje? —Volví a preguntar como si fuera estúpida.

—Si, ¿No te lo dijo? —preguntó confuso.

—No... supongo que no sería relevante. —contesté abstraída.

—Lo era, de hecho, os interrumpí —carraspeó un momento como si se hubiera dado cuenta de que fue él quien nos descubrió besándonos en el despacho y mis mejillas probablemente se tiñeron de rojo—. Quiero decir, que hubo una urgencia y tuvo que salir de inmediato. Tal vez por eso no pudo avisar a nadie, normalmente la gente no se preocupa, ni se extraña cuando Alessandro desaparece varios días, lo tiene todo controlado desde su ordenador como habrás observado. Es completamente normal aquí que él se ausente bastante.

—Entiendo —dije comprendiendo de pronto que no me estaba evitando, sino que estaba fuera por algún asunto de importancia.

—Bueno, te dejo —me contestó algo incómodo. Supuse que sería por mi poca conversación—. Tengo bastante papeleo que terminar antes de irme.

—Si, claro —contesté rápidamente—. Y gracias de nuevo, Marco.

—No hay de qué, Señorita Dunne.

—Llámame Jasmine por favor o me sentiré mal al tutearte.

—Por supuesto, Jasmine —dijo con una sonrisa antes de marcharse.

En ese momento miré la caja, era marrón, con un enorme lazo rojo que la

envolvía. No me aguanté las ganas y la abrí aprovechando que estaba sola. Al deshacer el lazo y subir la tapa encontré papel seda de color rojo que cubría el interior, tenía una especie de precinto sellado y lo abrí con cuidado, lo cierto era que no pesaba mucho, así que no sabía de qué se podría tratar.

Lo primero que encontré fue una nota, era una tarjeta escrita a mano y volví a reconocer su letra, esa letra que podría saber que era de Alex en cualquier parte, algo cursiva, daleada y preciosa.

*Te dije que faltaba un segundo regalo que acompañase al primero, mi
pequeña flor.*

*Hoy pasará a recogerte un vehículo a las diez, estará esperándote en la
puerta de tu edificio. Espero que lo que encuentres en esta caja te guste y
sea de tu talla,
creo que será perfecto para el lugar donde irás esta noche.*

Te estaré esperando,

Tuyo,

Alessandro D'Angelo.

Miré el resto del contenido de la caja y era un vestido precioso de encaje verde, cuando lo saqué para verlo, comprobé que era corto hasta la rodilla, de manga al codo y bastante escote en la espalda, probablemente hasta la mitad de esta.

¿A dónde se suponía que iría? Releí la nota para verificar que en efecto, no había leído mal; Alex me estaría esperando. Pero ¿dónde? Aunque la gran pregunta era si debía ir o no.

Llegué al apartamento y miré de nuevo la hora en el reloj, se suponía que en una hora y cuarenta y siete minutos exactamente un vehículo estaría en la puerta del edificio esperándome.

Dejé la caja sobre la mesa y la miré un instante... de pronto pensé en la conversación con Mijaíl y todo lo relacionado con esa absurda herencia que supuestamente me había dejado mi ¿Abuelo? Todavía no me lo terminaba de creer, probablemente no lo haría hasta que viera esos documentos, pero sí podía asegurar la preocupación de Mijaíl cuando me lo contaba y su casi desesperación... aunque me había mentido tantas veces que quería creer que fuera otra de sus falsedades.

Me conocía a mi misma como para saber que dado el caso sería capaz de sacrificarme por algo así. Se me encogía el corazón de solo pensar en que, por mi causa, Alessandro perdiera su empresa, que miles de puestos se vieran afectados y si a eso sumaba a la desestructuración de un País solo por mi culpa... no. No podría sobrevivir con ello.

Con todo aquel pensamiento en mi cabeza cerré los ojos por un instante.

—Tal vez sea la última oportunidad de estar a solas con él —musité—. Quizá sea una despedida. —Aunque no quisiera tomármelo así.

Con esa idea entré al baño desnudándome por el camino. Me duché con premura porque quería arreglarme debidamente para esa noche, de pronto la necesidad de estar considerablemente hermosa me urgía más que nunca y la idea de que Alex fuera un hombre casado de algún modo estaba casi en segundo plano. En esa ocasión no existía Anna, no existía Mijaíl, solo existíamos Alex y yo... solo una vez, solo esa última vez probablemente.

Me sequé el cabello con cuidado, aunque a mí no me salieran esas ondas perfectas de peluquería, hice un vago intento por tener el pelo al menos “algo ondulado” y no liso como una tabla, así tendría algo de volumen. Me maquillé ligeramente puesto que tampoco era una experta, aunque Erika me había dado unas cuantas clases en todo el tiempo que habíamos convivido juntas ya que en el restaurante en el que trabajaba debía ir algo maquillada al ser un restaurante bastante elegante, al menos allí había aprendido etiqueta.

Cuando vi que mi aspecto era bastante más aceptable que el natural del día a día, sonreí. Recordé entonces ese carmín rojo que en otras ocasiones había utilizado y llevaba tiempo sin hacerlo. Rebusqué la barra de labios en el fondo

del neceser de maquillaje junto al pincel.

Conseguí embutirme en aquel vestido ajustado de encaje verde que lo cierto era que me quedaba un poco pequeño para mi gusto, pero la suerte era que el tejido cedía bastante, aunque sobre todo me apretaba por mi abultado pecho.

Calzándome unos zapatos altos de tacón negro, los únicos que tenía me disponía a salir cuando recordé el collar, ese magnífico collar que tendría que lucir.

Eran ya las diez en punto, así que lo cogí y me lo coloqué rápidamente al mismo tiempo que me ponía el abrigo por encima de los hombros para no sentir el frío mientras constantemente me sujetaba con una mano el colgante como si pensara que éste fuera a caerse. Me asustaba perderlo siendo consciente del valor aparte del económico, sentimental que tenía.

Cerré la puerta del edificio y me giré para buscar el vehículo que se suponía me estaría esperando. Se trataba de una limusina de color negro aparcada en la puerta a tan solo unos pasos.

—Buenas noches señorita —dijo el chofer que lucía un atuendo uniformado e incluso llevaba gorra a juego.

—Buenas noches —contesté automáticamente contrariada.

Jamás Alex había hecho algo así, todo aquello era de lo más insólito y comenzaba a intrigarme.

El chofer me abrió la puerta y en ese momento, el interior se iluminó. Cuando entré vi que no estaba sola, Alex estaba allí, mirándome fijamente y ataviado con un traje impecable de color negro o al menos tan oscuro que así lo parecía con una pajarita del mismo color en contraste con aquella camisa de un blanco impoluto.

No pude evitar sonreír, pero era más bien una especie de risa nerviosa por no saber ni qué decir.

—Estas preciosa, mi pequeña flor. —Sus palabras solo consiguieron que mi estado de nervios aumentara, tanto, que me veía casi incapaz de hablar o responder, pero por suerte para mí las luces en ese momento se apagaron quedando solamente algunas en los laterales. La iluminación era tan tenue que realmente no podía apreciar bien su rostro, aquello me dio cierto margen de seguridad.

—Gracias —contesté soltando todo el aire contenido hasta el momento.

—Soy yo quien te da las gracias por aceptar venir —escuché su voz en la oscuridad, podía notar ese tono ronco cuyo sonido era como una caricia para mí.

—Solo vine por curiosidad. —Mentí por ganar tiempo.

—Siempre has sido muy curiosa. —Su voz sonaba más cerca y su silueta se acercaba poco a poco a mí—. Recuerdo que, de pequeña solías colarte en mi habitación cuando veníais a casa por Navidad. —Pensar que Alex recordara algo así me abrumaba. ¿Cómo era capaz de recordar aquello?

—Ha pasado mucho tiempo desde aquello —respondí ausente.

—Si —contestó con voz suave—. Afortunadamente para mí —Ese tono de voz tan ronco y masculino me atravesó por completo.

—Alex... —susurré—. No creo que...

—Cssh —siseó haciéndome callar y pude notar como algo rozaba mi cuello de forma cálida hasta que noté allí sus labios y no pude evitar gemir de placer por ello—. Llevo cuatro días deseando volver a besarte de nuevo. —Sus palabras fueron susurros en mi oído y antes de que pudiera siquiera contestar

noté como sus manos acogían mi cara con delicadeza y su aliento comenzaba a mezclarse con el mío hasta que sentí aquellos labios apresando los míos lentamente, como si no hubiera prisa, como si tuviéramos toda la noche por delante para deleitarnos en ello.

Me fundí completamente con aquel beso, provocando que mi piel se erizara y que el tacto suave de sus manos recorriera mis brazos hasta llegar a mi cintura y de forma certera mi cuerpo se acercase al suyo de tal manera que sintiera su calor, su dureza y su contacto más íntimamente.

Pude notar su respiración algo agitada cuando sus labios se despegaron de los míos con la misma delicadeza que se habían unido, pero su frente estaba en contacto con la mía. Podía notar su aroma, su aliento, su masculinidad en toda su esencia provocando fuertes oleadas de anhelo en mí que vagamente recordaba.

—Eres tan dulce mi pequeña flor... y tengo tanta necesidad de ti que creo que voy a perder la cordura de un momento a otro.

Iba a contestar cuando ambos notamos que el vehículo se paraba e instantes después la puerta del conductor se abría y seguidamente escuchábamos como se cerraba.

—Parece que hemos llegado. —Me susurró separándose de mí y la lejanía de su contacto me provocaba extrañeza.

Los golpes en la puerta sonaron y poco después ésta se abrió. Alex salió primero y después me tendió la mano para salir tras él, sostuve su agarre firme y una vez fuera del vehículo me volvía a colocar el abrigo esta vez debidamente por el frío.

—¿Dónde estamos? —dije al no reconocer el lugar.

Había muchas zonas de Londres que francamente no había descubierto y aquella debía ser una de ellas.

—Vamos a ver la orquesta filarmónica de Londres —contestó mirándome fijamente.

—¿En serio? —No pude evitar gemir.

Quería ver esa orquesta desde que tenía... ¿Qué edad?, ¿seis años? Porque vi un concierto por la televisión, pero papá siempre decía que era muy costoso y no nos lo podíamos permitir. Una vez Alex prometió llevarme cuando me puse muy pesada por mi insistencia, aunque de aquello probablemente hacía como siete años, quizá más.

—Te lo prometí —contestó fijamente—. Aunque tarde... estoy cumpliendo mi promesa.

—¿Lo recuerdas aún? —dije sin dejar de observar aquellos ojos azules.

—Aunque hayan pasado bastantes años... lo recuerdo. En realidad recuerdo todo de ti pequeña flor.

Mi corazón se aceleró tanto que tuve que mirar hacia otro lado y vi que en la entrada había varios fotógrafos haciendo fotos, parecía prensa.

—¿Nos harán fotos? —dije cambiando de tema porque podría incluso llorar como insistiera en ello. Alex me afectaba demasiado y saber que yo también a él pero que al mismo tiempo no podíamos tener ningún futuro me dolía enormemente.

—Si, hoy es el estreno de la nueva temporada y acudirá bastante gente importante.

—Pero saldremos en la prensa de mañana, ¿No te preocupa?

—¿Por qué habría de preocuparme? —contestó alzando una ceja.

—Pues por Anna, supongo.

—¿Anna?, ¿Qué tiene que ver ella? —Su voz era confusa.

—Bueno... no sé qué clase de explicaciones le debes.

—¿A Anna? —volvió a repetir—. Ninguna desde luego, hace más de un año y medio que no sé nada de ella y espero que siga siendo así.

—¿Vivís separados? —exclamé de golpe sin poder controlarme.

—Evidentemente —contestó como si fuera normal.

—¿Y por qué no te divorcias? —respondí directamente.

—¿Divorciarme? —Su voz era aún más confundida—. ¿Acaso crees que me case con ella?, ¿De dónde sacas esa idea absurda?

En aquel momento mis piernas temblaron, ¿Alex no estaba casado con Anna?

—¡Dios mío! —susurré en voz muy baja y mirando hacia otro lado.

—¡Ey! —dijo de pronto Alex mientras su mano me rozaba el mentón para que le mirase.

—Yo vi el anuncio en la prensa, mi padre me lo dijo... —comencé a decir—. Y tu... tú me dijiste en el avión cuando te pregunté si te diste cuenta a tiempo, que lo hiciste demasiado tarde —dije atropelladamente.

—Fue demasiado tarde porque tú ya no estabas y pensé que te había perdido para siempre.

—No me habías perdido Alex... jamás me perdiste.

—Mi pequeña flor. —Le escuché gemir mientras me acogió en sus brazos para atraerme a él—. Si hay algo que he descubierto en todo este tiempo que has

estado lejos de mí, es que no quiero vivir sin ti, que de algún modo... te necesito.

¿Me necesitaba?, ¿Alex me necesitaba? Dudaba que más de lo que yo le necesitaba a él.

No quería separarme de su abrazo, de sus fuertes brazos rodeándome, de la calidez de su cuerpo o de su embriagador aroma. De cualquiera manera, no quería alejarme de él ni un instante, era como si al hacerlo pensara que le perdería de nuevo, que se volvería a alejar de mi ahora que sabía que Anna no estaba en su vida y que hacía incluso mucho tiempo que salió de ella.

Alce la vista desde mi posición para verlo, casi quería llorar de pura felicidad.

—¿Entramos? —dijo de pronto junto a un amago de sonrisa mientras noté sus dedos en mi mejilla acariciándome.

Asentí con la cabeza porque estaba completamente segura de que no era capaz de articular ninguna palabra. Delicadamente se separó de mi para entrelazar sus dedos con los míos uniendo nuestras manos y le observé llevar el dorso de mi mano a sus labios mientras sin dejar de observar sus movimientos vi como daba un delicado y dulce beso en ella.

La sensación de estremecimiento me recorrió y no precisamente por el frío de la noche, sino porque Alex, ¡Mi Alex! Actuaba de una forma que hacía que mi corazón quisiera dar un vuelco.

Nos hicieron algunas fotos justo antes de entrar, para mi sorpresa, no soltó mi mano en ningún momento, al contrario, la agarró con más fuerza. Después de acceder al enorme teatro, nos dirigimos hacia uno de los palcos superiores y nuestra vista se encontraba justo frente al espectáculo.

Miré hacia los demás palcos en los que había bastante gente, en cambio en el nuestro solo estábamos nosotros y me extrañó.

—¿Vamos a estar solos? —pregunté cuando las luces se apagaron y la oscuridad invadió el lugar.

—Si —le escuché jadear—. Compré todas las entradas de este palco para tenerte solo para mi deleite.

En ese momento le miré fijamente, viendo ese brillo de oscuridad en sus ojos y una oleada de calor me estremeció completamente. De algún modo, en ese instante, casi prefería estar en un lugar verdaderamente privado con Alex antes que estar allí y eso que había soñado durante años con aquel momento.

—Disfruta del espectáculo mi pequeña flor. —Su voz ronca susurraba en mi oído—. Porque después no podré controlarme. —Esa voz cargada de deseo profundo me hizo soltar un gemido ahogado de mi garganta sin poder evitarlo—. Y sé que tú también lo deseas —añadió finalmente justo antes de que el primer acorde se escuchara.

Podría decir que el concierto era extraordinario, sentir la música en vivo y en directo siendo consciente de la acústica que favorecía a ello el lugar podía considerarse extraordinario. Solo que mi mente no estaba allí, estaba en los dedos de Alex acariciando mi pierna en círculos, rodeando mi cintura o simplemente el roce de su cuerpo junto al mío.

No sabía cuánto debía durar, es más, ni tan siquiera quería saberlo. En el mismo momento que pude notar de nuevo otra oleada de su aroma tan varonil y masculino al mismo tiempo que sus dedos rozaban mi pierna me giré hacia él, buscando su mirada, algo que no había hecho desde que el concierto había comenzado y enseguida me encontré con sus ojos fijos en los míos.

—Vayámonos —susurré mientras mi vista se perdía en el camino de sus ojos a

sus labios.

La distancia se acortó en cuestión de segundos, ¿Qué segundos? En décimas de segundo sus labios devoraban los míos con voracidad, tanto anhelaba su contacto que le respondí de la misma forma.

—Vamos —dijo separándose de pronto de mi mientras me agarraba la mano y tiraba de ella para salir de allí con premura.

Literalmente corríamos y yo no pude evitar reírme por la situación. ¿Tan evidente era lo que ambos queríamos? No dejamos de correr hasta llegar a la limusina que estaba aparcada en un lateral del teatro.

Alex ni siquiera esperó a que el conductor se bajara, sino que abrió la puerta y me ayudó a entrar mientras que le decía al chofer que no se preocupara.

—¿Estás segura? —Me preguntó justo cuando entraba y se sentaba a mi lado.

—Si —jadeé por el pulso acelerado de la carrera.

Alex pulsó un botón y dio la dirección de su casa. Era consciente de lo que iba a pasar y lo cierto era que en aquel momento no había nada más en el mundo que me apeteciera más que aquello.

Noté su cuerpo cerca del mío y su brazo rodear mi cintura atrayéndome hasta él, pegándome a su cuerpo de forma que ni tan siquiera el aire pudiera pasar entre nosotros. Mis labios buscaron los suyos de nuevo, sin poder evitar jadear ante su contacto.

—Creo que estoy a falta de entrenamiento —susurró levemente volviendo a unir de nuevo nuestros labios, calmando una leve sonrisa que no pude evitar tener.

Le deseaba. Lo hacía tan fervientemente que hasta miedo me daba y con un movimiento me senté en su regazo mientras mi lengua surcaba un camino a

través de sus tentadores labios enlazándose con la suya en un vaivén momentáneo tratando de averiguar quién ganaba aquella lucha.

Cuando el vehículo paró sentí como Alex alejaba sus labios de los míos a pesar de que no podía evitar buscar su contacto. Entendí en ese momento que no estábamos en movimiento y cuando los golpes en la puerta sonaron, él me bajo de su regazo con suavidad mientras salía del vehículo y le decía algo al conductor que no pude escuchar.

Justo cuando iba a salir pude ver su mano ayudándome de nuevo y ni tan siquiera me dio tiempo a despedirme porque noté su brazo fuerte en la cintura apremiándome a avanzar hacia la entrada del edificio.

Hacía tanto tiempo desde la última vez que había estado allí que amargos recuerdos llegaron a mi mente, de hecho, sentí cierto temblor porque de alguna forma, el último recuerdo que tenía de aquel apartamento era la imagen de Anna en la escalera despidiéndose.

—No sé si ha sido una buena idea venir aquí —susurré mientras esperábamos al ascensor y Alex me mantenía cerca de su cuerpo—. La última vez que estuve en tu apartam...

—Déjame borrar esos recuerdos. —Me susurró al oído con aquella voz tan masculina y profunda—. Quiero tenerte aquí —volvió a decir haciendo una pausa—. Porque es ahí donde te tuve por primera vez... donde comenzó todo.

Sus ojos eran tan oscuros que no parecían azules, de alguna forma intuí que era importante para él y en cierto sentido, también lo fue para mí. Si no llega a ser porque me vine a vivir con Alex, nada de aquello habría pasado. Yo habría seguido enamorada de él pero ¿Y él?

En cuanto las puertas del ascensor se cerraron me vi presa por una cárcel de dos brazos fuertes y un torso bien formado y definido que presionaba mi

cuerpo. No pude evitar jadear ante aquel inminente contacto y presa del poco pudor que comenzaba a quedarme me abalancé sobre su boca con voracidad. No quería pensar, ni detenerme... quería ser abrasada por el fuego que él estaba provocando dentro de mí.

Era plenamente consciente de la necesidad que tenía de él, de todo el tiempo que había estado reservando ese sentimiento, tratando de ahogarlo, de retenerlo... de matarlo de algún modo y mi corazón se había negado por completo a hacerlo. Mis sentimientos por Alex eran demasiado fuertes como para negarlos, era tan obvio como que después de todo lo que había pasado estaba allí, dispuesta a dar todo de mí en ese instante y sin importarme lo que ocurriera después.

Escuché el sonido de aviso de que el ascensor había llegado a la planta correspondiente y como las puertas se abrían. Las manos de Alex apresaron con fuerza mis glúteos alzándome, obligándome a abrir mis piernas para enroscarme alrededor de su cintura con gran facilidad y lo hice. El vestido se arremolinó en mi cintura, pero yo solo era consciente de no abandonar aquellos labios bajo ningún concepto, quería besarlos hasta que dolieran los míos, no deseaba dejar de hacerlo nunca, jamás... Hasta que ambos caímos sobre algo blandito y supuse sería una cama.

Cuando fui consciente de donde estábamos abrí bien los ojos expectante por el lugar en el que me encontraba.

—Esta es tu habitación —aclaré como si diera por hecho que... realmente no sabía que dar por hecho.

—Si —susurró mientras se deshacía de su chaqueta y comenzaba a quitarse la pajarita. Me acerqué a él sin dejar de mirarle y comencé a desabotonarle la camisa lentamente—. No quiero ir rápido pequeña flor, deseo saborearte lentamente... Tenemos toda la noche por delante —susurró mientras cogía mis

manos cuando había desabotonado la camisa por completo y podía tener una visión espléndida de aquellos músculos bien definidos.

—Quiero ser tuya, Alex —comencé a decir mientras me soltaba de su agarre y comenzaba a acariciar su pecho firme bajo mis manos deleitándome en el mientras ascendía—. Deseo que seas mío —gemí de placer llegando con mis dedos a su cuello y atrayéndolo hacia mí.

—Ya soy tuyo, mi pequeña flor. —Me contestó justo antes de besar mis labios dulcemente—. Lo soy desde el instante en que descubrí lo que provocabas en mí. —Volvió a gemir antes de abalanzarse sobre mi haciendo que jadeara en el contacto.

Sus manos se deslizaron desde mi cintura hasta las nalgas y mi vestido desapareció en cuestión de segundos. Entre besos y caricias me deshice del todo de la camisa de Alex mientras él se quitaba los zapatos a la fuerza y yo comenzaba a desabrochar su cinturón sin dejar de atrapar sus labios.

Alex comenzó a surcar un camino con sus labios a través de mi garganta, llegando al esternón y depositando un beso cálido y húmedo entre mis pechos. Me arqueé hacia él a la expectativa de querer que más de aquello y sobre el encaje de mi sujetador mordió uno de mis pezones, provocando un leve jadeo por mi parte. Necesitaba más, mucho más de aquello y mis manos fueron a su cabello apremiándole a continuar.

Mi sostén desapareció rápidamente y esta vez su lengua recorría mi pezón rosado haciendo que entre su roce y el leve frío estuvieran bien erguidos. Cerré mis ojos saboreando la sensación hasta que su boca abandonó mis pechos para bajar lentamente por mi vientre, hundiéndose su lengua en mi ombligo haciendo que jadeara por la sensación y sin tiempo a reaccionar sus dedos se adentraron dentro de mí al tiempo que su boca apresaba mi clítoris.

Fue tan rápido que solo pude exclamar ante la oleada de calor que de pronto sentí al recorrer mi cuerpo.

—Estás completamente preparada para mí pequeña flor —Le escuché gemir justo antes de volver a sentir su lengua jugueteando allí abajo y provocando una emoción inigualable en todo mi ser.

Joder... necesitaba sentirlo por completo, tenía esa imperiosa necesidad de sentirme llena de nuevo por él, invadida por él, extasiada por él. Todo por él.

Como si me leyera la mente y adivinara lo que necesitaba en ese momento, noté el roce de su erección y jadeé ante el contacto. Mis manos apresaban las sábanas con fuerza a la espera de su unión. Quería notar el peso del cuerpo de Alex sobre el mío de nuevo, sentirme solo suya, porque era suya... pero tenía necesitaba saborearlo.

Poco a poco pude notar como se adentraba de nuevo en mí lentamente hasta notar el roce de su piel con la mía. No podía evitar cerrar los ojos ante el deleite de aquella sensación mientras que mis manos comenzaron a buscar su contacto y en cuanto le sentí completamente en mi interior los abrí para descubrir la mirada fija de Alex observándome.

—Al fin... —susurró—. Mía de nuevo —gimió justo antes de notar como se movía en mi interior para percibir una leve embestida de nuevo y perdí el poco juicio que me quedaba.

Devoré sus labios en un afán frenético mientras Alex aceleraba el ritmo constante de sus embestidas, notaba con cada uno de sus movimientos como rozaba el clímax poco a poco. Podía sentir esa sensación previa, esa quemazón de calor y dulzor al mismo tiempo que se avecinaba aquella ola de liberación y justo antes de verme liberada Alex frenó en seco.

Abrí los ojos implorantes, ¡Dioses, necesitaba que siguiera!

—No deseo que acabe... no quiero... temo que seas un sueño y todo esto no esté ocurriendo.

Aquellas palabras hacían que mi corazón se detuviera, ¿Cómo no iba a amar a ese hombre? Todo mi ser suspiraba por él.

—Yo tampoco deseo que acabe. No quiero que acabe Alex... jamás.

—Prométeme que te quedarás, que no te irás.

—Prométemelo tu —dije apremiante sabiendo que era él quien siempre se marchaba.

—No me iré a ningún lado. No sin ti, nunca más.

—Entonces te lo prometo —gemí mientras volvía a besarle de nuevo y giraba con mis piernas su cuerpo para rodar hasta quedarme a horcajadas sobre él—. Vas a ser mío te gusté o no —ironicé mientras comenzaba a moverme lentamente de nuevo sobre él.

Las manos de Alex acariciaban mis caderas, acompasando mis movimientos, notaba como su erección se hundía completamente en mí y no podía evitar gemir de puro éxtasis al sentirlo plenamente. Sus jadeos comenzaron a acompasar los míos al tiempo que mis movimientos eran cada vez más audaces y efímeros. Sentía como volvía a embriagarme de nuevo esa sensación, quería alcanzarla junto a él, necesitaba hacerlo al mismo tiempo.

—Saborea el placer conmigo, mi pequeña flor. —Le escuché jadear mientras se alzaba buscando mis labios y en el instante en que me hundí profundamente en una última estocada y mordí su labio inferior sin poder controlarlo, alcancé el auténtico paraíso liberador.

Su aliento aún se mezclaba con el mío jadeante, hasta que poco a poco el ritmo comenzaba a ser más suave pero nuestros cuerpos seguían unidos, nuestros

labios casi pegados y ninguno de los dos hacía un movimiento para separarnos. Era como si necesitáramos estar así, como si nos complementásemos así.

El cansancio comenzaba a hacer mella en mí y me vi arrastrada entre sus brazos hacia la cama mientras Alex no dejaba de rodearme con su brazo. Mi espalda estaba en contacto permanente con su pecho y pude sentir como me daba un último beso antes de que mis párpados se cerraran lentamente.

«Iba a dormir con Alex en su habitación» Era mi último pensamiento antes de escuchar su voz

—Duerme mi pequeña flor, seguiré aquí cuando despiertes —me susurró al oído.

No pude evitar evocar una leve sonrisa de satisfacción al escuchar aquellas palabras susurrantes cerca de mi oído mientras sus brazos me envolvían. Definitivamente podría acostumbrarme a eso, era demasiado consciente del placer que me provocaba y con aquel pensamiento caí en un sueño profundo.

—¡No!

Abrí los ojos de pronto y la oscuridad estaba presente, no sabía qué o por qué, pero me había levantado sobresaltada y no recordaba tener una pesadilla. Estaba desorientada por completo hasta que algo se movió a mi lado.

—¡Oliver no!, ¡Oliver! —Era la voz de Alex, sonaba desesperada y rápidamente encendí la luz. Contemplé boquiabierta como tenía un leve sudor frío en su rostro mientras todo su cuerpo se retorcía.

—¡Alex! —grité asustada mientras le tocaba la frente pensando que tendría fiebre. No tenía ni idea de quién era el tal Oliver, pero era evidente que estaba teniendo una pesadilla.

De pronto abrió los ojos y me miro exaltado, algo confuso y alterado.

—Ya está... —dije tranquila mientras le frotaba los hombros como para tranquilizarlo al notar su alteración. Solo era una pesadilla.

—No era una pesadilla —dijo de pronto haciendo que me asustara.

—Claro que sí, estabas durmiendo y debiste tener una pesadilla —insistí.

—No es una pesadilla cuando cada vez que cierro los ojos revivo ese momento. Ese maldito momento que marcó mi vida para siempre. —Le observé girarse dándome la espalda mientras permanecía sentado en el borde de la cama y se llevaba las manos a sus sienes como si aquello le consolara de alguna forma.

—¿Qué ocurrió? —pregunté mientras me acercaba a él—. Si tienes esas pesadillas es porque debió pasar algo. ¿Quién es Oliver? —añadí.

—Si no hubiera aceptado... si simplemente hubiera dicho que no... —comenzó a sollozar y guardé silencio hasta que finalmente comenzó a hablar—. Yo era un niño, un maldito niño. —Pude notar la culpa en sus palabras y me preparé mentalmente para lo que Alex iba a confesarme, de algún modo sabía que sería bastante delicado.

—Por aquel entonces hacíamos carreras de coches ilegales, en realidad no eran de competición ni nada parecido, solo entre amigos. —Guardó silencio por un instante y le escuché suspirar—. A Oliver le encantaban esas carreras, pero aquella noche bebió más de la cuenta y yo lo sabía. Nadie ganaba a Oliver, su coche tenía demasiada potencia y velocidad como para hacerlo, pero cuando me retó pensé que al menos esa noche le ganaría. Ni siquiera pensé en que no estaría en condiciones de conducir, solo pensaba en cómo me reiría en su cara por ganarle. —Su voz denotaba sarcasmo como si se culpara a sí mismo de aquello. Cuando vi como Alex se levantaba y se frotaba la cara supuse que la peor parte llegaba, sabía que había un accidente, un accidente de coche, pero siempre pensé que habría sido de manera casual o esporádica, no en una carrera de coches con alcohol de por medio.

—¿Qué pasó? —pregunté apremiándole a seguir porque él parecía guardar silencio. De alguna forma entendí que le costaba decir aquello y mi fuero interno me decía que Alex sentía una culpabilidad inmensa. Al menos podía

sentir aquello y significaba algo.

—Como era de esperar, yo iba ganando, pero no contaba con que, Oliver en su estado no sería capaz de medir la velocidad en una curva cerrada. Así que no frenó, sino que cuando me alcanzó en la curva, dio un volantazo, chocó contra mi coche y lo último que vi por el retrovisor antes de perder la consciencia fue su vehículo caer por el barranco. Yo perdí el control de mi coche en cuanto él me golpeó, de forma que choqué de frente contra las rocas de la montaña donde tenía lugar la carrera. Me golpeé tan fuerte contra el volante que me provocó una lesión cerebral, pero Oliver murió aquella noche. Murió por mi falta de responsabilidad.

—Tu no sabías que iba a pasar eso Alex —dije bajando de la cama y acudiendo a su encuentro—. No podías saberlo y estoy segura de que de hacerlo te habrías negado, pero otro habría ocupado tu lugar.

—Eso no cambia los hechos —respondió aturdido—. Está muerto y yo también debería estarlo.

—¿Sientes culpabilidad? —Le pregunté mientras alzaba mis manos hacia su cara para que me mirase, puesto que en todo momento lo evitaba.

—No lo sé, pero me avergüenza lo que hice.

—Creo que el accidente no te dejó del todo sin poder sentir, Alex.

—Si que lo hizo.

—No —susurré—. Si así fuera, no estarías ahora mismo así.

—¿Así como? —preguntó confuso.

—Destrozado —aseguré—. Porque crees que le robaste la vida a tu amigo, solo que no fue así Alex, la irresponsabilidad estuvo en él. No en ti.

—¡Pero yo acepté! —insistió.

—Si, pero como bien dijiste; eras joven y en aquel momento no pasó por tu mente las consecuencias de conducir ebrio. Alex, no puedes condicionar el resto de tu vida por algo que no puedes arreglar. Aquello ocurrió y has pagado con creces tu penitencia todos estos años... es hora de que empieces a vivir, creo que te has negado a ti mismo la posibilidad de ser feliz.

—¿Ser feliz? —respondió como si aquello sonara extraño.

—Si. —Me acerqué lentamente a sus labios y deposité un cálido beso—. Apuesto a que hace mucho que no sabes qué es eso —susurré sin apartar del todo mis labios de los suyos.

—Enséñame... —respondió anhelante y justo después atrapaba mis labios con los suyos candentemente mientras sus manos rodeaban mi desnudez atrayéndome a su cuerpo.

Mi teléfono comenzó a sonar por alguna parte de la habitación y me desperté por el sonido. Escuché un leve jadeo al lado y me giré para observar que Alex dormía profundamente, una sonrisa en mi cara debió figurarse al contemplar esa expresión. La luz se filtraba levemente y podía apreciar aquellos magníficos rasgos de su rostro que le hacían ser tan endiabladamente hermoso. Podía pasarme el día contemplando esa imagen y me di cuenta de que era la primera vez que veía a Alex dormir en una cama y lo hacía plácidamente.

El sonido de mi teléfono volvió a sonar de nuevo y me levanté rápidamente para evitar que él se despertara también, aunque de algún modo igual querría que lo hiciera si evocaba el recuerdo de anoche. Un recuerdo lleno de confesiones en el que Alex volvió a hacerme el amor de una forma tan sutil y suave que estaba segura de que algunas lágrimas saltaron de mis ojos por la emoción. Fue tan dulce... recordé de nuevo.

Encontré por fin el teléfono y vi que era Erika la que me llamaba, tenía como cinco llamadas y me preocupé.

—¿Sí? —susurré en voz baja mientras salía de la habitación a hurtadillas.

—¡Jasmine!, ¡Jasmine!, ¡Jasmine! —La escuché gritar al otro lado de la línea, pero no era por preocupación sino más bien parecía demasiado contenta.

—¿Qué pasa? —pregunté en la misma voz baja mientras me alejaba de la habitación bajando las escaleras hacia la planta inferior.

—¡Que me han llamado esta mañana! Por cierto, eso me recuerda que debo preguntarte porque has hecho pellas y no has venido a clase... ¿Estás enferma? Porque te escucho un poco rara la voz.

—No estoy enferma pero ya te contaré luego, ¿Quién te ha llamado? —contesté cambiando de tema.

—¡De D'Angelo!, ¡Empiezo a trabajar esta tarde como ayudante! —Volvió a gritar exaltada—. ¡Ay Dios!, ¡No me lo creo ni yo! —gritaba emocionada y no pude evitar reír.

—Me alegro por ti amiga —dije sincera mientras me encogía en mí misma por el frío que tenía, mi piel estaba completamente erizada debido a ello y a mi completa desnudez.

—¡Seguro que has tenido mucho que ver algo con esto!, ¡Pero estoy tan contenta que no me importa que haya sido puro enchufismo! —gritó tanto que tuve que apartar el teléfono de la oreja.

—No estés tan segura Erika. Eres buena... ya te lo he dicho muchas veces —insistí.

—Ya, pero no tan buena como tú. Tú eres única.

—Eso no es cierto, podrías serlo si no le dieras tanta prioridad a la moda. —
Reí con mi comentario.

—¡Ah, eso ha dolido! —contestó de forma graciosa y me la imagine
llevándose una mano al corazón haciéndose la víctima—. ¿Te veré esta tarde
en la empresa?

—Pues...—comencé a decir—. Si, imagino que sí. —Aunque no tenía ni idea
de que iba a ocurrir después de haber pasado la noche con Alex. ¿Qué se
suponía que haríamos?, ¿En qué punto estábamos?

No podía decir que había sido un error. No. En absoluto podía pensar eso.
Estar entre sus brazos de nuevo, dormir a su lado y vivir en primera persona
sus inquietudes, me había hecho ser consciente de que él tenía miedos, unos
miedos que desde luego estaba dispuesta a afrontar junto a él.

—¡Ey!, ¿Estás ahí? Me estás preocupando, mejor me salto la siguiente clase y
voy a tu apartamento.

—¡No! —exclamé siendo consciente de que Erika me estaba hablando y yo me
había ido por las nubes.

—¿Por qué no? —Su tono era el típico de “quiero sacar información”

—No estoy en mi apartamento. —Suspiré porque después de todo, iba a
contárselo.

—¿No?, ¿Y dónde estás?, ¿Otro viaje esporádico? —preguntó con cierto
sarcasmo algo elocuente y simpático.

—Está bien —suspiré—. Estoy en casa de Alex, he pasado la noche con él.

—¿En serio? —exclamó—. ¿Te has acostado con un hombre casado?

—No está casado, nunca lo estuvo. —Le excusé inmediatamente—. Y bueno...

ocurrieron muchas cosas anoche que tal vez te cuente en otro momento, pero ahora tengo que dejarte. Te veo luego en la oficina.

—¡No puedes dejarme así!, ¡Me comeré las uñas de aquí a...! —Pero no escuché más porque le di al botón de colgar la llamada.

Me dolió en el alma hacerlo, bueno, siendo franca no tanto porque Erika podía ser muy cotilla en ocasiones y en cambio yo apenas había conseguido sonsacarle información en cuanto a su pasado... solo conseguía vagos retazos de un supuesto hombre al que quiso mucho y le partió el corazón.

—¿Jasmine? —La voz de Alex me hizo acelerar el paso y cuando le vi como dios le trajo al mundo saliendo por la puerta de su habitación me paré en seco y le observé detenidamente. Con ese cuerpo perfecto y bien moldeado, esas facciones impecables... definitivamente Alex había sido creado para tentar a cualquiera y yo era presa de esa tentación.

—Estaba hablando por teléfono con Erika —dije como si él la conociera de toda la vida y ni siquiera los había presentado.

—Creí que te habías ido —jadeó acortando la distancia que nos separaba y en un instante me alzó mientras yo aprovechaba para rodear con mis piernas su cuerpo estando en pleno contacto con el mío.

—No... no me he ido —contesté con un tono de voz bajo lleno de deseo.

—Ni te dejaré ir. Tenlo presente —me contestó justo antes de volver a besar mis labios mientras emprendía camino hacia la habitación.

POV

Erika

—¡Me ha colgado! —gemí en mitad del pasillo de la facultad mientras miraba el teléfono quedándome algo contrariada. ¡Mi mejor amiga me había colgado! Aunque siendo sinceros entendía las razones. Si Alex no estaba casado con la pelandusca esa rubia de cara amargada significaba que era un hombre libre al igual que Jasmine y probablemente que esos dos habían estado perdiendo el tiempo todo ese tiempo.

Aunque no simpatizaba con la idea de que Jasmine volviera a sufrir de nuevo la verdad. Bastante había tenido ya con dos años de sufrimiento después de lo que le hizo como para volver a soportar que le rompiera otra vez el corazón. Pero si Alex no era capaz de tener sentimientos tal y como ella me había contado, era más que probable que volviera a rompérselo de nuevo. No quería ser aguafiestas, pero mi instinto me decía que así sería.

Menos mal que ella quería tanto a Alex que ni el idiota del príncipe maldito había podido conquistarla.

«¡Ah!, ¡Maldito capullo ególatra!» gemí para mis adentros.

Aún recordaba a ese imbécil y cada vez que lo hacía me enervaba la sangre. ¿Y creer que le consideré increíblemente guapo en algún momento? Definitivamente la guapura se comparaba al mismo nivel que la idiotez. Sí, definitivamente tenía que ser así... pero no iba a pensar en ese estúpido príncipe que de rango solo tenía el título porque lo que venían a ser los modales dejaban mucho que desear.

— Y pensar que le dejé besarme... —bufé en voz baja—. ¡Arg! —exclamé esta vez en voz alta sin poder evitarlo.

Definitivamente lo que peor me sentaba es que muy a mi pesar me gustó aquel puñetero beso. Ese endemoniado sabía besar bien, demasiado bien diría yo... pero como todo ser diabólico solo le faltaban los cuernos y el rabo para que le delatara completamente.

Si hasta el muy capullo había conseguido que por un momento me olvidase de “el innombrable”

Habían pasado más de cuatro años desde la última vez que vi al innombrable. Ni tan siquiera sé que sería de su vida, pero derrame todas mis lágrimas cuando desapareció y me prometí no derramar ni una más por un hombre en el resto de mi vida.

Acepté que era una adolescente enamorada, yo me entregué a él mientras que él... simplemente desapareció, se esfumó y ni tan siquiera dijo adiós.

Probablemente él era la causa principal de que detestara a los hombres. Todos eran iguales, es más... el maldito príncipe en cierta forma me recordaba al innombrable y puede que por eso me sintiera atraída por él. Sin duda alguna yo tenía un imán para atraer a los más imbéciles del planeta, pero mejor no entrar en dramas, al menos ahora tenía una buena razón para estar contenta, iba

a entrar a formar parte de la plantilla D'Angelo.

El hecho de que Jasmine también estuviera allí solo favorecía las cosas, aunque yo estaría en otra planta y apenas nos podríamos ver estaba realmente agradecida de que hubiera movido los hilos para que entrara. Aquello solo era un pasito más para ser completamente libre de las ataduras de mis padres... a veces envidiaba la libertad que en cierta forma tenía Jasmine. Por supuesto que no deseaba la muerte de mi madre y tenía una vida demasiado acomodada si la comparaba con la suya, es más, le prestaba mi ropa con todo el cariño del mundo. Pero esa libertad de no dar explicaciones o la constante presión por ser la mejor, ella no la tenía y en cambio lo hacía... siempre destacaba siendo la mejor en todo y por ello la admiraba.

—¡Mama! —grité nada más entrar en casa mientras dejaba el bolso con las cosas de la universidad en la percha y me deshacía de los botines—. ¡Mamá! —volví a gritar.

—¡Si, si! —me contestó de pronto mamá apareciendo por el pasillo con el móvil en la mano—. ¿Qué pasa? —me contestó agitada.

—¡Voy a trabajar como ayudante en el estudio de arquitectura y construcción de D'Angelo!, ¡Empiezo esta tarde! —grité contenta.

—¿En serio?, ¡Pero me dijiste que ahí entraban los mejores! —me dijo mi madre que por primera vez la vi alegre.

—¡Si! —sonreí enseñando mis dientes blancos mientras la abrazaba.

—Ponte el conjunto blanco, resaltaré mucho con tu cabello y baja a que las chicas te hagan algún recogido formal, tienes que dar seriedad.

—Basta mamá, soy ayudante, no miss universo —contesté irónicamente.

—Sabes que hay que estar guapa hasta para...

—Para fregar escaleras —terminé la frase por ella—. Si, sí, pero tranquila, puedo apañármelas sola. Además, no tendré tiempo, tengo que estar allí a las cuatro y mira qué hora es —dije dándole un beso y saliendo a toda prisa puesto que quería ducharme.

Al final me puse el conjunto blanco para no pensar mucho, en parte mi madre tenía razón en esas cosas, por algo abrió una peluquería y centro de estética. Incluso estaba barajando la idea de abrir también una tienda de ropa ahora que el negocio iba tan bien.

No me había dado tiempo a llamar a Jasmine, pero intuía que estaría allí así que accedí a la torre y di mis credenciales donde me elaboraron una tarjeta identificativa para poder entrar las veces que quisiera en horario laboral.

Me enseñaron la planta en la que trabajaría y el despacho que ocuparía, al parecer mi “jefe” había sido despedido por lo que hasta que otro lo sustituyera no tenía gran cosa que hacer. Básicamente me dijeron que intentara ponerme al día con los trabajos que estaba llevando el equipo y supervisara al mismo tiempo que organizaba los archivos.

—Un tostón —pensé cuando metí el último documento en la carpeta.

Envié varios mensajes de texto a Jasmine, pero no me contestaba, así que sacando mi vena de inspector Gadget, subí a la última planta, ella debía andar por allí en algún despacho.

Cogí una carpeta de documentos haciendo como que debía entregarlos y con la poca vergüenza que me quedaba en esta vida subí y caminé decidida mientras daba un repaso mental a toda la planta.

No me extrañaba... allí parecía estar la *crem de la crem*, los eruditos de la empresa.

—Disculpe —pregunté a una secretaria que había por allí—. ¿Me puede indicar donde está el despacho de la Señorita Dunne? Debo entregarle estos documentos.

—Segunda puerta a la izquierda —contestó amablemente.

—Gracias —asentí mientras me daba la vuelta y caminaba en dirección al despacho que me había indicado.

—¿Erika? —escuché de pronto mi nombre—. ¿Eres tú? —Esa voz... me sonaba demasiado.

Era casi igual que la de “El innombrable” y cuando me di la vuelta totalmente convencida de que no podría ser él, el alma se me cayó al suelo y probablemente la mandíbula se me debió desencajar de la boca por completo.

—No... —jadeé y al parecer lo dije en voz alta.

—¡Vaya! —exclamó el aludido—. Ha pasado mucho... tiempo —exclamó mientras le veía observarme de arriba abajo descaradamente y me dieron ganas de darle una gran bofetada. El maldito seguía igual de guapo, ¿Es qué no podía haber cogido la viruela, el sarampión o algo así?

—¿Qué haces tú aquí? —exclame bastante seca.

—Trabajo aquí —contestó rápidamente—. Y por lo que veo tú también —dijo con una sonrisa de anuncio de pasta dental que daban ganas de romperle.

—No puedo decir que me alegre verte, Olsen —respondí por su apellido para dejar claro que entre él y yo no había nada.

—Lamento decir que para mí es todo lo contrario, mi bella flor.

Hacía años que no escuchaba esa frase “bella flor” y no pude evitar cerrar los ojos al recordar demasiadas sensaciones anidando en todo mi ser.

—¡Marco! —Alguien le llamó y cuando alcé la vista vi que era D'Angelo desde el que supuse era su despacho, en ese momento Jasmine salía de él y me miraba con los ojos abiertos de par en par.

—Ha sido un placer volver a verte, Erika.

No me despedí de él, ni pensaba hacerlo.

—¿Le conoces? —me preguntó Jasmine en ese momento.

—Desgraciadamente si —dije una vez estábamos solas, aunque no me importaba que me pudiera oír—. Era el ayudante de bufete de mi padre hace algunos años.

POV

Jasmine

—Ese “desgraciadamente” no ha sonado muy bien —contesté mientras abría la puerta de mi despacho y entrábamos.

Alex debía venir a firmar unos documentos y pese a que me insistió en que no viniera a trabajar hoy, decidí acompañarlo. Primero porque así podía pasar más tiempo estando cerca de él y segundo, necesitaba distraerme... aún no le había contado la situación con Mijaíl y si era sincera conmigo misma, tenía pánico de hacerlo.

Ahora que las cosas se habían medio aclarado, que parecía que volvíamos a tener una oportunidad estaba esa maldita herencia de una familia que nada tenía que ver conmigo, ¿Es que el destino estaba en mi contra? La sola idea de pensar en “boda” y “Mijaíl” en la misma frase me parecía completamente ajena, más aún teniendo en cuenta que Alex era libre... que Alex era mío al fin.

—“Ese” —contestó entonces Erika haciendo una señal con el dedo hacia el despacho contiguo de Alex—. Es el innombrable.

—¿En serio? —exclamé de pronto sabiendo a quien se refería con “el innombrable”, ese tipo del que apenas hablaba pero que era más que evidente que la hizo sufrir. Uno del que se enamoró perdidamente e incluso llegó a confesar que sintió lo mismo que yo sentía por Alex—. ¿Pero sabías que trabajaba aquí? —pregunté de pronto.

—¿Crees que de haberlo sabido hubiera saltado de alegría esta mañana al saber que trabajaría aquí? —contestó irónicamente—. Es evidente que no. Y no puedo quedarme, no estando ese malnacido aquí.

—Para, para, para —contesté rápidamente—. Marco es el abogado de Alex, apenas vas a verle. Ahora soy yo la que te dice que no puedes desaprovechar una oportunidad así porque él trabaje aquí. Además, es agua pasada, ¿no? —pregunté animándola.

—Si... por supuesto que es agua pasada, pero no soporto verle la cara de petulante que tiene —contestó asqueada.

—Nunca pensé que le tendrías más odio a otra persona que a Rashid, pero veo que me equivoqué —dije para picarla.

—Ni se te ocurra mencionarme a ese maldito —respondió airada—. Cada vez que pienso en lo que te quiere hacer me pongo negra... le dirás que no, ¿verdad? —Le había contado a Erika todos los detalles de la supuesta herencia y del porqué Mijaíl insistía en que me casara con él. Según ella, bien podría ser todo falso o en su defecto, tratar de quitarme lo que me corresponde por derecho y ahí en parte tenía razón. Es más, me había comentado que si necesitaba un abogado podría comentarlo con su padre y me estaba planteando seriamente la idea.

—En realidad no pienso tomar ninguna decisión rápido y menos ahora que podría decirse que entre Alex y yo se han aclarado bastantes cosas.

—¿Has vuelto con él? —preguntó directamente—. Bueno... no es que antes tuvierais una “relación formal”, pero ya sabes a lo que me refiero.

—Aún no tengo claro en qué punto estamos Erika, pero si es cierto que esta vez no voy a permitir que terceros nos separen, es algo que tengo bastante claro.

—¿Entonces ya le has contado que el príncipe maldito quiere casarse contigo y que según él no tienes más opción que aceptar?

—No, aún no se lo he dicho.

—Buena forma de comenzar... —ironizó.

—¡Vaya!, ¡Gracias por los ánimos! —contesté bufando.

—A ver, en realidad es un marrón contar algo así, pero tal vez él pueda ayudarte y tenga más idea. Aunque ya sabes lo que opino al respecto del asunto.

—Si, lo sé. Y si soy sincera ojalá tengas razón porque si tengo que pensar en que no me quedaría más remedio que casarme con Mijaíl.

—¿Casarte con Mijaíl? —La voz de Alex nos interrumpió a las dos.

«Porque narices no habría cerrado la puerta del despacho Erika» musité en mi mente cuando vi la cara desencajada de Alex en la puerta.

—Alex... no es lo que te estás imaginando —comencé a decir con cierta tartamudez.

—¿Ah no? —contestó cruzándose de brazos y con gesto serio. Estaba solo, así que probablemente ya habría firmado los documentos que tenía que traerle Marco.

—Creo que mejor os dejo solos para que lo aclaréis. —Erika me miró con

gesto de “suerte” en la cara y se marchó.

Alex cerró la puerta inmediatamente.

—Estoy esperando ese “no es lo que estás imaginando” Jasmine.

Suspiré y solté todo el aire contenido.

—Mijaíl es mi primo —dije directamente mirándole a los ojos.

—¿Esperas que me crea que eres prima del príncipe de los Emiratos Árabes?

—Es la verdad, el propio Rashid puede confirmártelo, o su padre... o Rachel —comencé a decir—. Cuando me enteré fue un shock para mi saber que mi madre nos ocultó a mi padre y a mí su procedencia.

—Pero eso es absurdo —comenzó a decir Alex contrariado—. ¿Cómo vas a ser...? —se quedó con la pregunta en el aire.

Lo supe cuando fui allí, ¿Recuerdas las fotos de la revista de la supuesta petición de mano? —pregunté. Alex no me daba una respuesta, sino que parecía abstraído—. Bueno, imagino que todo fue premeditado, solo que en ese momento yo no lo sabía, ¿Cómo podía imaginarlo? Fui a Dubái con la única intención de aclarar el malentendido, o eso era lo que esperaba... pero en su lugar me encontré con que toda la familia de Mijaíl estaba contenta por el enlace. Me extraño, era demasiado extraño que estuvieran tan contentos de que el futuro Rey se casara con una extranjera, pero obviamente, todo aquello estaba previsto.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó sentándose frente a mí, como si al fin creyera la historia que le contaba.

—Vi una foto de mi madre en una especie de Panteón o sala de reliquias... no sabría definirlo, pero era ella. Cuando Mijaíl me descubrió allí, no le quedó más remedio que contarme la verdad y esa misma noche hui. Gracias a Rachel

pude salir y Erika me compró el primer vuelo a Londres que salió.

—Rachel me aseguró que os habíais casado —susurró Alex en ese instante—. Estuve allí y me dijeron que me había perdido la espléndida ceremonia, ella me aseguró que la boda se había acelerado porque...

—¿Qué? —exclamé conmovida.

—Porque cabía la posibilidad de que pudieras estar concibiendo al próximo heredero.

—¡Por dios! —exclamé sin poder evitarlo—. ¡Jamás me acosté con él! —grité.

—¿No lo hiciste? —gimió mirándome fijamente—. Sé que estabas en tu derecho a...

—No Alex... para mí solo existías y existes tú.

—Aunque suene egoísta, me gusta saberlo —contestó con un amago de sonrisa y no pude evitar sonrojarme.

—La cuestión a todo esto es que hasta hace unos días, no había vuelto a saber nada de él pero vino aquí y estuvo en este despacho.

—¿Cómo sabía que estabas aquí? —frunció el entrecejo.

—Como supo que estaba en Massachussets supongo. Me tendrá vigilada —contesté sin más importancia—. Me dijo que soy heredera de una gran fortuna familiar y que debía casarme con él para mantener el equilibrio del País.

—Como si el País se va a la ruina. No voy a permitir que te cases con él y me importa una mierda lo que digan. Tú, eres mía pequeña flor y esta vez me aseguraré de que así sea.

—No puedo dejar que algo así suceda —exclamé con un débil tono de voz—.

No podría soportar seguir viviendo con la ruina de decenas de personas en mi conciencia.

—¿Y de qué forma casarte atañe a la ruina supuestamente de su País? —exclamó.

—Al parecer la mitad de los bienes de la familia Rashid están vinculados a mí y nadie lo sabe, de saberlo provocaría una fractura en la estructura económica del País o eso dice él.

La reacción de Alex fue bufar y el sonoro ruido de la silla al resbalar por el suelo debido a su pronto ataque impulsivo retumbó en la habitación.

—¿Y te casarías con él?, ¿Estarías dispuesta a sacrificarte?, ¿O tal vez no sea un sacrificio después de todo? —exclamó contrariado.

—¿Crees que yo quiero esto?, ¿Acaso has pensado en cómo me siento? —bufé

—¡No lo sé!, ¡No puedo saberlo! —me gritó enfurecido.

—Alex —Esta vez mi tono fue débil... susurrante.

—No puedes decirme eso y esperar que... ¡No sé qué esperabas que te dijera!

—Solo quiero que me apoyes, pero no puedes imponerme tu voluntad —dije lo más suave que pude.

—¿Y si te tienes que casar con él?, ¿También quieres que te acompañe al altar?, ¿Qué te entregue a él?

—Ni tan siquiera sabemos si es verdad.

—Me da igual si es verdad o no, porque no voy a permitirlo.

—Alex... —volví a susurrar.

—¿Qué? —exclamó airado.

—Los terrenos en los que supuestamente habéis invertido para realizar el proyecto, no son suyos, al parecer forman parte de esa herencia. Está en juego tu empresa también —dije con el mayor tacto que pude.

Su respiración era acelerada, me fijé en que sus puños estaban cerrados, contraídos.

—Si es verdad... es grave Alex, demasiado.

—Ese malnacido ha jugado sus cartas para atraparte. Te amenazó con arruinarme, ¿verdad? —exclamó.

—Si —contesté sin rodeos—. Lo sugirió.

—No me importa —dijo de pronto con tal aplomo que hasta se me cortó la respiración—. Estoy dispuesto a ver mi empresa arruinada antes que tener que verte junto a él.

Mis ojos en ese momento se empañaron en lágrimas y no pude evitar abrazarme a él.

—Te quiero —susurré mientras las lágrimas caían sin poder evitarlo.

Nadie más que yo sabía lo que le había costado levantar ese imperio pese a tener la ayuda económica de su familia materna. Las horas, la dedicación y como se desvivía día tras días por su amada empresa. Si era capaz de renunciar a ella por mí, no me hacía falta que Alex no pudiera sentir... con aquello ya me estaba demostrando que me amaba, que me amaba por encima de todo.

No iba a dejar que Mijaíl le arruinara, encontraría una forma para evitar casarme con él. Tenía que haberla para poder estar junto a Alex, el hombre al que siempre había amado.

—Yo no...

—Cshh —le callé con un dedo sus labios—. No hace falta que digas nada, no necesito que digas nada. —Me puse de puntillas y le di un beso en los labios que pareció más un roce. — Encontraremos la forma de arreglar esto.

Alex entrelazó sus brazos en mi cintura apretándome contra él y volvió a unir sus labios con los míos dando por terminada la conversación y lo agradecí. Necesitaba que confiara en mí, conseguiría arreglar aquello y mañana mismo iría a hablar con el padre de Erika precisamente para aclarar cómo podía proceder.

Me había cogido la tarde del viernes libre en el trabajo. No me podía permitir faltar más a clase y me urgía reunirme con el padre de mi amiga teniendo en cuenta que éste me había hecho un favor haciéndome un hueco en su agenda para atenderme.

Por desgracia ella no podía acompañarme ya que acababa de entrar en la empresa y era demasiado precipitado pedir un día libre al siguiente de entrar por lo que tuve que ir sola a la dirección que ella me había dado que por suerte no quedaba muy lejos, solo a unas cuatro paradas en metro.

Había decidido no decírselo a Alex por ahora. Le había prometido solucionarlo, pero en realidad ni yo misma sabía si sería capaz de hacerlo. Me había llegado una copia a mi correo del supuesto testamento esa misma mañana y si era franca conmigo misma... no la había leído por puro miedo.

Llegué a la tercera planta del edificio donde tenía el bufete el padre de Erika. Al parecer era un abogado bastante reconocido y de prestigio, yo no entendía de esas cosas, pero imaginaba que significaba que era bueno. No esperé mucho tiempo hasta que al fin su secretaria me dijo que podía pasar, pese a

todo el tiempo que había pasado con Erika en esos años, jamás había visto a su padre en persona. Quizá por eso me sorprendió que pareciera más joven de lo que me había imaginado pese a que rondaba la cincuentena.

—Buenas tardes Jasmine —dijo algo sonriente mientras se levantaba saludarme—. Un placer conocer al fin a la mejor amiga de mi hija, más aún cuando has sido tan buena influencia para ella.

—Señor Lavender, el placer el mío y más aún por atenderme tan rápido. Se lo agradezco enormemente.

—Erika me dijo que era algo bastante importante y un asunto urgente —contestó indicándome que tomara asiento—. Solo espero poder ayudarte.

—Yo también lo espero... —suspiré mientras sacaba de mi bolso el usb donde había metido el archivo que Mijaíl me había enviado.

—Aquí está el archivo del origen de todo este lío —comencé a decirle mientras se lo daba—. Supuestamente en ese testamento hay una serie de cláusulas que vinculan parte de la herencia a mi nombre. Probablemente no directamente, pero sí a un heredero de Aasiyah Rashid, mi madre.

—Entiendo —contestó seriamente mientras cogía el usb y me miraba para que siguiera hablando.

—Quiero saber... más bien necesito saber qué posibilidades tengo con respecto a ella. —No quise entrar en detalles, tal vez al no hacerlo por ahora el señor Lavender pudiera darme más información de la que estrictamente le pediría.

—Está bien, ¿Se trata de una herencia ubicada aquí en Londres?

—No —contesté rápidamente—. Es de los Emiratos Árabes.

—Está bien, es por si debemos tener en cuenta las leyes de ese País, aunque

seas ciudadana inglesa, tendrás que acatar las leyes de la procedencia del testamento.

—Entiendo.

—¿Sabes de qué cifra estamos barajando? Hay ocasiones en las que no merece la pena heredar si las cifras para hacerlo superan los beneficios. Imagino que tu caso se basará en que a lo mejor no te puedes permitir pagar esas tasas y por eso estás planteándote renunciar.

—¿Erika no le contó nada? —pregunté de pronto.

—No —me miró extrañado.

—No es una herencia cualquiera. —Mas valía ponerle al menos en antecedentes—. Se trata de la herencia de mi “abuelo” —dije enmarcando la palabra abuelo—. Él era el antiguo Califa antes de que mi tío le sucediera al trono.

—¿Esto es el testamento monárquico de los Rashid? —exclamó de golpe señalando el usb.

—Si... eso creo. —contesté dubitativa.

—Está bien —dijo de pronto—. Está bien... —parecía algo nervioso.

—¿Se encuentra bien? —exclamé de pronto.

—Si, por supuesto —contestó rápidamente—. Es que mi hija no me comentó absolutamente nada y me ha pillado por sorpresa. No te preocupes... le daré prioridad y este fin de semana mis chicos y yo lo revisaremos a fondo. Reúnete conmigo el lunes a primera hora.

—Está bien —dije levantándome y saludándole de nuevo—. Muchas gracias señor Lavender, se lo agradezco.

—No hay de que, solo espero poder ayudarte —comentó sin más—. ¿Una cosa más? —me preguntó justo antes de salir por la puerta.

—¿Sí? —comenté.

—¿Le diste a alguien más una copia?

— No —dije sin dudar.

—Muy bien. Es mejor que no lo hagas, no podemos permitir que algo así se sepa. Has hecho muy bien en venir a mí, de lo contrario más de uno podría jugar a su favor con un documento así.

—¿Jugar a su favor? —pregunté contrariada.

—Este tipo de testamentos albergan muchas cláusulas que podrían tener malas interpretaciones si se desea. —me sugirió.

—¿Eso qué significa? —pregunté curiosa.

—Que la misma cláusula podría jugar a favor o en contra de la persona afectada. Es un poco complejo de explicar, pero primero tendré que revisar el documento.

—Entiendo —comenté sin dejar de pensar en que tal vez aquello de algún modo me beneficiara.

—Nos vemos el lunes. Mi secretaria le dará cita.

—Gracias de nuevo Señor Lavender —insistí.

—Llámeme Julius por favor —respondió y asentí sonriente mientras me marchaba.

Llegué a mi pequeño apartamento quitándome los zapatos de tacón que había llevado para reunirme con el padre de Erika. Los tiré lo suficientemente lejos como para aliviar mi dolor, pese a no haber andado mucho tiempo seguía sin

acostumbrarme a llevar tacón alto.

Estaba pensando en ese momento qué se suponía que haría, no había hablado con Alex en toda la tarde y no le había visto desde esta mañana en la que yo salí en dirección a mi apartamento para cambiarme y asistir a clase y él hacia el trabajo.

En ese instante el timbre de la puerta sonó y me asusté. Nadie iba allí, solo Erika y primero debería de llamar al portero desde la puerta de entrada. Caminé lentamente para no hacer ruido y miré en silencio por la mirilla.

—Alex —susurré cuando le vi con su rostro algo serio allí plantado en el descansillo de la escalera.

Abrí enseguida la puerta y cuando me miró, dio una zancada y sin tan siquiera decir una palabra sus labios apresaban los míos con desesperación. Solo fui consciente del sonido de la puerta cerrarse antes de verme atrapada entre la pared lisa del muro y el cuerpo candente de Alex.

Cerré los ojos saboreando el momento, degustando sus labios, deleitándome en sus caricias y sobre todo excitándome con la pasión con la que parecía tratar de hacerme suya de nuevo.

—He tenido que luchar contra la idea de no venir antes —gimió mientras notaba sus manos como avanzaban por mis piernas y subían la falda de mi vestido. Podía notar sus cálidas manos atravesar la tela de las medias que llevaba.

—¿Me echabas de menos? —jadeé divertida mientras su boca se deslizaba por mi cuello y no podía evitar pensar en lo que apreciaba a ese nuevo Alex que había descubierto.

—Algo así —susurró—. Creo —su tono pareció confuso.

Conseguiría que no solo lo creyera, sino que lo sintiera. Noté como sus dientes raspaban el lóbulo de mi oreja y gemí interiormente.

—No sabes cómo me excita escucharte gemir, saber el placer que siente tu cuerpo con mi contacto... con mis manos... con mi boca —susurró en mi oído justo antes de sentir como sus dedos se deslizaban por el borde interior de mis medias y tiraban de ellas hacia abajo.

—¡Dios Alex! —exclamé al notar el calor de sus dedos en el centro de mi ser, moviéndose lentamente, pero a la vez de forma certera. Masajeando el punto exacto provocando que una oleada de sensaciones se acercara.

—Y más aún saber que solo te has entregado a mí, que solo yo provoco eso en ti. —Sus labios volvieron a apresar los míos y mis dedos ya habían volado por los botones de su camisa desabrochándola y mis manos se deslizaron a su espalda, no pudiendo evitar clavar mis uñas en ella cuando sus dedos se deslizaron hacia mi interior provocando que cerrase los ojos y gimiera de placer.

—No puedo más —gemí susurrante.

Mis manos fueron a su cintura, donde comenzaba a desabrocharle el cinturón y él rápidamente acudió en mi ayuda para ayudarme.

—Yo tampoco.

En un solo movimiento se bajó el pantalón al mismo tiempo que la prenda interior y su erección se podía apreciar en toda su excitación. De un gesto me alzó y abrí mis piernas para rodearle, así, contra la pared de aquel apartamento, sentí como Alex se hundía dentro de mí de una sola estocada y grité de placer al notar como se adentraba por completo, sintiéndolo de nuevo.

Apoyé mis manos en su cuello mientras él me tenía agarrada fuertemente y

comenzaba con un ligero movimiento mientras aumentaba sin cesar jaleado por mi oscilación. Sus dedos se hundían en la carne de mis nalgas, mis uñas se clavaban en sus hombros y mis labios comenzaron a devorar los suyos como si quisiera arrancarle la carne de ellos de la pasión que estaba sintiendo.

Sentí esa ola acercarse, la sentía cada vez más fuerte con cada una de esas embestidas que conseguían que alcanzara un pedacito de ese clímax cada vez que mi cuerpo quedaba aplastado por el suyo y la fricción de su erección dentro de mi provocaba aquello. Cuando noté que en un momento dado Alex me alzó con fuerza sin el apoyo de la pared y me hizo alzarme para hundirse esta vez aún más profundamente en mí, grité.

Grité porque vi nubes de colores, estrellas y fuegos artificiales con aquel movimiento y sentí un orgasmo tan intenso que tardé varios segundos en volver a ser consciente de donde estaba y de que él aún me tenía sujeta en sus brazos.

—Alessandro —gemí diciendo su nombre por completo, algo que solía hacer muy infrecuentemente, pero aquello había sido extremadamente insólito.

—No sé si es normal esta necesidad imperiosa que tengo de ti, pero que me condenen si no me resigno a ella porque no puedo luchar en su contra.

Coloqué los pulgares de mis manos en su garganta, su pulso era aún acelerado al igual que el mío.

—No deseo que luches contra ella. Te quiero así... conmigo —dije encogiéndome mientras volvía a besar sus labios esta vez de una forma suave, más dulce.

—No lo haré. Ya no —contestó dejándome de nuevo en el suelo con cuidado mientras se subía de los pantalones y yo me bajaba la falda del vestido.

—¿Te marchas? —dije contrariada, apenada. ¿Cómo podría marcharse

después de lo que acababan de hacer?

—No, a menos que quieras que me vaya —contestó algo confuso.

—Por supuesto que no —sonreí mientras me acercaba a él me puse de puntillas para darle un beso en los labios.

—¿Quieres que pidamos algo para cenar? —me dijo entonces algo más relajado.

—¿No te parece mejor idea si preparo la cena? —sugerí.

—Lo que tú quieras, pequeña flor.

—Siéntate entonces —le dije señalando la mesa.

—¿No quieres que te ayude?

—La cocina es algo pequeña, así que será mejor que te quedes ahí —contesté sonriente mientras abría la nevera para sacar los ingredientes.

—¿Por qué no vuelves a casa? —dijo de pronto y durante unos segundos me quede quieta—. Me gustaba cuando sabía que al volver estabas allí —añadió mientras yo escuchaba y dejaba los ingredientes sobre la encimera.

—¿Quieres que vuelva? —pregunté dubitativa.

—Si, lo quiero. —Me giré en ese momento para verlo, su mirada era intensa.

—No lo sé, Alex... creo que es demasiado precipitado aún y aunque tu apartamento me encanta yo estoy cómoda aquí. —No quería decirle que aún no podía olvidar del todo los recuerdos que me traían aquella vivienda, por no decir que no sabía en qué iba a terminar todo el lío de la maldita herencia, aunque esperaba que bien.

—Está bien —comentó calmadamente—. Pero pasarás conmigo la noche, aquí, allí... me da igual donde —susurró levantándose y acercándose a mi.

—Eso lo acepto —jadeé.

—¿Qué te ha dicho el abogado? —preguntó cambiando de tema, intuí que no lo dejaría estar.

—Me reuniré el lunes con él, cuando revise el documento.

—¿El documento?, ¿Qué documento? —preguntó alzando una ceja.

—Me han enviado una copia del testamento.

—¿Cuándo? —preguntó interesado.

—Esta mañana.

—Quiero una copia.

—Alex no... —comencé a decir.

—Te dije que te dejaría hacerlo a tu manera y no intervendré. Pero quiero una copia.

—¿Por qué? —pregunté, no es que sintiera que no confiaba en mi pero por una vez quería hacer las cosas por mí misma, no quería que él tuviera que “sacarme del embrollo en el que estaba metida”.

—Estaré tranquilo —confesó de golpe.

—¿Si te doy una copia no hablaremos más del tema?

—Dalo por hecho —dijo dándome un rápido beso.

—Está bien. Te la daré —sonreí.

Fue extraño preparar la cena con Alex detrás de mi constantemente, rodeándome la cintura, dándome ligeros besos en el cuello y haciéndome ansiar cada una de sus caricias.

Aquella noche cenamos sin dejar de mirarnos. Alex fue a su oficina

aprovechando que estaba al lado a por su macuto de fin de semana que siempre tenía preparado por si necesitaba salir de viaje inesperadamente.

Aproveché ese instante para darme una ducha rápida y me coloqué un conjunto de ropa interior nuevo, de raso en color champagne y encaje negro. Como la calefacción estaba bastante alta solo me puse por pijama la camisa que él me regalo cuando estuvimos juntos en Abu-Dabi, solo necesitaba que oliera a su perfume para ser perfecta del todo.

El timbre de la puerta de abajo sonó y pulsé el botón sin preguntar. Abrí la puerta con una sonrisa de oreja a oreja sabiendo quien sería la persona que subiría, pero mi sonrisa se apagó cuando vi a Mijaíl llegar.

—¿Se puede saber que narices haces tú aquí? —Le grité.

Él era el causante de que mi felicidad no fuera plena, de que no pudiera disfrutar “del todo” de estar con Alex.

—Deduzco que no era a mí a quien esperabas.

—Deduces bien —respondí cruzándome de brazos—. Y ahora lárgate. —Iba a cerrar la puerta, pero me lo impidió.

—Necesito una respuesta Jasmine... no nos queda tiempo.

—¿Qué? —exclamé—. No me pienso creer ni una más de tus mentiras —reiteré.

—¿Has leído el documento? —me preguntó de pronto.

—No, pero está en manos de mi abogado.

—Pues él mismo te confirmará que cuando cumplas los veintiún años será oficial.

—¿Será oficial qué?

—La lectura del testamento y entrega de tu herencia —aclaró—. Eso significa que, si no nos casamos antes de que cumplas la mayoría de edad en mi País, será la ruina.

«No podía ser... ¡Solo faltaban dos meses para mi cumpleaños! Era imposible... imposible»

En ese momento el sonido de la puerta de abajo sonó, el temblor me recorrió. No me equivoqué cuando vi llegar a Alex con la bolsa de piel que solía llevar siempre en sus viajes.

Alzó la vista y su rostro se contrajo al ver allí plantado en la puerta a Mijaíl, al menos no había pasado a mi apartamento... suspiré interiormente.

—Ahora ya lo sabes, no me obligues a tomar una decisión drástica porque lo haré —dijo Mijaíl justo antes de apartarse mientras Alex recorría los últimos escalones.

—¿Es eso una amenaza Rashid? —El tono de Alex me asustó, en mi vida lo había visto así... era como si estuviera furioso, pero aparentemente normal.

—Este asunto no va contigo D'Angelo, es entre ella y mi familia.

—Yo creo que si va conmigo, más aún cuando has comprometido a mi empresa ¿No te parece?

—¿Se lo has contado? —Mijaíl me miraba a mí, en lugar de a Alex.

—Si, me lo ha contado —El macuto de Alex cayó al suelo y en un instante agarró de la camisa por el cuello a Mijaíl mientras vi como lo acorralaba contra la puerta del piso que tenía enfrente.

—¡Alex, no! —gemí. No quería que se le fuera de las manos.

—Ella no va a ser tuya, ¿Entiendes?

—Eso no lo decides tú.

—Eso ya lo veremos. —Alex le soltó y se apartó de él mientras volvía hacia mí que seguía allí parada en la puerta sin saber si meterme entre ellos o no.

—Ella nunca va a ser feliz contigo. Ni siquiera eres capaz de quererla.

Alex me miró, yo contuve la respiración porque aquellas palabras dichas por Mijaíl podían tener un deje de realidad, pero antes de poder decir nada el puño de Alex se había estampado contra la cara de Rashid y este se había caído contra la puerta para amortiguar la caída.

—Eso lo decidirá ella, no tú.

Alex recogió su macuto y entró en el apartamento agarrándome de la cintura y obligándome a entrar.

Antes de que cerrase la puerta, vi como Mijaíl se levantaba y me miraba por última vez.

—¿Qué quería? —dijo Alex una vez que entramos y volvió a dejar el macuto junto a la puerta.

—Creo que una respuesta —sugerí.

Aunque no sabía por qué habría llegado Mijaíl justo en ese momento, ¿Acaso sabría que estaría con Alex? Porque por alguna extraña razón, Mijaíl siempre aparecía en mi vida cuando estaba cerca de él.

—¿Y qué prisa tiene ahora? —inquirió molesto—. Como para venir un viernes por la noche.

—Creo que sabía que estaba contigo —susurré.

—¿Y cree que viniendo me iré?

—No lo sé, Alex. Tampoco deseo saberlo —contesté acercándome a él porque

me negaba a contarle lo que me había dicho.

Si era verdad, significaba que me quedaría poco tiempo y la sola idea de aceptarlo me aterraba. Hasta el lunes que no hablase con el padre de Erika prefería no pensar en ello, no serviría de nada hacerlo.

— 40 —

Aquella noche mientras dormíamos en mi cama de matrimonio bastante más pequeña que la de la habitación de Alex en la que habíamos dormido juntos por primera vez, su cuerpo rozaba con el mío constantemente y aquello me embriagaba.

En un determinado momento de la noche, percibí su inquietud y me desperté... justo en el momento en el comenzaba a tener temblores y agitaciones pasé mi

mano por su pecho acariciándole lentamente y noté como se calmaba de pronto. Su rostro se giró hacia mi, aunque sus párpados aún estaban cerrados. Podía verlo por la pequeña luz difusa que dejaba toda la noche por si me despertaba para ir al baño y no tropezarme.

—Cshh —susurré—. Tranquilo, estoy aquí contigo.

Alex se acobijó junto a mi cuerpo y yo volví a dormirme.

Pasar el fin de semana con Alex en mi pequeño apartamento fue demasiado intenso, tan increíblemente precioso, que se me había pasado demasiado rápido y eso que nos habíamos encerrado literalmente sin salir hasta esa misma mañana de lunes en la que no nos quedó más remedio que hacerlo. Salimos al mismo tiempo, pero con diferentes destinos.

—¿Estás segura de que quieres ir sola? —volvió a insistirme Alex.

—Si —respondí con media sonrisa. No quería admitirle que si las noticias no eran buenas no quería llorar delante de él y menos aún, tener que ver su cara al saberlo.

«Eso no iba a pasar» pensé positivamente.

—Está bien, como tú quieras —contestó con pesar.

—Te informaré de todo luego —respondí antes de acercarme a él y darle un suave beso en los labios mientras abría la puerta del portal de mi edificio y me marchaba.

Tal como estaba previsto el padre de Erika me estaba esperando y muy formalmente me atendió y pidió que me sentara justo donde lo hice la anterior vez que había estado allí.

—Bien —comenzó a hablar y mi tensión se palpitaba, de hecho, podía notar el revoloteo en mi estómago y sentía una opresión en el pecho.

—¿Ha podido tener tiempo para revisar el documento? —Me adelanté a preguntar.

—Sí, sí —contestó rápidamente y notaba cierto nerviosismo en su tono—. Veamos, por lo que el documento asegura, estimamos que la suma de la herencia que corresponde a la persona física que hereda está evaluada en unos trescientos mil millones de libras aproximadamente en liquidez, más los terrenos y propiedades que habría que estimar pero que calculamos que triplicarán la cifra.

Si yo de por sí era blanca, en ese momento creo que me había vuelto más blanca aún y podía difuminarme con la pared del despacho.

—Eso es imposible —aseguré, ¿Cómo iba a ser solo mi parte esa burrada inmensa de dinero?

—Lo cierto es que puede que nos hayamos quedado cortos en la estimación —aseguró seriamente.

—Pero eso es...es... —No me salían ni las palabras para definirlo.

—Estamos hablando de personas con un patrimonio muy elevado puesto que es un país muy rico en petróleo.

—¿Y las cláusulas? —dije de pronto.

—Establece que su herencia será legítima a la mayoría de edad. Que según el país de procedencia es a los veintiún años y se debe hacer público —comenzó a relatar—. Mientras tanto esos bienes permanecen en reserva, es decir, no puede hacerse uso de ellos.

—¿Cuándo cumpla los veintiún años ese documento se hará público? —pregunté.

—Sí. En teoría la familia tiene el deber de cumplir con la voluntad y hacerlo

público al conocer su identidad.

—¿Y si renunciase? —pregunté de pronto.

—No puede.

—¿Cómo no voy a poder renunciar a una herencia? —exclamé.

Prefería renunciar a una cantidad de millones desorbitada antes que ser la causante de la ruina de un País o casarme don Mijaíl Rashid, es decir, mi primo. Porque si estaba en lo cierto de esa cifra astronómica... no había que ser muy ducho en matemáticas para saber que sí podría significar una grieta importante.

—Porque es vinculante.

—¿Vinculante?, ¿Eso qué significa? —exclamé confusa.

—Que no puede desprenderse, en todo caso pasarían a sus herederos.

Suspiré...

—¿Qué opciones tengo? —pregunté apesadumbrada.

—Si yo fuera tú, Jasmine. Estaría feliz de ser inmensamente rica pese a las responsabilidades que ello conlleva.

—No estoy tan convencida —dije sin poder callármelo.

—Tal vez haya que pelear con tu familia porque se oponga al testamento, pero si ellos mismos le han enviado el documento, dudo que pongan objeciones. Aunque una noticia así de esta cifra astronómica puede no resultar beneficioso para el país.

—¿Por qué lo dice? —pregunté interesada.

—Si conoce un poco como funciona el mercado de valores y el sistema de

gobierno, sabrá que si la noticia de que esa cifra astronómica no está en las manos adecuadas, cosa que no digo que en sus manos no lo esté pero en ese país será considerada casi una extranjera. La cuestión es que puede provocar cierto “caos” en la situación financiera.

—¿Qué podría ocurrir?

—Un desprendimiento en la bolsa, traslado de sedes de empresas, una grieta en la estructura económica... puede que el País tardara en recuperarse un tiempo.

—¿Y no puedo donarlo a la familia?, ¿Dárselo de alguna forma?

—No, salvo que contraiga matrimonio con algún miembro.

Cerré los ojos con pesar. En el fondo Mijaíl había sido sincero en cuanto a todo aquello.

—Está bien —dije con la voz temblando—. Gracias por todo —dije levantándome para marcharme.

—Lamento no haber podido hacer más— dijo mientras se alzaba para acercarse a mí a despedirse—. Por lo que veo no era lo que esperabas escuchar.

—No —respondí sincera—. Tenía la esperanza de alguna alternativa.

—¿Has hablado con tu familia? —me preguntó—. Quiero decir con los Rashid.

—Si, la solución de ellos es el matrimonio.

—En realidad sería una buena solución para todos y para el País.

Si, y parece que la única solución —dije irónicamente.

—A veces cuando todo se deja tan atado, no hay alternativa por más que

tratemos de que encontrarla.

—Puede ser. Muchas gracias de todos modos, ha sido muy amable por su tiempo. Supongo que su secretaria me pasará un recibo por sus honorarios.

—Tranquila, no te preocupes por eso. Eres la mejor amiga de mi hija y lo hice como un favor personal.

—Se lo agradezco. Pero preferiría pagar sus servicios, sé que ha perdido un tiempo valioso.

—Insisto. Quizá la próxima vez.

—Está bien señor Lavender, gracias de nuevo.

Me parecía tan surrealista todo aquello... se suponía que aquella herencia iba para beneficiar a mi madre, por tratar de “pagar” de alguna forma su error de querer obligarla a casarse y ahora resulta que esa misma herencia me obligaba a casarme a mí.

Me senté en un café sola. No sabía que debía hacer. ¿Tan grave sería si se publicaba la noticia? En mi vida me había sentido tan impotente por no tener el control, por no poder tomar una decisión libremente sin pensar en las consecuencias.

Sabía que no podría afrontarlo, que no podría vivir con la conciencia tranquila por ser la causante de aquel desastre si llegaba a producirse, al igual que sabía que no podría quedarme de brazos cruzados a que ocurriera.

No había ido a trabajar aquella tarde. Si tenía que afrontar la sola idea de ver a Alex para contárselo, sabía que me pondría a llorar, que no pararía y que sería incapaz de decir nada. ¿Cómo podía decirle que no podríamos estar juntos?, ¿Qué esa maldita herencia me vinculaba quisiera o no a casarme con Mijaíl?

Sentía ganas de vomitar y tenía el estómago alterado de la propia tensión y nervios. Incluso hasta tenía ligeros mareos... de no ser porque era imposible que estuviera embarazada ya que decidí tomar anticonceptivos cuando creí estarlo, cualquiera pensaría que tenía los síntomas.

La puerta de casa sonó, intuí quien sería al no haber llamado a la puerta de abajo y es que Alex tenía llaves del edificio, lo que me parecía curioso es que no tuviera llaves del apartamento.

—Sé que estás ahí, ábreme —Le escuché decir mientras yo estaba junto a la puerta con los puños cerrados tratando de asimilar qué hacer.

—Te he estado llamando toda la tarde. ¿Qué ocurre? —Notarle preocupado me encogió el corazón, pero si le veía me rompería... sabía que lo haría.

—Alex, es mejor así —dije sin abrir la puerta.

—¿Es mejor qué? —gimió—. Ábreme, quiero verte. Necesito verte —susurró.

—Por favor Alex, márchate. Necesito tiempo.

Escuché como aporreaba la pared y cerré los ojos dejando escapar dos lágrimas.

—Me voy, pero pienso volver mañana y si no me abres esa puerta, la tiraré abajo.

«Dios... ¿Por qué te empeñas en separarme de él?»

Aquella noche apenas dormí. El olor de Alex embriagaba mi almohada, estaba por toda la cama y era imposible no llorar de tristeza al saber que no podría tenerlo, que todos mis sueños desde pequeña donde me imaginaba estando con él, no se cumplirían. Había podido disfrutar de un pequeño trozo de felicidad, uno muy ínfimo que ahora mismo me sabía a poco, era como haber probado solo un pequeño bocado del pastel y yo ansiaba el pastel completo.

No sabía qué hora era cuando los golpes en la puerta me despertaron asustada. Cogí un batín por el frío al salir de la cama y vi que eran las cinco y media de la madrugada.

¿Qué pasaba? Nunca me había asustado vivir sola pero que llamaran así y a aquellas horas no era normal. El sonido del timbre se escuchó esta vez acompañado de nuevo de los golpes.

—¡Ábreme Jasmine! —Me relajé al saber que era Alex, pero me preocupó al mismo tiempo que llamara de aquella forma y con aquella insistencia.

Abrí la puerta preocupada y en ese momento, él me evaluó.

—Has estado llorando —susurró nada más verme mientras entraba y sus manos se colocaban en mi rostro, acariciándolo con suavidad.

—Si —susurré mientras cerraba los ojos, probablemente ya no me quedaban más lágrimas que derramar, pero pude notar como se empañaban de nuevo.

—Quiero saber que te dijo tu abogado, aunque intuyo lo que te dijo —increpó de pronto mientras cerraba la puerta.

—Básicamente confirmó lo que ya sabía por Mijaíl.

—Está bien —Su respuesta era tranquila, demasiado tranquila y apaciguada tanto que hasta me sorprendía.

—¿Está bien? —gemí sorprendida.

—Tengo una solución —contestó rápidamente.

—¿Cómo? —exclamé.

—Marco ha examinado el documento minuciosamente desde que se lo envié el sábado cuando me lo diste. Ha encontrado una forma de impedirlo, más bien “retrasarlo”, la única que podemos optar si queremos estar juntos.

—¿Hay una forma?

—Si, no sé si sea la más adecuada, pero la hay. Y tampoco sé si me perdonarás que lo haga, pero no hay otra salida.

—No me importa lo que sea mientras esté contigo y no me pese la conciencia.

—Puede que te pese un poco —dijo seriamente.

—¿De qué se trata, Alex? —pregunté asustada.

—¿Confías en mí? —preguntó de pronto.

—Si.

—Entonces cámbiate de ropa. Cogemos un vuelo en una hora. El avión nos está esperando en el aeropuerto.

—¿Dónde vamos?

—A Italia.

No tenía ni la más mínima idea sobre que tendría que ver Italia con “retrasar” como Alex había dicho la lectura del testamento, pero no hice preguntas y durante el vuelo traté de dormir sobre el pecho de Alex, mientras mantenía la esperanza de que aquello se resolviera de alguna forma milagrosa.

Cuando llegamos, nos entregaron un vehículo de alquiler y Alex condujo durante al menos tres horas siguiendo las indicaciones del GPS integrado en el vehículo. Se trataba de un vehículo de montaña y cuando comenzamos a pasar por prados, entendí por qué había elegido ese tipo de coche.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar llamado Peruggia, está algo lejos aunque es bastante bonito.

—¿Tú eres de allí?

—Sí, mi familia es originaria de allí.

—¿Y por qué venimos?, ¿Nos están esperando?

—No, en el pueblo solo queda algún hermano de mi abuelo que todavía sigue vivo pero el resto de mi familia se trasladó a Milán.

—¿Entonces? —insistí totalmente perdida y cada vez más contrariada.
¿Estábamos huyendo acaso?

—Pronto lo sabrás.

Cuando por fin llegamos a un pueblo bastante pequeño donde las casas eran de piedra y madera. Tuve que reconocer que el lugar pintoresco era bastante bonito, apenas me dio tiempo de mirar cuando Alex me cogió la mano y entonces vi que nos encaminábamos hacia lo que parecía una iglesia.

—¿Me vas a decir qué hacemos aquí, Alex? —insistí.

—Vamos a casarnos.

«Ay Dios... ¡Ay Dios!» No podía ser en serio, ¿Lo era?, ¿Tenía que serlo si estábamos en una iglesia!

—¿Qué? —fue lo único que pudo salir por mi boca.

—Es la única solución.

—No lo entiendo —dije confusa—. ¿Cómo?

—Si estas casada antes de cumplir los veintiún años, puedes alegar el traspaso de la herencia a tus herederos.

—¿Y qué pasará cuando ellos tengan que afrontar lo mismo que yo tuve que hacer ahora? —exclamé. Esa opción no me servía si me salvaba yo para condenar a mi “futuro hijo”.

—No tendremos hijos, Jasmine. —Su voz sonaba seria y taciturna—. Puedo renunciar a ello perfectamente si te tengo a ti.

La sensación de estremecimiento me recorrió por todo el cuerpo. ¿Podía hacerle aquello a Alex?, ¿Verdaderamente podía?

—Yo no puedo hacerte eso Alex. Te estoy privando de algo que... nos lo estoy privando a ambos en realidad.

—No puedo vivir sin ti pequeña flor. No puedo, ni quiero, ni lo podría soportar. —Su mirada bajó hasta el suelo, estaba casi hundido.

—Puedo renunciar a tener descendencia si tú estás a mi lado, Alex. Casémonos —contesté con una medio sonrisa y él rápidamente me cogió de la mano y me llevó hasta el altar de la iglesia, donde lo rodeamos para entrar por una puerta lateral donde daba a la sala privada de reuniones del cura de la iglesia.

—¿Padre Damián? —Le escuché decir en italiano.

Un señor ataviado con la túnica de oficio salió a nuestro encuentro y sonrió amablemente.

No entendí nada de la breve conversación que mantuvieron, pero el cura en cuestión me cogió de la mano y me dijo algo en un tono melodioso mientras Alex hacía una llamada.

Dos personas de avanzada edad entraron a la iglesia y saludaron a Alex, él me los presentó, al parecer eran “primos” lejanos y por lo que parecía, serían nuestros testigos.

Antes de que quisiera darme cuenta, allí mismo, en un páramo remoto de Italia, en una iglesia perdida de la mano de Dios, en vaqueros y zapatillas acababa de dar el «Sí, quiero» al hombre de mi vida y tenía un anillo en el dedo para

asegurarlos. Reaccioné cuando los labios de Alex se posaron en los míos con un casto beso para sellar la unión.

Era la esposa de Alex. Era la Señora de D'Angelo... y en ese momento mi cara de terror debió asustarlo.

—¿Qué te pasa? — preguntó de pronto Alex al darse cuenta.

—Mi padre... —susurré—. ¿Qué va a decir cuando se entere? —dije llevándome una mano a la cabeza como síntoma de la desesperación.

—Creo que es mejor que no lo sepa por ahora — contestó algo serio.

A él también debía de afectar el hecho de que tendría que contarle a su “hermano” mayor que se había casado con su “hija”.

«Dios, cualquiera que me escuchara decir eso en voz alta pensaría que estábamos cometiendo incesto»

—Si, tal vez sea mejor ir paso a paso. —No tenía ni idea de cómo podría reaccionar mi padre.

—Nadie puede saberlo, será algo entre tú y yo. Continuaremos como hasta ahora para no levantar sospechas.

—Si —asentí.

Si mi padre se enteraba por la prensa de que me había casado con Alex, le daba un infarto seguro.

—Vamos. Aún debemos pasar por el ayuntamiento para dejar este documento y emprender el viaje de vuelta.

—¿Tan pronto?

—Solo vinimos hasta aquí para que el padre Damián nos casara. Me bautizó y conoce a mi familia, todos se han casado aquí y nos hizo el favor de adelantar los acontecimientos, ahora solo debemos presentar esta hoja en el ayuntamiento y nos inscribirán legalmente. Además, no me fiaba de pedir una licencia matrimonial en Londres sin que pudiera filtrarse a los medios de comunicación.

—Está bien.

Lo cierto es que al ser un pueblo relativamente pequeño no tenía demasiadas gestiones y los trámites los hicieron bastante rápido. En menos de una hora ya nos habían entregado el libro de familia correspondiente y nuestros datos habían quedado registrados. Era legal y oficial, tanto que aún no podía creerlo.

Emprendimos el viaje de vuelta en el mismo vehículo todoterreno dirección al aeropuerto. Era extraño, incluso me miraba el anillo simbólico que me quedaba algo grande en el dedo y resultaba raro saber que ahora era una mujer casada. No solo casada, sino con Alex, mi Alex.

—Te prometo un anillo a tu medida cuando lleguemos a Londres, pero no tuve tiempo y cogí las alianzas de mis padres. Bueno, de tu abuelo y mi madre —rectificó.

—¿Este es el anillo de boda de tu madre? —pregunté sorprendida.

—Si, ella lo dejó junto al de mi padre cuando murió. Decía que, si él ya no podía llevarlo, ella tampoco lo haría.

—Vaya. No lo sabía.

Íbamos por la ladera de una montaña, comencé a marearme por las curvas y bajé la ventanilla para que me diera el aire.

—¿Estás bien?

—Si, son solo las curvas. Estoy un poco mareada —contesté sin añadir que tenía unas nauseas en aumento. Inspiraba y expiraba a bocanadas fuertes para tratar de controlarlo.

—Dime si quieres que pare.

—Iba a contestar que no, cuando no aguante más al venir una bocanada.

—¡Para! —grité y noté como frenaba en seco a un lado de la carretera mientras inmediatamente me abalanzaba por la puerta para vomitar.

—Tal vez sea mejor no volver tan pronto —dijo acercándose a mí y ofreciéndome un pañuelo que cogí sin apenas mirarle.

—Solo son las curvas. Seguro que se me pasa en cuanto las atravesemos.

—Está bien —contestó acercándose a mí—. Dime cuando te sientas bien para retomar el camino.

Asentí con la cabeza y me dejé caer sobre las rocas respirando el aire puro mientras Alex iba hacia el coche para buscar algo porque no llegó a montarse. Miré al cielo y estaba bastante nublado, faltaba poco para navidad y no me imaginaba como iban a ser esas navidades sabiendo que ahora él y yo estábamos casados.

Había cumplido mi sueño, él ya era oficialmente mío.

«Aunque no como yo hubiera querido» pensé mientras cerraba los ojos.

No soñaba con una grandiosa boda, me bastaba con tener a Alex conmigo, pero era consciente de que él había tomado aquella decisión porque era la única opción. Prácticamente le había impuesto casarse y encima le estaba privando de no tener hijos, nos estaría privando a ambos.

—Toma, bebe un poco de agua.

Abrí los ojos para ver a Alex algo preocupado ofreciéndome la pequeña botella que tomé delicadamente y bebí de forma pausada.

—En estos momentos es cuando agradecería un cepillo de dientes y pasta dental.

—Seguro que habrá en el avión —contestó mientras rodeaba de la cintura y reemprendíamos el viaje de vuelta.

No sabía por qué estaba tan nerviosa al volver. Me temblaba todo, estaba inquieta y probablemente sería incapaz de articular bien alguna palabra.

—Dime que te ocurre.

—Es que... ¿No te parece que ha sido todo muy precipitado? —No era que me estuviera arrepintiéndome, pero seamos francos. Alex no se habría casado conmigo de haber tenido otra opción y aquello me mataba lentamente.

—Puede ser, pero no cambia el hecho de que ahora seas mi mujer.

—Tu mujer —susurré.

—Mía —Pude notar una sonrisa en su gesto—. Señora de D'Angelo —dijo en un tono ronco mientras se acercaba a mí y besaba mis labios—. Y no sabes el placer que me da poder decirlo.

Busqué su boca para robar un beso ardiente con la misma desesperación que necesitaba y comprobé que ese anhelo era correspondido cuando su lengua comenzó a jugar con la mía.

—Alex —gemí en su boca.

—Dime —susurró débilmente queriendo volver a apresar mis labios.

—Prométeme que pase lo que pase, no nos separaremos.

—Te lo prometo pequeña flor, por supuesto que te lo prometo —confesó antes de volver a deleitarme con sus magníficos besos que tanto me enloquecían y me dejaban arrastrar por aquella pasión que solo él sabía sacar a relucir de mi interior.

Aterrizamos en Londres cuando ya era de noche, más aún teniendo en cuenta que entraba diciembre y el poco sol que casi siempre había se iba pronto.

—¿Necesitas pasar por tu apartamento? —preguntó Alex una vez entramos en el taxi que habíamos cogido para volver.

—¿Es que no voy a volver a mi apartamento? —pregunté desorientada.

—Por supuesto que no —susurró en mi oído—. *Stasera è la nostra notte di matrimonio, la mia piccola fiore. “Esta es nuestra noche de bodas, mi pequeña flor”*

No entendía que me había dicho pero su voz era aterciopelada y sensual. Le miré directamente a sus ojos y estos brillaban intensamente, era consciente en ese momento de que no necesitaba a nadie más en el mundo, podía renunciar a todo por él. Con Alex tenía más que suficiente para ser feliz.

—No necesito pasar por mi apartamento —susurré en su oído acercándome a él—. No necesito nada que no seas tú —asentí mientras rozaba mi nariz con su cuello y aspiraba su masculino aroma embriagador.

Cuando llegamos a su apartamento y las puertas del ascensor se abrieron, Alex me cogió en brazos como se supone que hacen en las películas cuando el novio entra en casa con la novia como buen “augurio” de una vida plena en común.

Me reí ante el hecho de que hiciera aquello y me limité a sostenerme bien agarrada sobre sus hombros.

—Bienvenida a casa, Señora D’Angelo.

Me acerqué a sus labios para darle un casto beso y él comenzó a mordisquear los míos con deseo, provocando que encendiera el fuego que se me acumulaba dentro.

—¿Te apetece darte una ducha? —sugirió mientras seguía notando su aliento en mis labios.

—¿Contigo? —gemí por respuesta.

—Por supuesto.

—Entonces sí —respondí besándole—. Me apetece muchísimo.

Alex me besó con más fuerza mientras subía las escaleras hacia la planta superior conmigo en brazos a toda velocidad. Entramos en su habitación y se dirigió hacia el baño privado que había en ella, donde estaba aquella ducha inmensa en comparación con la que yo tenía en mi apartamento, era forrada de piedra de pizarra y desde donde al agua caía literalmente del techo.

Me dejó sobre la encimera del lavabo sin dejar de besarme y se apartó un momento para darle al botón para encenderla y que el agua fuera calentándose.

Volvió enseguida a mí, instalándose entre mis piernas aún enfundadas por los vaqueros y comencé a desabotonarle la camisa mientras él iniciaba un camino de besos por mi cuello.

Metió sus manos bajo mi camiseta consiguiendo desabrochar el sujetador y acogió uno de mis pechos provocando un leve gemido de placer por mi parte en respuesta al notar como lo abordaba con la plenitud de su mano.

—Son del tamaño perfecto para mis manos —gimió masajeando suavemente con movimientos lentos y suaves mientras pellizcaba uno de mis pezones que en aquel momento estaba erecto.

—¿No son demasiado grandes? —pregunté con pesar mientras notaba como la otra mano se introducía también por debajo para masajear mi otro pecho de la misma forma.

—En absoluto —gimió cerca de mis labios mientras de un tirón me sacaba la camiseta, el jersey y el sujetador que ya estaba desabrochado—. Son perfectos para mi boca —contestó justo antes de ver como se metía uno de ellos en la boca y por puro instinto me arqueé hacia él mientras masajeaba con mis dedos su cabeza degustando aquel cúmulo de sensaciones.

Me fue desnudando al tiempo que no dejaba de besar cada parte de mi cuerpo. Sus dedos se colaron entre mis piernas, iniciando un camino hacia el punto exacto entre mis muslos, no pude evitar buscar sus labios para besarle completamente embriagada por la pasión que me estaba saturando en aquellos instantes.

—Entra —susurró girando mi cuerpo para que me adentrara en la ducha mientras él apartaba su mano de mi piel unos instantes para deshacerse de la poca ropa que aún le quedaba puesta y que no había conseguido quitarle.

Me relajé al sentir los chorros de agua caliente rozando mi cuerpo y pronto noté de nuevo las manos de Alex sobre mis hombros, acariciando mi espalda y sintiendo de nuevo el roce de sus labios en mi cuello.

Le vi coger la pastilla de jabón que estaba delante de mí para hacer espuma

mientras entre mis nalgas podía sentir su dureza que sin poder evitarlo me acercaba más a él para poder rozarme con ella.

—Paciencia pequeña flor —susurró jadeante—. Quiero deleitarme con tu cuerpo primero antes de estar dentro de ti.

Me dejé caer sobre su pecho mientras él enjabonaba el mío entreteniéndose en ello, bajando por mi abdomen, y abarcando lentamente todo mi cuerpo no dejando ni un solo trozo de piel por cubrir. Había sido una sensación demasiado erótica y podía casi jurar que no podía esperar más para saborearlo por completo, pero decidí causarle la misma tortura que él me había creado a mí por lo que me di la vuelta robándole aquella pastilla de jabón mientras le sorprendía e indiscutiblemente se dejaba enjabonar por mis manos.

Cuando comencé a masajear lentamente su miembro a conciencia Alex me miró fijamente con aquellos ojos oscurecidos por el deseo y la pasión que tanto me había acostumbrado a interpretar. En un solo gesto me dio la vuelta quedando de espaldas contra él, tan rápido que gracias a su fuerza apenas tambaleé. Abrí mis piernas enseguida notando su repentino fulgor por desear ese contacto y sentí como me atravesaba mientras yo gritaba de puro placer tras hacerlo. Me tenía bien sujeta por la cintura para que sus fuertes embestidas no me hicieran tambalear, giré mi rostro para verle y apresó mis labios con tal voracidad que casi me hizo culminar allí mismo de la ansiedad que nos procesábamos mutuamente.

El agua dejó de caer y noté como abandonaba mi cuerpo justo para darme la vuelta rápidamente y alzarme sobre él mientras me cogía en brazos y volvía a entrar en mí de nuevo. Ahora tenía pleno acceso a su boca y no pensaba dejar de besarlo con el mismo frenesí con el que Alex se adentraba una y otra vez en mi cuerpo con cada una de sus embestidas.

Empapados y sin tan siquiera secarnos con una toalla, salimos de la ducha. Noté el mullido colchón sobre mi espalda al tiempo que una oleada de placer se avecinaba y cerraba los ojos para dejarme arrastrar, quería más, deseaba más y anhelaba mucho, mucho más. Aquello era solo el principio.

—Creo que jamás me veré saciado de ti. —Me susurró después de la cuarta vez que habíamos hecho el amor aquella noche.

—Creo que yo tampoco —confirmé—. ¿Es normal? —pregunté insólita.

—Contigo nada es normal pequeña flor —contestó mientras me daba un beso en el hombro.

Estábamos tumbados sobre la cama de lado frente a frente. Mientras las sábanas nos cubrían parcialmente y no dejábamos de observarnos fijamente.

—¿Qué va a pasar ahora Alex? —pregunté algo asustada—. No podremos hacer una vida de pareja normal. —No quería preguntar lo obvio, ¿Sería siempre así?, ¿Tendríamos que estar a escondidas para siempre?

—Mañana mismo nos reuniremos con Mijaíl en mi despacho y aclararemos este asunto de la herencia, el resto ya lo iremos viendo con calma.

—¿Mañana? —exclamé de pronto.

—Si. Y de momento tendremos que evitar la prensa y cualquier indicio de que estamos juntos hasta que hablemos con tu padre.

—No creo que se tome muy bien la noticia —contesté ahora nerviosa.

—Yo no voy a dejarte pequeña flor, así que sea cual sea su reacción, estarás conmigo.

—Alex...

—¿Si?

—¿Sientes algo por mí? —pregunté dubitativa—. Sé que me dijiste que tu no podías... que eras incapaz de poder sentir nada, pero... —Ni tan siquiera sabía cómo preguntarlo.

—Es complicado de expresar —contestó directamente—. No sé si son sentimientos como tal, pero solo sé que quiero estar contigo.

—Entiendo —dije vagamente.

Tal vez nunca conseguiría una confesión o declaración de amor de Alex, pero podría vivir con ello. Al menos creía que podría hacerlo.

—Voy a tener que traer algo de ropa para los días que me quede a dormir aquí —exclamé a la mañana siguiente mientras miraba la ropa que había llevado al viaje express y que fue al mismo tiempo mi “traje” de novia.

—No —contestó Alex acercándose a mí y rodeando con sus brazos mi cintura mientras me abrochaba los vaqueros.

—¿No? —contesté divertida—. ¿No me vas a dejar un trocito de tu armario?

—No te voy a dejar solo un trocito —gimió en mi oído—. Te traerás todas tus cosas, incluso te compraré un guardarropa nuevo si hace falta para que no quieras irte ninguna noche.

—¿Ah sí? —dije sonriente—. ¿También me comprarás lencería interior? —dije dándome la vuelta.

—Eso será lo primero que estará en la lista. —Iba a besarme cuando el sonido de mi teléfono nos interrumpió y me escabullí de sus brazos.

—Es Erika —dije ya que me estaba observando—. Voy a cogerlo ya que debe de estar preocupada porque hoy tampoco he ido a clase.

Alex asintió con un gesto mientras le veía colocarse la camisa.

—¡Erika! —exclamé al coger el teléfono.

—¡Jasmine!, ¡Escúchame, es urgente! —dijo en voz baja

—¿Qué ocurre?, ¿Estas en peligro?, ¿Te pasa algo?

—No, no. No soy yo, escúchame que no tengo tiempo porque está a punto de salir. He venido esta mañana temprano a casa de mi padre porque me olvidé el libro de detalles constructiv... eso da igual —se corrigió—, el caso es que vine y escuché que estaba reunido en su despacho.

—¿Pero eso que tiene que...

—¡Está con el príncipe maldito! —exclamó.

—¿Cómo? —grité.

No puede ser, ¡No me lo podía creer! Tal vez no fuera lo que yo pensaba...

—Escuché a mi padre decir que estaba todo controlado, que sutilmente te había incitado a que aceptaras la oferta de Mijaíl no quedándote otro remedio. ¡Jasmine, te juro que no lo sabía!

—No pasa nada, no te preocupes —dije en el tono más neutro que pude, después de todo ya estaba todo “solucionado”.

—¿Cómo no voy a preocuparme?, ¡No te puedes casar con ese maldito príncipe!, ¡Menos aún coaccionada!

—No voy a casarme con él.

—¿No? —preguntó ahora con un tono de alivio.

—Ya estoy casada —contesté mirando a Alex.

—¿Qué?

—Ayer me casé con Alex en Italia.

—¡Venga ya! —la escuché reír, pero de forma nerviosa.

—Si —dije riéndome yo también.

—¡Oh dios mío!, ¡Me alegro por ti Jasmine! Te mereces ser por fin feliz.

—Gracias Erika... gracias por ser tú.

—Al menos ahora no me siento culpable, fui yo quien te recomendó a mi padre.

—Tu solo lo hiciste con la mejor intención. No te preocupes por nada, nos vamos a reunir en la mañana con Mijaíl y aclararemos todo de una maldita vez.

—Entonces te veré esta tarde.

—Si, nos vemos luego —contesté mientras colgaba.

—¿Todo bien? —preguntó Alex.

—El padre de Erika era el abogado al que acudí para que me aconsejara sobre el testamento y al parecer está bajo la influencia de Rashid por lo que Erika ha averiguado.

—Ese malnacido lo tenía todo controlado, ¿Crees que le pagó para que te dijera lo que él quería que escucharas?

—Es posible, pero eso ya no importa ¿verdad?

—No —dijo con una sonrisa tan dulce... ¡Alex estaba sonriendo! —. Ya no, mi pequeña flor —añadió mientras se abalanzaba sobre mis labios y yo respondía candentemente a ellos.

Habíamos quedado a las diez en el despacho de Alex con Mijaíl. Estaba en cierto modo nerviosa, pero por otra parte sabía que ese infierno tendría fin de una vez.

—¡No puede ser verdad! —La exclamación de la voz profunda de Rashid nos atrajo a los dos. Estaba enfadado, había entrado sin que ninguno de los dos se percatara de ello e intuía que Erika no había podido mantener la boca cerrada si él prorrumplía de aquella manera. Lo sabía, Mijaíl sabía que nos habíamos casado.

—¿Qué no puede ser verdad? —contestó Alex pacientemente.

De hecho, me resultaba conmovedor la tranquilidad que mantenía cosa que yo no era capaz de hacer.

—¿Te has casado con él? —preguntó mirándome solo a mí, aunque le señaló a él con el dedo.

—Si —contesté cruzándome los brazos.

—¡Has condenado a mi País! —gritó llevándose las manos a la cabeza. Pude

ver el miedo en sus ojos y casi sentí lástima por él—. Esto supondrá la ruina, ¡Dios mío!, ¿Qué le voy a decir a mi familia? —exclamó desgarrado.

—No será así —respondí a modo de defensa.

—¿No?, ¿Es que no leíste las condiciones?, ¿Esa era la única opción!, ¿Acaso crees que yo lo deseaba?, ¿Qué yo lo quería? —exclamó—. ¡Te dije que te dejaría ser libre para hacer lo que quisieras!, ¡Y ahora ya no habrá solución! Mi familia me matará...

—No cambiará absolutamente nada. —Intervino Alex captando su atención.

Observé como marcaba por teléfono y a los cinco segundos pedía a alguien que viniera a su despacho.

—¿De qué hablas? —contestó con desprecio Mijaíl.

—Pasa Marco —dijo Alex cuando se escucharon unos golpes en el cristal de la puerta.

—Hola —contestó Marco sonriente.

—Marco es mi abogado —habló Alex mirando a Mijaíl—. Por favor, podrías explicar lo que me dijiste sobre el testamento que te dije que estudiaras, concretamente la parte que nos interesa.

—Si, por supuesto —contestó Marco cruzándose de brazos—. Las cláusulas son bastante vinculantes y un poco enrevesadas, pero pese a que la herencia es totalmente vinculante de tal forma que el heredero no puede renunciar, sí que existe la posibilidad de hacerlo en favor de su heredero, saltándose de esta forma una generación.

—Pero eso solo es posib...

—Si está casado formalmente antes de cumplir la mayoría de edad de forma

que puedan existir esos herederos.

En ese momento Mijaíl empezó a reír a carcajadas, haciendo que Alex y yo nos mirásemos algo extrañados.

—Creo que no he sido más feliz en toda mi vida —exclamó de pronto cuando consiguió recuperarse provocando que nos quedásemos aún más confusos.

—¿No estás... enfadado? —dije de pronto.

—¿Enfadado? —preguntó irónicamente—. ¡Me has concedido por fin la libertad! Tenía tan asumido que debía casarme contigo desde que supimos de tu existencia que casi había olvidado lo que significaba poder elegir libremente.

—Supongo que entonces dejarás a mi esposa en paz, ¿no? —exclamó Alex aún desconfiado.

—Puedes darlo por hecho, *primo* —exclamó Mijaíl aún sonriente y por sorpresa para ambos se abalanzó para abrazar a Alex que se quedó un tanto confundido sin saber qué hacer.

—Gracias —exclamó de pronto—. No os preocupéis por mi padre. Se lo explicaré de la mejor manera y supongo que si la voluntad del abuelo fue reparar el daño causado a tu madre, no se opondrá a que te hayas casado por voluntad propia. Él siempre quiso que te casaras conmigo porque quisieras hacerlo y no obligada. De ahí que me viera “obligado” a hacer cosas de las que no me siento orgulloso para conseguirlo.

—Espero que encuentres tu camino, Mijaíl y una mujer a la que sí logres amar —dije sonriente mientras me acercaba a Alex y él me rodeaba la cintura.

—No creo que exista tal mujer —sonrió de medio lado—. Espero que seáis muy felices, de verdad. Y en cuanto a la vinculación con los terrenos... puedes

contar con que el proyecto se realizará en otro lugar manteniendo las mismas condiciones.

—Me alegrará contar con eso entonces —respondió Alex algo sorprendido.

—¿No te parece que todo ha salido demasiado bien? —pregunté una vez que Mijaíl salió de aquel despacho bastante sonriente.

—Lo cierto es que estoy algo sorprendido. Venía preparado para todo menos para lo que ha ocurrido.

—Nunca creíste que se alegraría —afirmé.

—No. Pensaba que te quería para él y hoy me di cuenta de que solo era alguien que miraba por el bien de su país y de su gente. No puedo desprestigiar a alguien que actúa así solo por el bien de los demás.

—Tienes razón. —Asentí caminando hacia él y sentándome en su regazo—. Si soy sincera no puedo guardarle rencor a pesar de lo persistente y maniático que ha sido todo este tiempo. Creo que al final, hemos salido ganando todos.

—Te aseguro que yo desde luego sí —contestó Alex sonriendo.

—Estás sonriendo —Le confirmé.

—¿Sí? —contestó sorprendido.

—Es la segunda vez que lo haces hoy y no de esa forma habitual tuya que parece casi fingida —aseguré.

—Lo era... al menos casi siempre, pero lo cierto es que tú me haces sonreír de verdad, con ganas.

—Tal vez tu inconsciente esté despertando Alex —susurré en su oído.

—Y tal vez no solo mi inconsciente —respondió con esa voz cargada de deseo que ya era capaz de descifrar.

Con el asunto de la herencia y Mijaíl arreglado. Alex y yo habíamos comenzado a establecer cierta rutina ahora que al fin estábamos juntos y no solo eso... ¡Casados! El anillo que lucía en mi dedo que ahora sí era de mi tamaño lo confirmaba.

Tres días después de la boda fuimos a una joyería especializada a encargarnos nuestras alianzas, unas exclusivamente para nosotros. No las de mi abuelo y la madre de Alex, aunque decidimos guardarlas por el recuerdo que éstas nos traían esperando que Aurora no las echara en falta, a menos no hasta que se lo contáramos a la familia.

Habíamos elegido algo sencillo en oro blanco y lo cierto era que aún no me acostumbraba a llevarla siempre en mi dedo, quizá porque yo no era de llevar anillos o joyas.

Trasladé todas mis cosas al apartamento de Alex definitivamente y en su defecto, dejé el pequeño apartamento a Erika puesto que ella ahora ocupaba el puesto para el que era asignado. Alex y yo evitábamos salir juntos o al menos la misma hora por la mañana para esquivar a la posible prensa que estuviera siguiéndole por ser una figura pública. Lo habíamos decidido así hasta que habláramos con Andrew y Aurora, nuestros padres, para contarles la noticia. Aunque probablemente nadie sospechara nada porque yo era su sobrina y de hecho había vivido antes en ese apartamento, preferimos ser precavidos por si se empezaban a correr rumores. Una vez ellos lo supieran, el resto no nos importaba.

Acordamos que la mejor forma de hacerlo sería cuando estuviéramos todos reunidos en lugar de contarlo por separado y dentro de dos semanas celebraríamos Navidad por lo que habíamos organizado la primera cena en familia todos juntos después de varias navidades sin hacerlo. Iba a resultar bastante extraño estar todos juntos de nuevo, incluso papá traería a su novia

Laila a la que solo había visto dos veces... yo sinceramente estaba realmente nerviosa por cómo se tomaría la noticia.

La reacción de Aurora me preocupaba menos. Sabía que ella tendría una mentalidad mucho más abierta que mi padre y esperaba que el hecho de estar acompañado de Laila jugara a nuestro favor cuando se lo comunicáramos.

Erika y yo estábamos saliendo de la facultad bajando las escaleras con cuidado, ya que con el frío invierno había algo de hielo que podía provocar una caída. Casi habíamos llegado al último escalón cuando sentí un leve mareo que hizo que el pie no apoyara lo suficiente y resbalé. Sentí el golpe en la espalda de los escalones y grité de dolor al estamparme contra el frío suelo.

—¡Jasmine! —escuché los gritos de Erika.

—Tranquila, estoy bien. —dije aun quejándome.

—No, no estás bien —me recriminó—. Apuesto a que te has vuelto a marear y eso es porque no estás comiendo bien. Te tiene demasiado nerviosa la maldita cena de navidad y al final vas a enfermarte antes de que llegue el momento.

Erika tenía razón, había perdido el apetito últimamente, incluso me daban arcadas a veces si pensaba en comida y todo era por los nervios de esa maldita cena. Sabía que, aunque mi padre se negara en un principio, era su hija y tarde o temprano lo acabaría aceptando. Al menos era lo que Erika me había repetido infinidad de veces y lo que yo misma quería creer, porque lo innegable era que no aceptaría la noticia con los brazos abiertos, cualquiera creería que nos habíamos vuelto locos.

—Ahora mismo vamos a ir con tu doctora. Que te mande hacer unas analíticas para que todo este correcto.

—No es necesario Erika. Te prometo que voy a cuidarme.

—Mas te vale o se lo contaré a Alex. —Me regañó como si fuera mi madre.

Por eso quería tanto a Erika, siempre preocupándose por mí, incluso había dejado de hablarse con su padre por la “traición” a pesar de que todo había terminado bien y yo le insistiera que probablemente no lo hizo con mala fe. Pero Erika era así, seguía en sus trece y no daría su brazo a torcer fácilmente...

—Te prometo que lo haré —contesté arrastrando las palabras.

Pero pese a que me obligué a llevar una alimentación adecuada y no saltarme ninguna comida, aquellos malditos mareos persistieron y empecé a pensar que tal vez no se tratara solo de los nervios cuando la tableta de pastillas anticonceptivas que estaba tomando ese mes había terminado y lo que tenía que llegar definitivamente no llegó.

No esperé más de dos días para acudir a mi ginecóloga. Estaba segura de que no podía ser lo que en mi subconsciente me aterrorizaba pensar. ¡Estaba tomando precauciones maldita sea! Tenían que ser los nervios, tal como ocurrió la otra vez justo cuando viajé a Massachussets. Aun así, tenía que salir de dudas y esa misma tarde me cité con la doctora.

—Hola Jasmine, pasa y siéntate —dijo la Doctora Hacking nada más entrar por la puerta del consultorio.

Ella había sido quien había llevado mi seguimiento desde que había vuelto de Massachussets y me cambió las pastillas que estaba tomando por unas más fáciles de encontrar en Londres. No la había visto desde ese día hacía ahora varios meses.

—Hola doctora Hacking —contesté medio sonriente pero bastante nerviosa.

—Dime, ¿En qué puedo ayudarte? Por lo que veo en tu expediente, no deberías

tener un control de seguimiento hasta el mes que viene.

—Si, pero no podía esperar tanto tiempo —comencé a decir algo aturullada —. Hace dos días que terminé de tomar las pastillas correspondientes y yo soy como un reloj cuando me baja la regla, pero no me ha venido y no noto tampoco los síntomas premenstruales que se supone debería tener. Además, tengo mareos y puedo se podría decir que también náuseas y yo no sé si... — Mi voz comenzaba a ser algo asustadiza y perdió fuerza conforme hablaba.

—A ver, cálmate. —Comenzó a decirme con voz tranquila.

—No puedo calmarme —dije de pronto—. ¿Podría estar embarazada?, ¡No puedo estar embarazada! —grité exaltada.

—Imagino que has mantenido relaciones recientemente.

—Si —confirmé.

—¿Sufres algún tipo de estrés?, ¿Tal vez estés en periodo de exámenes?

—Bueno, aún no estoy en exámenes, pero podría decirse que si estoy algo estresada últimamente —contesté con más calma.

—A veces pueden ocurrir este tipo de cosas. No suele ser normal puesto que los anticonceptivos regulan el ciclo, pero en ocasiones puede afectar factores externos que hacen que tus hormonas trabajen de diferente forma. No obstante, te haré unos análisis para descartar la posibilidad.

—Está bien —dije algo más calmada.

—¿Has tomado debidamente todas las pastillas?

—Si... bueno, en realidad hubo dos días que no la tomé, pero por dos días no pasa nada, ¿no? —pregunté miedosa.

Y es que justo fue el día que el padre de Erika me confirmó lo del testamento y

no tuve la cabeza como para pensar en tomarla y cuando Alex vino a por mí de madrugada, simplemente lo había olvidado... pero después las había seguido tomando, supuse que no pasaría absolutamente nada al continuar el tratamiento.

—Por un día no suele pasar nada, dos puede haber cierta posibilidad, no voy a engañarte, ¿Mantuviste relaciones justo esos días?

—S...si —terminé confesando.

—Bueno, será mejor que no nos adelantemos a los acontecimientos. Te harás ahora mismo un análisis de sangre y orina para descartar cualquier posibilidad.

Hasta el último segundo mantuve la posibilidad de que todo se debía a los nervios, de que a pesar de todo no podía estar esperando un hijo de Alex. No podía hacerle a mi hijo pasar por lo que yo había tenido que pasar yo. No, simplemente no podía ser.

Pero cuando volví a sentarme en la silla del consultorio de la Doctora Hacking algo dentro de mí quiso que sí lo estuviera, que sí deseara tener una pequeña parte de Alex creciendo dentro de mí, por muy egoísta por mi parte que fuera aquel deseo.

—Estás embarazada Jasmine.

—No puede ser... —susurré como si en alguna parte de mi conciencia por haberlo deseado un instante se había hecho realidad y me sentí culpable.

—Imagino que no es lo que esperabas escuchar y tal vez esta situación no encaje en tus planes, eres muy joven aún y...

—No lo entiende es que yo no... no puedo... no... —Mi cerebro solo procesaba no por respuesta.

—Jasmine, estás embarazada de muy poco tiempo, apenas dos semanas probablemente porque casi con toda seguridad ha sido por la falta de tomar el anticonceptivo. Debo ser realista cuando digo que si has seguido tomando las pastillas puede haberse dado alguna malformación en el feto.

—¿Puede estar mal? —Inconscientemente me llevé una mano al vientre y me asusté. No quería haberle causado ningún daño, pero me sentía culpable si lo había hecho sin querer, ¿Cómo iba a pensar que ni siquiera...?, ¡Ay dios!

—No ha sido mucho tiempo, pero es algo que no se sabrá hasta más adelante cuando se hagan las oportunas pruebas. No obstante, dejarás de tomarlas, aunque aún no hayas tomado la decisión de interrumpir o no el embarazo.

—¿Interrumpirlo? —exclamé algo contrariada. Ni tan siquiera me había planteado esa posibilidad, no se había cruzado por mi mente.

—Es una posibilidad si realmente no deseas tener un hijo. Por ahora te voy a recetar todo lo que necesitarás tomar y puedes tomar la decisión siempre y cuando tengas en cuenta que no debes pasar de los tres meses de embarazo o la intervención sería peligrosa para ti también. Solo debo decirte que debes estar muy segura si decides hacerlo, no es una decisión fácil y tal vez debas consultarlo con el padre.

—Yo... está bien. Gracias por todo.

—Te daré cita la próxima semana para realizarte las pruebas pertinentes, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Volví caminando a casa. Necesitaba pensar mientras paseaba en los sentimientos enfrentados que inesperadamente no dejaba de tener al respecto.

Quería ese bebe, ¡Dios!, ¡Lo quería con todas mis fuerzas! Pero al mismo

tiempo sabía que no le podía hacer a esa criatura inocente aquello. Me terminaría odiando cuando el destino le pusiera enfrente aquella maldita herencia tal y como me había puesto a mí. No podía hacerle eso a mi propio hijo, simplemente no podía.

Llegué a casa y dejé los medicamentos sobre la mesa auxiliar del salón mientras me sentaba en el sofá. Me quité los zapatos para acurrucarme encogida mientras me abrazaba las piernas y comenzaba a llorar lentamente pensando en lo duro que iba a ser renunciar a ese bebé.

Escuché las puertas del ascensor abrirse y traté de secarme las lágrimas con el puño de la camisa, pero era un sin sentido porque no cesaban en su empeño de salir de mis ojos.

—¡Ey pequeña! —Escuché como se acercaba Alex y en dos segundos le tenía frente a mí con cara preocupada—. ¿Qué ocurre?, ¿Por qué estás así?

Alex sabía que la cena de Navidad me tenía nerviosa, más alterada de lo normal y aunque él parecía algo más tranquilo que yo, podía notar que también le preocupaba la reacción de mi padre.

—Todo saldrá bien pequeña flor. Verás que no será tan malo como piensas, Andrew puede que no lo tome bien en un principio, pero lo aceptará.

—No estoy así por eso Alex —sollocé abrazándome a él y llorando con más fuerza.

—Entonces ¿qué ocurre?, ¿Ha pasado algo? Me estás asustando.

—Estoy embarazada —gemí cerrando los ojos y derramando de nuevo dos lágrimas.

—Pero... estabas cuidándote, ¿no?

—Si, pero con la boda, la herencia... no la tomé dos días y ha sido suficiente

para que pase —dije mirándole directamente a los ojos asustada.

—¿Estas segura?

—Si, completamente —afirmé—. Vengo de la consulta con mi ginecóloga y de hacerme todas las pruebas.

Escuché a Alex suspirar y se sentó a mi lado mientras me atraía hacia él y yo en consecuencia me recostaba en su cuerpo.

—¿Qué vamos a hacer Alex? —pregunté con la cabeza apoyada en su pecho sin separarme ni un solo milímetro de él—. Yo... lo quiero Alex, quiero tenerlo —susurré.

Alex me miró en ese momento fijamente y vi como cambiaba su expresión.

—Entonces no hay más que decir —confirmó seguro de sus palabras.

—¿Cómo? —pregunté por inercia.

No esperaba que dijera algo así. No estaba segura de si había interpretado lo que creo que había querido decir con esa frase.

—Si tú lo quieres, yo también —contestó rápidamente—. Me había negado la idea por toda la situación de la herencia, pero... estoy seguro de que encontraremos la solución a su debido tiempo.

—Nos odiará por lo que le haremos Alex —gemí.

—¿Tu odiaste en algún momento a tu madre? —preguntó acariciándome el rostro con sus dedos

—Por supuesto que no. Ella no tuvo la culpa de nada —confirmé segura. Jamás se me había planteado por la cabeza culpar a mi madre de aquello, ¿Qué culpa habría tenido si hasta tuvo que huir de su propia familia y raíces para enfrentarse a lo desconocido?

—Aunque te prometo que encontraré una solución, nuestro pequeño lo entenderá y nos aseguraremos de que tenga la opción de elegir también.

—¿Nuestro pequeño? —sonreí inclinándome sobre Alex para robarle un beso.

La mano de Alex se coló por debajo de mi camisa y comenzó a acariciarme el vientre de forma suave.

—Nuestro... tuyo y mío —susurró mientras una sonrisa se formaba en su rostro y yo me acercaba lentamente para abrazarle.

Solo faltaba que mi padre aceptara nuestra relación para completar mi felicidad, mi auténtica y plena felicidad.

El pavo estaba en el horno. La quiché de verdura lista, todos los entremeses preparados y la mesa especialmente provista de adornos navideños. Eran las cuatro y todos los invitados que se reducían a la madre de Alex, mi padre y Laila su novia, comenzarían llegar sobre las cinco, así que ahora debía prepararme para la cena o se me haría demasiado tarde.

El día anterior a Navidad, Alex y yo habíamos estado en el consultorio de la doctora Hacking y parecía que todo estaba bien, aunque hasta que mi embarazo no alcanzara los tres meses no me podrían hacer las pruebas pertinentes para saber si nuestro pequeño corría o no peligro alguno, rezaría cada uno de mis días y suplicaría que estuviera bien, se había convertido en lo que más amaba después de Alex.

Cuando entré en la habitación le encontré colocándose la camisa, ya se había duchado y me deleité con ese cuerpo bien definido que dios y el ejercicio le habían otorgado.

—Umm, ¡Qué bien hueles esposa mía! —exclamó mientras se acercaba a mí y me interceptaba en el camino cuando traté de correr deprisa hacia el baño

entre risas.

—¡Alex! —gemí cuando me agarró de la cintura—, ¡Ni siquiera me he duchado aún! —contesté algo divertida pese a los nervios que se me acumulaban. Había llegado el día y ya no íbamos a retrasarlo más. En unas horas se lo diríamos y mis nervios estaban a flor de piel.

—Tú estas preciosa de cualquier forma, no hace falta que te arregles, ni que te duches. —Sus palabras me conmovieron así que le di un fugaz beso y después me escapé para encerrarme en el baño.

—¡Gracias! —grité—. ¡Pero aun así debo estar presentable! —grité al otro lado de la puerta.

—Ya te tendré para mí esta noche —escuché su respuesta mientras me miraba al espejo y respiraba profundamente.

Cada día era más consciente de que Alex se comportaba de una forma cercana y pasional conmigo, aunque aún no habían salido palabras de amor de sus labios, me convencía a mí misma de que solo era cuestión de tiempo que lo hiciera por sus actos.

Me puse un vestido negro holgado de manga larga con un escote algo discreto. Aún no se me notaba absolutamente nada el embarazo, pero inconscientemente elegí ese vestido por si acaso alguna mirada indiscreta hacía que se lo cuestionara.

Cuando bajé las escaleras ya habían llegado todos y sonreí mientras me acercaba a ellos.

—¡Querida! —exclamó Aurora que fue la primera en verme—. ¡No sabía que te habías vuelto a mudar al apartamento de Alex! Me alegra saber que al menos habla con alguien —contestó algo divertida y mordaz como si le

recriminara a Alex lo poco que hablaba con su madre.

—Si —dije algo cohibida—. Volví hace poco —confesé.

—Yo tampoco lo sabía, Aurora —dijo mi padre para quitarle hierro al asunto—. Pero me alegra que así sea porque siento que mi pequeña está mejor cuidada si mi hermano está cerca.

Sonreí nerviosa mientras me acerqué y abracé a mi padre —esperaba que pensara lo mismo cuando le soltara la bomba—, acto seguido le di dos besos a Laila agradeciendo que hubiera venido.

—¿Por qué no nos sentamos? —interrumpió Alex mientras comenzaba a descorchar la botella de vino y yo me fui a la cocina para apagar el horno mientras apoyaba las manos en la encimera y respiraba profundamente.

«Tranquila Jasmine. Todo saldrá bien» me auto convencí.

La cena comenzó de forma alegre. Aurora relató algunas de las experiencias de sus últimos viajes. Le contamos la procedencia árabe que al parecer llevaba en mis venas y el secreto oculto de mi madre provocando la increíble curiosidad de la madre de Alex por la cultura musulmana. Papá me contó que Laila y él se habían ido a vivir juntos por lo que aquello me hizo pensar que su relación parecía ir bastante en serio, me alegré por ellos.

—Bueno, hay algo que me gustaría decirnos —dijo Alex justo cuando ya habíamos terminado la cena y solo faltaba el postre.

Observé como todos le miraban y las palmas de mis manos comenzaron a sudar, así que traté de secarlas con la tela de la falda del vestido. Sabía lo que iba a decir y de algún modo quería que ese momento pasara rápido, había pensado infinidad de veces en los días previos a esa cena cuáles serían sus reacciones y solo conseguía tener un nudo en la garganta incesante.

—Me he casado —dijo ante el silencio que todos mantenían expectantes para escuchar lo que tenía que decir.

—¿Qué te has casado?, ¿Cómo que te has casado? —exclamó Aurora estupefacta con cara de incredulidad—. ¡No me digas que te has casado con Anna porque me levanto ahora mismo y me voy sin volver a dirigirte la palabra jamás! —le gritó.

—No me he casado con Anna, madre —aseguró Alex.

—¿Pero cuando?, ¿Con quién?, ¿Por qué no está ella en la cena? —empezó a preguntar Aurora como si estuviera ávida por respuestas.

—Ella está aquí madre —respondió mientras sentí como Alex me miró en ese momento e inconscientemente le miré también a él, entrelazó su mano con la mía bajo la mesa y la subió para que todos pudieran verlo. Acto seguido y delante de todos se llevó mi mano a sus labios para dar un beso en el dorso sin perder en ningún momento el contacto.

—No puede ser... —susurró mi padre o más bien, gimió incrédulo.

Le miré en ese momento y por su rostro supe que no sabía encajar la noticia, hasta ahí todo normal.

—¿Esto es algún tipo de broma? —exclamó Aurora.

—No madre. Jasmine y yo estamos juntos —aseguró.

—¡Ay dios mío! —exclamó mientras cogía la servilleta de tela para hacerse aire o más bien, aspavientos con ella.

—¡Esto no puede ser!, ¡Es inconcebible! —empezó a gritar mi padre mientras se levantaba de la mesa y nos daba la espalda.

—Papá —susurré.

—¡No! —gritó—. ¡No me llames papá!, ¿Es que no os dais cuenta de que no es... no es... ¡Que es tu tío, por dios!

—Jasmine y yo no tenemos ningún lazo sanguíneo Andrew —respondió Alex alzándose también.

—Confiaba en ti... —le dijo mirándolo directamente a los ojos—. Yo... no puedo con esto —dijo mientras le veía mover las manos y mirando al suelo justo antes de salir apresuradamente hacia la puerta de entrada.

—Iré con él —exclamó de pronto Laila que había quedado como espectadora todo este tiempo y suponía que atónita ante la situación.

—No, iré yo —respondió Alex—. Tiene que escucharme.

POV

Alessandro D'Angelo

—¡Andrew espera! —grité en cuanto llegué a la acera de la calle. No había nadie puesto que todo el mundo estaría cenando en sus casas por lo que era bastante fácil dar con él en aquellas aceras desiertas.

No me hizo caso y siguió caminando así que corrí hasta él y me coloqué de frente para impedir que avanzara.

—Andrew, sé que la noticia puede ser algo difícil de aceptar.

—¿Algo difícil? —exclamó airado—. ¡Es mi hija Alex! —gritó—. ¡Y tu mi hermano pequeño!

—Lo sé, pero...

—¡No hay peros que valgan Alessandro! —gritó—. ¡Es tu sobrina!, ¡Se supone que deberías quererla como tal y no como...

—La quiero —confesé sin pensarlo.

Ni tan siquiera fui consciente de como las palabras salieron sin más de mi garganta, pero no había duda alguna, quería a mi pequeña flor, ¡Por supuesto que la quería! Si ni tan siquiera podía pensar en la posibilidad de vivir sin ella

—¡Pero no como se supone que deberías hacerlo!

—¿No lo entiendes? —exclamé contrariado por mi revelación—. Es la única mujer que he amado en mi vida, ¡La única Andrew! Y pensé que jamás podría sentir lo que ella es capaz de hacer que sienta por ella.

En ese momento mi hermano me miró confundido, como si no entendiera lo que acababa de revelar.

—Hace varios años tuve un accidente. —Comencé a contarle los detalles que englobaban todo aquello—. Pensé que jamás podría volver a sentir nada, me había resignado. Simplemente me había negado la posibilidad... hasta que ella llegó y lo cambió todo.

—Eso no cambia el hecho de que sea mi hija, Alessandro.

—Sabes mejor que nadie que la protegería con mi vida y me aseguraré de hacerla feliz, ella es todo cuanto deseo Andrew, ella lo es todo para mí.

Observé como bajaba la cabeza y se apoyaba en la pared del edificio que había a su derecha.

—Lo sé. Y en el fondo sé que ella te ha querido siempre, era incapaz de ocultarlo, aunque se empeñara en hacerlo, pero siempre creí que solo sería fascinación y que tú jamás... ¡Dios!, ¡Esto es una locura!

—Jasmine te necesita Andrew, ella necesita a su padre y yo necesito a mi hermano. No digo que sea fácil, ni que lo aceptes de un día para otro, pero nosotros somos felices juntos, tal vez puedas alegrarte por ello.

—Supongo que no tengo más elección que la de aceptarlo —terminó confesando a su pesar.

Sonreí mientras le echaba el brazo por su hombro y emprendíamos el camino de vuelta al apartamento.

—Piensa que todo quedará en la familia —contesté con un punto de diversión.

—Hace tiempo que no te veía sonreír tanto, ni hacer ese tipo de comentarios. Es como si el viejo Alex hubiera vuelto —confesó.

—Dale las gracias a tu hija. No sé cómo lo ha hecho, pero me ha devuelto a la vida —respondí alegre.

En ese momento vi como mi hermano sonreía y sabía que, en el fondo, acabaría aceptando de buen agrado nuestra unión.

Entramos de nuevo y vi que mi pequeña flor estaba sentada en el sofá mientras mi madre le soplabla aire en la cara y Laila le traía un vaso de agua. En ese momento temí lo peor y me acerqué a ella en dos zancadas.

—¿Estás bien? —pregunté rodeándole la cintura.

No me importaba que todos me vieran. No pensaba negar absolutamente nada lo que por propia voluntad y sin entender de donde nacía ese sentimiento, expresaba con aquellos gestos.

—Tranquilo, solo se ha mareado cuando se ha levantado rápidamente de la mesa —confesó mi madre al ver mi cara que evidentemente.

—¡Ey! Tu padre ha vuelto pequeña flor. —Le susurré mientras Jasmine se giraba y observaba a Andrew allí de pie expectante.

—Papá —contestó sonriente.

—No puedo decir que me haya entusiasmado la noticia, aunque me costará un

tiempo hacerme a la idea —confirmó Andrew para todos, pero miraba a su hija en ese momento.

Vi como Jasmine saltaba del sofá y se abalanzaba sobre su padre abrazándolo.

—Con cuidado —la reprendí cariñosamente.

—¡Por dios Alessandro! Ni que estuviera... —escuché decir a mi madre que en ese momento se quedó sin habla y me miró fijamente llevándose una mano a la boca.

—Lo está —contesté sonriendo sin poder evitarlo y sabiendo perfectamente a lo que se estaba refiriendo mi madre.

—¿Está qué? —exclamó Andrew confundido.

—¡Que vamos a ser abuelos! —gritó mi madre enloquecida mientras se abalanzaba sobre mí cogiéndome por sorpresa.

Aunque la noticia era inesperada y Andrew no estaba tan emocionado como lo estaba mi madre, debía reconocer que la cena había salido bastante bien para lo que esperaba de ella. Incluso había aceptado que Andrew estaría meses sin hablarnos y podría llegar incluso a golpearme cuando le diera la noticia, tal vez, porque probablemente yo me lo habría hecho a mí mismo de estar en su lugar, aunque lo que me había preocupado realmente era como podría llevar Jasmine la situación, pero afortunadamente mi hermano parecía haber encajado relativamente la noticia, no sabía si en parte por mi confesión o porque quería vernos felices a ambos, fuera como fuese, me alegraba por ello. ¡Me alegraba! Sin duda alguna era todo tan nuevo... y todo se lo debía a una única mujer, a mi mujer... a mi pequeña flor, la más bella y hermosa de todas.

Acompañé a mi madre hasta la puerta que tras despedirse de todos una vez terminada la cena, había anunciado que se marchaba a casa.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —volví a insistir porque sabía que coger un taxi a esas horas iba a ser algo complicado.

—No insistas Alessandro —contestó taciturna—. He dicho que no —contestó colocándose el abrigo mientras esperaba que llegara el ascensor.

—Está bien, no insistiré más —respondí sonriente.

—Alex, ¿Me equivoco al pensar que algo ha cambiado en ti?, ¿Qué sientes algo por ella? —me preguntó con los ojos brillantes.

—No te equivocas madre —contesté sin rodeos—. La quiero —susurré—. Ella me ha devuelto la felicidad a mi vida, ella ha cambiado todo.

—¡Oh, Alessandro! —exclamó con los ojos vidriosos—. Creo que no podría haber recibido un mejor regalo de navidad hijo mío —contestó abrazándome—. Y encima voy a ser abuela —gimió riéndose—. Aun tengo que hacerme a la idea —confesó sin perder la sonrisa mientras se adentraba en el ascensor sonriente y pulsaba el botón de bajada.

—Tienes poco más de ocho meses para hacerlo —sonreí mientras la veía perderse tras las puertas del ascensor.

Me alegraba que por fin estuviera contenta, era consciente de que se había preocupado demasiado todos esos años y yo la había esquivado constantemente para no tener que enfrentarme a sus sermones, pero ahora la podría ver radiante de nuevo y sin esa preocupación que siempre la rodeaba cuando venía a visitarme.

Andrew y Laila no tardaron en irse al hotel donde se alojaban y me quede de nuevo a solas con mi mujer. Aun no me acostumbraba llamar “mi mujer” a mi pequeña flor... aunque para mí siempre sería mi pequeña y bella flor, pero desde que Marco había sugerido matrimonio como solución al problema de la

herencia, aquel sentimiento de posesión se había instalado en lo más profundo de mi ser y en ningún momento dudé de que quería que ella fuera mía en todos los sentidos. No solo lo quería, lo deseaba con todas mis fuerzas.

—No ha ido tan mal después de todo, ¿no? —pregunté caminando hacia ella.

—No —dijo sonriente mientras se abalanzaba sobre mí y la cogía en el aire en el momento que saltaba hacia mis brazos.

—Ahora podremos ser libres para gritar que estamos casados —dijo sonriente.

—¿Quieres gritarlo? —pregunté divertido.

—¡Si! —exclamó provocando que me riera—. ¡Tengo ganas de gritarlo para que todo el mundo se entere de que estamos juntos!, ¡De que eres solo mío!

—Está bien —Le contesté.

—¿Te parece bien? —contestó mirándome fijamente.

—Si. Quiero que todo el mundo se entere de cuánto quiero a mi esposa.

—¿Cómo? —La escuché decir expectante y sabía perfectamente cuál era la razón.

No le había dicho que la quería porque realmente no lo creía así y por algún motivo no quería decir algo que realmente no creía que sintiera, al menos hasta ahora, cuando realmente me había dado cuenta de mis sentimientos hacia ella.

—Te quiero —dije sin titubear—. He comprendido que todo lo que me haces sentir, que todo lo que provocas en mí no puede ser otra cosa más que eso, que te quiero mi pequeña flor. Te quiero con locura y desesperación.

—Alex —susurró mientras me abrazaba y juraría que la escuché sollozar—

No puedo ser más feliz —confesó mientras se separaba y pronto sentí como sus labios se unían a los míos—. No quiero separarme jamás de ti, te quiero demasiado y no podría soportarlo.

—No voy a separarme de ti jamás mi pequeña flor. Tú me has devuelto la felicidad y aún no se ni cómo lo has hecho, pero sea como sea voy a disfrutar de cada instante a tu lado —confesé besándola con desesperación.

—Te quiero desde que tengo uso de razón Alex. Jamás he amado a nadie como te amo a ti, siempre supe que serías tú, nunca tuve la menor duda de que no existía otro hombre para mí que no fueras tu —susurró mientras sus labios rozaban los míos.

—Creo que en el fondo lo supe —confesé—. Y siempre supe que lo que sentía por ti no podía ser solo un sentimiento fraternal, que era mucho más fuerte que eso, aunque no lo supe definir hasta que te vi realmente, hasta que provocaste ese deseo inaudito en mí y revelaste todos esos sentimientos que me había negado a mí mismo.

—¿Me querías? —preguntó extrañada.

—Siempre te quise, siempre fuiste mi pequeña flor. Mi pequeña, bella y hermosa flor de ojos increíblemente verdes y sentía un cariño muy especial por ti. Tras el accidente pensé que jamás podría volver a sentir nada y en el fondo, culpé al golpe y a la alexitimia de que no podría sentir, aunque en verdad... nunca fue así, solo quise esconder esos sentimientos porque como bien dijiste me sentía culpable. Tu has ahondado en mi, has conseguido que quiera volver a vivir de nuevo, a sentir y a desear amar como nunca.

—¡Dios mío Alex! —gritó emocionada.

—Te amo Jasmine —confesé—. Y si tú quieres, cuando hagamos público que estamos juntos, celebraremos la ceremonia que realmente mereces.

—Alex, yo no necesito una gran boda. Me basta y me sobra saber que me quieres para ser completamente feliz.

—Entonces prometo decirte y demostrarte cada uno de mis días cuanto te amo, mi dulce, bella y hermosa pequeña flor.

Epílogo

Ocho meses después.

Estaba en la recta final de mi embarazo, afortunadamente todo había salido bien y nuestro pequeño, porque iba a ser un niño según las ecografías que me había realizado en varias ocasiones, así lo atestiguaban. Sería un niño sano y fuerte como su padre que estaba a punto de nacer, me moría de ganas por tenerlo entre mis brazos después de todos aquellos largos meses.

Me encontraba sentada en el sofá de casa aquella mañana mientras Alex había ido a la oficina. Lo cierto es que últimamente se traía casi todo el trabajo a casa para no dejarme sola, pero que aquello era demasiado importante al tratarse de unas reuniones con la junta directiva y no había podido evitar ausentarse durante unas horas. Mientras tanto yo estaba leyendo uno de los tantos libros sobre maternidad que había adquirido para tomar consciencia de lo que me esperaba. No tenía ni idea sobre bebés o niños, tampoco es que tuviera una referencia materna para poder preguntar, aunque la madre de Alex me ayudaba en lo que buenamente podía puesto que ella lo tuvo incluso más joven aún que yo y por ende, más inexperta.

Quería ser una buena madre, Alex y yo ya habíamos preparado todo para recibir a nuestro pequeño Alexander que así sería como se llamaría mi pequeñín y lo cierto es que tanto Aurora como mi padre esperaban cada vez con más anhelo el nacimiento de su nieto.

A pesar de que le costó un tiempo asimilar la noticia, mi padre terminó por aceptarlo de buen agrado. No sé si Laila tuvo algo que ver en ello —si era así lo agradecía—, o que entendió finalmente que no habría nadie mejor que Alex para tener como yerno. Aquello era un tanto insólito, puesto que ahora, además de su hermano, era su yerno, al igual que su nieto que sería al mismo tiempo su sobrino.

Cuando decidimos hacer pública nuestra relación, tuvimos que soportar varias semanas a la prensa instalada en la puerta y como se cebaban con nosotros en las revistas o periódicos porque se filtró nuestro parentesco familiar. Tuvimos que acceder a la realización de un reportaje donde explicábamos que entre nosotros no habían lazos de sangre pese a la confusión inicial y que desde luego, nuestra relación no era incestuosa. Incluso en el transcurso de todo ese caos se llegó a filtrar que había mantenido una relación con Mijaíl Rashid y que iba a casarme con él, pero anulé el compromiso al casarme con Alex. El propio Mijaíl salió en la prensa desmintiendo la noticia y nos deseó toda la felicidad posible para nuestro matrimonio y el futuro pequeño que estaba en camino, lo cierto es que nos sorprendió a ambos su colaboración.

Por suerte nacería Alexander nacería en agosto, esperaba no perder mi cuarto año de Universidad. Aunque aún no sabía si después sería capaz de dejarlo un minuto a solas siquiera, pero Alex me había prometido intervenir con el profesorado para que me facilitaran las cosas y así poder faltar bastante a clase. Esperaba que así fuera porque quería terminar la carrera ya que siempre había sido mi sueño y aunque siempre podría posponerlo, no era mi deseo, en

el fondo creía que podía ser compatible ser madre y estudiar al mismo tiempo.

En ese momento llamaron al timbre y me levanté a mi ritmo puesto que con mi enorme barriga no es que me pudiera mover con gran facilidad como antes, de hecho, andaba casi como un pato mareado y no digamos de la pérdida de mi estrecha cintura. Ni tan siquiera sabía como había sido capaz de ensancharse tanto, aunque disfrutaba enormemente de sentirlo allí dentro, dando sus pequeñas pataditas y en constante movimiento.

Por la pantalla del portero vi el rostro de Erika y sonreí. Le abrí sin siquiera hablar por el interfono, mi pelirroja favorita solía visitarme con bastante frecuencia y más aún ahora que se acercaba el momento del parto porque no quería perderse.

Las puertas del ascensor se abrieron y vi la silueta de Erika acercarse con ese cabello rojo indiscutible ondeándose conforme avanzaba rápidamente hacia mí, que había regresado de nuevo al confort de aquel mullido sofá.

—¡Me va a dar algo! —gritó exasperada.

—Tranquila —dije con calma—. ¿Qué ocurre? —añadí al ver a Erika correr hacia mí con el rostro compungido.

—Lo siento... es que...es que... ¡Oh dios mío Jas! —exclamó con los ojos llorosos—. ¡No sé qué voy a hacer!

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunté ahora preocupada

—Que... ¡Ay dios mío es que no lo puedo creer! —gimió—. ¿Cómo me puede haber pasado esto a mí?

—Me estás asustando —exclamé acongojada

—¡Que estoy embarazada! —susurró casi en un suspiro—. ¡Yo! —gritó mientras se alzaba y se llevaba las manos a la cabeza.

—¿He escuchado bien? —pregunté con reiteración.

—¡Sí! —exclamó—. No sé cómo ha podido pasar... bueno sí que lo sé, pero... ¡Dios mío!, ¿Qué voy a hacer?

—Cálmate y siéntate un momento—le dije mientras trataba de serenarla y vi como volvía de nuevo a sentarse a mi lado—. ¿Estás completamente segura de ello? —pregunté para salir de dudas.

—Claro que estoy segura, de lo contrario no lo afirmaría. Tenía sospechas desde hace varios días, pero no quería creérmelo y justo ahora vengo de hacerme los análisis del hospital, ¿Por qué crees que estoy así? —contestó casi temblando.

Nunca había visto a Erika tan nerviosa, pero no era para menos con una noticia así, yo misma estaba en estado de shock cuando lo supe hace casi nueve meses atrás y tardé un buen rato en reaccionar.

—Erika... —comencé a decir con tacto.

—¿Sí? —contestó algo aturdida.

—¿Sabes quién es el padre? —pregunté conociendo de sobra la vida íntima de mi amiga en los últimos meses.

—Yo...

—¡Ay! —grité con desesperación en ese momento al sentir un dolor agudo atravesarme.

—¡Jasmine!, ¿Estás bien? —escuché decir a Erika de fondo mientras el dolor me abrumaba y noté la presión de pronto.

—¡No! —grité—. ¡Duele mucho! —volví a gritar.

—¡Mierda! —exclamó—. Quiero decir vale... está bien... voy a llamar a una

ambulancia.

—¡Llama a Alex! —grité en el momento que la vi alejarse nerviosa y yo me intentaba incorporar a pesar del dolor que parecía remitir muy lentamente.

En ese momento noté la humedad entre mis piernas ¡Acababa de romper aguas!

—¡Erikaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —grité de pronto.

—¿Qué?, ¿Qué pasa?

—¡Dile que ya viene! —dije justo antes de sentir otra contracción atravesarme.

—¡Joder!, ¡Joder!, ¡Joder! —escuchaba a Erika de fondo mientras yo intentaba respirar profundamente como supuestamente me habían enseñado en las clases parto.

La ambulancia no tardó en llegar y Erika afirmó que Alex iba camino del hospital, cualquiera diría que mi pelirroja estaba más aturdida que yo y eso que a la que le dolía era a mí.

—¿Te duele mucho? —gimió a mi lado justo cuando me recuperaba de una contracción, pero me preparaba mentalmente para la otra.

—Es soportable —mentí.

Si le decía la verdad probablemente la asustaría y ella acababa de saber que estaba esperando un hijo como para abrumarla.

Tras dos horas de sufrimiento y una espera dolorosa, mi pequeño Alexander de tres kilos y doscientos gramos nació. Era la cosa más bonita que había visto en mi vida y el sentimiento de amar a ese ser tan pequeño que acababa de conocer fue tal, que no supe ni como sentirme.

—Has estado increíble —susurró Alex a mi oído mientras tenía a nuestro

pequeño en mi pecho acurrucado, recibiendo el calor de mi piel y en permanente contacto conmigo mientras ambos —Alex y yo— no podíamos dejar de observarlo.

—Tú también has estado increíble —respondí volviendo mi mirada para ver sus increíbles ojos azules.

No me había dejado sola ni un solo segundo, apoyándome en cada momento, incitándome para no darme por vencida y ayudándome a sobrellevar aquel dolor.

—Sentí impotencia por no poder sufrir por ti ese dolor, pero me has dado el mayor regalo del mundo pequeña flor, soy tan feliz que creo que todo es un sueño del que no deseo despertar.

—A veces yo también lo creo. He pasado tanto tiempo soñando con este momento, con ser la madre de tus hijos, con que me amaras, con disfrutar cada uno de mis días a tu lado viéndote despertar que ahora no me creo que yo todo se haya convertido en realidad.

—Sea un sueño o no, lo único que sé es cuánto te amo Jasmine y ahora con nuestro pequeño Alexander, somos una verdadera familia —dijo sonriente.

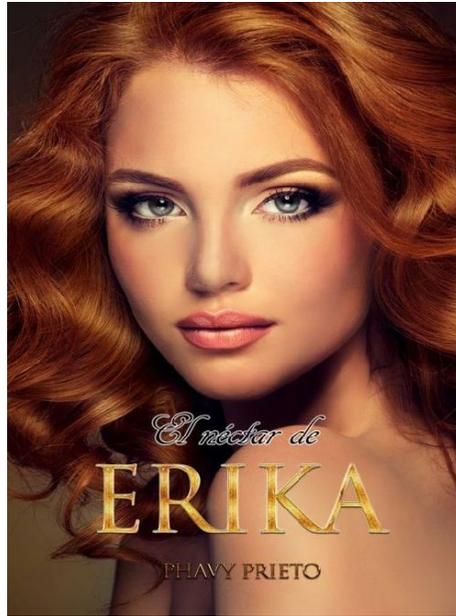
—Nunca me cansaré de escucharte decir que me amas —susurré.

—Te amo... —susurró dándome un beso en la frente—. Te amo... —volvió a susurrar esta vez dándome otro en la punta de la nariz—. Te amo... —susurró de nuevo cerca de mis labios—. Tú eres mi elixir Jasmine —dijo justo antes de posar sus labios sobre los míos sellando nuestro amor para siempre.

Fin

Continúa leyendo...

EL NÉCTAR DE ERIKA



Un Abogado, una pelirroja y un príncipe no pueden parecer la combinación perfecta...

¿O tal vez sí?

Erika se debate entre su pasado y su presente para elegir su futuro. Solo hay un pequeño problema, no puede elegir... Un amor entre dos hombres, donde uno es el pecado en su esencia y el otro la seducción en presencia.

PROLOGO

Llegué a la casa de Jasmine acongojada. Aquello no me podía estar pasando a mí, debía ser un sueño, un error, una pesadilla, ¡Dios santo!, ¡Era una catástrofe! Estaba asustada. Lo confieso.

«Estoy completamente aterrada»

Llamé al interfono del ático donde vivía Jasmine con Alex, hacía tiempo que se habían mudado y además, estaba completamente segura de que ella se encontraría en casa porque le quedaba poco para dar a luz y necesitaba desahogarme con alguien o iba a explotar.

Había tenido sospechas desde hacía varios días, ¡Que leches!, ¡Tres semanas! Y aun así por puro pánico había esperado más de lo normal hasta que ya había sido inevitable... debía salir de dudas.

Escuché el sonido de la puerta abrirse y entré corriendo. El conserje que ya me conocía de sobra por acudir frecuentemente a visitar a mi amiga sonrió y metió la llave en el ascensor del piso correspondiente al de Jasmine para que apareciera directamente en su casa.

—¡Me va a dar algo! —grité exasperada.

—Tranquila —contestó con calma Jasmine—. ¿Qué ocurre? —añadió al verme acercarme a ella con el rostro compungido por la desesperación.

—Lo siento... es que...es que... ¡Oh dios mío Jas! —exclamé con los ojos llorosos—. ¡No sé qué voy a hacer!

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó ahora preocupada por lo que se podía apreciar en su voz.

—Que... ¡Ay dios mío es que no lo puedo creer! —gemí—. ¿Cómo me puede haber pasado esto a mí?

—Me estás asustando —exclamó acongojada.

—¡Que estoy embarazada! —susurre casi en un suspiro—. ¡Yo! —grité mientras me alzaba y me llevaba las manos a la cabeza.

—¿He escuchado bien? —preguntó con reiteración.

—¡Sí! —exclamé—. No sé cómo ha podido pasar... bueno sí que lo sé, pero... ¡Dios mío!, ¿Qué voy a hacer?

—Cálmate y siéntate un momento—me dijo mientras volvía de nuevo a sentarme a su lado—. ¿Estás completamente segura de ello? —me preguntó para salir de dudas.

—Claro que estoy segura, de lo contrario no lo afirmarí. Tenía sospechas desde hace varios días, pero no quería creérmelo y justo ahora vengo de hacerme los análisis del hospital, ¿Por qué crees que estoy así? —contesté casi temblando.

No me lo podía creer... estaba en shock, eso no me estaba ocurriendo a mi.
¡No a mí!

—Erika... —escuché a Jas mientras me sacaba de mis cavilaciones.

—¿Sí? —contesté algo aturdida.

—¿Sabes quién es el padre? —me preguntó y conociendo de sobra mi vida íntima en los últimos meses no me extrañó su pregunta, aunque jamás había entrado en detalles con ella si soy sincera.

—Yo...

—¡Ay! —la oí gritar justo cuando iba a responder y llevarse una mano al vientre

—¡Jasmine!, ¿Estás bien? —pregunté preocupada porque vi el dolor reflejado en su rostro.

—¡No! —gritó—. ¡Duele mucho! —volvió a gritar.

—¡Mierda! —exclame—. Quiero decir vale... está bien... voy a llamar a una ambulancia.

—¡Llama a Alex! —la escuché decir en el momento que me alejé completamente temblando para pedir ayuda.

Capítulo 1

Nueve meses atrás

Desde pequeña me gustaba observar los edificios altos, era como si representaran un desafío a la gravedad, erguidos en todo su esplendor y de tal magnitud que muchos de ellos parecían rozar el cielo. Al menos era la sensación que tenía cuando los observaba siendo una niña, quizá debía a eso mi interés por la arquitectura, esa pasión que mi padre en algunos momentos había tratado de eliminar de mi cabeza al pretender que siguiera sus pasos y me convirtiera en una gran abogada como él.

No se si fue en parte por mi rebeldía, quizás por mi afán de superación en demostrarle que podría ser una gran arquitecta o simplemente por hacer algo que realmente me gustara, fuera como fuera, no seguí sus pasos muy a su pesar, aunque él era quien pagaba mis estudios y en el fondo suponía que pretendía lo mejor para mí.

Ahora me encontraba en mi mejor momento, cursando tercero de arquitectura, y realizando prácticas en el mejor estudio de la ciudad con la mejor referencia posible; Alessandro D'Angelo. Aunque esto último se lo debía íntegramente a mi mejor amiga Jasmine, que después de todo había sido la artífice de que yo estuviera allí y en gran parte porque ella que ocupaba antes mi lugar se encontraba ahora al lado del “jefe”, es decir Alessandro.

Creo que en mi vida había estado más feliz, porque llevaba años soñando con entrar a trabajar en ese estudio de arquitectura y ahora era como ver cumplido mi sueño, pero como todo sueño, siempre tiene que haber algo que “amargue” tanta felicidad y en mi caso tenía rostro y nombre: Marco Olsen.

Hacía años que no lo había vuelto a ver, exactamente en el mismo instante en que igual que entró en mi vida, desapareció, se largó, se esfumó y por consecuencia; me destrozó por completo el corazón.

Por aquel entonces yo era solamente una cría, una estúpida enamoradiza que se quedó prendada de esos ojos, esa mirada... ¡Y esa maldita labia!

¡Qué estúpida fui!, ¿En qué mundo iba a pensar que un hombre de veintitantos años se iba a fijar en una cría de dieciséis para algo más allá que no fuera aprovecharse de su ingenuidad?

Tal vez tuve que estamparme contra el muro para ver la triste realidad; que jamás me quiso, que nunca le interesé más allá del hecho de acostarse conmigo para después desaparecer y hacer un “si te he visto no me acuerdo”. Ni tan siquiera hubo una llamada, un aviso, una carta, un mensaje... nada.

Y ahora, cuatro años después, cuando pensé que jamás volvería a verlo en la vida, cuando había conseguido que pensar en él solo me llevara a incitar el odio, que por su culpa pensaba que todos los hombres eran iguales y que pensaba que lo tendría más que olvidado, tenía que aparecer de nuevo a hacer que me enfrentara a mi propio pasado, a mis miedos y para mas inri; había llegado para arruinar mi felicidad.

«Lamento decir que para mí es todo lo contrario, mi bella flor» recordé de nuevo su voz repiqueteando en mi cabeza como tantas veces había hecho desde que me lo había encontrado hacía varias semanas cuando acudí al despacho de Jasmine.

Nadie me había llamado así salvo él. Marco había sido el primero... y el único por el que llegué a sentir algo de verdad, aunque ahora solo fuera rabia y resentimiento. Una parte de mi lo detestaba mientras que la otra, sin saber porqué, me hacía que los sentimientos más profundos dentro de mi misma y que mantenía escondidos bajo llave quisieran resurgir.

Desde que lo vi lo había evitado como la peste, básicamente escondiéndome en el despacho que tenía asignado y gracias al cielo, no me lo había vuelto a encontrar, pero tenía el presentimiento que no tardaría mucho en hacerlo porque sabía que se encontraba fuera de la ciudad por asuntos de trabajo.

—¡Hola! —escuché la voz de mi inconfundible amiga y aparté la vista del ordenador donde trataba de sumergirme en los informes que debía terminar ese mismo día a pesar de que mi cabeza estaba en otra parte.

—¡Jas! —exclamé—. ¿Cómo tu por aquí?, ¿Ahora te juntas con la plebe? —dije con cierta ironía que provocó la sonrisa de mi amiga.

—Muy graciosa —contestó con cierta calma mientras la vi cerrar la puerta y acercarse hasta mi mesa con semblante serio.

—¿Qué ocurre? Por la cara mustia que traes, me estas asustando, ¿No se había arreglado todo el asunto de la herencia? —pregunté.

Hasta yo estaba sorprendida de que el príncipe maldito se hubiera alegrado de que Jasmine y Alex se hubieran casado, no me fiaba de ese hombre... no cuando...

—Si se ha arreglado, aunque esto puede que cambie las cosas —me contestó—. Tengo algo que contarte, algo por lo que no se si sentirme culpable de alegrarme.

La miré frunciendo el ceño extrañada, no tenía ni idea de que se podía tratar.

—Suéltalo de una vez que me estas poniendo al límite de mi curiosidad —dije poniendo toda mi atención en ella.

—Los mareos de estos últimos días no eran por los nervios, ni por una mala alimentación, sino porque estoy embarazada.

—¡No me jodas! —exclamé—. ¿Y Alex lo sabe? —añadí justo después.

—Si... y lo cierto es que ambos estamos por ilógico que parezca, felices con la noticia, aunque no se si lo estaré cuando se lo contemos a la familia, sobre todo a mi padre. Pero en estos momentos lo que más me preocupa es que mi hijo me odie por hacerle pasar por lo mismo que yo con esa maldita herencia.

—Creo que te estas adelantando demasiado Jasmine. Tal vez de aquí a que tu hijo tenga la mayoría de edad, pueden pasar muchas cosas.

—¿Y qué pasará si no es así?, ¡Me odiará! —gimió—. Alex dice que me estoy obsesionando, pero soy consciente de a que tipo de futuro le estoy exponiendo.

—Creo que Alex tiene razón. Si consiguió librarte a ti de casarte con Mijaíl, hará hasta lo imposible para evitar que su hijo corra la misma desgracia. Si yo estuviera en tu lugar me dedicaría a disfrutar al fin de tu felicidad Jas... algo que iba siendo hora de que te llegara.

—¡Ay Erika! —la escuché exclamar—. ¡No sé que sería de mi sin ti!, ¡Siempre sabes qué decir en cada momento! —gimió mientras la vi con los ojos llorosos levantarse y acercarse hasta mi para abrazarme.

—Anda tonta —contesté abrazándola—. Hago lo que cualquier amiga haría, por cierto... enhorabuena futura mami —añadí dándome cuenta de qué no la había felicitado y la escuché reír por mi comentario.

—¡Ah por cierto! —gritó en ese momento—. Tengo algo más para ti —dijo mientras la vi rebuscar algo de su bolso.

—No me digas que me vas a dar una foto de la ecografía —solté sonriente.

—No —contestó entre risas—. Aun es muy pronto para que se vea algo decente pero sí que te quería dar esto —dijo dándome un sobre cerrado y al tacto noté algo que había algo dentro que hacía ruido metálico.

—¿Qué es? —pregunté extrañada.

—Son las llaves del apartamento en el que estaba instalada —me contestó—. Pertenece a la persona que ocupa el puesto que tenía, es decir, el que ocupas ahora, así que si lo quieres es tuyo.

—¿Es en serio? —grité ilusionada.

—¡Pues claro que sí! —contestó igual de emocionada.

—¡Oh dios! —grité—. ¡Voy a ser libreeeeeeeeeeee!

—Mejor ni te pregunto lo que piensas hacer ahora que vas a vivir sola —contestó con cierto tono irónico.

—¿Yo? —exclamé—. Nada malo... si soy un angelito.

—Ya... un angelito... —contestó arrastrando las palabras—. Aún sigo tratando de tirarte de la lengua para saber qué ocurrió entre Mijaíl y tú en Massachussets para que se convirtiera en “el príncipe maldito”.

—Ya te conté todo lo que pasó —mentí.

—Algún día te lo sonsacaré —respondió—. Si crees que voy a tragarme que acudiste a esa gala benéfica solo porque te pagó... vas lista.

En ese momento rodé los ojos y traté de evitar su mirada inquisidora... no por nada, sino porque tenía razón pese a no querer reconocerlo.

Continuará...